

ISSER HAREL

- **Una de las obras más importantes del año, seleccionada por la Literary Guild y traducida ya a diversos idiomas**

- **¿Cómo se supo que Ricardo Klement era realmente Adolf Eichmann? ¿Cómo se llevó a cabo una misión tan peligrosa? ¿Cómo fue trasladado a Israel?... A todo ello responde Isser Harel, cerebro de la Operación Eichmann**

«Un acto moral... Es realmente fascinante ver cómo una organización muy concienciada y competente logra cumplir un objetivo casi imposible.»

Ira Sokol, *en* Chicago Tribune

«Un libro que revela hasta el más mínimo detalle, cómo fue capturado uno de los mayores responsables del Holocausto judío.»

Publishers Weekly

Harel

LA CASA DE LA CALLE GARIBALDI

28

LA CASA DE LA CALLE GARIBALDI

Isser Harel

El primer relato completo de la captura de **Adolf Eichmann** escrito por el antiguo jefe del Servicio Secreto de Israel

grijalbo

Isser Harel

La casa de la calle Garibaldi



EDICIONES GRIJALBO, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - MEXICO, D. F.

Título original
THE HOUSE ON GARIBALDI STREET

Traducido por
M.ª ANTONIA MENINI
de la 1.ª edición de The Viking Press, Inc., Nueva York, 1975

Primera edición

PRINTED IN SPAIN
IMPRESO EN ESPAÑA

ISBN: 84-253-0586-1 (tela)
ISBN: 84-253-0604-3 (rústica)
Depósito legal: B. 38.751-1975

Impreso por Publicaciones Reunidas, S. A. Alfonso XII, s/n. Badalona

Prólogo

Isser Harel nació en Rusia en 1912. Era hijo de padres acomodados, posteriormente arruinados como consecuencia de la nacionalización de la empresa familiar que tuvo lugar tras la Revolución. La familia se retiró a Letonia en 1923, pero Isser, a la edad de diecisiete años, siguió los pasos de su hermana mayor, que se había trasladado a Palestina unos meses antes. Dado que era un joven sionista lleno de ideales, llegó allí firmemente decidido a trabajar en un kibbutz. Cinco años más tarde, él y su joven esposa abandonaron el kibbutz, pues necesitaban urgentemente ganar dinero con el que poder costear el traslado de sus familias a Palestina desde la Europa amenazada por Hitler.

La primera misión de espionaje de Isser Harel estuvo dirigida contra los alemanes en su calidad de miembro del Hagana *(las fuerzas clandestinas de la comunidad judía de Palestina durante el mandato británico, controladas por las instituciones nacionales judías). De allí pasó al* Shai, *el Servicio de Espionaje de la Resistencia que se convirtió en el de la nueva nación al fundarse en mayo de 1948 el Estado de Israel. Isser Harel fue nombrado jefe del* Shin Bet, *es decir, del Departamento de Seguridad Interna, cuya principal misión era la de perseguir y destruir los movimientos subversivos clandestinos, así como dirigir las operaciones de contraespionaje. Isser Harel era el responsable directo ante el primer ministro y aquí se inició su íntima amistad con David Ben-Gurión.*

Hasta los años 1952 y 1953 no adquirieron los Servicios Secretos internos israelíes, políticos y militares, una con-

figuración definitiva. Por aquel entonces, Isser Harel fue nombrado jefe del Mossad, *la Oficina Central de Espionaje y Seguridad, cuya principal función consistía en recoger información relativa a cuestiones de espionaje por cuenta de todos los Servicios Secretos israelíes y en dirigir operaciones especiales en el exterior. El primer ministro Ben-Gurión insistió en que Harel siguiera supervisando, además, el Departamento de Seguridad Interna, creando exclusivamente para él un nuevo cargo: el de jefe ejecutivo de los Servicios Secretos. En su calidad de jefe del* Mossad, *Harel era también presidente del comité ejecutivo de los Servicios Secretos.*

Era ésta una posición de la que se derivaba un poder extraordinario, y la historia de otros Estados ha demostrado con excesiva frecuencia que semejante poder puede conducir a la corrupción. El mayor timbre de gloria de Israel —y de Isser Harel— consiste en haber sabido conservar una escrupulosa dedicación a los legítimos propósitos de unos Servicios Secretos, lo cual constituye, sin duda, una hazaña aún más importante que los muchos éxitos que aquél alcanzó en sus quince años de dirigente.

La dimisión de Isser Harel, en abril de 1963, fue consecuencia de un grave desacuerdo sobre la cuestión de los científicos alemanes que por aquel entonces desempeñaban un papel extremadamente activo en los esfuerzos bélicos egipcios contra Israel. * *Ello no fue óbice para que dos años y medio más tarde Ben-Gurión dedicara afectuosamente una fotografía al «fiel guardián de la seguridad del Estado, de su honor y de sus secretos». Los lectores de* La casa de la calle Garibaldi *tal vez sientan la tentación de añadir «y de su buen juicio», lo cual, aunque no impresione tanto, no deja de ser menos importante. Al tomar la decisión de quebrantar las leyes internacionales para traer a Adolf Eichmann a Israel con el fin de que fuera juzgado, este hombre, calificado de «puritano», elevó esta sensata virtud a la categoría de genialidad.*

Los Editores

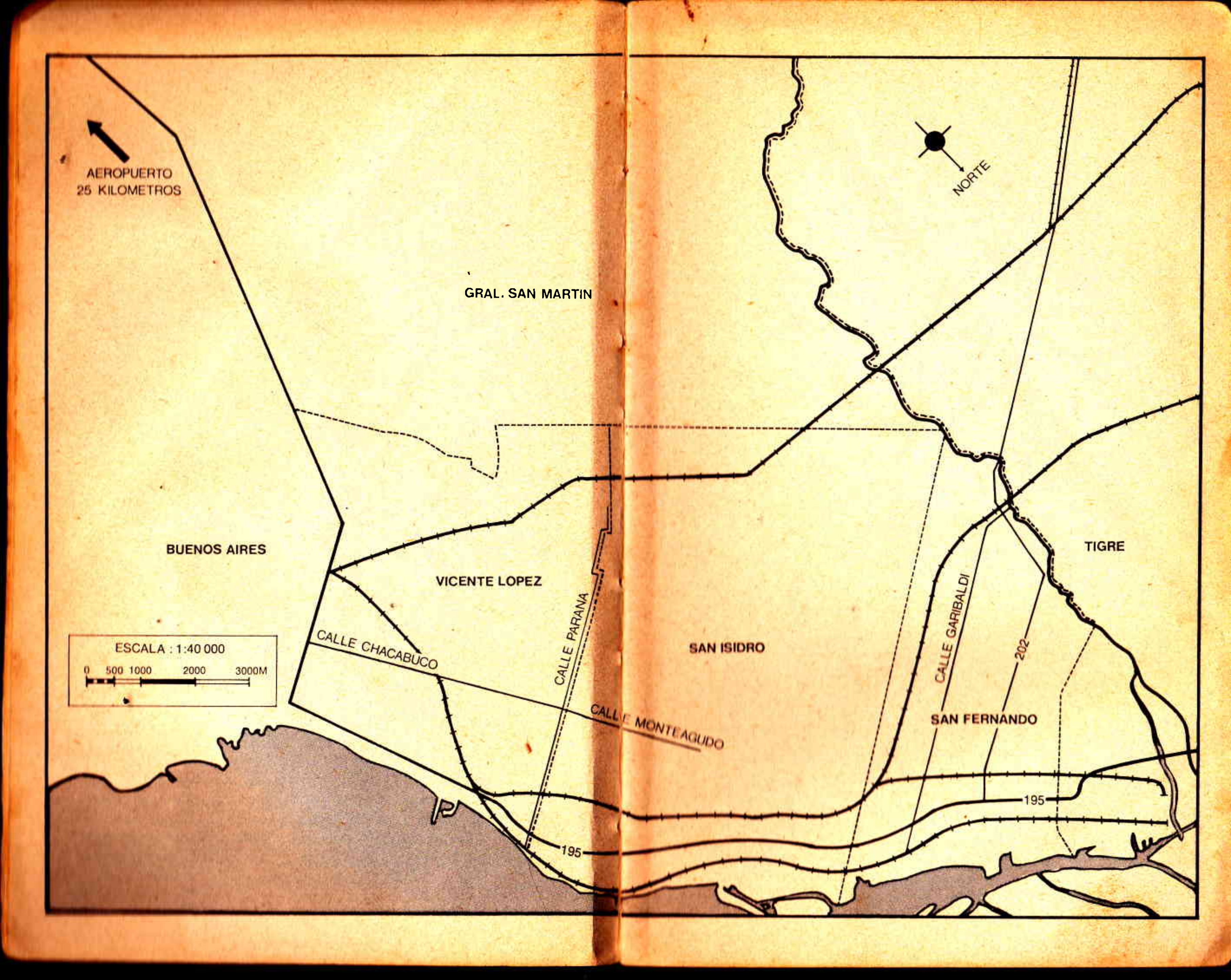
* Quien desee más información sobre las actividades de Isser Harel puede consultar *El espía que vino de Israel*, de Ben Dan (Ediciones Grijalbo, Barcelona, 5.ª edición, 1975, págs. 51-59). Esta obra proporciona también gran cantidad de datos sobre los Servicios Secretos israelíes. *(N. de la R.)*

Introducción

El juicio de Adolf Eichmann —el hombre al que un tribunal israelí declaró culpable de haber cometido millones de asesinatos con el propósito de «borrar a todo un pueblo de la faz de la tierra»— se celebró bajo la cegadora luz de una publicidad de alcance mundial. El carácter extraordinario del juicio y la tormenta de emociones que éste desató atrajeron a Israel a cientos de periodistas y reporteros de radio y televisión pertenecientes a gran número de países. Cada cual procuró captar a su modo la atmósfera cargada de dramatismo de la sala, el horror y la repugnancia de unas personas que revivían los más negros años de su vida.

El juicio en sí mismo fue seguido por cientos de millones de personas, pero los detalles de los acontecimientos que lo precedieron —la localización, la captura y el traslado de Adolf Eichmann a Israel— solamente eran conocidos por unos pocos privilegiados. Se han escrito varios libros acerca del tema, algunos totalmente imaginarios y otros en los que se describen los verdaderos intentos de localización llevados a cabo por parte de distintas personas. Uno o dos de ellos tratan incluso de relacionar estos vanos intentos con la operación que condujo finalmente a la captura de Eichmann.

Esta obra es un fiel y verídico relato de la operación que tuve el privilegio de dirigir y que culminó con la en-


AEROPUERTO
25 KILOMETROS
GRAL. SAN MARTIN
NORTE
BUENOS AIRES
VICENTE LOPEZ
TIGRE
ESCALA : 1:40 000
0 500 1000 2000 3000M
CALLE CHACABUCO
CALLE PARANA
SAN ISIDRO
CALLE GARIBALDI
202
SAN FERNANDO
CALLE MONTEAGUDO
195
195

ZONA OBJETIVO

PLAN DE CAPTURA

trega de Eichmann a la policía israelí. Con el fin de reconstruir lo que ocurrió sin tener que depender exclusivamente de mi propia memoria, he hablado con la mayoría de las personas que intervinieron en dicha operación aunque, por motivos que no puedo enumerar, no he conseguido reunirme con todas ellas, del mismo modo que no he tenido acceso a todos los archivos. Hemos recordado con orgullo las luchas y experiencias de aquellos días, procurando arrojar la máxima luz posible sobre cada una de las fases de este complicado proceso.

En las operaciones de esta naturaleza es necesario que algunos detalles que son importantes desde un punto de vista técnico, pero que revisten carácter secundario desde el punto de vista de la continuidad del relato, permanezcan en secreto incluso tras haber transcurrido muchos años. Lo mismo puede decirse en cuanto a la identidad de las personas que participaron en la operación y que aparecen en la obra bajo seudónimo; de vez en cuando he alterado algún que otro detalle con el fin de proteger su anonimato. Sólo una de ellas figura con su verdadero nombre: Shalom Dani, que desgraciadamente murió en la primavera de 1963 en la flor de la vida. He tratado de describir su maravilloso carácter, que tuve ocasión de conocer en el transcurso de los años en que trabajamos juntos —en ésta y otras operaciones— hasta casi el día de su muerte.

Los hombres que colaboraron conmigo en la operación Eichmann actuaron todos movidos por el íntimo convencimiento de que la captura de este aborrecible criminal constituía una misión nacional y humanitaria. No hubo aquí el menor rastro de afán aventurero ni la menor huella de las características que suelen atribuirse a los agentes de los Servicios Especiales en las novelas y películas de intriga. Fueron unos voluntarios pertenecientes a los organismos israelíes a los que están encomendadas las acciones especiales y en los que un hombre es, por encima de todo, una criatura de carne y hueso y no un superhombre. Un ser fiel a su patria, ingenioso y dispuesto a sacrificarse, cuyo éxito procede de la paciencia y la equidad. Si se ha ganado fama mundial, ello se debe a que sabe hallar soluciones sencillas y humanas a sus problemas: espero que el lector pueda reconocer que las soluciones

a los problemas de la operación Eichmann fueron lógicas y en modo alguno espectaculares.

La operación Eichmann tenía que llevarse a cabo. El hecho de que fuera necesario sacar a Eichmann de la Argentina fue para nosotros causa de profundos conflictos internos. Me preocupaba en gran manera la necesidad de llevar a cabo una acción clandestina en el territorio soberano de un país amigo y tenía que enfrentarme, en toda su gravedad, con la cuestión de si era lícito hacerlo así tanto desde el punto de vista ético como político. El procedimiento más adecuado hubiera sido el de notificar a las autoridades argentinas nuestras sospechas de que un inmigrante alemán residente en un suburbio de Buenos Aires era el criminal de guerra Adolf Eichmann y esperar después a que se iniciara el complicado proceso legal de su extradición a Alemania o a cualquier otro de los países en los que estaba reclamado. Pero, ¿cómo podíamos saber que Eichmann esperaría? Ésta fue una de las consideraciones, pero había otra: apenas quedaba rastro del celo que habían inspirado los juicios por crímenes de guerra que tuvieron lugar en los años de la posguerra. Las penas a que se había condenado a algunos de los mayores criminales habían sido conmutadas, mientras que otros esperaban muchos años y, al final no eran sometidos siquiera a juicio. Teníamos motivos más que sobrados para creer que, incluso un criminal del calibre de Eichmann, acabaría por beneficiarse de la atmósfera general de clemencia que predominaba en Europa a los quince años de haberse perpetrado los crímenes.

Israel era el único país del mundo decidido a no dejar ninguna piedra legal sin remover y a juzgar a Eichmann sin subterfugios ni cálculos políticos. Israel era también —por ley, por lógica y por justicia histórica— el Estado más capacitado para juzgar al hombre al que se había encomendado la misión de llevar a la práctica la «solución final del problema judío».

Tras consultar con otras personas, llegué a la conclusión de que no teníamos más remedio que capturar a Eichmann mediante una operación clandestina y conducirle a Israel. Adopté la decisión a regañadientes, teniendo en cuenta el mutuo respeto y estima que se profesaban Israel y Argentina, pero con la absoluta certeza de que,

una vez que el tribunal de Jerusalén hubiera proyectado ante los ojos del mundo la imagen de este terrible asesino en toda su crudeza, nuestros amigos argentinos comprenderían los motivos que nos habían inducido a ello y se mostrarían de acuerdo en que no teníamos ninguna otra alternativa.

He aquí, pues, todo lo que ahora puede decirse de la historia de la operación Eichmann.

Isser Harel

Zahala, Israel, 1974

Personajes

1. *Comienzo de la operación Eichmann*

DR. WALTER EYTAN — Director general del Ministerio de Asuntos Exteriores israelí; facilitó a Isser Harel la información obtenida en Alemania acerca de la presencia de Eichmann en la Argentina.

DR. SHINAR — Jefe de la Misión de Indemnizaciones de Alemania Occidental que recibió la información relativa a la presencia de Eichmann en la Argentina a través del doctor Fritz Bauer.

DR. FRITZ BAUER — Fiscal de la provincia de Hesse (Alemania Occidental) quien, a través del doctor Shinar, transmitió la información relativa a la presencia de Eichmann en la Argentina a las autoridades israelíes.

SHAUL DAROM — Agente especial de los Servicios de Seguridad israelíes, enviado por Isser Harel como enlace del doctor Fritz Bauer en el caso Eichmann.

2. *Primera investigación preliminar en Argentina, enero de 1958*

YOEL GOREN — Experto agente de operaciones enviado a la Argentina en enero de 1958 con el objeto de llevar a cabo investigaciones acerca de la dirección facilitada

por el doctor Bauer: calle Chacabuco, 4261, Olivos (barrio residencial de Buenos Aires).

MENASHE TALMI — Súbdito israelí que por aquel entonces trabajaba en la Argentina y a quien se rogó que ayudara a Yoel Goren. En otra fase más adelantada prestó también ayuda al investigador Efraím Hofstaetter. Después pasó a convertirse en miembro de las fuerzas especiales.

3. *Segunda investigación preliminar en Argentina, marzo de 1958*

LOTHAR HERMANN — «Fuente» del doctor Bauer.

EFRAIM HOFSTAETTER — Agente de policía y extraordinario investigador de las fuerzas de policía israelíes que Isser Harel pidió «prestado» a principios de 1958 con el fin de que abordara a Lothar Hermann y se cerciorara de su honradez y credibilidad.

KARL HUPPERT — Seudónimo alemán adoptado por Efraím Hofstaetter para su contacto con Lothar Hermann.

4. *Tercera investigación preliminar en Argentina, principios de 1960*

RICARDO KLEMENT — Nombre bajo el cual vivía Adolf Eichmann en la Argentina según el doctor Bauer.

YOSEF KENET — Investigador de mayor antigüedad de los Servicios Secretos israelíes enviado a la Argentina a finales de febrero de 1960 con el fin de localizar a Ricardo Klement y establecer si éste y Adolf Eichmann eran la misma persona.

HAGGAI — Superior de Yosef Kenet y superviviente de Auschwitz.

DAVID y *HEDDA KORNFELD* — Residentes en un país sudamericano (no en la Argentina). Joven matrimonio, él arquitecto famoso y ella licenciada en psicología e idiomas. Ambos ayudaron a Kenet.

LUBINSKY — Abogado residente en América del Sur. Ayudó a Kenet.

PRIMO — Estudiante de la facultad de Ingeniería, residente en América del Sur. Ayudó a Kenet.

PEDRO — Camarero de un gran hotel de Buenos Aires; ayudó a Hedda Kornfeld aunque no estaba al corriente del propósito de su misión.

5. *Investigación preliminar en Europa*

EZRA ESHET — Director de una unidad de operaciones que llevó a cabo investigaciones acerca de las familias de Eichmann y su esposa (cuyo nombre de soltera era Vera Liebl) en Europa. En una fase posterior se incorporó a las fuerzas especiales.

GAD ARMON — Participó en las investigaciones que se realizaron en Europa junto con Ezra Eshet.

6. *Equipo organizador en Israel*

HILLEL ANKOR — Jefe de una unidad especial dedicada a recoger material acerca de los más destacados criminales de guerra y coordinador del equipo organizador.

REUVEN HARPAZ — Agente de seguridad de la Misión de Indemnizaciones en Alemania; sirvió de enlace del doctor Fritz Bauer.

LEORA DOTAN — Experta en administración, finanzas y efectivos humanos que intervino en la investigación de los medios más idóneos para sacar a Eichmann de la Argentina y en la solución de complejos problemas organizativos relacionados con la operación.

MOSHE VERED — Ayudante de Hillel Ankor.

MIRIAM SAVYON — Especialista en medidas de protección y en documentación. En las primeras fases de la operación localizó a personas que habían conocido a Eichmann y podían identificarle. Más tarde se encargó de facilitar documentación a los componentes de las fuerzas especiales.

NAHUM AMIR — «Agente de viajes» de las fuerzas especiales.

7. *Identificación de Eichmann*

DR. BENNO COHEN — Presidente de la Organización Sionista Alemana desde 1936 a 1938, cargo a través del cual había tenido ocasión de conocer a Eichmann personalmente.

DR. HANS FRIEDENTHAL — Copresidente de la Organización Sionista Alemana desde 1936 a 1938, cargo a través del cual había tenido ocasión de conocer a Eichmann en persona.

ELI ILAN — Experto de las fuerzas de la policía israelí en la comparación de fotografías para fines identificativos. Se le entregaron fotografías de Eichmann correspondientes a la época de las *SS* con el fin de que las comparara con las fotografías operativas obtenidas por el equipo de Kenet.

MOSHE AGAMI — Conocía a Eichmann por haber sido el representante de la Agencia Judía de Viena en 1938. Fue llamado para identificar a Eichmann tras la llegada de éste a Israel.

EFRAIM HOFSTAETTER — Agente de la policía que se reunió con Lothar Hermann al principio de la operación. Se encargó de la identificación de Eichmann al llegar éste a Israel.

8. *Las fuerzas especiales*

GABI ELDAD — Comandante de las fuerzas especiales.

EHUD REVIVI — Subcomandante a las órdenes de Gabi Eldad; jefe del grupo de avance o avanzada.

MENASHE TALMI — Incorporado al equipo gracias a sus conocimientos de las condiciones locales. Participó en las investigaciones preliminares.

YOSEF KENET — Dirigió las investigaciones que concluyeron con la localización de Ricardo Klement y la identificación de éste como Adolf Eichmann; incorporado al grupo de avance con vistas a la efectiva identificación e interrogatorio de Klement/Eichmann.

EZRA ESHET — Dirigió las investigaciones preliminares en Europa. Miembro del grupo de avance en calidad de coordinador de las cuestiones organizativas.

ZEV KEREN — Miembro del grupo de avance; técnico experimentado.

SHALOM DANI — Maestro en el arte de falsificar documentos.

ELI YUVAL — Polifacético experto en disfraces y maquillaje, elegido para ser el primero en apresar a Eichmann gracias a sus aptitudes y fortaleza física.

YITZHAK NESHER — Miembro del grupo de avance; incorporado a las fuerzas especiales gracias a su habilidad en la adopción de distintas identidades ficticias.

DINA RON — Incorporada al equipo para interpretar el papel de «amiga» en la casa en la que Eichmann sería mantenido bajo custodia tras su captura, a fin de que el lugar ofreciera una apariencia normal.

EL MEDICO — Su labor consistió en mantener drogado a Eichmann en distintas fases de la operación y en cuidar del estado general de salud del equipo y del prisionero.

9. *Ayudantes fortuitos en Buenos Aires*

RAFAEL ARNON — Se encontraba en la Argentina por pura casualidad; elegido como víctima de un supuesto accidente de carretera con el fin de que fuera posible, en caso necesario, sacar a Eichmann de la Argentina con su documentación.

MEIR LAVI y *SU MUJER* — Ayudaron a Isser Harel en su intento de localizar (con el fin de capturarlo) al criminal de guerra doctor Mengele.

BINYAMIN y *ADA EFRAT* — Ayudaron a Isser Harel en su intento de localizar (con el fin de capturarlo) al criminal de guerra doctor Mengele.

10. *El vuelo especial en el que Eichmann fue sacado ilegalmente de la Argentina*

ASHER KEDEM — Jefe de una sección de unas líneas aéreas a través del cual Isser Harel llevó a cabo las primeras averiguaciones acerca del vuelo; participó en todas las fases del vuelo especial.

MOSHE TADMOR — Director adjunto de las líneas aéreas; contribuyó a la organización del vuelo especial.
AHARON LAZAR — Gerente de una de las más importantes oficinas de la compañía aérea en ultramar, que se reunió con Asher Kedem en Buenos Aires. En su infancia padeció todos los horrores del Holocausto y se salvó por milagro.
YOAV MEGED — Capitán del aparato en el que se realizó el vuelo especial.
GAD NISHRI — Copiloto del vuelo especial.
DAN AVNER — Miembro de la plantilla de las líneas aéreas; durante la ausencia de Asher Kedem de la Argentina se encargó de todos los problemas planteados a los israelíes por el vuelo especial. Más tarde formó parte de la tripulación del aparato especial.
ESTHER ROSEN — Empleada de las líneas aéreas residente en Buenos Aires, ciudad en la que trabajaba su marido; participó en la organización del vuelo especial sin estar al corriente de su aspecto secreto.
FRITZ SHEFER — Empleado de la sección de servicios de vuelo de las líneas aéreas, que se incorporó a la tripulación del aparato especial a petición del capitán Meged.
LEO BARKAI — Veterano camarero de a bordo de la compañía que participó en el vuelo especial.
ZVI GUTMANN — Jefe del hangar de la compañía aérea. Al rogársele que eligiera a un mecánico con destino a un vuelo especial, ofreció sus propios servicios. No estaba al corriente del verdadero propósito del vuelo y se aterrorizó al ver a Eichmann a bordo y recordar los horrores que había vivido de niño en el Holocausto.
NEGBI — Electricista de la sección de mantenimiento de la compañía que participó en el vuelo especial.
GILADI — Piloto del vuelo especial.
BRIGADIER ZOREA — Pasajero del vuelo especial como miembro de la delegación israelí en las fiestas de conmemoración del aniversario.
EL RABINO EFRATI — Pasajero accidental del vuelo especial a la Argentina.

11. Agentes de operaciones del vuelo especial

YORAM GOLAN — Elegido para actuar como doble de Eichmann. Utilizó uniforme de vuelo y viajó a la Argentina con el nombre de Zichroni.
YOEL GOREN — Agente de operaciones que había participado en las investigaciones preliminares relativas a la casa del número 4261 de la calle Chacabuco en 1958. Tenía que actuar como guardián y custodiar a Eichmann durante el vuelo de regreso a Israel.
ELISHA NAOR — Agente de operaciones que, junto con Goren, tenía que actuar como guardián y custodiar a Eichmann durante el vuelo de regreso a Israel.

12. Personas que conocían el propósito secreto del vuelo

GENERAL LASKOV — Intimo amigo personal de Isser Harel.
GIL — El más íntimo colaborador de Isser Harel durante muchos años.
YITZHAK NAVON — Secretario político del primer ministro David Ben-Gurión.
YOSEF NAHMIAS — Inspector general de la policía israelí. A su llegada a Israel, Eichmann fue entregado a Nahmias con el fin de que éste se encargara de su custodia.
YAKI — El fiel chófer y confidente de Isser Harel.
EFRAIM — Inmediato superior de Shalom Dani. Dani era el experto en documentación de las fuerzas especiales.

13. Agentes de la policía que se hicieron cargo de Eichmann inmediatamente después de la llegada de éste a Israel

MATITYAHU SELA — Jefe del Departamento de Investigaciones de la Jefatura Nacional de la policía israelí.
SHMUEL ROTH — Jefe en funciones de la Sección Criminal de la Jefatura Nacional de la policía israelí.

1

Fue a finales de 1957, pero hubiera podido ser ayer a juzgar por lo claramente que recuerdo la forma en que cristalizó en mi mente la decisión de capturar a Eichmann. Habían transcurrido doce años y medio desde que la derrota de los ejércitos nazis había puesto fin a la monstruosa carrera de la misteriosa figura del oficial de las *SS* encargado de llevar a la práctica el total exterminio del pueblo judío.

El estridente sonido del teléfono de mi escritorio señaló el comienzo: Walter Eytan, director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, llamaba desde Jerusalén. Tenía algo para mí, dijo, y necesitaba verme cuanto antes. Eytan era una persona tranquila y reservada y yo siempre había admirado sus modales amables y su culta y reposada manera de hablar. Pero aquel día lo hacía con nerviosismo y sospeché que debía de tratarse de algo fuera de lo corriente. No le hice ninguna pregunta y tampoco manifesté asombro ante su insólita excitación. Comprendí que no deseaba hacer comentario alguno por teléfono. Dijo que tenía que desplazarse a Tel Aviv para asistir a una recepción que ofrecía una embajada y acordamos reunirnos en el café Ramat Gan en cuanto llegara.

Me percaté en seguida de que estaba abrumado por la emoción. Un mensaje del doctor Shinar, jefe de la Misión de Indemnizaciones de Alemania Occidental, conte-

nía la sorprendente información de que Adolf Eichmann estaba vivo... y de que se conocía su paradero en la Argentina.

No hablamos mucho. Le agradecí la información y le aseguré que iniciaríamos inmediatamente una detallada investigación.

Cualquiera que desempeñe el cargo que yo desempeñaba por aquel entonces sabe por experiencia que no deben abrigarse demasiadas esperanzas cuando se recibe una noticia tan sorprendente como ésta. A lo largo de los años transcurridos desde que Eichmann había desaparecido, estuvimos recibiendo información acerca de distintos lugares en los que supuestamente se ocultaba y en todos los casos las investigaciones realizadas nos condujeron a la decepción... y lo peor era que ni siquiera disponíamos de pruebas fehacientes de que estuviera vivo. Su rastro se había perdido a principios de mayo de 1945 y jamás habíamos logrado establecer la autenticidad de las pruebas de las personas que afirmaban haberle visto más tarde.

Sigo sin saber por qué di más crédito a esta información que a las anteriores. Tal vez el instinto me dijo que esta vez no se trataba de un rumor confuso, o tal vez Walter Eytan me había contagiado su emoción. Sea como fuere, regresé inmediatamente a mi despacho y le dije al archivero que me trajera todo el material de que se disponía acerca de Eichmann. Sabía que era uno de los más importantes criminales nazis y sabía también que su principal misión había sido el exterminio de los judíos, pero jamás había profundizado demasiado en el lugar que ocupó dentro de la jerarquía nazi ni en el papel decisivo que desempeñó en lo que los nazis llamaban «la solución final» del problema judío». Este capítulo sombrío tan de la historia del pueblo judío me perseguía como una pesadilla imposible de convertirse en realidad..., era algo que rebasaba hasta tal extremo los límites del crimen cobarde, de la crueldad injustificable y del odio mortal que ningún ser humano podía calibrar la hondura de su auténtico significado.

Aquella noche me pasé muchas horas leyendo el expediente de Eichmann y acabó por aparecer ante mis ojos

la imagen de un espíritu demoníaco cuyos abonimables crímenes no tenían precedente en los anales de la humanidad, de un hombre sobre cuyas espaldas descansaba la directa responsabilidad de la matanza de millones de personas.

No sabía entonces qué clase de hombre era Eichmann. No sabía con qué morboso celo desempeñaba su asesina labor y tampoco me constaba que fuera capaz de ordenar la destrucción de un pobre judío con el mismo ardor con que se entregaba a la aniquilación de toda una comunidad. No sabía que fuera capaz de ordenar la muerte de niños de pecho y describirse a sí mismo como un soldado disciplinado, de organizar los ultrajes contra las mujeres y enorgullecerse de su lealtad a un juramento, de enviar a la muerte a ancianos indefensos y calificarse de «idealista».

Pero cuando me levanté de mi asiento al amanecer sabía que en todo lo referente a los judíos era la máxima autoridad y que sus manos habían tirado de las cuerdas que controlaban la persecución y la matanza. Sabía que en todos los juicios celebrados en Nuremberg contra los criminales de guerra nazis este hombre había sido calificado como el principal carnicero. Sabía que había sido un maestro en los métodos policiales y que, dada la fuerza de su habilidad profesional y su absoluta falta de conciencia, sería una presa extremadamente peligrosa. Sabía que, al finalizar la guerra, había conseguido borrar con suprema pericia todo rastro de sí mismo.

Sabía que la tierra empapada en sangre que contenía los restos de sus millones de víctimas clamaba venganza, pero ningún organismo del mundo, ningún gobierno ni policía le buscaban para que respondiera de sus crímenes. La gente estaba cansada de oír historias atroces: su único deseo era el de borrar de su mente aquellos hechos incalificables y se decía de todos modos que no había en la tierra castigo capaz de equipararse con la magnitud de los delitos perpetrados, razón por la cual se había resignado ante aquella violación de la ley y perversión de la justicia.

Aquella noche decidí que, si Eichmann estaba vivo, sería apresado contra viento y marea.

Poco después de mi conversación con Walter Eytan, el doctor Shinar efectuó una visita a Israel y me dijo que la fuente de su información acerca de Eichmann era el doctor Fritz Bauer, fiscal de la provincia de Hesse, Alemania Occidental.

Bauer, judío perteneciente a una familia de juristas, desempeñaba el cargo de juez en Stuttgart hasta que los nazis accedieron al poder. Después permaneció aproximadamente un año en prisión y en 1936 emigró a Dinamarca, pero los nazis consiguieron dar con él y en 1940 le detuvieron de nuevo. Esta vez se pasó tres años en la cárcel antes de conseguir evadirse y hallar refugio en Suecia. Al finalizar la guerra regresó a Alemania con el firme propósito de ajustarles las cuentas a los criminales de guerra nazis.

Bauer pertenecía desde hacía tiempo al Partido Socialdemócrata que ocupaba el poder en la provincia de Hesse y era una importante personalidad dentro del gobierno. En el transcurso de los años en que ejerció su profesión se ganó fama de eminente jurista y era bastante conocido por las obras que había escrito sobre derecho penal y jurisprudencia.

El doctor Shinar me dijo que el día 19 de septiembre de 1957, encontrándose de visita en Francfort, el rabino Lichtigfeld, de la provincia de Hesse, le había comunicado que Bauer deseaba verle por un asunto importante. El rabino Lichtigfeld no estaba al corriente de la naturaleza del asunto. Se concertó una cita entre Bauer y Shinar en el hotel Metropol pero, al llegar allí, Bauer exigió que la entrevista tuviera lugar en un ambiente más discreto. Se dirigieron en automóvil a una posada situada en la autopista Colonia-Francfort.

—Eichmann ha sido localizado —dijo Bauer sin el menor preámbulo.

—¿Adolf Eichmann? —preguntó Shinar muy excitado.

—Sí, Adolf Eichmann. Se encuentra en la Argentina.

—¿Y qué se propone usted hacer?

—Le seré sincero —repuso Bauer—. No sé si podemos fiarnos demasiado del sistema judicial de aquí y tanto menos de los funcionarios de la embajada de Alemania en Buenos Aires. Por eso tenía tanto interés en hablarle. El único medio es recurrir a ustedes. Es bien sabido que

son personas muy eficientes y nadie podría estar más interesado en la captura de Eichmann. Como es lógico, deseo que sigamos manteniendo contacto sobre este asunto siempre y cuando se guarde el más estricto secreto.

—Agradezco con toda el alma —replicó Shinar visiblemente emocionado— la gran confianza que ha depositado en nosotros. Israel no olvidará jamás lo que ha hecho. Estoy dispuesto a asumir la plena responsabilidad del secreto de nuestro contacto. Nada se dará a conocer sin su expreso consentimiento.

El doctor Shinar prometió encargarse de que la información llegara cuanto antes a su adecuado destino. Una vez finalizado el encuentro, regresó a toda prisa a su oficina de Colonia con el fin de transmitir un detallado informe telegráfico al director general del Ministerio de Asuntos Exteriores en Jerusalén.

Lo que me dijo el doctor Shinar acerca de la personalidad de Fritz Bauer me impresionó grandemente. Le prometí a Shinar que, cuando regresara a Colonia, le enviaría un representante especial que se encargaría de establecer contacto con Bauer. Pronto encontré al hombre más adecuado para esta misión: se llamaba Shaul Darom.

Shaul pertenecía a una familia tradicionalmente observante que había emigrado desde Alemania a Israel (que entonces era Palestina y se encontraba bajo mandato británico) en la primera época del régimen nazi. A diferencia de sus hermanos, que eligieron carreras universitarias, Shaul ya había mostrado de niño una inclinación hacia el arte; siempre había sido un poco soñador y era el perfecto ejemplo de la imagen que se forjan los burgueses de lo que es un bohemio. Se trasladó a Francia en 1947, a la edad de 26 años, con el fin de estudiar arte y se vio arrastrado por azar al *Hamossad La'aliya*, o simplemente *Aliya*, la organización secreta a cuyo cargo corría la introducción de judíos en Israel sin el conocimiento de las autoridades británicas. A partir de aquel momento se entregó a ambas aficiones con análogo entusiasmo y hasta llegó a encontrar el medio de combinar ambas cosas: pintaba a los judíos a los que ayudaba a dirigirse a Israel.

Al nacer el Estado de Israel siguió pintando y trabajando al mismo tiempo como representante de los Servicios de Seguridad israelíes. Adquirió fama —no como agen-

te secreto sino como pintor— y algunos de sus cuadros se exponen en países hostiles a Israel.

Poseía unas dotes naturales que le capacitaban para la labor de espionaje y gracias a ello podía concentrarse en su quehacer artístico, que interrumpía de vez en cuando para prestar atención a sus demás tareas. Su fértil imaginación, su capacidad de improvisación, su dominio de varios idiomas y su conocimiento de la cultura y costumbres de muchos países le convirtieron en uno de los más destacados profesionales de dichos Servicios.

En la época en que yo me reuní con el doctor Shinar, Shaul estaba llevando a cabo una prolongada misión en Europa. Le telegrafié que acudiera a Tel Aviv y pocos días más tarde se encontraba sentado en mi despacho.

—Quiero encomendarle ciertas investigaciones relacionadas con Eichmann —le dije.

Nervioso y emocionado, tardó un poco en responder. Me miró de manera inquisitiva, como tratando de averiguar si efectivamente hablaba en serio.

—¿Acaso está vivo Eichmann? —preguntó al final.

Le hablé del doctor Bauer y de la información que éste había facilitado a Shinar.

A Shaul se le iluminaron los ojos. Estaba doblemente emocionado por el hecho de que se pudiera dar con Eichmann y porque tal vez él mismo pudiera jugar un papel en la operación.

—Se sabe —proseguí— que Bauer es un hombre de juicio equilibrado que maneja el asunto con extremada seriedad. Nuestra misión consistirá en investigar concienzudamente la información que nos facilite.

Shaul Darom llegó a Colonia el 6 de noviembre de 1957 y se presentó inmediatamente ante el doctor Shinar. Al día siguiente, ambos se dirigieron a casa de Bauer, donde Shinar les presentó y les dejó solos.

Shaul examinó a aquel hombre pensando que el fondo más adecuado para su retrato sería un libro y una espada. Bauer daba la impresión de ser un hombre enérgico y excitable. Dirigió a Shaul una penetrante mirada con sus serenos ojos grises.

—Antes de iniciar nuestro tema —dijo Shaul—, permítame decirle que le agradecemos mucho que acudiera a nosotros. Puedo asegurarle que haremos cuanto esté en nuestras manos para que Eichmann sea juzgado ante un tribunal de justicia adecuadamente constituido.

—En realidad, soy yo quien debería darles las gracias a ustedes por su rápida respuesta —dijo Bauer—. Estaba seguro de que serían los únicos que estarían dispuestos a actuar. Creo que esta vez estamos sobre la pista de Eichmann. Parece ser que la información es fidedigna.

—En realidad —dijo Shaul—, ésta era nuestra primera pregunta: ¿podemos fiarnos de la fuente de su información?

—Es un hombre que dice ser medio judío, un alemán de nacimiento que reside actualmente en la Argentina. De momento, no revelaremos su nombre. Debo reconocer que no le conozco personalmente sino sólo por carta. Inició la correspondencia cuando escribió a las autoridades alemanas tras haber leído en los periódicos que el nombre de Adolf Eichmann había sido mencionado en el juicio seguido contra otro criminal de guerra, en cuyo transcurso se señaló que Eichmann había desaparecido. Sospecho que sabe más de lo que está dispuesto a revelar en estos momentos —prosiguió Bauer—. Nos ha enviado la dirección de Eichmann: calle Chacabuco 4261, Olivos, Buenos Aires, pero no nos ha comunicado cuál es el nombre que utiliza.

—¿Sabe usted algo acerca de este hombre? —preguntó Shaul—. Porque, en tal caso, quizá pudiéramos averiguar la clave de su comportamiento.

—No, no sé más que lo que él me ha dicho. Es posible que tema ser objeto de represalias y que considere que corre menos peligro facilitando solamente una parte de la información —repuso Bauer—. En cualquier caso —prosiguió—, algunos de los detalles que ha facilitado concuerdan con los hechos que se saben con toda certeza acerca de Eichmann como, por ejemplo, ciertos pormenores acerca de los hijos que nacieron antes de su desaparición, el supuesto segundo matrimonio de su esposa Vera, etc. Hemos comparado estos detalles con el material de que se dispone en Alemania y comprobamos que responden a la verdad.

—Si no me equivoco —dijo Shaul—, no es la primera

información acerca de la huida de Eichmann a América del Sur.

—En efecto. Varias fuentes de dudosa seriedad han señalado que en 1947 ó 1948 Eichmann llegó a la Argentina y se fue a vivir a algún lugar del sur. El hecho de que estas últimas noticias concuerden con las anteriores informaciones resulta para nosotros alentador. Probablemente consiguió obtener documentación argentina y más tarde debió de trasladarse a vivir a Buenos Aires.

—¿Y qué me dice de su esposa e hijos? —preguntó Shaul.

—Lo único que sabemos de ellos es que abandonaron Alemania después que él. Al principio corrió el rumor de que Vera Eichmann había conocido a un norteamericano en Alemania y se había casado con él, pero desde entonces nada se ha vuelto a saber de ella. Han fracasado todos los intentos de averiguar algo a través de su familia en Europa y yo creo que el supuesto segundo marido era el propio Adolf Eichmann. Pero eso —añadió el doctor Bauer— no son más que conjeturas sin el menor fundamento.

—Es posible que otro criminal de guerra contrajera matrimonio con Vera tras abandonarla su marido y que éste sea el hombre que conviva con ella en el domicilio que a usted le han facilitado —dijo Shaul como reflexionando en voz alta.

—Se trata de una posibilidad que no podemos pasar por alto —dijo Bauer—. Pero, tal como yo veo el asunto, tenemos muchas probabilidades de encontrar al propio Eichmann desempeñando el papel de segundo marido de Vera.

Mientras proseguía la conversación, Shaul coligió que el plan de Bauer era que nosotros diéramos todos los pasos necesarios, utilizando nuestros propios medios con el fin de averiguar el nombre y la verdadera identidad del hombre que vivía en el domicilio que nos había indicado. Caso de que lo lográramos, enviaría a la Argentina a un hombre que conocía a Eichmann y que estaría en condiciones de identificarle. Si el hombre confirmaba la identificación, Bauer ejercería presión con el fin de que Alemania Occidental solicitara de las autoridades argentinas la extradición de Eichmann. Pero no se hacía demasiadas

ilusiones en lo relativo a obtener la extradición. Opinaba que la presión tendrían que ejercerla conjuntamente Alemania Occidental e Israel y que sería necesario movilizar a la opinión pública —sobre todo en los Estados Unidos— con el fin de inducir a las autoridades argentinas a conceder la extradición del criminal.

El problema de la extradición también me preocupaba a mí y por este motivo le había rogado a Shaul que intentara —con suma cautela— averiguar cuál era la actitud de Bauer a este respecto.

—Es muy probable —le dijo a Bauer— que, aunque consigamos demostrar que este hombre es efectivamente Eichmann, tropecemos con dificultades insalvables en nuestro intento de obtener su extradición y que, al final, en lugar de conseguir que sea sometido a juicio, le demos la oportunidad de esfumarse de nuevo y de borrar sus huellas con mayor eficacia que antes.

—Yo también estoy preocupado —dijo Bauer pensativo— y no descarto la posibilidad de que sean ustedes quienes le conduzcan a Israel por sus propios medios.

Darom se sorprendió de la valentía implícita de estas palabras. Si hubiera hecho falta alguna otra demostración de la integridad de Bauer, ya la tenía.

—Muy bien, pues —dijo enérgicamente en un intento de ocultar la emoción que le embargaba—, para empezar, iniciaremos una investigación acerca de la identidad del hombre de la Argentina..., lo cual no será tarea fácil. Sólo cuando lo hayamos conseguido podremos empezar a estudiar la situación legal y la posibilidad de una petición de extradición. Si tropezamos con problemas, haremos todo lo posible para asegurarnos de que Eichmann sea sometido a juicio. Pero la principal consideración que tendrá que presidir nuestra labor será la certeza absoluta de que, en cuanto Eichmann averigüe que le han localizado, huirá de nuevo inmediatamente.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —dijo Bauer.

Shaul solicitó copias de todos los documentos que pudieran serle útiles en la localización e identificación de Eichmann, y Bauer le prometió facilitarle todo el material al cabo de dos horas. Le entregó a Shaul fotocopias de documentos que contenían información acerca de la vida de Eichmann, copias de borrosas fotografías de éste y su

esposa tomadas a finales de los años treinta o principios de los cuarenta, detalles personales acerca de la vida de ambos, la fecha de su matrimonio y la de los nacimientos de los tres hijos nacidos en Alemania, así como detalles de la carrera de Eichmann en las *SS* (la *Schutzstaffel*, policía de seguridad militar nazi) hasta el año 1944. El último documento iba acompañado de una fotografía ligeramente más nítida que las demás. El detalle final que le facilitó Bauer a Shaul fue el de que Eichmann tenía una voz estridente y era muy aficionado a la bebida y las mujeres.

Al término de la conversación Shaul preguntó qué otra persona estaba al corriente del contacto entre ambos acerca de este asunto. Bauer contestó que sólo un hombre sabía que había recurrido a los israelíes, un hombre íntegro que gozaba de muy buena reputación.

Shaul permaneció en Europa tras haber sostenido esta conversación y me informó de ella por escrito. Acerca de la personalidad de su anfitrión escribió lo siguiente:

> En cuanto a Fritz Bauer, lo único que puedo hacer es confirmar la opinión y la impresión del doctor Shinar en el sentido de que es un hombre honrado de ardiente corazón judío, que ha recurrido a nosotros para que este asunto no sea desechado o dejado de lado por falta de medios o por no desear vernos envueltos en un problema difícil y delicado, e incluso desagradable, dadas las condiciones políticas que reinan en Alemania. Intuyo que se siente decepcionado por la actual situación alemana y tengo la impresión de que no está satisfecho de haber decidido reanudar su actividad pública en una Alemania semejante.

2

Era necesario ahora enviar a un agente a la Argentina.

La negativa de Bauer a revelar el nombre de su informador obstaculizaba gravemente el desarrollo de las investigaciones. Si hubiéramos podido reunirnos con aquel hombre y formarnos una opinión acerca de su honradez, averiguar de sus labios lo que sabía y comprobar sus conclusiones, nuestras perspectivas de éxito hubieran sido considerablemente mayores. Pero, dadas las circunstancias, lo único que podíamos hacer era someter a examen la casa del número 4261 de la calle Chacabuco, de Olivos, Buenos Aires.

Le encomendé la misión a Yoel Goren, un experto agente de operaciones que, antes de incorporarse a los Servicios, había vivido mucho tiempo en países latinoamericanos en calidad de representante de una empresa privada, razón por la cual estaba todavía en condiciones de hablar un poco de español. En enero de 1958 emprendió viaje con destino a Buenos Aires. No me hacía muchas ilusiones sobre las perspectivas de éxito de un hombre solo, que trabajaría en un lugar desconocido con escaso dominio del idioma. Antes de que se marchara, le advertí que no hiciera nada susceptible de atraer la atención hacia nuestro interés por la casa y sus inquilinos. Sabía que cualquier paso en falso, cualquier actividad injustificada alrededor de la casa o sus inquilinos serviría como

señal de advertencia para el hombre que buscábamos.

Para facilitar un poco la complicada tarea de Goren, le dije a éste que podía recabar la ayuda de Menashe Talmi, un israelí que estaba llevando a cabo unos estudios acerca del asentamiento de los judíos en Argentina. Menashe había nacido en una de las más antiguas colonias de Israel y se había pasado muchos años soñando con llevar a cabo este tipo de estudios. Había ganado una beca y ello le permitió pedir la excedencia en el organismo oficial en el que estaba empleado. Talmi era un hábil lingüista capaz de expresarse con fluidez en más de diez idiomas. Dominaba perfectamente el español. Estaba familiarizado con las costumbres del país y, dado su carácter sociable, había conseguido hacer muy buenas amistades en Buenos Aires. Sin embargo, le advertí a Goren que, a pesar de su afición a sostener largas conversaciones y poseer un excelente sentido del humor, Talmi no era un hombre muy práctico. Menashe Talmi se puso sin vacilar a la disposición de Goren.

Olivos es un suburbio situado al norte de Buenos Aires. Las casas de vacaciones y las lujosas residencias ocupan la zona más cercana al Río de la Plata y cuanto más se aleja uno de las márgenes del río tanto más humildes van siendo las viviendas, en buena parte casas de una sola planta con pequeños jardines. El barrio se halla unido al centro de la ciudad mediante el ferrocarril General Bartolomé Mitre. La mayoría de sus habitantes —muchos de los cuales son alemanes, entre los que se cuentan algunos que se trasladaron a la Argentina al finalizar la guerra— son obreros que se levantan temprano por la mañana para desplazarse a sus lugares de trabajo en Buenos Aires y regresan a casa por la noche, razón por la cual las calles suelen ser muy tranquilas. Las relaciones entre los habitantes suelen ser extremadamente estrechas y cordiales; prácticamente todo el mundo se conoce y sabe a qué actividad se dedican sus vecinos.

Goren y Talmi efectuaron varios reconocimientos en las proximidades de la casa del número 4261 de la calle Chacabuco y hasta la fotografiaron en secreto. La casa se hallaba rodeada por una valla baja y varios árboles frondosos cubrían con su sombra una extensa zona del patio. La

entrada se encontraba situada a mano derecha de la fachada, pero no consiguieron establecer con seguridad si había alguna otra puerta. La calle no estaba asfaltada y producía una impresión general de pobreza.

No era lógico. Por aquel entonces la gente seguía pensando que los criminales de guerra nazis que habían logrado huir de Alemania gozaban de considerables medios económicos. Según los rumores que circularon durante muchos años, al empezar a tambalearse el Tercer Reich, sus dirigentes se dedicaron a ocultar objetos de valor y elevadas sumas de dinero en distintos escondrijos, tanto dentro como fuera de Alemania, y este tesoro se utilizó para contribuir al sostenimiento y a la financiación de las actividades de los nazis que se habían ocultado en la clandestinidad. En cuanto a Eichmann, se suponía que al huir había conseguido llevar consigo una crecida suma de dinero procedente de los saqueos de que habían sido víctimas los judíos de Europa. Sabíamos que era arrogante, jactancioso y amante de los placeres. Aquel humilde sector del barrio de Olivos, aquella calle sin asfaltar y aquella sencilla casita no encajaban en modo alguno con la imagen que nos habíamos forjado de la vida de un oficial de las *SS* de la categoría de Eichmann.

Por la apariencia de ese lugar, Goren llegó a la conclusión de que no era posible que Adolf Eichmann viviera allí y empezó a hacer pesquisas acerca de los componentes de la colonia alemana de la Argentina con la esperanza de poder averiguar algo sobre Eichmann. Junto con Talmi, consiguió obtener gran cantidad de importante información, pero no había nada que nos aproximara a nuestro objetivo.

El informe que me facilitó Goren al regresar de la Argentina constituyó para mí motivo de gran decepción. La evidente conclusión a la que hubiéramos debido llegar era la de que la información que Bauer nos había facilitado carecía de fundamento; sin embargo, yo no lo creía así. Goren había visto en el patio a una mujer fornida y desaliñada pero, a pesar de que su aspecto era europeo, tanto él como Talmi se resistieron a creer que aquella desaseada mujer pudiera ser la esposa de Eichmann.

Yo seguía sin estar totalmente convencido de que fuera imposible que Eichmann y su familia vivieran en aque-

lla casa de la calle Chacabuco. Comprendía, sin embargo, que no podíamos juzgar la validez de la fuente de Bauer sin antes establecer contacto directo con ella. Esperaba que, cuando se enterara de los negativos resultados de la misión de Goren, Bauer cambiara de postura y accediera a nuestra petición de un encuentro personal con su informador.

Shaul Darom estaba a punto de finalizar su misión en Europa y se disponía a regresar a Israel cuando le comuniqué el resultado de las investigaciones de Goren y mi opinión, rogándole que se reuniera de nuevo con Bauer.

Se reunieron en Francfort el 21 de enero de 1958. Bauer comprendió perfectamente nuestra situación y accedió a comunicarnos la identidad de su fuente. Además, escribió una carta de presentación que debería entregar la persona que enviáramos. En una hoja aparte anotó el nombre y dirección de su informador: Lothar Hermann, Coronel Suárez, provincia de Buenos Aires.

Yo opinaba que podríamos evitar riesgos y librarnos de preocupaciones si nuestro representante se presentaba no como israelí sino como un enviado del doctor Bauer. El candidato tendría que hablar alemán y ser un experto en la técnica de la identificación, dado que tendría que establecer si el hombre indicado por Lothar Hermann era efectivamente Adolf Eichmann.

Quiso el azar que la policía estuviera a punto de enviar a América del Sur a Efraím Hofstaetter, uno de sus mejores investigadores, con el fin de que llevara a cabo una investigación criminal con conexiones israelíes. Con la autorización del inspector general de las fuerzas de policía israelíes, me puse en contacto con Hofstaetter, le expliqué de qué se trataba y le pregunté si, una vez finalizadas sus investigaciones oficiales, accedería a encargarse de aquella misión en mi nombre. Accedió sin vacilar. Hofstaetter no era muy versado en la historia del Holocausto, a pesar de que los nazis habían asesinado a sus padres y a una hermana suya. No obstante, había oído hablar de Eichmann y sabía que aquel hombre había sido uno de los encargados de llevar a cabo el exterminio de los judíos europeos y era uno de los criminales de guerra más buscados.

Le facilité todo el material de que disponíamos sobre Eichmann junto con detalladas instrucciones acerca del desempeño de la misión. Le dije ante todo que su impresión personal de Lothar Hermann revestiría una importancia decisiva. ¿Es un hombre serio? ¿Inspira confianza? ¿De dónde procede su información acerca de Eichmann? ¿Cuáles son sus móviles? ¿Qué otra cosa sabe? Subrayé la necesidad de averiguar cualquier tipo de detalle susceptible de contribuir a la identificación de Eichmann: datos personales acerca de él y de su familia, fotografías recientes, etc. Añadí que las huellas dactilares del presunto Eichmann constituirían un medio extremadamente valioso de identificación. (No sabía por aquel entonces que ni en Alemania ni en ninguna otra parte se disponía de las huellas dactilares de Eichmann.)

Hofstaetter destacó por su parte la necesidad de actuar con suma cautela dado que, si la información era auténtica y si Eichmann se percataba de que le perseguían, lo más probable era que se esfumara sin dejar rastro. Suponíamos que, al cabo de tantos años de tranquilidad, no era muy probable que estuviera prevenido. Aun así, no debíamos hacer nada susceptible de despertar sus sospechas.

Hofstaetter aceptó la carta de presentación del doctor Bauer a Hermann y yo le recordé que debería identificarse como un representante de las autoridades alemanas que llevaba algún tiempo viviendo en el extranjero..., lo cual contribuiría, además, a explicar su acento.

Dado que no deseaba que la familia de Hofstaetter estuviera al corriente de la naturaleza de su misión, tomamos las necesarias medidas para que su correspondencia personal se enviara a través de un tercer país. Le pedimos a Menashe Talmi que ayudara a Hofstaetter del mismo modo que había ayudado a Goren. Antes de su partida, le dije a Efraím que, si lograba identificar positivamente a Eichmann, tal vez efectuara un segundo viaje a la Argentina.

3

Hasta en las más minuciosas instrucciones puede olvidarse a veces algún importante detalle. Hofstaetter tuvo ocasión de comprobarlo al llegar a Buenos Aires tras completar su misión oficial vestido con ropa de invierno. Nadie pensó en advertirle de que tal vez llegara en pleno verano argentino. Empapado en sudor, acudió a ver a Talmi y sólo tras haberle contado Menashe algunos de los chistes que tenía reservados para sus nuevas amistades, empezó Efraím a superar su mal humor.

Menashe Talmi le dijo que Coronel Suárez era una ciudad situada a unos cuantos cientos de kilómetros al suroeste de la capital en la que cualquier forastero atraería inevitablemente la atención. Sería mejor, por tanto, que Hofstaetter invitara a Hermann a Buenos Aires. Hofstaetter envió a Hermann un telegrama en alemán mencionándole el nombre de Bauer y explicando que se hallaba realizando una breve visita a la Argentina y le interesaría mucho verle. Le sugería que acudiera a la capital o bien a cualquier otra importante ciudad cercana.

La respuesta no se hizo esperar: «No le conozco. Si desea usted hablar conmigo, tendrá que venir aquí». Hofstaetter le envió a Hermann otro telegrama anunciándole que iría.

Pero los recelos empezaron a cundir en él. Estaba a punto de emprender un viaje hacia una ciudad distante

de la capital con el propósito de reunirse con un hombre del que no sabía nada. ¿Cómo podría saber que no se trataba de una trampa? Menashe compartía sus temores y creía, además, que a Efraím le resultaría difícil orientarse en aquel lugar sin hablar español. Se desplazarían juntos a Coronel Suárez.

El tren del atardecer en el que emprendieron el viaje les hizo recordar en cierto modo una vieja película de vaqueros norteamericana. Tras un agotador viaje nocturno, llegaron a Coronel Suárez a las nueve de la mañana y en la anticuada y vieja estación preguntaron a qué hora salían los trenes con destino a la capital. Sólo había en aquella línea un tren de pasajeros al día, que salía por la tarde.

El plan era que Hofstaetter acudiera solo al domicilio de Hermann y dos horas más tarde Talmi le esperaría en un taxi cerca de la casa. Si Efraím no aparecía transcurrido un razonable período de tiempo, Talmi iría en su busca.

De la estación partía una larga calle —que daba la impresión de ser la única de la ciudad— flanqueada a ambos lados por casas de una sola planta. Llamaron un taxi —un antiguo modelo norteamericano— y le indicaron la dirección al taxista. Hubieran podido ir a pie ya que resultó que la casa en cuestión sólo se encontraba a tres minutos de la estación. Efraím descendió y Menashe siguió en el taxi.

Todo en la ciudad parecía viejo, incluso la casa de Hermann. Hofstaetter llamó a la puerta. Le abrió un hombre bajo y delgado, de unos cincuenta años, con el cabello entrecano. Su aspecto, su vacilante forma de andar y la lentitud de sus movimientos resultaban extraños. En presencia de aquel hombre Hofstaetter empezó a experimentar una sensación de inquietud.

—Buenos días. Por favor, ¿es aquí la casa del señor Hermann? —preguntó.

—Sí, soy Lothar Hermann. ¿En qué puedo servirle?

—Me llamo Karl Huppert —repuso Hofstaetter—. Le envié un telegrama desde Buenos Aires diciéndole que iba a venir.

—Ah, sí —dijo Hermann—. Tenga usted la bondad de pasar.

El saloncito aparecía escasa y pobremente amueblado: un viejo aparador con puerta de cristal, una mesa y unas cuantas sillas sencillas. La fina intuición de un experto agente de policía le dijo a Hofstaetter que algo andaba mal en aquella casa, aunque de momento no estuviera en condiciones de establecer de qué se trataba. Hermann le invitó a tomar asiento pero no se molestó en disimular sus recelos.

—Perdóneme, señor Huppert —dijo—, pero jamás había oído hablar de usted. ¿Quién es usted en realidad?

—Me he pasado mucho tiempo viviendo en Norteamérica y el Canadá como representante de las autoridades alemanas y he venido a verle en nombre de éstas —repuso Hofstaetter.

—¿Cómo puedo saber que me dice usted la verdad? Cualquiera podría afirmar lo mismo. Y, además, ¿qué tienen estas autoridades que ver conmigo?

—Señor Hermann, por muy comprensibles motivos, prefiero no revelarle demasiadas cosas acerca de las personas que me han enviado. Permítame, sin embargo, recordarle su correspondencia con el doctor Fritz Bauer de Francfort, fiscal de la provincia de Hesse, acerca del criminal de guerra nazi Adolf Eichmann. Bauer le escribió a usted el veintiuno de enero para informarle de que enviaría a alguien a fin de que hablara con usted en su nombre. Traigo una carta de presentación del doctor Bauer, escrita en aquella misma fecha. Aquí está, como puede usted ver.

La carta que ofrecía su mano extendida quedó colgando en el aire. Hermann no le hizo el menor caso. La inquietud de Hofstaetter fue en aumento.

Hermann levantó súbitamente la voz y dijo en dirección a la puerta:

—Entra, cariño, entra.

Una mujer de mediana edad apareció junto al dintel.

—Sí, Lothar —dijo la mujer.

—Señor Huppert —dijo Hermann—, ésta es mi esposa. Te presento al señor Huppert, cariño. Trae consigo una carta del fiscal de Francfort. Tómala, por favor, y léela en voz alta.

«¡Es ciego, no vio mi mano extendida!», pensó Hofstaetter y sus recelos se esfumaron de inmediato. Tendría que procurar disimular su asombro y alivio.

—Aquí tiene usted la carta, señora Hermann —dijo al levantarse para entregársela

—Siéntese, por favor —dijo la mujer—. Si no le importa, le leeré la carta a mi marido: «El portador de esta carta es la persona cuya visita le anuncié en mi carta de esta misma fecha. Hablará con usted acerca del tema de nuestra correspondencia. Sinceramente suyo, doctor Bauer».

Hofstaetter observó que en el rostro de su anfitrión se dibujaba una sonrisa.

Al cabo de un momento, la esposa añadió:

—La firma pertenece sin duda al doctor Bauer.

Se trataba, al parecer, del acostumbrado ritual entre ambos. Se había roto el hielo.

—Tráenos algo para beber, cariño —dijo Lothar alegremente. La mujer salió de la habitación y Lothar se dirigió a Hofstaetter—. Yo también llevaba a cabo investigaciones cuando era todavía un joven abogado. Pero cuando Hitler ascendió al poder todo cambió. Mis padres fueron asesinados por los nazis y yo conocí también en carne propia los horrores de los campos de concentración. Por mis venas corre sangre judía, pero mi mujer es alemana y nuestra hija ha sido educada según las creencias de su madre.

Al principio, Hofstaetter se imaginó que se trataba de un intento de tantearle en relación con la «cuestión judía» y decidió no hacer comentario alguno.

—No crea que me he encargado del asunto Eichmann por un deseo de servir a Alemania. Sólo me ha movido el propósito de desquitarme de los criminales nazis que tanta angustia y sufrimientos nos causaron a mí y a mi familia. Por este motivo, no deseo siquiera que se me recompense ni que se me gratifique de ningún modo por mis esfuerzos.

—¿Cómo descubrió usted la pista de Eichmann? —preguntó Hofstaetter.

—Digamos que fue una combinación de suerte y habilidad analítica.

—¿Quiere tener la amabilidad de explicarse?

—Con mucho gusto —repuso Hermann—. Tengo una hija, una muchacha encantadora que tendrá usted ocasión de conocer porque está al llegar, una muchacha muy juiciosa e inteligente.

—¿Tiene ella algo que ver con el asunto?

—Sí. Hasta hace dieciocho meses vivíamos en Buenos Aires, en el barrio de Olivos. Allí conoció a un joven de unos veintiún o veintidós años llamado Nicolás Eichmann, el cual empezó a salir con ella y visitó nuestra casa en varias ocasiones. Como es lógico, no sabía que tengo sangre judía... ni tampoco que la tuviera mi hija, claro. Desde que vivimos en la Argentina se nos ha considerado alemanes a todos los efectos. Por este motivo, Nicolás hablaba con nosotros con toda libertad. Una vez, al centrarse la conversación en el destino de los judíos en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, dijo que hubiera sido mejor que los alemanes hubieran llevado a término su labor de exterminio. En otra ocasión dijo que su padre había sido oficial del ejército alemán durante la guerra y que había cumplido con su deber para con la patria. Un día mi esposa le preguntó que cómo era posible que su acento no fuese típico de ninguna región sino que reflejara la influencia de muchos dialectos. Él contestó que durante la guerra su padre había servido en distintas regiones y que su familia solía acompañarle en sus viajes, razón por la cual nunca habían permanecido el suficiente tiempo en una zona como para adquirir las características idiomáticas locales.

Hofstaetter guardó silencio unos instantes y después dijo:

—Tengo entendido que el juicio de un criminal de guerra en Alemania tuvo algo que ver con su interés en este asunto.

—Sí, debo decir que aquel juicio me dio que pensar. Un día, mi esposa (o tal vez fuera mi hija) leyó un reportaje en un periódico acerca del juicio de un criminal de guerra en Francfort. En el transcurso de dicho juicio se había mencionado el nombre de Adolf Eichmann calificándose a éste de la principal figura de los asesinatos en masa. Al escuchar el nombre, cruzó por mi cerebro un pensamiento: este Nicolás Eichmann que tanto lamenta que los nazis no consiguieran eliminar a todos los judíos

tiene que ser el hijo de Adolf Eichmann, el oficial del ejército que, según su hijo, «había cumplido con su deber para con la patria». Entonces escribí sin vacilar al fiscal de Francfort expresándole mis sospechas. Siguió un intercambio de correspondencia y él me pidió que profundizara en las investigaciones y hasta me facilitó distintos datos acerca de Eichmann, incluida una descripción personal. Poco después, el fiscal de Hesse fue trasladado a otro destino, siendo sustituido por Fritz Bauer, con quien proseguí la correspondencia que había iniciado con su antecesor.

—¿Y qué investigaciones llevó usted a cabo para comprobar sus sospechas? —preguntó Hofstaetter.

La segunda parte de la pregunta no la expresó en voz alta: «¿Y cómo pudo un ciego emprender semejante investigación?»

—A petición de Bauer, regresé a Buenos Aires dos veces en un intento de descubrir dónde vivía la familia Eichmann y conocer al cabeza de familia. Mi hija me acompañó en ambos viajes. Fue entonces cuando recordamos un episodio al que no habíamos atribuido importancia alguna al principio: mi hija y Nicolás mantuvieron correspondencia desde que nos habíamos trasladado a vivir aquí, pero él jamás le dijo dónde vivía y le pidió que enviara las cartas al domicilio de un amigo común. Como es lógico, este detalle aumentó nuestras sospechas.

Entonces se escuchó una voz.

—¡Buenos días, papá!

Una agraciada joven de unos veinte años entró en la habitación en compañía de la señora Hermann, que traía una bandeja con dos tazas de té.

—Señor Huppert, le presento a mi hija —dijo Hermann y, dirigiéndose a la muchacha, añadió—: Me alegro de que hayas venido. El señor Huppert se interesa por la familia Eichmann. Dile cómo encontraste su casa y a quién viste allí. Puedes hablarle en inglés. —Se dirigió a Hofstaetter y dijo—: Dentro de dos meses se irá a estudiar a una universidad norteamericana.

—Papá ya le habrá contado —empezó diciendo la joven— que Nick jamás me había dicho dónde vivía. Cuando regresamos a Buenos Aires le pedí a un amigo que me ayudara a encontrar la casa. Llamé a la puerta y me abrió una mujer. Le pregunté en alemán si aquélla era la casa

de la familia Eichmann. Tardó un poco en contestarme y durante esta pausa apareció un hombre que se quedó de pie a su lado. Le pregunté si Nick estaba en casa. Me dijo que no, que Nick hacía horas extraordinarias. Le pregunté si él era el señor Eichmann. No me contestó. Entonces le pregunté si era el padre de Nick. Dijo que sí pero tras haber vacilado un buen rato.

—¿Está usted segura de que vaciló? —preguntó Hofstaetter—. Y, a propósito, ¿advirtió usted algo especial en su forma de hablar?

—Estoy segura de que vaciló. Y su voz era desagradable y estridente, tal como nos la había descrito el fiscal de Francfort en una de sus cartas.

—¿No cree que la carta pudo influir en su opinión de que la voz fuera estridente?

—No, estoy completamente segura de que fue una impresión objetiva.

Hofstaetter no se sentía excesivamente convencido y siguió presionándola con preguntas acerca de la familia. La muchacha dijo que los Eichmann tenían cinco hijos, tres nacidos en Alemania y dos en la Argentina. Dijo —y su padre lo confirmó— que las edades de los tres hijos mayores coincidían con la información que les había facilitado el fiscal en su carta. Después describió la casa del número 4261 de la calle Chacabuco, lo cual no aportó, como es lógico, nada nuevo.

—Debo manifestarle —dijo Hermann— que todo lo que le estamos revelando ya se lo hemos comunicado con anterioridad al fiscal de Francfort. Sólo le pedí a éste que se encargara de que me reembolsaran los gastos, dado que no estoy en condiciones de poder permitirme este lujo.

La señora Hermann le interrumpió por primera vez.

—Bastante me asusta todo eso para que encima tengamos que pagar de nuestro propio bolsillo. Como madre, era lógico que deseara averiguar algo acerca del joven que cortejaba a mi hija. No conozco a sus padres, pero me dice el corazón que hemos tropezado con la familia del criminal Adolf Eichmann. Y le doy mi palabra, señor Huppert, no estoy nada tranquila.

—No espero recompensa alguna —añadió el marido—, pero creo que sería justo que me reembolsaran los 120 ó 150 dólares que me han costado los viajes a Buenos Aires.

Tal como ya le he dicho, escribí a Francfort a este respecto, pero no recibí respuesta directa. Lo único que me dijeron es que vendría alguien a verme.

—No conocía este aspecto del problema, señor Hermann —dijo Hofstaetter—. Me pondré en contacto con mis superiores para solucionar este asunto, pero me temo que tendrá usted que esperar algunas semanas.

—Espero sinceramente que se arregle cuanto antes —insistió Hermann—. Y creo, además, que he hecho un buen trabajo y que no cabe dudar acerca de la identidad de este hombre... Es Adolf Eichmann con toda certeza.

—Lo que usted dice es muy convincente —dijo Hofstaetter—, pero no constituye una identificación definitiva. Es posible que Vera Eichmann contrajera nuevo matrimonio (han corrido muchos rumores a este respecto) y que sus hijos sigan utilizando el apellido de su padre.

—Creo que Eichmann debió de someterse a una operación de cirugía estética y que por eso cuesta un poco identificarle comparándolo con antiguas fotografías. Y en cuanto a Vera Eichmann, tal vez sea cierto que se casó de nuevo, pero en tal caso volvió a casarse con su primer marido y no con otro hombre.

Hofstaetter intentó explicarle la delicadeza de la situación en que se encontraba.

—Tal vez esté usted en lo cierto, pero quizá se equivoque. Debe comprender que no es necesario disponer de pruebas definitivas que no dejen lugar a ninguna duda para que podamos dar algún paso práctico.

—Estoy seguro de que conseguiré aportar las pruebas que necesita —dijo Hermann—. Conozco el barrio y sus habitantes y puedo trabajar con más eficacia y seguridad que cualquier persona que venga de fuera. Por consiguiente, quisiera sugerirle que trabajara exclusivamente a través de mí. No hará falta que le recuerde que cualquier intento de identificar a Eichmann por medio de una acción directa corre el peligro de despertar sus sospechas e inducirle a ocultarse. Hay que actuar con la máxima cautela.

Hofstaetter asintió.

El ciego siguió hablando.

—Debo advertirle también en contra de todo el personal de la embajada alemana en Buenos Aires. Si averi-

guan que Eichmann ha sido localizado, no me cabe la menor duda de que alguien de allí correrá a avisarle del peligro que corre. Me atrevo a afirmar incluso que lo mismo puede decirse en relación con cualquier alemán que pertenezca al Servicio Secreto en todo lo que tenga algo que ver con los criminales de guerra nazis.

En su papel de Huppert, Hofstaetter se sintió en la obligación de defender a las autoridades de «su» país:

—Exagera usted, señor Hermann, desorbita un poco las cosas.

—Pues, aún hay más —prosiguió Hermann—. Le digo que Eichmann dispone de considerables medios. Es también dueño de un jeep.

Llegados a este punto, Hofstaetter comprendió que Hermann ya le había facilitado toda la información de que disponía y decidió ir al grano.

—Señor Hermann —dijo—, quiero explicarle lo que necesitamos para identificar definitivamente a este hombre: su nombre actual, su lugar de trabajo, detalles acerca de su vehículo, una fotografía como la que figura en su documento de identidad y cualquier otro documento oficial sobre el que podamos echar mano. Y, sobre todo, me gustaría obtener sus huellas dactilares dado que constituyen un medio infalible de identificación.

—Tengo muchos amigos en Olivos y estoy relacionado con las autoridades locales. No me será difícil obtener las cosas que me ha enumerado usted —repuso Hermann—, pero es evidente que tendré que desplazarme de nuevo a Buenos Aires junto con mi hija y que tendremos que permanecer allí una semana. Ello exigirá nuevos gastos con los que yo no puedo correr.

—Le he dicho que me encargaría de que le pagaran el dinero que ya ha gastado y también me encargaré de que se le reembolsen los futuros gastos. Es más, le aconsejo que no haga nada hasta recibir la primera cantidad. De todos modos, queda claro que, cuando llegue el momento, estará usted dispuesto a desplazarse a Buenos Aires inmediatamente con el fin de obtener todos los datos de que hemos hablado.

—Por supuesto —dijo Hermann.

—Me gustaría aconsejarle también que dejara de mantener correspondencia directa con Alemania y que envia-

ra todas sus cartas futuras a una dirección que yo le facilitaré —dijo Hofstaetter—. A propósito, ¿tiene usted tarjetas de visita?

—Sí, claro.

—Tal vez fuera conveniente que me entregara unas cuantas firmadas por usted. Adjuntaré una tarjeta a cada una de las cartas que le envíe para demostrarle que proceden efectivamente de mí, aunque vayan firmadas por otra persona.

—¡Excelente idea! —exclamó Hermann admirado.

Hofstaetter se sacó del bolsillo un billete de banco argentino, lo dobló y lo cortó por la mitad con su lima de uñas.

—Le dejo la mitad de este billete. Si alguien acude a usted y le muestra la otra mitad, puede estar seguro de que viene en mi nombre y de que puede confiar en él por completo.

Hofstaetter se miró el reloj: llevaba allí casi dos horas.

La hija de Hermann trajo las tarjetas de visita y ayudó a su padre a firmarlas. Hofstaetter las tomó y se levantó diciendo:

—Le doy las gracias, señor Hermann, por todo lo que ha hecho hasta ahora y por su amable hospitalidad. Tengo que irme, pero seguiremos en contacto según hemos acordado.

—Gracias por venir, señor Huppert. Espero recibir noticias suyas muy pronto.

Hofstaetter se despidió de Hermann, de su esposa y de su hija y salió a la calle. Echó a andar en dirección a la estación y habría recorrido unos cien metros cuando un taxi se acercó al bordillo:

—¿Puedo acompañarle, señor? —le preguntó Talmi en inglés.

En pocos minutos llegaron a la pequeña y destartalada estación y a última hora de la tarde ya se encontraban de regreso en Buenos Aires. Durante el viaje Hofstaetter le contó a Talmi los pormenores de su conversación con Hermann y su familia. No le ocultó su impresión de que aquél era un hombre impetuoso y confiado en exceso y que, de no haber confirmado la esposa y la hija su historia, no hubiera sido muy probable que le creyera. A pesar

de ello, decidió recomendar que se siguiera manteniendo contacto con aquel hombre dado que en modo alguno resultaba peligroso el interés del ciego por la identidad de Eichmann.

Hofstaetter describió con gran detalle en el informe que envió a Israel su encuentro con Hermann. Añadió que había redactado también una carta dirigida a Hermann indicándole que él, Huppert, deseaba que empezara a trabajar cuanto antes y le enviaba 500 pesos (unos 130 dólares) de su propio bolsillo para cubrir los gastos; más adelante, le indicaría la dirección a la que debería enviar la correspondencia. Hofstaetter le entregó la carta y el dinero a Talmi para que éste hiciera llegar a Hermann ambas cosas en cuanto Israel diera el visto bueno; sugería también que, a los pocos días del envío de la primera carta con el dinero, se enviara a Hermann una segunda carta con la nueva dirección y que se alquilara a tal fin un apartado de correos en otro país. Talmi se quedó con algunas de las tarjetas de visita y con la otra mitad del billete de Hofstaetter.

Hofstaetter sugirió en su informe que actuáramos inmediatamente: la hija de Hermann, cuya ayuda consideraba extremadamente importante, emprendería viaje al extranjero dos meses más tarde y, una vez se hubiera ido, era posible que su madre convenciera a Hermann de que se lavara las manos en todo aquel asunto.

4

Hofstaetter regresó a Tel Aviv a mediados de marzo de 1958 y dio los toques finales a su informe de Buenos Aires. Me reuní con él al objeto de que me facilitara ulteriores detalles. Me repitió sus dudas en relación con Hermann y su favorable opinión acerca de la esposa e hija de éste.

Comprendí que teníamos que establecer una distinción entre los hechos propiamente dichos (la mayoría de los cuales procedían no de Hermann sino de su esposa e hija) y la valoración de estos hechos (que procedía exclusivamente de Hermann), cuyo carácter era más bien dudoso...; la referencia, por ejemplo, a la operación de cirugía estética carecía de todo fundamento. No obstante, el punto de partida era el mismo y no podíamos desecharlo.

No había ningún motivo para suponer que Hermann hubiera colaborado con su esposa en la invención de una historia imaginaria. ¿Por qué iban a hacer tal cosa? ¿Qué motivo podía tener toda una familia para embarcarse en una aventura disparatada que, por si fuera poco, era peligrosa? Su historia era muy racional: un joven, aunque sea el hijo de Eichmann, suele hablar libremente con sus amigos acerca de cualquier tema —incluso el de los judíos— según la forma en que se le haya educado. Pero, al mismo tiempo, era posible que algunas cosas le estu-

vieran prohibidas y que no pudiera traer gente a casa o revelar su domicilio a los desconocidos. ¿Qué había de malo en decirle a una amiga que su padre había sido oficial del ejército alemán y «había cumplido con su deber para con la patria»? Tampoco era insólito que Nicolás Eichmann deseara que ésta le dirigiera las cartas al domicilio de otra persona: tal vez no quisiera que su inquisitiva familia le leyera las cartas. Las observaciones de la señora Hermann también se me antojaban razonables. ¿Qué podía ser más lógico que el deseo de una madre de saber algo acerca del joven con el que salía su hija? La respuesta del joven a la pregunta relativa a su acento y la explicación de que los deberes de su padre habían obligado a la familia a desplazarse con mucha frecuencia de un lugar a otro no podía antojársele sospechosa a una alemana que llevaba diez años o más viviendo en la Argentina y que no tenía por qué recelar. ¿Acaso no habían habido muchos oficiales alemanes que en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial se habían desplazado de un lugar a otro en las distintas zonas de conquista alemanas?

En cuanto a Hermann, tal vez fuera en efecto excesivamente impetuoso y confiado, tal como había señalado Hofstaetter, pero no podía pasarse por alto el hecho de que había hecho gala de mucha perspicacia y de una notable inteligencia al ir relacionando entre sí todos los datos acerca del joven y su familia. Por consiguiente, si su inicial valoración había sido correcta, podría sernos muy útil en la identificación de Eichmann. Si, por otro lado, toda la historia resultaba ser una invención, la empresa no correría ningún peligro aunque dejáramos que él y su familia siguieran adornando su imaginario relato.

Todas estas consideraciones me indujeron a autorizar, en líneas generales, las sugerencias de Hofstaetter. Enviamos un telegrama a Talmi informándole que ya podía enviarle a Hermann la carta con el dinero. Y después dispuse todo lo necesario con vistas al alquiler del apartado de correos que se utilizaría en la correspondencia con Hermann.

Hofstaetter se reintegró a su trabajo en la policía y ya no intervino para nada en la operación Eichmann.

La primera carta de Hermann a la nueva dirección estaba fechada el día 19 de mayo de 1958. En ella acusaba recibo de la carta de Huppert con el dinero e informaba de sus actividades en Buenos Aires y alrededores entre el 8 y el 15 de abril. Decía que había examinado el registro de la propiedad de la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, y que había averiguado que el 14 de agosto de 1947 un tal Francisco Schmidt, súbdito austriaco, había adquirido una parcela en el número 4261 de la calle Chacabuco, de Olivos. Hacia finales de 1947 y principios de 1948 se construyó una casa en la parcela con dos viviendas separadas, una cuya fachada daba a la calle Chacabuco y otra que daba al patio. Hermann averiguó que la compañía eléctrica de Olivos había instalado dos contadores, uno en la vivienda frontal a nombre de Dagoto y otro en la parte de atrás a nombre de Klement o Klements (no encontró nombre de pila anotado). En 1955 Francisco Schmidt vendió una parte de la parcela sin edificar, pero la casa del número 4261 de la calle Chacabuco seguía estando registrada a su nombre.

A la vista de estos hallazgos, Hermann afirmaba sin vacilar:

> Francisco Schmidt es el hombre que buscamos y la descripción personal de Adolf Eichmann que recibimos de Francfort se ajusta a él perfectamente. Según resulta de lo que he podido averiguar, eligió a dos personas al azar y registró los contadores a su nombre. Francisco Schmidt y su familia viven en la parte frontal de la casa y han alquilado la vivienda de atrás a una familia cuya identidad no he podido averiguar, pero que al parecer está al corriente de quién es él. Según lo que he podido comprobar a través de personas que vieron a Francisco Schmidt cuando éste adquirió la parcela, su aspecto se ajusta exactamente a la descripción de Adolf Eichmann. Se dice que Schmidt desembarcó de un submarino alemán en las costas argentinas en 1945. Las mismas fuentes señalan que Schmidt afirma haber resultado herido en el rostro en el transcurso de un accidente. Estos hechos y datos permiten suponer con toda certeza que Francisco Schmidt (que es Adolf Eichmann) de-

bió cambiar de rostro por completo gracias a una operación de cirugía estética.

Tras esta primera parte del informe, que resultaba clara y verosímil, venía una segunda parte que constituía una desagradable sorpresa. La redacción resultaba confusa y contenía material que inducía a abrigar dudas acerca de la primera parte. He aquí lo que Hermann escribió a continuación:

> Tras efectuar ulteriores averiguaciones acerca del asunto Eichmann, que llevé a cabo en Buenos Aires entre los días 13 y 18 de mayo, puedo establecer ahora que, al llegar a la Argentina en 1945, Eichmann se ocultó en el interior del país. Será por tanto necesario seguir su pista hasta allí con el fin de averiguar dónde vivió en aquella época. Debo señalar que las investigaciones en cuestión cubrirán un vasto sector y que deberé emprender numerosos viajes al norte de Argentina con distancias de miles de kilómetros... cosa muy complicada para mí y también muy costosa.

Hermann se refería a continuación al dinero que necesitaba y a la forma de enviárselo, y terminaba diciendo:

> Si usted, o las autoridades, desean el material necesario para llevar adelante el asunto, tendrán que permitirme sostener todos los hilos... Excuso decirles que los gastos serán enormes y que no podré sufragarlos de mi propio bolsillo. Volverán a tener noticias mías en cuanto me contesten y accedan a mis peticiones.

Todo aquello se me antojaba muy extraño: si está tan seguro de su historia y de lo que su hija le contó tras acudir a la casa de los Eichmann y si afirma categóricamente en la primera parte de su informe que Francisco Schmidt es Adolf Eichmann, ¿por qué demonios desea seguir los movimientos de Eichmann tras su llegada a la Argentina en 1945? Es como el cazador que descubre la huella de un animal y, en lugar de seguirla, retrocede para ver de dónde ha venido. Si Hermann ha conseguido

establecer con certeza que Adolf Eichmann es el Francisco Schmidt que vive en un determinado domicilio del barrio de Olivos, lo que ahora debería hacer sería intentar obtener todos los detalles que faltan para la identificación del criminal y sanseacabó. ¿Qué objeto tenía buscar por toda Argentina los lugares en los que Eichmann había estado en otros tiempos? ¿Y por qué exigía Hermann «sostener todos los hilos»?

Se me ocurría pensar en dos posibilidades: o bien la historia de Hermann era un producto de su imaginación desde el principio hasta el final y había sido inventada con un propósito que yo no acertaba a comprender, o bien la historia poseía una base de verdad, pero después, a medida que proseguía sus investigaciones, Hermann se había ido embrollando.

Ordené que se le exigieran explicaciones acerca de las contradicciones que se observaban en su informe. Se le hizo llegar todo el dinero que se le había prometido y, al mismo tiempo, le rogamos a Menashe Talmi que averiguara —pero no a través de Hermann— si había algún motivo en el que pudiera fundarse la suposición de que Francisco Schmidt era Adolf Eichmann.

Una agotadora serie de pesquisas le demostró a Talmi que no era posible que Francisco Schmidt fuera Adolf Eichmann. Ni su aspecto ni los datos relacionados con su familia se ajustaban a lo que sabíamos del criminal. Y, además, a pesar de ser efectivamente el propietario de la casa del número 4261 de la calle Chacabuco, Francisco Schmidt no vivía allí.

Estos hallazgos asestaron un golpe irreparable a la credibilidad de Hermann. A pesar de ello, éste siguió afirmando obstinadamente que Schmidt era Eichmann. No utilizaba el término «suposición» y ni siquiera mencionaba la posibilidad de que Eichmann pudiera ser uno de los dos inquilinos que vivían en la casa, es decir, Dagoto o bien Klement. Una vez hubimos comprobado a través de nuestras averiguaciones que Hermann se había equivocado, empezamos a abrigar dudas respecto de la posibilidad de que Eichmann viviera en el número 4261 de la calle Chacabuco.

En agosto de 1958 ordenamos que se prescindiera gradualmente de nuestro contacto con Hermann. Pero Lothar

Hermann no se dio fácilmente por vencido. A finales de aquel año le envió a Huppert nuevos datos acerca de sus esfuerzos encaminados a encontrar a Francisco Schmidt o a «un hombre que viviera en la Argentina utilizando el apellido de Eichmann». Había averiguado, al parecer, que en el número 4261 de la calle Chacabuco no vivía nadie apellidado Schmidt o Eichmann. Haciéndose pasar por empleado de una empresa de estudios económicos acudió a la oficina de registro de los residentes temporales en Argentina y solicitó información de un tal Adolf o Adolfo Eichmann, nacido en Alemania, y de un tal Francisco Schmidt, nacido en Austria. Afirmó en su solicitud que ambos habían vivido en la casa del número 4261 de la calle Chacabuco en las afueras de Buenos Aires. Y explicó que le había solicitado aquella información un cliente suyo de Alemania con vistas a una transacción inmobiliaria.

A principios de 1959 se le envió a Hermann cierta cantidad de dinero que había solicitado y poco a poco fue reduciéndose la correspondencia que habíamos estado manteniendo con él. Ya nada quedaba de las grandes esperanzas que al principio habíamos depositado en aquel hombre.

Sin embargo, yo no lograba convencerme de que la información de Hermann fuera totalmente falsa. De vez en cuando repasaba el expediente que habíamos preparado acerca de Eichmann y creía que, a pesar de todo, algo tenía que haber de verdad en las palabras de Hermann. Lo que más hubiera deseado analizar era el relato de la hija... que se me antojaba muy convincente. Toda la familia Hermann se mostraba de acuerdo en un detalle: conocían a un joven llamado Nick Eichmann cuya edad y descripción se ajustaban a lo que nosotros sabíamos de Klaus, el hijo mayor de Eichmann. «Klaus» y «Nick» son diminutivos de Nicolás. Y la renuncia de Nick Eichmann a facilitarle a su amiga la dirección en la que vivía bastaba, junto con el dato anterior, para indicarnos una determinada estructura familiar.

Aparte las pruebas que nos había facilitado Hermann, disponíamos de gran cantidad de información —cuya autenticidad no se había comprobado, desde luego— acerca de la presencia de Eichmann en América del Sur. En varios de los informes se citaba específicamente la Argentina. Y Bauer, a pesar de la decepción que había sufrido con Hermann, seguía creyendo que Eichmann se encontraba en la Argentina.

La desaparición de Vera Eichmann y sus hijos de Austria y Alemania también tenía su significado. Si era cierta la teoría según la cual se había vuelto a casar, ¿por qué tenía que ocultar dónde vivía? ¿Por qué los parientes, tanto de ella como de Eichmann, evitaban facilitar información acerca de ella y sus hijos?

Llegué a la conclusión de que debíamos reanudar nuestros intentos de averiguar lo que pudiéramos a través de ambas familias. Puse manos a la obra basándome en la suposición de que era posible que Vera Eichmann mantuviera cierto tipo de correspondencia con su madre y sus hermanas y hermanos. Pensaba, además, que tal vez Eichmann tuviera establecida alguna forma de contacto con su padre en Linz o bien con uno o varios de sus hermanos en Austria y Alemania. Y si efectivamente había un intercambio de correspondencia entre él y sus parientes, cabía la esperanza de poder descubrir alguna pista que nos condujera hasta la familia que estábamos buscando.

Con el propósito de llevar adelante las investigaciones, decidí nombrar una unidad especial dedicada exclusivamente a la búsqueda de los más importantes criminales de guerra... y en primer y principal lugar de Eichmann. El veterano agente Hillel Ankor fue nombrado jefe de la unidad. Todo el material de que se disponía en las distintas instituciones fue entregado a este grupo que, a su vez, distribuyó a varios agentes por Israel y el extranjero con la finalidad de descubrir nuevo material acerca de Eichmann y localizar a personas que estuvieran en condiciones de identificarle.

Nuestros esfuerzos no alcanzaron el resultado apetecido.

La información recibida en septiembre de 1959, que afirmaba que Adolf Eichmann había sido visto en Bad Aussee o Alt Aussee en 1955, 1956 y 1959, resultó carecer de fundamento. A pesar de ello, estaba decidido a no abandonar las investigaciones y consideré necesario estrechar los lazos que nos unían al doctor Bauer con el fin de instarle a no ahorrar ningún esfuerzo susceptible de conducirnos hacia alguna nueva pista.

Y, en efecto, a mediados de 1959 Bauer informó que

había dado con una nueva pista relacionada también con la Argentina. Afirmaba que tanto la información como su fuente eran fidedignas, pero que consideraba necesario efectuar ulteriores averiguaciones antes de transmitirnos los datos. Las averiguaciones llevarían algún tiempo, pero confiaba en que, para cuando visitara Israel a principios de diciembre de 1959, ya pudiera traer consigo los resultados.

Hasta entonces habíamos conseguido desarrollar todas nuestras actividades en secreto y no había nada que pudiera poner a Eichmann sobre aviso en relación con los intentos que se estaban llevando a cabo de descubrir su escondrijo. Sin embargo, el 11 de octubre de 1959 la prensa israelí publicó una noticia sensacional: Eichmann se encontraba en Kuwait trabajando por cuenta de una compañía petrolífera. La información se atribuía al doctor Erwin Schüle, uno de los jefes de la Oficina de Investigación de Crímenes Nazis de Ludwigburg.

Los periódicos se apoderaron de la noticia y tardaron varias semanas en soltarla. Se publicaron reportajes acerca de equipos de investigadores que trabajaban en distintos países en busca de Eichmann. La sensacional noticia trajo consigo numerosas críticas acerca de la falta de acción en el pasado y de la necesidad de que se incrementaran los esfuerzos encaminados a la captura de Eichmann. Y ello a pesar de que el doctor Erwin Schüle negó la afirmación que se le había atribuido y señaló que había recibido simplemente una información sin confirmar según la cual Eichmann había estado, al parecer, en Kuwait, hacía algunos años. Pero no constaba en modo alguno que se encontrara allí en aquellos momentos.

Sin embargo, la oleada de publicidad y las peticiones de acción no cedieron un palmo. Yo no estaba en condiciones de impedirlo sin despertar un interés que en modo alguno era deseable. Era muy posible que la publicidad de la prensa pusiera a Eichmann sobre aviso. Decidí que lo mejor que podíamos hacer en aquellas circunstancias era contribuir a intensificar los rumores según los cuales se encontraba ahora en Kuwait y hasta forjar gran número de detalles falsos para darle a él —y a sus amigos— la impresión de que no se trataba de ninguna investigación en serio. Nada podía hacerse para acallar las

ásperas críticas que se dirigían al gobierno. Lo más adecuado era ampararnos en el silencio.

Pero el silencio no siempre era posible. El 25 de diciembre de 1959 Peretz Bernstein, miembro del *Knesset*, el Parlamento israelí, dirigió una pregunta a la Cámara en el sentido de si el primer ministro estaría dispuesto a dar los pasos que fueran necesarios para contribuir a la captura y castigo legal de Eichmann. Me preguntaron cómo había que contestar a aquella pregunta. Contesté que confiaba en que un hombre como Peretz Bernstein no seguiría insistiendo en que se le respondiera si se le explicaban los esfuerzos que se estaban llevando a cabo.

Mi consejo fue aceptado. Bernstein retiró gustosamente la pregunta.

Las repercusiones de los rumores según los cuales Eichmann se encontraba en Kuwait no habían cesado todavía cuando una turbia oleada de basura antisemita se abatió sobre Alemania difundiéndose por numerosos países de todo el mundo. Al amanecer del día 26 de diciembre de 1959 las paredes de la nueva sinagoga de Colonia aparecieron pintadas con svásticas y letreros antijudíos. Y no se trató de un caso aislado. A los pocos días empezaron a proliferar en otras ciudades de Alemania y de Europa Occidental gran cantidad de svásticas y letreros antijudíos y pro-nazis. Tales incidentes —entre los que se incluían el embadurnamiento de las paredes de instituciones judías y la amenaza contra distintos dirigentes judíos— tuvieron lugar en ciudades tan alejadas entre sí como Melbourne, Nueva York y Buenos Aires.

El alcance mundial de estas pinturas de svásticas y letreros injuriosos provocó gran inquietud en Israel. Es cierto que varios gobiernos habían expresado públicamente su repulsa ante tales actos y que aumentaron la protección policial en torno a las instituciones judías, pero se tenía la impresión de que tales medidas no eran lo suficientemente enérgicas como para detener el avance de aquella aborrecible plaga. La prensa israelí expresó su temor de que una organización internacional antisemita fuera la encargada de dirigir todas aquellas manifestaciones hostiles en distintos países.

La epidemia no daba muestras de ceder y, al final, volvió a aflorar de nuevo a la superficie de los periódi-

cos el nombre de Eichmann. Se decía que era uno de los dirigentes nazis que habían conseguido pasar al extranjero considerables sumas pertenecientes al tesoro del Tercer Reich y que se encontraban actualmente en contacto con un centro antisemita europeo cuyas actividades financiaban.

El 20 de enero, al referirse en el *Knesset* a la oleada de antisemitismo que estaba azotando al mundo, el primer ministro señaló que «uno de nuestros servicios con capacidad para ello» había recibido el encargo de llevar a cabo investigaciones en distintos países acerca de la posible existencia de alguna organización internacional que hubiera intervenido en aquellas manifestaciones.

Las investigaciones que se nos encomendaron no eran incompatibles con nuestros esfuerzos encaminados a la captura de Eichmann sino todo lo contrario. La nueva oleada de nazismo contribuía a conferir a nuestra operación una importancia extrema. No me cabía la menor duda de que la captura de Eichmann y su juicio en Israel constituirían una demoledora respuesta al intento del monstruo nazi de levantar una vez más la cabeza.

5

La nueva información que el doctor Bauer trajo a Israel en diciembre de 1959 revestía una importancia extraordinaria. Según la nueva fuente de Bauer, Eichmann se ocultó, una vez finalizada la guerra, en un monasterio alemán bajo la égida de unos monjes católicos croatas. Al parecer, visitó a su esposa en Austria en 1950, año en que ya había conseguido una documentación a su nuevo nombre, Ricardo Klement. Después viajó por mar a la Argentina con un pasaporte de la Cruz Roja Internacional... a nombre de Ricardo Klement. En Buenos Aires obtuvo una tarjeta de identidad con su nuevo nombre y en la guía telefónica de Buenos Aires correspondiente al año 1952 ya figuraba un tal Ricardo Klement. Durante algún tiempo Klement regentó una lavandería en el barrio de Olivos, pero fracasó en el negocio.

Hacia 1952 ó 1953 Klement inició relaciones comerciales con una institución bancaria llamada Fuldner y Compañía cuya dirección, correspondiente a Buenos Aires, era Avenida Córdoba 374. Esta institución, dirigida por un alemán que había emigrado a la Argentina, estaba interesada en la explotación de recursos hidráulicos con vistas a la generación de energía eléctrica y había fundado a tal fin una empresa llamada C.A.P.R.I., de cuyo equipo de colaboradores formaba parte Ricardo Klement que; según parece, trabajó hacia 1952 por cuenta de dicha empresa

en las cercanías de la ciudad de Tucumán. Según la misma fuente, en 1958 alguien había preguntado por Ricardo Klement en Fuldner y la respuesta había sido: «Trabaja todavía con nosotros».

En cierta ocasión, en el transcurso de un intento de revolución en Bolivia, uno de los amigos de Klement que estaba al corriente de la verdadera identidad de éste le sugirió que trabajara por cuenta de los Servicios de Seguridad de aquel país. Klement contestó: «En cuanto oigo las palabras "Servicios de Seguridad" se me aguza de nuevo el apetito de matar».

Resultó absolutamente imposible conseguir que Bauer nos revelara detalles acerca de su nueva fuente. Sin embargo, me percaté inmediatamente de que nos encontrábamos en el momento más decisivo y de que ahora se abría ante nosotros un camino expedito. Sólo una cuestión me preocupaba y solicité una aclaración al respecto: ¿Cómo podemos estar seguros de que no existe relación alguna —directa o indirecta— entre esta nueva fuente y Hermann? La respuesta de Bauer fue categórica: no hay y no podría haber relación alguna entre ambos.

Me sentía más tranquilo. Ante todo, se había resuelto la paradoja de Hermann y, lo que es más, habíamos conseguido confirmar la inicial suposición según la cual Eichmann se encontraba en la Argentina. No estaba en condiciones de valorar la veracidad de la nueva fuente, pero había algo que saltaba a la vista y que parecía ser la clave de todo el misterio: el nombre de Ricardo Klement.

El nombre de Klement (o Klements) había sido citado en uno de los informes de Hermann, el cual lo consideró inventado con el simple propósito de registrar uno de los dos contadores de la casa de Francisco Schmidt. Jamás se le pasó por la imaginación que ambos contadores —el de Dagoto y el de Klement— pudieran pertenecer a unos inquilinos auténticos, a pesar de haber comprobado que Schmidt no vivía en la casa de la calle Chacabuco. Lejos de reconocer su error, Hermann había empezado a buscar al sospechoso en otro lugar bajo el nombre de Francisco Schmidt o bien Adolf Eichmann. Recordé que en nuestro primer contacto con Bauer a finales de 1957 éste nos había dicho que su fuente (Lothar Hermann) se negaba a

revelar el nombre falso del presunto Eichmann y que, al visitarle «Huppert», tampoco había revelado por qué nombre era conocido el padre de Nicolás Eichmann.

Ahora comprendía el porqué y me explicaba perfectamente lo que le había ocurrido a Hermann: su historia acerca de Nick Eichmann resultaba lógica y razonable en todos los sentidos. Se basaba en las pruebas aportadas por la propia hija y confirmadas por la madre, las cuales se nos habían antojado ya desde un principio dignas de toda confianza. También resultaba lógica la explicación de Hermann acerca de la forma en que había conseguido establecer un eslabón entre el padre de Nick y el criminal Eichmann cuyo nombre fue mencionado en el transcurso de un juicio contra otro criminal de guerra en Alemania. Si Hermann se hubiera detenido allí, es posible que su importante descubrimiento nos hubiera conducido muy pronto a un resultado positivo. Sin embargo, por motivos que sólo él conocía, Hermann había querido efectuar en solitario las investigaciones y «sostener todos los hilos». Debió de pensar que, si se le facilitaban los fondos necesarios, conseguiría muy pronto averiguar todo lo concerniente a la familia de Nick Eichmann, incluido el nombre falso y la dirección exacta de su padre. Pero Hermann debió de suponer que, si Nick utilizaba su verdadero apellido, su padre no ocultaría el suyo y, en tal caso, podría confirmarlo fácilmente a través de las muchas conexiones y amistades con que contaba en Olivos.

Sus esperanzas no se cumplieron. Al averiguar que en la casa del 4261 de la calle Chacabuco no vivía ningún inquilino apellidado Eichmann sino que el ocupante de la misma era un austriaco, no se molestó en buscar pruebas y «afirmó» sin más que el austriaco era Eichmann. De habernos comunicado sus sospechas de que Schmidt era Eichmann, hubiéramos podido llevar a cabo las necesarias comprobaciones y, al averiguar que Schmidt no vivía en aquella casa y no podía ser Eichmann, es indudable que hubiéramos centrado nuestros esfuerzos en los inquilinos. Sin embargo, Hermann no se refirió a la identificación de Schmidt-Eichmann como una posibilidad o una conjetura sino que la dio por sentada, confirmándola con el rumor según el cual aquel hombre había desembarcado en la Argentina a bordo de un submarino alemán

una vez finalizada la guerra. Su teoría de que Schmidt-Eichmann se había sometido a una operación de cirugía estética facial la exponía también como un hecho demostrado. Presentó las suposiciones como hechos y, cuando se le señalaron los errores, pidió que le concediéramos la oportunidad de seguir la pista de los movimientos de Eichmann a partir del día en que había llegado a la Argentina. En su afán por llegar a una apresurada conclusión, Hermann había destruido su propia teoría.

No podía ser una simple coincidencia el hecho de que el apellido de Klement figurara en los informes de las dos fuentes. La comparación entre ambas informaciones me indujo a suponer que Eichmann vivía efectivamente en la casa de la calle Chacabuco y que el apellido de Klement al que aparecía registrado el contador era el apellido que aquél había adoptado a su llegada a la Argentina. Cuanto más repasaba los datos que nos había facilitado Hermann y los informes acerca de sus hallazgos, tanto más me convencía de que el Ricardo Klement de la calle Chacabuco era Adolf Eichmann. Se me antojó un poco descabellado que Vera Eichmann se hubiera casado con otro alemán que también se hubiera visto obligado a ocultar su identidad y utilizara el apellido de Klement.

Lo que más me preocupaba, sin embargo, era el hecho de que el descubrimiento de la familia de Nick Eichmann por parte de Hermann hubiera tenido lugar en 1957. Estábamos ahora a finales de 1959, es decir, que habían transcurrido más de dos años y no habíamos recibido más información. No estábamos seguros de que la familia siguiera viviendo en aquella misma casa.

Estaba claro cuál iba a ser el siguiente paso: teníamos que localizar a la familia Klement en la Argentina y determinar si Ricardo Klement era Adolf Eichmann; a la vista de la remota posibilidad de que Klement fuera otro criminal de guerra con quien Vera Eichmann hubiera contraído matrimonio tras la desaparición de su marido, tendríamos que hacer averiguaciones en Europa y comprobar cómo reaccionaban ambas familias —Eichmann y Liebl (el apellido de soltera de Vera)— acerca del tema del paradero de la mujer y los hijos. Si era cierto que ésta había vuelto a casarse con un hombre apellidado Klement,

que no era Eichmann, no habría ningún motivo para que la familia ocultara el hecho de que ella y sus hijos se encontraba en la Argentina..., tanto más cuanto que los hijos seguían apellidándose Eichmann. Por otra parte, si Klement era Eichmann, la familia no accedería a revelar a nadie dónde vivían Vera y sus hijos. Sería muy interesante que pudiéramos seguir el rastro de la correspondencia entre la familia Eichmann de la Argentina y sus parientes de Europa si es que efectivamente existía tal correspondencia.

Empecé después a pensar en la manera de elegir un buen agente veterano y seguro de sí mismo a quien pudiera encomendarse la tarea de investigar la teoría según la cual Klement era Adolf Eichmann. La misión exigía la participación de un hombre que supiera llevar a cabo las investigaciones con sigilo y cuyas conclusiones pudieran ofrecer garantía de lógica. Me decidí por Yosef Kenet, uno de los mejores investigadores del país. Antiguo miembro de un kibbutz, Kenet había nacido en Alemania y se había especializado en el interrogatorio de los prisioneros de guerra alemanes en el transcurso de su servicio en la Marina británica durante la Segunda Guerra Mundial. Sabía que era un hombre muy tenaz que jamás se daba por vencido cuando se le encomendaba una misión y no me cabía la menor duda de que conseguiríamos averiguar algo importante una vez finalizara su labor.

Me puse en contacto con su jefe, Haggai. Sabía que en cualquier asunto relacionado con Eichmann podría contar con la colaboración y la comprensión de Haggai, que había sido uno de los pocos supervivientes del primer campo de concentración nazi de Auschwitz y estaba muy familiarizado con las satánicas hazañas de Eichmann en Hungría, su país natal.

Mucho antes de recibir yo las primeras noticias acerca de la presencia de Eichmann en la Argentina, Haggai ya consideraba necesario localizar el escondrijo de los dos criminales de guerra primordialmente responsables de la matanza de millones de judíos: el bestial médico de Auschwitz, Josef Mengele, y el espíritu maléfico a quien se atribuía la «solución final», Adolf Eichmann.

A pesar de ello, no fue tarea nada fácil conseguir que Kenet se incorporara a nuestra operación. Estaba trabajando en distintas investigaciones de seguridad y no podía ser sustituido. Haggai estaba dispuesto a hacer cuanto estuviera de su alcance para cedernos rápidamente a Kenet, pero nada podría hacerse con anterioridad a finales de febrero de 1960.

La impaciencia me atormentaba. En un momento en que disponíamos de información fidedigna, nos resultaba irritante tener que esperar dos meses. Pero no podíamos remediarlo: Kenet era el agente ideal para esta misión y se mostraba muy satisfecho de que le hubiéramos elegido. En el transcurso de las semanas que precedieron a su partida tuvo ocasión de llevar a cabo, además, un estudio muy completo acerca del tema. Le expliqué los fundados motivos que nos permitían abrigar la sospecha de que Ricardo Klement pudiese ser Adolf Eichmann. Conseguí también que Kenet se entrevistara con el doctor Bauer para que éste le refiriera todo lo que sabía acerca de Eichmann y para que averiguara detalles relativos a las fuentes de Bauer y la opinión que a éste le merecía la sospecha de que Klement fuera Eichmann. En la entrevista estuvieron presentes Hillel Ankor y Menashe Talmi que ya había finalizado sus investigaciones y había regresado a casa a finales de 1958. La participación de Talmi fue muy importante gracias a los conocimientos que poseía acerca de la situación argentina y a la experiencia que había adquirido en la realización de investigaciones, primero en compañía de Goren y Hofstaetter y después por su cuenta.

Kenet salió de la entrevista un poco decepcionado por no haber conseguido convencer a Bauer de que le revelara la identidad de su fuente. Opinaba que su labor hubiera resultado infinitamente más fácil si hubiera podido conocer a aquel hombre e interrogarle. Por otra parte, le impresionó muy favorablemente la honradez de Bauer y su total convencimiento que Klement era Eichmann. Bauer le había prometido que, cuando regresara a Francfort, pondría a nuestra disposición copias de todos los documentos que tuviera en su poder y pudieran ayudarnos a identificar a Eichmann.

En aquellos momentos empecé a acariciar la idea de traer a Eichmann a Israel para que fuera juzgado, siempre y cuando, claro está, Klement fuera Eichmann y pudiéramos echarle el guante. El juicio de Eichmann sería el broche de oro de toda la operación y yo estaba firmemente convencido de que el hecho de presentar a Eichmann ante unos jueces israelíes constituiría una hazaña de extraordinarias consecuencias morales e históricas.

Para aclarar las posibilidades judiciales que existían a este respecto, me dirigí a un amigo que estaba considerado como uno de nuestros mejores juristas. A petición mía, nos reunimos en su casa y no ya en el despacho para evitar despertar curiosidad. Sentado en su estudio abarrotado de libros, le hablé de las posibilidades de localizar a Eichmann y de nuestra intención de capturarle y de traerle a Israel para someterle a juicio. Lo que deseaba preguntarle, le dije, era si sería posible juzgar a un hombre traído al país en semejantes circunstancias.

Mi amigo se emocionó enormemente... si bien pareció sobrecogerse un poco ante la audacia de la idea. Permaneció sentado un buen rato, sumido en sus pensamientos. Después se levantó bruscamente y tomó varios gruesos volúmenes de las estanterías dedicándose a estudiar los textos legales durante un buen rato.

Después se volvió hacia mí y me dijo:

—Puede hacerse.

Basaba su opinión en precedentes, pero, antes de darme una respuesta definitiva, quería que le concediera tiempo para consultar con un amigo suyo que era también un eminente jurista.

A los pocos días, me comunicó la respuesta conjunta:

—Sí.

Hacia finales de diciembre de 1959 decidí organizar el equipo operativo encargado de llevar a cabo una investigación detallada acerca de las familias Eichmann y Liebl. La tarea de organizar la acción se encomendó a Ezra Eshet, que se encontraba destacado en Europa cumpliendo una misión operativa. Ezra había llegado a Israel en 1949 tras haber gustado el amargo sabor del régimen fascista en Rumania durante la guerra. Su principal misión consistiría en descubrir cuándo, cómo y dónde habían

desaparecido Vera Liebl de Eichmann y sus hijos una vez finalizada la guerra. Se ordenó al equipo que vigilara a la familia de ésta en Europa por si alguno de sus componentes mantenía correspondencia con Vera, lo cual tal vez nos permitiera averiguar la actual dirección de la mujer. A Eshet se le ordenó también que llevara a cabo el mismo tipo de averiguaciones en relación con el padre de Eichmann —que, a sus ochenta y dos años, seguía regentando un negocio de instalaciones eléctricas en Linz— y con sus cuatro hermanos.

La misión no era fácil. Por si fuera poco, contribuí a aumentar las dificultades objetivas de la misión imponiendo severas limitaciones al equipo, dado que cualquier paso en falso podría advertir a la familia de nuestras intenciones e inducirla a avisar a la presa.

Estaba tan seguro de que iban a confirmarse mis teorías acerca de Eichmann que empecé a trabajar en el plan operativo de la captura.

La Argentina era para mí un país desconocido que se encontraba a más de quince mil kilómetros de distancia de Israel. Me imaginé que tendría que organizar unas fuerzas especiales en Israel y enviarlas posteriormente al extranjero para que iniciaran allí su actuación..., todo lo cual constituiría una labor muy complicada. Mi principal problema, sin embargo, se centraba en la manera de conducir a Eichmann desde la Argentina a Israel.

Ningún aparato israelí volaba a aquella zona del mundo aunque en cierta ocasión se había considerado la posibilidad de establecer vuelos regulares a América del Sur. Al principio pensé fletar un aparato especial con vistas a la operación. Pero cruzar el Atlántico requeriría un aparato de gran tamaño y sabía que no podríamos fletar un gran aparato de pasajeros sin llamar la atención.

Decidí compartir mis problemas con Asher Kedem, gerente de unas líneas aéreas. Nos conocíamos desde hacía muchos años y no era necesario perder el tiempo con explicaciones y preámbulos:

—¿Existe alguna posibilidad de enviar un aparato a Buenos Aires? —le pregunté.

Kedem debió de comprender probablemente que mi interés no estaba relacionado con el deseo de ampliar los

vuelos de la compañía sino con alguna operación que yo me traía entre manos. A pesar de ello, no me hizo ninguna pregunta.

—Técnicamente —contestó—, podría emprenderse este vuelo, pero no puedo darte una respuesta definitiva sin la previa autorización de los directores. El director ejecutivo no se encuentra en estos momentos en el país, pero puedo hablar con Moshe Tadmor, que es uno de los directores adjuntos.

Acordamos que lo discutiría confidencialmente con Tadmor y, a la semana siguiente, me trajo la respuesta:

—Tadmor dice que cualquier petición que proceda de ti exige una acción inmediata. Puedo asegurarte que desde el punto de vista técnico no se planteará ninguna dificultad. Un aparato de tipo Britannia podría volar a Buenos Aires y regresar con dos tripulaciones y dos escalas intermedias: Dakar y Recife.

—Pero, ¿qué clase de explicación se te ocurre que podemos dar para justificar un vuelo especial de esta clase? —pregunté.

—Tal como tú sabes, la compañía tenía en proyecto inaugurar unos vuelos regulares a América del Sur. Podríamos decir que se trata de un vuelo experimental.

—De momento, es suficiente —dije satisfecho—. Pero debo advertirte que no puede trascender siquiera la noticia de que he llevado a cabo estas averiguaciones.

—¿Puedes adelantarme algo acerca de la fecha en que debería tener lugar el vuelo? —preguntó Kedem.

—En esta fase todavía no es posible. Cuando llegue el momento, te lo comunicaré.

Todo eso ocurrió en diciembre de 1959.

Y siguió nuestra afanosa labor. Granito a granito, documento a documento, testimonio a testimonio.

En Europa, un agente cuya labor estaba a punto de finalizar accedió a aplazar su regreso a Israel unos cuantos meses con el fin de poder trabajar con Ezra Eshet en el caso Eichmann. En el transcurso de las últimas semanas de 1959 y de las primeras de 1960, Gad Armon viajó de Austria a Alemania y viceversa efectuando comprobaciones acerca de las familias Eichmann y Liebl. Dondequiera que fuera, los parientes y sus íntimos amigos y vecinos levan-

taban ante él un impenetrable muro de silencio. La conclusión a la que cabía llegar era evidente.

Eshet incorporó más hombres a la misión y decidió intervenir personalmente, tanto en Alemania como en Austria. Resultaron inútiles todos los intentos de obligar a hablar a los hermanos de Eichmann. Los hombres que se enviaron con el fin de que se entrevistaran con ellos iban muy bien disfrazados y no hubieran podido despertar la menor sospecha. Uno de los representantes de Eshet, perfectamente camuflado de agente comercial alemán, consiguió establecer contacto directo con la madre de Vera. Permaneció diez días en la pequeña aldea de la señora Liebl, pero allí, al igual que en todas partes, todo el mundo se encerró en un absoluto mutismo. Se examinó su correspondencia y los resultados fueron totalmente negativos. No cabía la menor duda: todo lo relacionado con Eichmann y su esposa e hijos era tabú en todas las ramas de las familias Eichmann y Liebl.

No obstante, nuestra colección de documentos operativos seguían ampliándose. Aparte el material de que ya disponíamos, incluidos los documentos y anotaciones que nos había facilitado Bauer, estaban los datos que habíamos conseguido averiguar examinando los archivos de distintas oficinas. Se archivó meticulosamente cualquier cosa susceptible de permitirnos identificar a Eichmann y su familia. Se hizo todo en secreto y con enorme precaución para evitar que trascendiera nuestro interés por el criminal y su familia.

Según la información de una fuente fidedigna, Vera Eichmann y sus hijos habían estado viviendo en una apartada aldea de Europa a principios de la década de los cincuenta, de donde desaparecieron súbitamente sin dejar el menor rastro. Pudimos comprobar también que ninguno de los consulados alemanes en Europa estaba en modo alguno dispuesto a revelar el nombre bajo el cual se había extendido el pasaporte de Vera Eichmann.

Al reunirme con Eshet en Europa para poder oír de sus labios los resultados de sus pesquisas y actividades, mis convicciones se consolidaron: Adolf Eichmann estaba vivo sin lugar a dudas, permanecía bien oculto y, al parecer, vivía con su familia..., de otro modo, su esposa e hijos no hubieran desaparecido tan completa y misteriosamente y sus familiares europeos no hubieran mantenido la boca tan cerrada.

A finales de febrero Yosef Kenet se dispuso a emprender viaje a la Argentina. Antes de marcharse, organicé con él el plan de acción y los medios de enlace e información que utilizaríamos. Revisamos el pretexto ficticio que emplearía para ocultar el verdadero propósito de su viaje tanto en Israel como en el extranjero. Le dije que ni siquiera su familia y sus más íntimos amigos deberían saber a dónde iba ni el verdadero objetivo del viaje.

6

En su viaje a la Argentina, Kenet se detuvo en otros dos países sudamericanos con el fin de ver a algunas personas que se habían ofrecido voluntariamente a ayudarle en su misión. Eran cuatro, todas ellas residentes en América del Sur, con perfecto dominio del español y muy familiarizadas con la Argentina en general y Buenos Aires en particular gracias a sus frecuentes viajes de negocios o visitas privadas. Dos de ellas eran un matrimonio apellidado Kornfeld: David, un joven arquitecto de fama, y Hedda, licenciada en psicología e idiomas; otra era Lubinsky, un abogado de mediana edad con contactos por todo el continente; y la cuarta era Primo, un estudiante de segundo año de ingeniería. Kenet organizó sus viajes, les indicó los futuros lugares de encuentro y les facilitó nueva documentación bajo nombres supuestos.

Llegó a Buenos Aires la víspera del 1 de marzo de 1960 y se trasladó directamente del aeropuerto al hotel. De inmediato empezó a examinar las guías telefónicas de la ciudad y el distrito de Buenos Aires. En la guía de la ciudad figuraba un Ricardo Klement y un Carlos Ricardo Klement pero, en cambio, en la guía del distrito en la que estaba incluida la zona de Olivos no figuraba el apellido Klement o Klements, ni con «K» ni con «C».

A la mañana siguiente empezó a orientarse recorriendo las calles con un plano. Después alquiló un automóvil

para poder acudir al día siguiente, 3 de marzo, al café en el que previamente había concertado una entrevista con Lubinsky, que se alojaba en otro hotel.

Kenet le había pedido a Lubinsky que, si podía hacerlo sin despertar atención o curiosidad, acudiera a una oficina privada de investigación y solicitara información acerca de determinadas personas y sus lugares de residencia. Lubinsky dijo que sería perfectamente factible dado que él, en su calidad de abogado, podría explicar a los detectives que necesitaba encontrar a estas personas por una cuestión relacionada con una herencia. Y añadió que cualquier oficina de investigación guardaría estricto secreto si así se le exigía. Había llevado a cabo con frecuencia semejantes pesquisas en su propio país y en distintas ocasiones solicitó de sus amistades de Buenos Aires que acudieran a los detectives privados en su nombre. Decidieron, por tanto, que Lubinsky establecería contacto con una agencia adecuada para poder averiguar detalles acerca de la identidad de los inquilinos del número 4261 de la calle Chacabuco, de Olivos, y que intentaría enterarse de si en 1952 ó 1953 una mujer llamada Vera Liebl había llegado a la Argentina acompañada de sus hijos. Intentaría, además, conseguir las guías telefónicas de la ciudad y el distrito de Buenos Aires correspondientes al año 1952.

La tarea de Lubinsky no revistió la menor dificultad. Al explicar éste a los empleados de la agencia seleccionada que le habían encomendado un complejo proceso relacionado con una herencia, en el que se hallaba incluida la busca de los herederos en distintos continentes y la consiguiente investigación, nadie dudó de sus palabras. Su petición de que las averiguaciones se llevaran a cabo con la mayor rapidez posible y con absoluto sigilo fue aceptada con comprensión, tanto más cuanto que dio a entender que sus clientes serían extremadamente generosos caso de que los resultados estuvieran a la altura de lo que se esperaba.

En su siguiente encuentro con Kenet, Lubinsky pudo asegurarle a éste que la agencia de investigación no había considerado nada insólita su petición. La información indujo a Kenet a encomendar a Lubinsky otras investigaciones, esta vez por medio de una agencia situada en

un sector distinto de la ciudad. Los objetivos serían en este caso las compañías Fuldner y C.A.P.R.I., mencionadas en nuestro material de referencia como los lugares de trabajo pasados o presentes de Klement. Lubinsky explicaría que sus clientes tal vez decidieran establecer contacto con ellas en relación con la realización de ciertos trabajos.

Kenet se reunió a continuación con el estudiante Primo. Dado que Primo disponía de un vasto círculo de amistades en la capital argentina y cabía la posibilidad de que tropezara con alguna de ellas, el joven eligió como lugar de encuentro un restaurante cuya cocina estaba muy en consonancia con sus gustos gastronómicos personales, pero no con los de ninguno de sus amigos.

Tras conversar brevemente mientras tomaban un refrigerio, Kenet y Primo efectuaron un recorrido por Olivos con el automóvil alquilado. Enfilaron la calle Chacabuco y, gracias a las detalladas descripciones que se le habían facilitado, Kenet no tuvo la menor dificultad en hallar e identificar la casa del número 4261. Había oído hablar tanto de su descuidado aspecto que le sorprendió descubrir que era más grande y bonita de lo que había supuesto y observar que aquella calle sin asfaltar aparecía flanqueada por una curiosa combinación de sencillas casitas y lujosas villas. Preguntaron direcciones aquí y allá y comprobaron a través de los acentos de la gente que el barrio se hallaba efectivamente habitado en buena parte por alemanes... Había numerosas svásticas pintadas por las paredes.

Aparcaron a pocos metros de la casa. Kenet se sacó una postal del bolsillo y le pidió a Primo que escribiera en español «Recuerdos de Jorge». En el espacio reservado al remite escribió «Dagosto» y debajo «calle Chacabuco 4263», número que no existía. Kenet eligió «Dagosto» porque era muy parecido a Dagoto.

Kenet le dijo a Primo que se dirigiera a la casa, postal en mano, con el pretexto de estar buscando al remitente. Primo regresó a los pocos minutos y le dijo a Kenet que había hablado con una muchacha la cual le había dicho que en el barrio no había nadie apellidado Dagosto. Salió al patio del número 4261 y pudo ver a través de las ven-

tanas que una de las viviendas estaba vacía y que en la otra estaban pintando.

Kenet dedujo que los inquilinos se habrían mudado y que, aunque Eichmann hubiera sido uno de ellos, ya no era posible encontrarle allí. En tal caso, pensó, no se correría ningún riesgo de complicar las cosas acudiendo a la casa y haciendo preguntas más directas, dado que se había eliminado la probabilidad de encontrar en ella a Eichmann o alguno de sus familiares.

Pensó que las preguntas resultarían más inocentes si fingían que se trataba de una buena acción en relación con alguien. Kenet recordó que el 3 de marzo era el cumpleaños de Klaus Eichmann y opinó que no resultaría nada sospechoso buscar a Klaus para entregarle un regalo de cumpleaños.

Al día siguiente, 4 de marzo, Kenet adquirió un costoso encendedor y se lo guardó en el bolsillo. Después se reunió con los Kornfeld, que habían llegado el día anterior. Le rogó a Hedda que envolviera el encendedor como si fuera un regalo y que prendiera al paquetito una tarjeta sin firmar que dijera lo siguiente: «A mi amigo Nicky con cariño en el día de su cumpleaños». Le dijo que escribiera en el sobre Nicolás Klement, calle Chacabuco 4261, Olivos.

Kenet explicó que deseaba que Hedda se hospedara por un día en un hotel de lujo, que buscara a un inteligente empleado del hotel y le enviara a entregar el regalo con la tarjeta..., siguiendo unas específicas instrucciones que Kenet describió con gran detalle.

Al poco rato Hedda se encontraba sentada en el espacioso vestíbulo de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Era una mujer muy agraciada y aquel día se había esmerado especialmente en su arreglo personal. Se la veía perfectamente a sus anchas en aquel lujoso ambiente y nadie hubiera podido imaginarse que la elegancia de aquella mujer era una superchería o que estuviera participando en una osada persecución destinada a sorprender al mundo.

No había mucha gente en el vestíbulo y la penetrante mirada de Hedda analizó a las pocas personas que allí se encontraban. De vez en cuando dirigía la mirada hacia un joven sirviente que parecía más listo y bien educado que los demás; es más, se había dado cuenta de ello en

cuanto había llegado. El muchacho debió de haber intuido su interés porque se ruborizó hasta la raíz del cabello. Ella le mandó acercarse con un gesto.

—¿En qué puedo servirla, señora?

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó ella sonriéndole.

—Pedro, señora.

—Estoy segura de que conoce bien la ciudad... —Al contestar el muchacho afirmativamente, Hedda prosiguió—. Bueno, pues quiero enviarle a un pequeño recado.

—Lo que usted mande, señora.

—Es un asunto delicado —dijo ella— y tengo que confiar en que sea usted discreto. Me parece que un muchacho de su edad ya sabe que hay ciertas cosas que deben manejarse con mucha delicadeza y, cuando vuelva, tendrá que informarme de todo sin dejarse ni un detalle. Tenga en cuenta constantemente que se trata de una cuestión muy secreta que debe quedar exclusivamente entre usted y yo. Estoy segura de que puedo confiar en usted.

—Palabra de honor —dijo el muchacho irguiéndose con orgullo.

—¿Está usted libre ahora? ¿Puede ir en seguida? —preguntó Hedda.

—Sí.

—Muy bien. Aquí tiene un sobre con un pequeño paquete que deberá entregar a un hombre llamado Nicolás Klement. El nombre y la dirección figuran en el sobre. En el paquete hay un regalo y debe usted entregarlo personalmente..., quiero decir, en las mismas manos de Nicolás Klement. Si no puede entregárselo personalmente, bien sea porque la dirección está equivocada o bien porque se haya mudado de casa, trate de averiguar la dirección correcta o bien la nueva para que pueda enviarle el regalo allí. Si averigua usted que se ha mudado de casa, no acuda a la nueva..., en tal caso me encargaría yo misma de entregar el paquete. Pero recuerde que no debe decir a nadie que le envía una mujer; si le preguntan quién le ha enviado, diga que un amigo suyo que trabaja en otro hotel le entregó el paquete ayer, rogándole que le hiciera el favor de llevarlo por él y que no sabe más.

En los ojos del joven apareció un destello de excitación. Era evidente que se estaba imaginando una misteriosa y romántica intriga en la que se le permitía interpretar un papel decisivo... Cualquiera sabía, tal vez la felicidad de aquella elegante y joven mujer dependiera de su ingeniosidad.

—No la defraudaré —replicó—. Haré lo que me ha dicho. Voy para allá en seguida.

—Estupendo. Aquí tiene dinero para el autobús.

Al ver la cantidad que se le entregaba, al muchacho se le iluminaron los ojos y salió a toda prisa.

Pedro no tuvo dificultad en encontrar la calle Chacabuco y la casa del número 4261. Buscó un timbre pero no había y, tras llamar a voces y no recibir respuesta, cruzó el patio y se dirigió hacia la casa. La puerta y las ventanas estaban abiertas y observó que estaban pintadas. Pedro cruzó la sala de estar y se dirigió a un dormitorio donde vio una cama sin hacer, zapatos y otros efectos personales. A la derecha de aquella habitación había una cocina y una mesa puesta con comida. La cocina, el cuarto de baño y otro dormitorio daban al patio. A través de la puerta abierta pudo ver parte de una pequeña habitación junto a cuya puerta se encontraba sentado un anciano.

Salió de nuevo al patio y avanzó por un camino lateral en dirección a una pequeña barraca sin revocar. Un joven de unos treinta años y una mujer estaban limpiando. Pedro se les acercó con el paquete y el sobre en la mano y les preguntó.

—¿Vive aquí Klement?

—Klement... Klement... mmm... ah, sí, Klement... —repuso el joven tras vacilar.

—Sí, Klement —confirmó la mujer.

—Klement...

—¿No es el alemán? —preguntó el joven.

—No lo sé —contestó Pedro.

—Tiene dos chicos mayores y uno más pequeño, ¿no es cierto? —siguió preguntando el joven.

—No sé nada de él —repuso Pedro—. Tengo que entregarle una cosa. ¿Dónde puedo encontrarle?

—Vivía aquí, pero se ha mudado no sé exactamente cuándo... Hará cosa de unos veinte días —explicó el joven.

—¿Dónde se ha mudado?

—No tengo ni idea. Pero él se lo dirá.

Señaló la pequeña habitación en la que Pedro había visto al anciano pintor y acompañó al empleado del hotel al interior de la casa.

—Tengo un recado para la persona cuyo nombre figura escrito aquí —empezó a decir Pedro.

—Quiere saber la nueva dirección del que se mudó —terció el joven.

—Ah... el alemán —dijo el pintor.

—Sí. ¿Puede decirme dónde puedo encontrarle? Tengo una cosa para él.

—Lo único que sé es que se mudó a San Fernando pero no sé cómo le va a encontrar..., no conozco la dirección exacta. Para ir allí se toma el autobús 60... Espere un momento, el hijo trabaja aquí cerca... —Se dirigió al otro y le dijo—: Tú podrías acompañarle e indicarle el sitio.

—Con mucho gusto. Venga conmigo.

Salieron de la casa y bajaron por la calle hasta llegar a una esquina. El joven empezó a explicarle la forma de llegar al taller en el que podría encontrar al hijo del alemán, pero vio que Pedro no lograba entender sus explicaciones y se ofreció a acompañarle. Cruzaron la calle y el joven le indicó una motocicleta aparcada junto al bordillo.

—¿Ve esta motoneta? * Es del chico alemán. Le conocerá porque tiene el cabello muy rubio.

Cruzaron la calzada a unos treinta metros de la calle Paraná, la continuación de Chacabuco, y penetraron en un edifico de una sola planta. Había varios técnicos ocupados en distintos trabajos y en el pasillo vieron a un joven de aspecto típicamente teutónico de unos dieciocho o veinte años de edad. El acompañante de Pedro le llamó y estrechó su mano.

—Este joven quiere hablar con tu padre.

—Tengo una carta para el hombre cuyo nombre figura escrito aquí —dijo Pedro mostrándole el sobre—. Me han dicho que ya no vive aquí. Tal vez pueda usted decirme dónde debo llevar la carta.

—Nos hemos mudado —repuso el joven rubio.

—¿A dónde?

—Don Torcuato.

---

* En castellano en el original. *(N. de la R.)*

—Es que me han dicho que tengo que entregar el paquete y la carta en persona —dijo Pedro.

—¿Quién lo envía? —preguntó el alemán volviendo a examinar el sobre.

—Pues, no lo sé exactamente. Me lo dio un amigo mío a quien se lo entregó uno de los huéspedes del hotel en que trabaja, pero él estaba muy ocupado y me pidió que me encargara yo del recado. En realidad, me lo dio ayer pero no tuve tiempo.

—Pero yo quisiera saber quién lo envía —insistió el joven rubio.

—Pero, ¿qué quieres saber? —terció el otro joven—. Le dieron esto y lo único que tiene que hacer es entregarlo. Ha venido en tu busca en tu antigua casa y yo le he dicho que te habías mudado y que trabajas aquí. Creo que debieras aceptar el paquete.

—Sí, pero quisiera saber quién lo envía.

Pedro le señaló en silencio el sobre que sostenía en la mano.

—Mmmm... ya veo lo que quiere decir. El nombre del remitente estará quizás dentro del sobre.

—Pero es que debo entregarle el paquete y el sobre directamente en mano a esta persona —dijo Pedro señalando de nuevo el nombre que aparecía escrito en el sobre—. ¿Puede usted indicarme la dirección?

—No..., las casas no están numeradas donde vivimos. Y, además...

—¿De veras? —dijo Pedro—. En tal caso, creo que será mejor que se lo entregue a usted..., a no ser que me diga cómo puedo ir.

—Las calles de Don Torcuato no tienen nombre —le explicó a Pedro su acompañante.

—Muy bien —dijo Pedro suspirando—. Aquí tiene el sobre con el paquete.

—Si tuviera usted alguna dificultad, me podrá encontrar aquí —dijo el muchacho rubio.

—Muy bien. Adiós y muchas gracias.

Al abandonar el edificio Pedro tomó nota del número de la calle: 2865. La motocicleta era una Siambretta 150 Sport y se encontraba en pésimas condiciones.

Pedro le dio las gracias al joven que le había servido de guía y corrió a informar a la señora del resultado de su

misión. No estaba seguro de si había obrado bien al entregar el paquete y el sobre al chico rubio basándose en la palabra del vecino de que era el hijo de Klement.

Pero la señora no se enojó con él. Al referirle toda la historia, le dijo que había obrado correctamente. Por una extraña razón, atribuyó gran importancia a todos los detalles de la historia y hasta incluso tomó algunas notas. Le preguntó si se había enterado del nombre del muchacho al que había entregado la carta y Pedro creyó haber oído que los demás empleados del taller le llamaban algo así como «Dito», «Tito» o quizá «Tieter».

La mujer le pagó generosamente, le estrechó la mano, le dio las gracias y se alejó.

Hedda Kornfeld transmitió a Kenet todas y cada una de las palabras del muchacho. Al día siguiente, regresó a su primer hotel.

7

La nueva información contenida en el informe de Hedda llevó a Kenet a las siguientes conclusiones:

Hasta pocas semanas antes una familia alemana con tres hijos había vivido en el número 4261 de la calle Chacabuco. El apellido de la familia era casi con toda certeza Klement. Era también extremadamente probable que, si Pedro había hablado con uno de los hijos de Eichmann, éste fuera el tercero, llamado Dieter, nacido el 29 de marzo de 1942, lo cual significaba que tendría aproximadamente la misma edad del joven rubio del taller cuyo nombre podía sonar fácilmente como «Tito» o «Dito». El hecho de que la familia se hubiera mudado sin dejar su nueva dirección contribuía a dar cuerpo a la suposición según la cual se trataba efectivamente de los Eichmann.

Kenet atribuyó especial importancia al hecho de que el pintor le hubiera dicho a Pedro que la familia se había mudado a San Fernando y a la afirmación del joven rubio relativa a que vivían en Don Torcuato. Dado que el mapa demostraba que aquellas dos zonas se encontraban aproximadamente a unos diez kilómetros de distancia una de otra, era posible que Dieter Eichmann hubiera tratado deliberadamente de despistar a Pedro (más tarde averiguamos que Kenet se había equivocado a este respecto y que, en cierto sentido, tanto el pintor como Dieter habían dicho la verdad).

El siguiente paso tenía que consistir en la averiguación del domicilio exacto de la familia. Kenet decidió intentar seguir al joven alemán cuando abandonara el taller; aquel mismo día, 4 de marzo, se dirigió, acompañado de Primo y Lubinsky, hasta un cruce por el que «Tito» tendría que pasar cuando abandonara el taller de la calle Monteagudo para dirigirse a San Fernando o Don Torcuato y los tres aguardaron en el interior del automóvil. Esperaba poder identificar al joven gracias a la descripción facilitada por Pedro.

Aguardaron desde las tres y media hasta las seis pero no pasó por allí ningún joven de aspecto alemán.

Kenet pensó que valdría la pena intentar averiguar de nuevo la dirección de la familia Klement a través de los inquilinos de la casa del número 4261 de la calle Chacabuco. Tras asegurarse de que Dieter había terminado de trabajar y no se podrían tropezar con él, le dijo a Lubinsky que acudiera a la casa haciéndose pasar por un agente de seguros que quisiera averiguar algunos datos acerca de Ricardo Klement. Lubinsky encontró a dos pintores en el interior de la casa. Uno de ellos, que hablaba español con acento alemán, contestó a sus preguntas acerca de Ricardo Klement diciendo:

—No, no está aquí. Ricardo Klement y su familia se mudaron hace tres semanas.

—¿Podría usted indicarme su nueva dirección? —preguntó Lubinsky.

—No la sé. Lo único que sé es que se han ido a vivir a San Fernando.

—¿Han alquilado una casa más grande? —preguntó Lubinsky—. ¿Acaso ha aumentado la familia?

—Tienen cuatro hijos —repuso el pintor encogiéndose de hombros—, tres mayores y uno pequeño y, que yo sepa, no tienen ningún otro. El mayor está casado, otro está en la Marina y uno trabaja en un taller a media manzana de aquí. El pequeño debe de tener unos ocho años.

—¿Podría usted ayudarme a encontrar la nueva dirección? —insistió Lubinsky—. Me ahorraría un viaje innecesario y un montón de trabajo.

En aquellos momentos se acercaron dos hombres que se quedaron escuchando la conversación. Lubinsky consideró oportuno darla por terminada pero el pintor siguió hablando.

—Puede preguntárselo al hijo que trabaja aquí cerca —dijo—. Pero ahora no está porque termina de trabajar a las cinco.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé. Si pregunta por «el alemán», todo el mundo sabrá a quién se refiere.

Lubinsky regresó al automóvil y le repitió la conversación a Kenet. Lo que era una conjetura había pasado a convertirse en certeza: el alemán que había vivido en la casa hasta hacía pocas semanas era sin lugar a dudas Ricardo Klement. Lo que a Lubinsky le habían contado acerca de la estructura de la familia concordaba en general con lo que se sabía de la familia Eichmann..., sólo que si Vera Eichmann se había reunido con su esposo en 1953, no podían tener un hijo de ocho años; el hijo que había nacido en la Argentina no podía tener más de seis.

Era viernes y no tenían más remedio que aplazar las averiguaciones acerca de «Tito» hasta pasado el fin de semana. Kenet aprovechó para tomarse un descanso y enviar su primer informe a Israel.

Recibimos con agrado la noticia de que Klement había estado viviendo hasta hacía poco en la casa del número 4261 de la calle Chacabuco y de que Kenet creía haber localizado al tercer hijo de Eichmann.

El primer informe se nos antojó a todos los que estábamos en el secreto una noticia muy alentadora. Yo estaba bien convencido desde el principio de que la historia de la familia Hermann acerca de Nicolás Eichmann era totalmente cierta, pero había transcurrido mucho tiempo desde que la hija de Hermann salía con el hijo de Eichmann y no era posible establecer con certeza que la familia Eichmann no hubiera vuelto a esfumarse sin dejar rastro. Ahora recibíamos la buena noticia de que Eichmann seguía viviendo en las cercanías de Buenos Aires y, lo que es más, se conocía casi con toda seguridad el paradero de su hijo. Intensifiqué la organización de los pasos operativos que tendrían que emprenderse tan pronto como comprobáramos la verdad de la suposición según la cual Ricardo Klement era Adolf Eichmann.

Mandé llamar a Leora Dotan, experta en administración, finanzas y cuestiones de personal. No le comuniqué de qué se trataba y ella no me dirigió pregunta alguna, pero yo sabía que, en general, solía intuir muchas más cosas de las que se le decían. No se puede trabajar con personas listas e ingeniosas y esperar que éstas no se estrujen el cerebro para averiguarlo todo. No me era posible ocultarles nada a mis principales colaboradores, pero me constaba que se mostrarían discretos y no me harían preguntas innecesarias.

Le encomendé a Leora la misión de preparar ciertos detalles que tal vez nos hicieran falta cuando llegara el momento de actuar y tuve la seguridad de que los tendríamos a nuestra disposición en cuanto los solicitáramos. Leora estaba dotada de una insólita capacidad para la organización y no existía para ella la noción de «imposible». Era extraordinaria por su energía, su ingeniosidad, su rápida percepción y sus dotes de mando.

El lunes siguiente, 7 de marzo, Kenet y Primo aguardaron en el mismo cruce, aquél por el que, de acuerdo con todos los datos de que disponían, tendría que pasar el alemán para dirigirse a su casa. Pero el muchacho no apareció.

Aquella misma noche Lubinsky trajo los primeros resultados de las pesquisas que llevara a cabo la primera agencia de investigación que había visitado pocos días antes. Los investigadores le dijeron que Eichmann y los dos Klements cuyos apellidos figuraban en la guía telefónica no tenían nada que ver entre sí. En cuanto a la casa del número 4261 de la calle Chacabuco, la agencia informó que se había añadido a la misma un espacioso garaje que —a juzgar por su anchura y altura— hubiera podido servir también de almacén. Aproximadamente unos días antes, una familia alemana apellidada Schneider había dejado libre la parte del almacén que tenía alquilada y se había mudado a una dirección desconocida. Ahora sólo quedaba un inquilino, un extranjero —al parecer, húngaro o polaco— llamado Francisco Schmidt. Era el propietario de toda la casa y en la actualidad la estaba pintando y reformando con el propósito de venderla. Nadie sabía dónde se mudaría.

Kenet le pidió a Lubinsky que averiguara ulteriores detalles acerca de las personas citadas en el informe, dado que cabía la posibilidad de que una de ellas, Schneider o Schmidt, pudiera ser el «Klement» que andaba buscando. Kenet quería que averiguara también el nombre de la empresa de mudanzas que se había encargado del traslado de los muebles de Schneider. Siguiendo sus instrucciones, Lubinsky explicó en la agencia que era necesario actuar con gran sigilo puesto que era posible que Klement se esfumara si se daba cuenta de que le estaban buscando, dado que todo aquel asunto equivaldría para él a unas «cuantiosas pérdidas económicas».

El 8 de marzo, desde las siete y media de la mañana hasta las diez, Kenet estuvo vigilando las oficinas de la compañía Fuldner de la Avenida Córdoba. Tuvo suerte... Llovía a cántaros y pudo permanecer largo rato guareciéndose bajo el dintel de la entrada de una casa sin despertar sospechas. Durante todo aquel rato no vio a nadie que pudiera ser Eichmann.

Por la tarde, Kenet y Primo se dirigieron una vez más al mismo cruce para aguardar el paso del joven alemán a su salida del taller. A las cinco y cuarto vieron una moto en extremo parecida a la que Pedro había descrito procedente de la dirección en que se encontraba el taller. La moto salió a la calle principal y un poco más adelante giró a la izquierda en dirección a San Fernando. El conductor era un hombre moreno de unos cuarenta o cuarenta y cinco años con los ojos ocultos tras unas gafas ahumadas y en el sillín de atrás iba un muchacho rubio con ropa de mecánico que se ajustaba perfectamente a la descripción que Pedro había facilitado de «Tito». El número de la matrícula de la moto estaba tan sucio que resultaba ilegible... Aquella suciedad se ajustaba también a la descripción de Pedro.

Siguieron la moto manteniendo una buena distancia. Habían recorrido cosa de un kilómetro a lo largo de la Avenida Santa Fe, que era la calle principal, cuando vieron que la moto giraba a la izquierda junto a la estación de ferrocarril de Beccar. Kenet se acercó un poco y en aquellos momentos vieron que la moto se detenía frente a una casa situada junto a la esquina con Juan B. Justo. El conductor esperó mientras el joven entraba en la casa

y permanecía en su interior como uno o dos minutos. Eran las cinco y veinticinco. El joven salió y la moto regresó a la calle principal siguiendo en dirección a San Fernando, donde giraron a la izquierda enfilando la calle Sarmiento.

Aquí Kenet y Primo les perdieron de vista al cruzarse en su camino un cortejo fúnebre en la esquina de las calles Tres de Febrero y Sarmiento. Recorrieron todo el barrio en busca de la moto pero no la encontraron. Desde mucha distancia vieron que un joven con ropa de mecánico entraba en una casa del número 461 de la calle Tres de Febrero, pero no pudieron establecer con toda certeza si se trataba del mismo joven al que habían venido siguiendo desde Olivos. La mala suerte siguió cebándose en ellos, pues en el camino de regreso se les estropeó el sistema eléctrico del automóvil y sólo con grandes dificultades consiguieron llegar a Buenos Aires.

Al no haber logrado seguir a su presa hasta su destino, empezaron a preguntarse si habrían seguido al hombre que debían. Era cierto que los ocupantes de la moto se dirigieron a San Francisco, la zona mencionada por el hombre de la calle Chacabuco como el hogar de la familia Klement pero, ¿cómo podían saber si habían seguido efectivamente al joven del taller? Al fin y al cabo, Pedro había afirmado que la moto pertenecía al joven, mientras que la moto que ellos habían seguido iba conducida por un hombre de mayor edad y el más joven iba sentado en el sillín de atrás. Ni Kenet ni Primo habían visto jamás al joven Klement. Por consiguiente, ¿cómo podían estar seguros de haber seguido a la persona que debían?

Estaba lloviendo la mañana en que Kenet envió a Primo al taller de la calle Monteagudo con el fin de que buscara la moto y anotara su número de matrícula. Era probable que el mal tiempo dificultara su labor de vigilancia y, por otra parte, había que tener en cuenta la posibilidad de que, a causa de la lluvia, el joven Klement se desplazara a su lugar de trabajo en tren o autobús. Era el 10 de marzo.

Por la tarde, Primo regresó con la información de que la moto se encontraba allí y de que su número de matrícula era el 84099.

Esta vez Kenet organizó tres grupos de vigilancia. Él esperó con Lubinsky junto al cruce por el que habían visto pasar la moto el día anterior. Primo esperó en la plaza de San Fernando en la que habían perdido de vista la moto a causa del entierro. David y Hedda Kornfeld esperaron por los alrededores del taller dispuestos a seguir al joven en caso de que éste tomara el autobús.

Kenet y Lubinsky esperaron hasta las seis, pero la moto no apareció. Pasaron por delante del taller pero no vieron a los Kornfeld. Aparcada junto al taller había una moto negra con el número de matrícula 160934. Entonces se dirigieron a San Fernando para recoger a Primo, que tampoco había visto al joven.

Kenet no tuvo noticias de los Kornfeld hasta el día siguiente. Éstos le dijeron que habían esperado en la acera de enfrente del taller hasta las cinco y veinticinco, hora en que vieron salir a un joven rubio que parecía ajustarse a la descripción de Pedro y que bajó hasta la esquina de la calle Monteagudo, donde tomó un autobús. Ellos hicieron lo mismo y le siguieron hasta la estación de ferrocarril de Martínez. Allí el joven hubiera podido tomar un tren con destino a San Fernando o Don Torcuato. Pero ni siquiera entró en el edificio de la estación. Se alejó para adentrarse en una callejuela lateral. De acuerdo con las instrucciones recibidas, dejaron de seguirle en aquel momento.

La tarde del 10 de marzo Kenet volvió a dividir a su gente en tres grupos: Primo volvió a esperar en el centro de San Fernando como la otra vez; Kenet aguardó en su automóvil en la calle Monteagudo, a unos cien metros del taller y los Kornfeld esperaron en la calle Paraná, no lejos de la esquina con la calle Monteagudo, dejando su automóvil aparcado a escasa distancia.

Esperaron desde las cuatro y media hasta casi las seis menos diez, momento en que vieron salir del patio del taller una moto parecida a la del joven cuya pista estaban siguiendo. Al igual que la otra vez, la montaban dos hombres: el de mayor edad y el joven rubio. Kenet se dirigió rápidamente al puesto de observación de los Kornfeld, los recogió y salió en persecución de la moto. Por suerte para ellos, la moto remolcaba una especie de pequeño carro, lo cual reducía considerablemente su velocidad y

les facilitaba la tarea de seguirla. La moto siguió el mismo camino que la otra vez y sus ocupantes se detuvieron también breves minutos en la casa cercana a la estación de Beccar y después reemprendieron el camino hacia San Fernando. En la plaza central de San Fernando, junto a la calle Sarmiento, Kenet vio a Primo sentado en un banco y le recogió.

La moto se detuvo un par de minutos en San Fernando —desde lejos pareció que estuvieran adquiriendo algo en un kiosco de dulces y caramelos— y después casi desapareció en un laberinto de callejas para emerger de nuevo a la ruta 202 y dirigirse hacia Bancalari-Don Torcuato. A cosa de unos dos kilómetros y medio más allá dejaron atrás el área edificada de San Fernando y, en el campo abierto que se extendía ante ellos, Kenet se vio obligado a aumentar la distancia entre su automóvil y la presa hasta cerca de un kilómetro, como consecuencia de la escasez de tráfico que se registraba en la ruta 202. Kenet miró su reloj. Eran casi las seis.

La moto se detuvo a unos ciento cincuenta metros del puente de ferrocarril que cruzaba por encima de la ruta 202, a unos quinientos metros de la estación de Bancalari. El grupo de vigilancia enfiló una calleja situada a unos quinientos metros del puente y Kenet aparcó el automóvil detrás de una casa abandonada que había junto a un cruce. En la distancia vieron que uno de los ocupantes de la moto —no era posible distinguir cuál de ellos— descendía junto a un kiosco situado a la izquierda de la carretera, mientras que el otro seguía avanzando cosa de unos cincuenta metros. Allí aparcó la moto junto a una casita y penetró en su interior. Entretanto, habían perdido de vista al primer hombre. Kenet se alejó en el automóvil y regresó al cabo de media hora, cuando ya había oscurecido. Esta vez dejaron el automóvil a una considerable distancia del kiosco y se acercaron a pie. Pasaron frente a la casita y les preguntaron a unos obreros que venían en dirección contraria si conocían en aquel barrio a una familia apellidada Rodríguez. Uno de los hombres les indicó un conjunto de edificaciones cercadas que parecía un campo de refugiados y dijo que creía que vivía allí una familia con aquel apellido. Al preguntársele quién vivía en aquella casita, el obrero contestó que un joven

y su madre y, sí, el muchacho tenía una moto. Kenet decidió dejar el resto de las pesquisas para otro día.

A unos cien metros de la casita y aproximadamente a la misma distancia del kiosco se levantaba una edificación de ladrillo que daba la impresión de no estar terminada. No llamó la atención a ninguno de los componentes del grupo de vigilancia.

8

A la mañana siguiente, Kenet pensó que convendría cambiar de automóvil alquilado; era posible que el que había utilizado hasta entonces hubiera sido visto con excesiva frecuencia merodeando por las cercanías de las calles Chacabuco y Monteagudo.

Después se reunió con Lubinsky, el cual le dijo que la agencia de investigación no había descubierto en los registros oficiales ningún dato relativo a la llegada a la Argentina en 1953 de una mujer llamada Vera Liebl acompañada de sus tres hijos. Kenet le rogó a Lubinsky que instara a la segunda agencia para que agilizara las pesquisas relativas a las empresas Fuldner y C.A.P.R.I.

Por la tarde se reanudó la vigilancia del taller. Sentados en el interior del nuevo automóvil, Kenet y Primo vieron que un joven rubio pasaba a bordo de una moto matrícula número 118111. Le siguieron en dirección a la estación de ferrocarril de Martínez. El joven se detuvo frente a la casa del número 186 de la calle Ladislao Martínez, aseguró la moto a un árbol y entró en la casa. Kenet aparcó al otro lado de la calle y se aproximó al edificio. Se trataba del consultorio de un dentista.

El joven salió aproximadamente veinte minutos más tarde y los componentes del equipo de vigilancia observaron que habían cometido un error: aparte del cabello rubio, el joven no se parecía para nada al «Dito» o «Tito»

cuya detallada descripción les había facilitado Pedro.

Kenet llegó a la conclusión de que no disponía de suficientes datos ni ayudantes como para proseguir la vigilancia. Y, además, no les constaba con toda certeza que aquel «Dito» o «Tito» fuera efectivamente el hijo de Eichmann. Kenet pensó que, en lugar de arriesgarse a ser sorprendido merodeando por allí, sería mejor que aclarara primero este punto clave.

Kenet consideró que no se correría ningún peligro si se enviaba de nuevo a Pedro a la casa del número 4261 de la calle Chacabuco en otro intento de averiguar la nueva dirección de los Klement y de conocer ulteriores datos acerca del joven alemán del taller.

Al día siguiente, Hedda repitió su actuación. Se sentó en el vestíbulo del hotel y pidió café. Pedro la observó inmediatamente y estuvo muy contento de verla. Empezó a acercarse lentamente a su mesa y, al ver que le llamaba, acudió a toda prisa. Se la veía preocupada y el joven pensó que tal vez se le hubiera planteado alguna dificultad. La mujer le pidió que acudiera de nuevo a la casa del número 4261 de la calle Chacabuco e intentara averiguar la dirección de Nicolás Klement. Tendría que decir, le explicó, que el remitente de la carta y el paquete se había quejado ante su amigo de que tales cosas no se habían recibido y el amigo pedía quinientos pesos de compensación porque eso era lo que valía el paquete. Le dijo también que acudiera a ver de nuevo al joven del taller y que fijara indeleblemente en su memoria la descripción del joven, así como todas las palabras que éste pronunciara. Pedro salió a toda prisa.

Al llegar a la casa, le refirió a Hedda más tarde, buscó al hombre que le había dicho que el hijo del alemán trabajaba allí cerca. Le encontró en una de las habitaciones y le saludó como si se tratara de un viejo amigo. El hombre le reconoció, recordó que le había pedido la dirección del inquilino alemán y esta vez se la pudo facilitar con más exactitud. «Primero —dijo— hay que ir a la estación de San Fernando y desde allí tomar el colectivo * (pequeño

* En castellano en el original. *(N. de la R.)*

autobús) número 203 y le pides al conductor que te deje en Avellaneda. El trayecto cuesta cuatro pesos cincuenta. Al bajar del colectivo y cruzar la calle, verás un kiosco en el que te indicarán la casa del alemán.» Y, si Pedro no quería preguntarles nada a los del kiosco, bastaba con que mirara a la derecha y vería una casa de ladrillo sin enlucir y con tejado plano. Aquélla era la casa del alemán.

Era evidente que aquel hombre se había desplazado hasta allí personalmente pero, para cerciorarse, Pedro le preguntó si estaba seguro de que aquél era el camino. El hombre repuso que había realizado algunos trabajos en la casa del alemán y que éste todavía le debía algún dinero.

Pedro le preguntó después por el hijo que trabajaba allí cerca. El hombre contestó que «Tito» no era exactamente hijo del alemán. El alemán convivía con la madre de éste y tenía con ella un hijo de unos cuatro años.

Pedro observó que a su interlocutor no le agradaba demasiado hablar de los asuntos familiares del alemán. Le dijo de todos modos que «Tito» tenía dos hermanos, uno casado y otro en la Marina. Y añadió que el joven no poseía ninguna moto, pero que se desplazaba cada día a bordo de la de un vecino suyo.

Al finalizar la conversación, Pedro le preguntó cómo se llamaba por si le necesitaba otra vez.

El hombre contestó:

—¿Y para qué necesitas saber cómo me llamo? Si necesitas verme, ven aquí y pregunta: «¿Dónde está el carpintero?» Vivo aquí en esta habitación.

Pedro tomó mentalmente nota de que el carpintero debía de tener unos cincuenta años y hablaba con marcado acento europeo. Estaban conversando todavía cuando entró un hombre muy grueso que aparentaba tener la misma edad. Pedro se preguntó si sería el propietario de la casa.

Al oír las preguntas de Pedro, el gordo dijo:

—Éste debe de ser el hijo que trabaja en el taller de aquí cerca. ¿Por qué no hablas con él?

Pedro le dio las gracias y se dirigió al taller. Junto a la entrada vio una moto «Siam» modelo 099 con sidecar.

Una vez dentro vio al joven alemán, el cual le preguntó en tono de chanza:

—¿Y ahora qué quieres? ¿Has venido por la carta? Te

diré la verdad. Cuando me entregaste el sobre, lo abrí y leí la carta que contenía. Habían escrito «feliz cumpleaños» y puesto que era el cumpleaños de mi hermano y no el de mi padre, le entregué el regalo a mi hermano.

—Sí, pero es que el nombre...

—Nicolás Klement tanto podría ser mi padre como mi hermano.

—Pero es que ahora me he metido en un lío —dijo Pedro—. La carta y el paquete me los entregó un amigo mío que trabaja en otro hotel. Una huésped del hotel le pidió que se encargara de entregarlos. Ahora dice que estas cosas no llegaron a su destinatario y me exige quinientos pesos.

—La señora hubiera tenido que ser más precisa al escribir el nombre en el sobre y entonces no hubiera habido ninguna dificultad. ¿Por qué escribió «Nicolás Klement» y no «Nicolás Eichmann»?

—¡Y yo qué sé! —dijo Pedro encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no me indicas la dirección de tu hermano?

«Tito» le entregó un trozo de papel y le dijo:

—Escribe: Avenida General Paz, 3030.

—Gracias —dijo Pedro—. ¿Podrías decirme dónde puedo encontrar al señor Klement? A lo mejor la señora quiere saber su dirección.

—Ahora está en Tucumán por cuestiones de trabajo y no sabemos cuándo regresará.

Un hombre de unos treinta años que, al parecer, había escuchado parte de la conversación, se acercó y le preguntó a «Tito».

—¿Dónde has dicho que estaba tu padre?

—En Tucumán —repitió «Tito»—. Se fue por cuestiones de trabajo y no tenemos ni idea de cuándo regresará.

Pedro regresó al hotel y Hedda le hizo repetidas preguntas anotando todos los detalles que Pedro pudo recordar. Éste dijo que lamentaba no haber podido cumplir sus deseos por no haber conseguido encontrar a la familia Klement, dado que el chico alemán le había dicho que el apellido suyo y de su hermano no era «Klement» sino «Eichmann». Para su asombro, la señora le recompensó nuevamente con gran generosidad.

Aquella misma noche Hedda le facilitó a Kenet el informe acerca de la misión de Pedro sobre la base de las notas que había tomado. Pero ni siquiera ella estaba al corriente de la decisiva importancia que revestía todo lo que le estaba diciendo a Kenet. Sólo éste pudo comprender inmediatamente el significado de lo que el joven logró averiguar. Había conseguido determinar que el hijo mayor de Eichmann, Nicolás, vivía en Buenos Aires bajo su verdadero nombre. Se había establecido, además, con toda certeza que la familia Eichmann se encontraba en la Argentina y vivía en un nuevo domicilio, en algún lugar situado entre San Fernando y Don Torcuato. Y, por encima de todo, parecía posible afirmar ahora categóricamente que Ricardo Klement era Adolf Eichmann, marido de Vera Eichmann y padre de los cuatro hijos de ésta, los tres mayores nacidos en Europa y el pequeño en la Argentina. Cierto que era posible que Klement no fuera Eichmann sino otro hombre que hubiera contraído matrimonio con Vera Eichmann una vez finalizada la guerra y fuera considerado como el padre de los hijos de ésta, pero se disponía de argumentos más que suficientes como para invalidar dicha teoría.

Por aquel entonces Kenet estaba seguro de que se había cerrado una fase crucial de las investigaciones.

Informó a Israel de que el joven alemán del taller había sido identificado como Dieter, el tercer hijo de Eichmann, que utilizaba su auténtico apellido y vivía con su madre. Dijo que pronto conocería la dirección exacta de la familia y que ya había dado con la dirección de Nicolás, el hijo mayor, el cual utilizaba también su verdadero apellido. Al parecer, informaba Kenet, la familia había hecho correr el rumor de que Vera Eichmann había vuelto a casarse con un hombre llamado Ricardo Klement. En aquellos momentos se decía que dicho hombre se encontraba en Tucumán, ciudad situada a unos mil seiscientos kilómetros de Buenos Aires, por cuestiones de trabajo y, sobre la base de la información obtenida por Lubinsky a través de las agencias de investigación, Kenet señalaba en su informe que ya se había establecido de una vez por todas que Francisco Schmidt no era Eichmann.

A la luz del informe de Kenet, decidí dar por terminadas las investigaciones acerca de las familias Eichmann y Liebl en Europa. Vera Eichmann y sus hijos habían sido localizados y cualquier pesquisa superflua entre sus parientes de Europa tal vez despertara sospechas e indujera a éstos a ponerla sobre aviso.

Estaba seguro de que no tardaríamos en descubrir el paradero del propio Klement, en cuyo caso podríamos establecer con toda certeza si se trataba o no de Eichmann. Si nuestra teoría resultaba ser correcta, tendríamos que observar doble precaución en todos los pasos que diéramos. Si, en cambio, resultaba que Klement no era Eichmann, tendríamos motivos para suponer que Adolf Eichmann no vivía... a no ser que se hubiera apartado deliberadamente de su esposa, en cuyo caso ésta y sus hijos podrían constituir un medio seguro de localizarle.

Sobre la base de la información de Pedro, Kenet se desplazó aquella tarde a San Fernando y pronto encontró la casa en la que se decía que vivía la familia Klement. Se trataba de una vivienda aislada de una sola planta y carecía de cerca. La puerta era de tablas, las paredes aparecían sin enlucir y, por lo que Kenet pudo averiguar, todavía no estaba conectada con la red de distribución eléctrica. Todo el barrio producía impresión de abandono: había en las cercanías una pequeña casa y un kiosco y, aparte de eso, no se veía ninguna otra edificación en un radio de varios cientos de metros.

Kenet pasó frente a la casa y vio a una fornida mujer de unos cincuenta años sentada en el porche y a un niño de unos cinco o seis años jugando a su lado. Supuso que serían Vera Eichmann y su hijo pequeño.

Regresó más tarde y esta vez pasó por el camino que había en la parte de atrás de la casa. Junto a ésta se veía una pequeña edificación de ladrillo que parecía una dependencia accesoria o almacén. En el interior de la casa y de la pequeña edificación de ladrillo brillaban las luces de unas velas. Al acercarse a la casa, Kenet vio salir de la pequeña estructura a un joven que supuso que era Dieter. Kenet aceleró el paso y se alejó a toda prisa.

El 12 de marzo regresó a San Fernando acompañado de Primo. Éste iba al volante y Kenet se encontraba sentado a su lado con una cámara Leica provista de teleobjetivo y también con una cámara de «cartera», es decir, una cámara oculta que funciona fácilmente presionando un botón de la parte superior de la cartera. Mientras pasaban frente a la casa, Kenet la fotografió. Al regresar, aparcaron el automóvil a unos treinta y cinco o cincuenta metros de la casa. Primo salió, abrió la cubierta del motor y se inclinó sobre éste como si lo examinara mientras Kenet utilizaba la Leica para tomar una fotografía de la casa con Dieter trabajando en el jardín.

Al día siguiente se dirigió a la oficina central de correos de la Avenida Santa Fe para examinar la guía telefónica de Tucumán. En la edición de 1959 encontró el número de «C.A.P.R.I. Compañía de Planificación y Desarrollo Industrial».

Kenet disponía de sobrados datos para creer que había localizado a la familia Eichmann, pero no se daba por satisfecho con una simple creencia. Lo que quería era una absoluta certeza. Esperaba obtener la prueba definitiva al examinar los archivos oficiales o bien consultando el registro de la propiedad con el fin de establecer a qué nombre estaban registradas la parcela y la casa. En cuanto a Klement, Kenet consideraba que todavía no había llegado el momento de buscarle en Tucumán. Prefería esperar a disponer de ulterior información acerca de la compañía Fuldner y su filial C.A.P.R.I., pero abrigaba la esperanza de que, si Klement era Eichmann y se encontraba en Tucumán, quizá regresara a su casa para celebrar el veinticinco aniversario de su boda, que —según los datos de que se disponía— tendría lugar el 21 de marzo, es decir, dentro de muy pocos días. Entretanto, seguiría efectuando inspecciones por los alrededores de la casa.

El 16 de marzo a las seis de la tarde, Lubinsky recogió a Kenet con su automóvil alquilado y una hora más tarde ambos se encontraban en las oficinas de la municipalidad de San Fernando. Tras examinar varios mapas con el objeto de averiguar el número de la zona en que se encontraba la parcela ocupada por la casa de Klement, redactaron una petición por escrito, bajo nombre ficticio, en la que solicitaban ciertos datos acerca de los propietarios de

todas las parcelas de aquella manzana. Kenet le dijo al empleado que recogió la petición que representaba a una gran compañía norteamericana interesada en la compra de terrenos en aquella zona. El empleado prometió facilitarles la información a la mañana siguiente.

Hacia las diez se dirigieron de nuevo a la casa y aparcaron junto a la pequeña casita que se levantaba como a unos veinte metros de la vivienda de los Klement. Una mujer de mediana edad salió de la casita y ellos le preguntaron el nombre de la travesía. Le dijeron que representaban a una compañía norteamericana que deseaba construir una fábrica en aquella zona y estaba interesada en la compra de terrenos. Ella les contestó que su casita estaba en venta. Después le preguntaron acerca de los ocupantes de la cercana vivienda. Les contestó que eran unos alemanes que habían llegado hacía poco tiempo y cuyo apellido desconocía, aunque gustosamente llamaría a la mujer de la casa. Entretanto, Kenet pudo sacar un primer plano de la casa con su cámara de cartera.

Minutos más tarde salió de la casa de Klement una agraciada joven morena. Le explicaron lo que deseaban y ella les dijo que la casa no era suya sino de su suegra, si bien le constaba que no estaba en venta. Kenet le sacó también una fotografía de primer plano.

A través de la ventana vieron a un niño rubio de unos seis años. Le preguntaron a la joven cómo se llamaba la travesía, explicándoles que eran propietarios de unos terrenos en aquel barrio, pero no sabían exactamente su localización. Ella contestó que no sabía el nombre de la calle y, al pedirle que se lo preguntara a su suegra —en la esperanza de que ésta saliera y pudieran fotografiarla—, repuso que su suegra apenas hablaba español.

La muchacha empezó a dirigirles preguntas acerca de la empresa a la que representaban y de la clase de fábrica que pretendían construir en aquella zona. Al oírles expresarse en inglés, empezó también a hablar inglés y Kenet temió que sus conocimientos del idioma fueran lo suficientemente profundos como para darse cuenta de que no era norteamericano. La muchacha les explicó que no había electricidad ni agua y que en invierno eran muy frecuentes las inundaciones. A pesar de ello, dijo, no tenían intención de vender la casa.

Se despidieron de ella y se marcharon.

Hacia las seis de la tarde Kenet pasó dos veces frente a la casa. Las persianas estaban subidas pero no había nadie fuera.

Por la noche Kenet le encomendó a Lubinsky otra misión: obtener, a través de una de las agencias de investigación con las que había establecido contacto, todo lo que pudiera acerca de Nicolás Eichmann a partir de la dirección de Olivos que su hermano Dieter le había facilitado a Pedro.

Y siguió la vigilancia. El 17 de marzo Kenet y Lubinsky se acercaron a la casa a las seis y cuarto de la mañana. Se ocultaron tras unos árboles que había a unos sesenta metros de distancia. Hacia las siete y cuarto vieron al joven salir de la casa y dirigirse a la parada del autobús. No observaron ningún otro movimiento alrededor de la casa y hacia las ocho y veinticinco tuvieron que abandonar su puesto de observación al ver acercarse a un desconocido.

Regresaron a la municipalidad, pero la respuesta que allí les esperaba constituyó para ellos una decepción: no se disponía de ningún dato oficial acerca de las casas de la zona que les interesaba. Les explicaron que prácticamente cada invierno todo el barrio solía quedar asolado por las inundaciones, razón por la cual todos aquellos terrenos se consideraban mostrencos. La gente construía allí sin licencia y no pagaba impuesto alguno a las autoridades locales. Las preguntas que dirigieron al departamento legal de la municipalidad obtuvieron esta misma respuesta.

Celebraron una consulta acerca del siguiente paso que deberían dar. Lubinsky opinaba que la única manera de obtener algún dato acerca de los propietarios consistiría en ponerse en contacto con la empresa propietaria de aquella zona que vendía los terrenos. Acordaron que Lubinsky actuaría en este sentido a través de un agente comercial, con el pretexto de que representaba a una compañía interesada en adquirir grandes extensiones de terreno con vistas a la edificación de viviendas y al desarrollo industrial, razón por la cual necesitaba averiguar quién había comprado parcelas y casas en aquella zona por si su compañía necesitara adquirirlas.

Lubinsky quedó encargado también de averiguar si la

casita cercana a la vivienda de los Klement podría adquirirse de inmediato. Calculaba que serían necesarios unos mil dólares para comprarla y creía que podrían hacerlo fácilmente utilizando un nombre falso. Kenet tenía intención de comprarla para utilizarla como puesto de observación y también para librarse de unos inquilinos que tal vez constituyeran un problema en caso de que decidieran capturar a Klement.

El 18 de marzo. Kenet adquirió unos gemelos de utilización nocturna para poder desarrollar una labor de vigilancia en la oscuridad. Por la mañana pasó otra vez frente a la casa para efectuar un nuevo reconocimiento. Vio al niño más de cerca y calculó que debía tener unos cuatro o cinco años. Siempre que Kenet le había visto, el niño iba vestido únicamente con ropa interior. Esta vez pudo ver también de cerca a la señora de la casa aunque sólo de espaldas; debía de tener unos cincuenta años, era corpulenta, de cabello oscuro y estatura mediana e iba enfundada en un sencillo vestido de verano.

Por la tarde se reunió con Lubinsky en un café. Antes incluso de que éste empezara a hablar, Kenet comprendió que traía buenas noticias... Lubinsky sonreía. Le explicó que había conseguido tener acceso a los archivos de la empresa que vendía las parcelas y le facilitó a Kenet detalles por escrito acerca de la parcela número 14: estaba registrada a nombre de Verónica Catarina Liebl de Fichmann, del número 4261 de la calle Chacabuco, Olivos. Lo de «Fichmann» no preocupó demasiado a Kenet: era posible que el empleado se hubiera equivocado al copiar (dada la semejanza entre las letras «E» y «F») y pudiera tratarse también de un «error» deliberado por parte de la familia. En cualquier caso, no cabía la menor duda de que se trataba de la más importante información obtenida hasta la fecha.

El apellido de soltera de Vera era Liebl y el hecho de que ahora figurara con el apellido de Liebl de Eichmann (o Fichmann, daba lo mismo) demostraba que no estaba casada con otro hombre, mientras que el hecho de que la casa apareciera registrada a su nombre y no al de su marido parecía indicar que éste no deseaba figurar en ningún archivo oficial.

Por la noche, Kenet pudo confirmar ulteriormente esta

suposición. Con la ayuda de David Kornfeld, examinó el registro de votantes de Olivos. El registro estaba abierto al público porque estaban a punto de celebrarse las elecciones. Para asegurarse, examinaron el registro de la municipalidad y también el de las oficinas del principal partido. En ninguna de las listas figuraba ningún Klement, Eichmann o Liebl. Aquel mismo día Kenet transmitió el siguiente mensaje a Israel:

> La mujer Eichmann ha sido positivamente identificada. Dispongo de fotografías de la casa en la que vive la familia Klement. A unos veinte metros de la vivienda de los Klement-Eichmann se encuentra una pequeña casa que tal vez esté en venta. Su precio se calcula en unos mil dólares. Si autorizan ustedes la compra, la llevaré a cabo sin dejar rastro.

Sus frecuentes desplazamientos a San Fernando empezaban a resultar peligrosos. Tenían que cambiar de automóvil con mucha frecuencia para que ningún vehículo acabara por resultar familiar a los habitantes del barrio. El 19 de marzo, Kenet les pidió a los Kornfeld que alquilaran un automóvil norteamericano. Tras muchos esfuerzos, David consiguió encontrar uno y lo alquiló por unos días.

Esta vez Kenet se desplazó acompañado de Hedda y ambos examinaron los alrededores de la casa de Klement. Mientras pasaban frente a la casa por segunda vez, a eso de las dos de la tarde, vieron a un hombre —estatura mediana, frente despejada, algo calvo— que recogía la ropa tendida en el patio. Kenet intentó fotografiarle con su cámara de cartera pero no lo consiguió. El hombre desapareció hacia el interior de la casa y ellos regresaron a Buenos Aires.

Kenet pensó que el hombre del patio era Eichmann. Observó un parecido entre las fotos de Eichmann de los años treinta y el hombre del patio; además, los detalles acerca de su estatura y constitución, que figuraban en los datos de que disponía, se ajustaban también al hombre que había visto. Y, dado que estaba recogiendo la ropa tendida, cabía deducirse que vivía en la casa y que no se trataba de un simple visitante. Kenet supuso

que Eichmann habría regresado de Tucumán para celebrar su aniversario de boda, que tendría lugar al cabo de dos días.

Aquella noche envió otro mensaje a Israel:

> En la casa de la mujer Eichmann ha sido visto un hombre que se ajusta a la descripción de Adolf Eichmann.
>
> Yo opinaba que si Ricardo Klement era Adolf Eichmann, intentaría regresar de Tucumán para celebrar su aniversario de boda, que será pasado mañana.
>
> Dado que Klement ha aparecido justo cuando se había calculado, no cabe duda de que se trata de Eichmann.
>
> Supongo que Klement regresará a su lugar de trabajo de Tucumán el martes que viene. Le seguiré aunque me imagino que tropezaremos con dificultades para localizarle.
>
> Sugiero que se me permita regresar pronto a Israel para informar con mayor detalle y consultar acerca de las futuras acciones.

El mensaje eliminó cualquier duda que pudiera abrigar acerca de la necesidad de actuar con rapidez y decisión. Con los pocos ayudantes de que disponía, Kenet no podría proseguir mucho tiempo sus investigaciones sin ser descubierto y la menor dificultad que pudiera surgir era susceptible de alertar a Eichmann acerca del peligro que le amenazaba. Opinaba que, aunque no estuviéramos completamente seguros de que Klement fuera Eichmann, teníamos que organizar de inmediato todo lo necesario con vistas a la operación; cabía la posibilidad de que la identificación definitiva del hombre sólo pudiera llevarse a cabo una vez en marcha la operación. Se trataba de un riesgo calculado. Pero, a la vista de la importancia de la misión, lo consideré racional y esencial.

Mandé llamar inmediatamente a Asher Kedem y le expliqué que el asunto del avión de que habíamos hablado en el transcurso de nuestra conversación de diciembre de 1959 tal vez tuviera que llevarse a la práctica muy pronto. Kedem tenía previsto trasladarse a ultramar por cuen-

ta de su compañía dentro de uno o dos días para tratar de la adquisición de nuevos aparatos. El viaje era importante para él pero estaba dispuesto a aplazarlo en caso necesario. Le dije que no deseaba desbaratarle los planes y que, en caso de que le necesitara, podría ponerme en contacto con él a través de Dan Avner, un veterano empleado de la compañía que, al igual que su amigo Kedem, siempre estaba dispuesto a ofrecer su ayuda.

9

El domingo 20 de marzo, Kenet se reunió con Lubinsky para conocer el informe de la agencia de investigación acerca de los inquilinos del número 3030 de la Avenida General Paz, que era el supuesto domicilio de Nicolás Eichmann. Aquella misma mañana Kenet se dirigió a San Fernando en un pequeño y destartalado camión con la parte de atrás cubierta con una lona; Primo iba al volante. Pasaron por dos veces frente a la casa y Kenet, sentado en la parte de atrás, la fotografió desde todos los ángulos posibles. Después aparcaron el camión a unos ciento sesenta metros de la casa y cincuenta y cinco del kiosco. Primo se acercó al kiosco para comprar algo que comer mientras Kenet utilizaba los gemelos para observar la casa a través de una pequeña abertura de la lona. El niño estaba jugando solo en el patio.

Hacia las once cuarenta y cinco, el hombre que Kenet había visto el día anterior se acercó a pie a la casa procedente de la carretera principal. La abertura practicada en la lona era demasiado pequeña para que Kenet pudiera ver exactamente de dónde había venido el hombre. Iba bastante bien vestido, con pantalones marrón claro, abrigo gris, corbata verde y zapatos marrones. Kenet calculó que mediría aproximadamente un metro setenta. Anotó también otros detalles. «Aproximadamente tres cuartas partes calvo, cabello claro a ambos lados de la cabeza, nariz gran-

de, frente despejada, gafas, tal vez bigote, camina despacio».

El hombre entró en la propiedad no por la parte de delante sino por el otro lado, se agachó para pasar por debajo del alambre que señalaba los límites de la parcela y avanzó por el patio. Se detuvo unos instantes junto al niño, le dijo algo, le acarició la cabeza y le alisó la ropa... En esta ocasión el niño iba completamente vestido, tal vez porque era domingo. El hombre subió lentamente los peldaños del porche, apartó las moscas con un periódico que llevaba en la mano y estaba a punto de abrir la puerta cuando la mujer fornida la abrió desde dentro. Mientras él entraba, ambos apartaron las moscas con las manos.

Un minuto más tarde el hombre volvió a salir, se dirigió al camino que pasaba junto a la casa y sacó de un carro que allí había dos pequeñas barras de pan. Regresó a la casa y al cabo de cinco minutos apareció de nuevo vestido con camiseta y pantalones de pijama y se dirigió a un pequeño almacén de madera del que sacó una botella de sifón. En aquellos momentos llegó, procedente de la casita cercana, el joven rubio que había estado conversando con el conductor de la moto. Ambos hombres hablaron breves minutos y después entraron en la casa.

Aquella noche Kenet escribió un informe sumario que terminaba con las siguientes palabras:

> En mi opinión hay que adquirir la casita y colocar en ella a un observador de confianza. De un hombre así podríamos obtener información acerca de la familia Eichmann. Además, nos veríamos libres de posibles testigos de la operación. Opino que no hay por qué ir en su busca a Tucumán dado que, aunque consiguiéramos localizarle —lo cual se me antoja imposible sin llamar su atención—, no veo probabilidades de operar allí. La ciudad se encuentra a veinticuatro horas de tren y resultaría extremadamente difícil traerle desde allí. Es necesario tenerlo todo dispuesto aquí y esperar pacientemente a que venga.
>
> Aguardo instrucciones.

Kenet no se dio por satisfecho con los logros de que había informado. Aquella noche, a las nueve y cuarto regresó a San Fernando. Esta vez les pidió a David y Hedda Kornfeld que le acompañaran. Su propósito era el de acercarse al máximo a la casa, aprovechando la oscuridad, y observar lo que ocurría dentro. Yendo solo y aparcando en la proximidad de la casa, temía llamar la atención de los viandantes; si se desplazaba hasta allí en autobús también llamaría la atención porque era un desconocido. En cambio, una pareja de jóvenes sentados en un automóvil aparcado junto a la cuneta de una carretera suburbana no era en modo alguno un espectáculo insólito. Por ello, decidió ir en jeep y dejar en el mismo a los Kornfeld mientras él se acercaba sigilosamente a la casa.

La casa daba a la travesía —la calle Garibaldi— y se encontraba situada a unos treinta metros de la ruta 202. Toda la zona aparecía entrecruzada por una red de calles suburbanas asfaltadas, levantadas unos noventa centímetros como consecuencia de las frecuentes inundaciones, pero la diferencia de altura no se notaba a causa de la maraña de maleza que crecía a los lados.

Cuando llegaron estaba completamente oscuro. Aparcaron el vehículo junto a un cruce situado a tres esquinas de la casa de los Klement y Kenet les rogó a los Kornfeld que permanecieran sentados en el interior del vehículo y le esperaran.

Kenet iba vestido con un overol (mono) y llevaba los gemelos colgados junto a la cadera. Se fue acercando a la casa sin distinguir en ella el menor rastro de luz. La rodeó buscando una ventana a través de la cual poder ver u oír algo. Al final se detuvo a unos quince metros de la casa, pero pronto comprendió que a semejante distancia sus esfuerzos resultarían inútiles, ya que no podría ver ni oír nada de ella.

Regresó junto al jeep y se sorprendió al ver que éste no se encontraba en el cruce en que lo había dejado. ¿Se habría desorientado? Volvió sobre sus pasos y contó las calles. No, no se había equivocado, aquélla era la esquina en la que había dejado el jeep y, sin embargo, en los pocos minutos en que había estado lejos, el vehículo había desaparecido.

Súbitamente vio a los Kornfeld de pie junto al borde

del camino y, al acercarse, vio el jeep volcado. David había querido dar la vuelta pero, en la oscuridad, no se percató del bache existente junto a la cuneta, y en pocos segundos él y su mujer se habían visto atrapados en el interior de un jeep volcado. Afortunadamente, no habían sufrido el menor daño y consiguieron salir tras forcejear un poco.

Ni siquiera con la ayuda de Kenet pudieron enderezar el vehículo. Era evidente que tendrían que pedir ayuda. Kenet no deseaba dejar en aquel lugar a ninguno de sus compañeros por temor a que algún viandante observara a un desconocido mezclado en un accidente y comentara el hecho. La noticia tal vez llegara a oídos de la familia Klement.

Los tres avanzaron a pie por la ruta 202 en dirección a San Fernando. Cuando llevaban media hora andando, pasó un autobús, le hicieron señas de que se detuviera y se desplazaron en él hasta la ciudad. Desde allí telefonearon a Primo y a Lubinsky y les rogaron que acudieran inmediatamente a San Fernando con un automóvil y una cadena para arrastrar el vehículo.

Al llegar éstos, tras lo que a los demás se les antojó una espera interminable, se dirigieron todos juntos al escenario del accidente pero, para su desolación, vieron que alguien ya había estado allí: una de las ruedas del jeep había desaparecido. Como es lógico, les costó mucho sacar la rueda de recambio pero, al final, lo consiguieron. Después descubrieron que el ladrón se había llevado también las tuercas y tuvieron que sacar una tuerca de cada una de las tres ruedas restantes para poder colocar la cuarta.

Al final consiguieron enderezar el vehículo. En su fluido español Lubinsky les dijo a los mirones que un borracho había empujado el vehículo y lo había volcado. Para su alivio, nadie salió de la casa de Klement... que seguía sumida en la oscuridad. (Averiguaron más tarde que el accidente no había suscitado muchos comentarios en el barrio y que los Klement ni siquiera se enteraron.)

No pudieron emprender el camino de regreso hasta pasada la medianoche. Al ponerse al volante, Kenet observó que apenas les quedaba gasolina para llegar a la estación de servicio de San Fernando. Después vio que goteaba

aceite en el interior del vehículo y para cuando llegaron a Buenos Aires iba empapado de la cabeza a los pies.

A primeras horas del día siguiente llevó el jeep a que lo limpiaran... y a que le colocaran una nueva rueda de recambio.

Era el 21 de marzo, fecha de las bodas de plata de Vera y Adolf Eichmann. Aquella noche Kenet se desplazó solo a San Fernando. Al pasar por delante de la casa sobre las nueve y media vio que una débil luz brillaba en una de las habitaciones. Al pasar de nuevo unos quince minutos más tarde, la casa ya estaba completamente a oscuras.

El 22 de marzo, hacia las seis cuarenta y cinco, pasó de nuevo por allí. La mujer y el niño se encontraban en el patio luciendo unas bonitas prendas de vestir, muy distintas a la desaliñada ropa que solían utilizar. Minutos más tarde vio a la mujer sentada en el porche.

Kenet llegó a la conclusión de que estaba exagerando en su labor de vigilancia y de que tales actividades sólo podrían proseguirse si le enviaban refuerzos adiestrados desde Israel.

Se propuso al mismo tiempo varios objetivos antes de su partida hacia Israel: fotografiar la casa, sus cercanías y sus alrededores desde todos los ángulos; obtener una buena fotografía de Klement; averiguar dónde trabajaba; y examinar una vez más el registro de la población para asegurarse de que no estaba legalmente registrado.

El 23 de marzo por la mañana se reunió con Lubinsky, el cual le entregó el detallado informe de la agencia de investigación acerca de Nicolás Eichmann y su hermano Horst Adolf Eichmann. Le trajo también las guías telefónicas de Buenos Aires correspondientes a los años 1951 y 1952 en las que no figuraba ningún Klement.

Lubinsky estaba también en posesión de los resultados de la investigación relativa a C.A.P.R.I. En la guía telefónica de Tucumán del año 1959 figuraba efectivamente el número de «C.A.P.R.I., Proyectos y Traliz Ind.» (Compañía inmobiliaria), pero la agencia de investigación había averiguado que ni ahora ni nunca había habido semejante empresa en la dirección que figuraba en la guía.

A las seis y media de la tarde, Kenet recorrió de nuevo los alrededores de la casa de Klement y vio al hombre tra-

bajando en el pequeño almacén del patio. Pocos minutos más tarde intentó fotografiarle pero no lo consiguió.

Los tres días siguientes los dedicó a descansar, a recorrer la ciudad para conocerla mejor y a intentar alquilar un nuevo automóvil. No pudo conseguir el vehículo que deseaba y —por consejo de Hobson— se conformó con un jeep de otro color.

El 27 de marzo Kenet volvió a recorrer la zona de San Fernando. Mientras atravesaba Tigre encontró un camino que conducía al río Reconquista en campo abierto, a casi un kilómetro de distancia de la casa, y pensó que podría constituir un buen sitio en el que establecer un puesto de observación. La siguiente vez que pasó frente a la casa vio al hombre y al joven trabajando en el jardín y les fotografió desde el vehículo en marcha.

A la mañana siguiente, él y Primo se desplazaron hasta allí bajo una lluvia torrencial. Primo se quedó de pie junto a la parada del autobús y Kenet aguardó en el interior del jeep, situado aproximadamente a un kilómetro de la casa. No vieron a ninguno de los miembros de la familia y se marcharon al cabo de media hora.

Tres días más tarde Kenet regresó nuevamente a San Fernando y fotografió la casa desde distintos ángulos. Después trepó hasta lo alto del terraplén del ferrocarril y fotografió toda la zona desde allí. A las seis cincuenta de la tarde pasó frente a la casa y vio al hombre en el patio. Regresó una vez anochecido, dejó el vehículo a unos quinientos metros de distancia y se acercó a la casa a pie. Rodeó la edificación desde lejos. En la cara oeste —la que daba al ferrocarril— vio una persiana subida y una ventana iluminada. Se acercó y vio al hombre de pie en la habitación iluminada por una lámpara de petróleo. En contraste con su descuidado aspecto exterior, la casa aparecía por dentro limpia y bien arreglada.

El 3 de abril, Kenet alquiló un camión cubierto con una lona (no el mismo que había utilizado la otra vez, claro) y le rogó a Primo que se reuniera con él por la mañana. Quería intentar por última vez fotografiar de cerca al hombre y era evidente que sólo podría hacerlo una persona que hablara correctamente español. Pensó que el domingo sería el único día que podría tener la certeza

de encontrar a Klement en casa. Le mostró a Primo la forma de utilizar la cámara de cartera y dispuso convenientemente el obturador para que Primo sólo tuviera que apretar el botón, cosa que Primo practicó varias veces para asegurarse de que sabría hacerlo.

David Kornfeld condujo el camión hasta la zona objetivo. Se detuvieron bajo el puente de San Fernando y Kenet se tendió en la parte de atrás, enfocando la casa con los gemelos a través de la abertura practicada en la lona. Los otros dos fingieron estar revisando el motor. Al ver salir a Klement de la casa en dirección al almacén del patio, Kenet le hizo una señal a Primo, el cual empezó a dirigirse a pie hacia la casa portando la cámara de cartera.

Kenet había esperado que el hombre se dirigiera al almacén porque temía que, si Primo llamaba a la casa utilizando cualquier pretexto, lo más probable era que saliera el hijo y no el padre. En cambio, si el padre se encontraba solo en el almacén, no tendría más remedio que hablar con Primo. Kenet había pensado también que resultaría extraño que Primo penetrara en el jardín por la entrada principal y después se encaminara directamente hacia el almacén, razón por la cual decidieron que sería más conveniente que Primo cruzara los campos y entrara en la dirección del almacén.

Kenet y David observaron a Primo conteniendo el aliento y dispuestos a acudir inmediatamente en su ayuda en caso de que, por ejemplo, los Klement se percataran de que les estaban fotografiando e intentaran arrebatarle la cartera. Primo había llegado junto a la parcela cuando Klement y su hijo Dieter avanzaron en dirección a él desde el otro lado. Aunque no abrigaba la esperanza de poder sacar una buena fotografía desde tan lejos, Kenet les fotografió a los dos desde debajo de la lona utilizando el teleobjetivo. Alrededor de uno o dos minutos más tarde el hombre regresó al almacén y Primo se quedó hablando con el joven, tras lo cual se dirigió a la casita que había cerca, donde también se entretuvo unos momentos hablando.

De acuerdo con las instrucciones de Kenet, no regresó al camión sino que se dirigió hacia la carretera y desde allí tomó un autobús para desplazarse a San Fernando.

Kenet y David Kornfeld recogieron a Primo en la estación de ferrocarril de San Fernando. Éste les dijo que les había preguntado a los hombres si existía alguna casa en venta en el barrio... y que les había fotografiado. Ellos le habían mostrado la casita a la que posteriormente se había dirigido, donde habló con su propietario y le dijo que en todo caso regresara al cabo de una semana.

El 4 de abril Kenet recibió el esperado mensaje de Israel:

> Para obtener un informe completo con vistas a la planificación detallada de la operación y a la determinación de sus distintas fases, se le ordena que regrese lo antes posible.

Ahora, si había conseguido fotografiar a Klement, Kenet estaba dispuesto a regresar inmediatamente. Pero todavía no sabía qué tal habían salido las fotografías. Primo no poseía el menor conocimiento fotográfico y lo único que sabía a este respecto era lo que había conseguido aprender en el transcurso de aquella lección de un minuto. Las condiciones en las que había llevado a cabo la misión —en medio de una conversación con Klement y su hijo acerca de la venta de una casa— no eran susceptibles de conducir al éxito. Y Kenet no deseaba regresar a Israel sin una buena fotografía del hombre del que estaban convencidos de que era Eichmann. Pensaba que la decisión acerca de si proseguir o no la operación tal vez dependiera de la calidad de las fotografías de Primo.

En caso de que las fotografías no resultaran adecuadas y tuviera que intentarlo de nuevo, Kenet decidió revelar el carrete en Buenos Aires, pero tenía que contar con la posibilidad de que en la tienda de fotografía imprimieran copias y tal vez las ampliaran. Cabía también la posibilidad —muy remota, ciertamente— de que el propietario conociera a Klement, en cuyo caso era indudable que le comunicaría a éste que un desconocido le había sacado fotografías.

Al final, Kenet eligió un gran establecimiento de artículos fotográficos situado en las cercanías del hotel en la zona comercial turística. Le explicó al propietario que necesitaba que le revelaran el carrete en seguida dado que

estaría muy poco tiempo en Buenos Aires. Sabiendo que, en general, se tarda seis o siete días en revelar un carrete, Kenet dijo que estaba dispuesto a pagar más si se le podía hacer el trabajo con la mayor rapidez posible. El propietario le aseguró solemnemente que tendría las fotografías para la tarde.

Kenet se dirigió después a las oficinas de una compañía aérea con el fin de reservar pasaje y allí le dijeron que lo tenían todo reservado hasta finales de mayo o principios de junio. Con gran dificultad consiguió pasaje en un aparato que salía con destino a Europa el 7 de abril. Pensándolo bien, no lamentó demasiado la contrariedad, ya que ahora dispondría de tiempo para intentarlo de nuevo en caso de que las fotografías no hubieran alcanzado el éxito deseado.

Kenet acudió al establecimiento fotográfico a la hora convenida y le dijeron que lo lamentaban pero todavía no tenían listas las copias.

—¿Qué copias? —preguntó Kenet aterrado—. Yo sólo pedí que revelaran el carrete.

—Sí, lo han revelado pero las ampliaciones no están listas.

—Yo no he pedido ampliaciones. Quiero el carrete revelado y lo quiero ahora mismo.

—Como usted quiera, señor —dijo el propietario del establecimiento—. Pero debo decirle que las copias y las ampliaciones no las hacemos aquí. El carrete lo tiene un fotógrafo que trabaja por nuestra cuenta.

Por unos momentos Kenet se quedó sin habla.

—Deme su dirección —dijo después—. Iré yo mismo a por el carrete —añadió en tono autoritario—. ¿Acaso no le dije que estaría aquí muy poco tiempo y tenía que llevarme el carrete?

—El fotógrafo vive al otro extremo de la ciudad y resulta muy difícil encontrar la calle. No la encontraría ni siquiera un taxista.

«Creo que miente, pensó Kenet, y que intenta ganar tiempo no sé por qué motivo. ¿Qué se propone?»

—Le exijo que telefonee inmediatamente a su fotógrafo —dijo en voz alta— aquí en mi presencia y que le diga que tome un taxi que yo pagaré y traiga los negativos aquí, tanto si tiene las copias como si no.

Kenet hablaba en una nerviosa mezcla de inglés y español y el propietario del establecimiento pudo percatarse de que su cliente estaba enfurecido. Telefoneó inmediatamente y —a pesar de sus escasos conocimientos de español— Kenet le oyó decir algo de un taxi y de acudir o enviar a alguien inmediatamente. Las tiendas estaban a punto de cerrar. Pasaban los minutos y no acudió nadie. Kenet cada vez se estaba convenciendo más de que el carrete no llegaría a tiempo, pero al final llegó un joven con un pequeño paquete en la mano.

Al abrir el paquete, la cólera de Kenet se esfumó de inmediato: las fotografías eran mucho mejores de lo que había esperado. Comprendió inmediatamente que iban a resultar extremadamente valiosas con vistas a proseguir la operación.

Kenet dedicó los días que faltaban para su partida a obtener cierta información que sus superiores de Israel le habían solicitado. El 6 de abril se despidió de los Kornfeld, de Lubinsky y de Primo, que regresaban también por distintos medios a sus respectivos lugares de residencia.

Al día siguiente, Kenet emprendió viaje con destino a Europa.

Me reuní con él a bordo del avión que volaba de París a Tel Aviv. Tras intercambiar unas pocas palabras, le dirigí esta simple pregunta:

—¿Está seguro de que se trata del hombre que buscamos?

Kenet se sacó una fotografía del bolsillo y dijo:

—No. cabe la menor duda.

10

Tan pronto como empecé a acariciar la idea de capturar a Eichmann en la Argentina y traerlo a Israel para someterle a juicio, comprendí que tendría que supervisar personalmente la operación, lo cual significaba que debería encontrarme en el mismo escenario de los hechos.

Consideraba esta acción nuestra como mucho más difícil desde el punto de vista operativo y mucho más delicada desde el punto de vista político que cualquiera de las que hubiera emprendido hasta entonces el Servicio Secreto y sabía que mi presencia en Buenos Aires sería esencial habida cuenta de los complicados problemas que probablemente iban a plantearse.

Nuestra principal dificultad —aquélla con la que ya hab-amos contado al principio— consistía en el hecho de tener que organizar unas fuerzas especiales a tan considerable distancia de nuestro país sin disponer de medios rápidos y eficientes de comunicación en unas circunstancias que exigirían decisiones instantáneas. Sabía que nuestro equipo no disponía de ningún organismo local, israelí o judío, con el que poder consultar y que tendría que trabajar constantemente en solitario enfrentado a tres pruebas cruciales: llevar a cabo la captura sin contratiempos, mantener al prisionero en custodia clandestina durante un período de tiempo imposible de establecer de antemano y trasladarle en secreto a Israel en cuanto las condiciones

fueran favorables. En cada una de las fases, y sobre todo en la última, las fuerzas especiales se enfrentarían con problemas que sólo estarían en condicciones de resolver los más altos jefes de los Servicios.

Políticamente estaba claro que, aunque la operación constituyera un éxito, siempre correríamos el peligro de ser acusados de haber violado la soberanía de un estado amigo y, si se producía algún percance y se descubrían nuestros propósitos antes de que hubiéramos alcanzado la fase operativa, habría que tomar decisiones improvisadas sobre la marcha, dado que no dispondríamos ni de tiempo ni de medios para pedir ayuda o instrucciones a Israel.

No era posible que cargara la responsabilidad del manejo de las eventuales complicaciones políticas sobre los hombres del comandante de las fuerzas especiales. Era evidente que tendría que permanecer junto a los componentes de las fuerzas especiales y quedarme en la Argentina con el fin de hacerme cargo de todos los detalles de la operación desde el principio hasta el final.

Antes de ordenar que prosiguieran los preparativos, quería hacer cuanto estuviera en mi mano por asegurarme de que el Ricardo Klement cuya fotografía obraba en mi poder era efectivamente Adolf Eichmann. Por lo que respectaba a la edad y el aspecto físico, no existía discrepancia alguna entre lo que sabíamos acerca de Eichmann y los datos que nos había facilitado Kenet acerca de Klement. A pesar de ello, cabía la posibilidad de que el actual marido de Vera Eichmann no fuera nuestro hombre y, dada la gravedad del paso que nos proponíamos dar, deseaba reducir al mínimo todas las dudas que pudiéramos abrigar.

No disponíamos de huellas dactilares y los demás medios de identificación que obraban en nuestro poder eran muy limitados. En realidad, sólo teníamos tres alternativas: ordenar que un laboratorio comparara las antiguas fotografías de Eichmann con las fotografías obtenidas por Kenet; mostrar las fotografías de Klement a personas que hubieran conocido a Eichmann en el pasado; enviar a una de estas personas a la Argentina para que echara un vistazo a Klement en persona. Aunque adoptáramos los tres métodos, cabía la posibilidad que ninguno de ellos

nos permitiera alcanzar resultados concluyentes. Las antiguas fotografías de Eichmann eran de muy mala calidad y las que se habían tomado de Klement en adversas circunstancias no eran demasiado claras. Por otra parte, cabía dudar de una identificación personal realizada al cabo de veinte o más años.

A pesar de ello, decidí actuar sin dilación en este sentido.

No fue nada fácil encontrar a personas que hubieran visto a Eichmann cara a cara. No podíamos rogar públicamente a tales personas que se presentaran en nuestras oficinas ni tampoco correr el riesgo de que se supiera, incluso dentro de los círculos más restringidos, que existía un interés oficial por el criminal. Decidí por tanto limitar la primera fase de las investigaciones a un reducido círculo de veteranos trabajadores sionistas de Alemania.

Una de nuestras agentes de mayor antigüedad era por aquel entonces Miriam Savyon, nacida en Alemania, la cual había empezado a colaborar con nosotros a principios de la década de los cincuenta porque sentía el deseo de desarrollar una actividad que constituyera para ella algo así como un reto personal. Al principio su colaboración no revistió carácter operativo, pero su habilidad y conocimientos nos indujeron a trasladarla muy pronto a la sección operativa. Su especialidad consistía en facilitar «tapaderas» y documentación falsa a los agentes enviados a misiones clandestinas. La mandé llamar y, sin explicarle mi propósito, le pregunté si sabía de alguna persona de origen alemán que hubiera conocido a Eichmann personalmente. Di en el blanco. Me contestó inmediatamente que entre los años 1936 y 1938 Benno Cohen y el doctor Hans Friedenthal habían sido copresidentes de la Organización Sionista de Alemania, el primero de ellos encargado de los asuntos internos y el segundo de los externos, y que, como consecuencia del cargo que ocupaba, Friedenthal había mantenido contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, con el consulado británico en Alemania y con la Gestapo. Le había oído decir a Friedenthal que algunas veces había estado en el despacho de Eichmann en Berlín y, si no se equivocaba, Benno Cohen

también había tenido ocasión de conocer a Eichmann por aquel entonces.

Envié a Kenet a ver al doctor Friedenthal con las fotografías de Klement. Friedenthal dijo que no reconocía a aquel hombre. Kenet le preguntó entonces si había conocido a Adolf Eichmann.

—Sí —repuso Friedenthal—, le vi personalmente dos veces y en ambas ocasiones estuve con él un cuarto de hora. Eso fue en 1938, cuando yo era presidente de la Organización Sionista de Alemania.

—¿Dónde le vio usted? —preguntó Kenet.

—En su despacho de Berlín. La primera vez acudí a verle a propósito de cierto judío que había sido detenido. Eichmann me preguntó si estaba dispuesto a garantizar que aquel hombre abandonara Alemania en cuanto fuera liberado. Le contesté afirmativamente y le pedí que no nos impusiera un límite de tiempo porque tendría que encargarme de obtener un certificado de inmigración a Israel o bien un permiso de entrada en algún otro país. Dos o tres días más tarde el judío fue efectivamente liberado.

—¿Cómo se comportó Eichmann con usted? —le preguntó Kenet.

—En ambas ocasiones su comportamiento fue correcto, a pesar de que la segunda vez comparecí ante él bajo acusación. Afirmaba haber tenido conocimiento de que yo había criticado al gobierno alemán en el transcurso de una reunión sionista. Rechacé la acusación y le expliqué que sólo me había referido a la nueva legislación antijudía que la prensa comentaba por aquel entonces y que había dicho que cada judío sacara sus propias conclusiones. Abandoné Alemania en noviembre de 1938, tras la «Noche de Cristal». *

—Y ahora —le dijo Kenet—, ¿hace falta que le diga quién es el hombre cuya fotografía acabo de mostrarle?

* *Kristallnacht.* Pogroms contra los judíos que tuvieron lugar en Alemania como represalia por el asesinato, en la embajada alemana de París, de Ernst von Rath por parte del judío polaco de diecisiete años Herschel Grynszpan. Su denominación procede de la gran cantidad de cristales de escaparates que se rompieron, cuyo valor se calculó en seis millones de marcos. *(N. del A.)*

—No, ya puedo imaginarme quién es —repuso Friedenthal sonriendo.

—No tenemos ninguna prueba fehaciente de su identidad —le explicó Kenet—. ¿Quiere echar otro vistazo a las fotografías?

Friedenthal examinó largo rato las fotografías. Al final, sacudió la cabeza.

—Lo lamento. A pesar de cuanto me ha dicho, no puedo asegurar categóricamente que el hombre de estas fotografías sea Eichmann... Por otra parte, tampoco me atrevería a afirmar que no lo es.

Los estudios de laboratorio nos permitieron obtener resultados más alentadores. El jefe del Departamento de Identificación Criminal de la policía israelí, cuya ayuda recabamos, entregó las fotografías a Eli Ilan con el fin de que las comparara. Eli, que procedía del Canadá, estaba especializado en la comparación de fotografías con fines de identificación. No sabía quién era la persona a la que tenía que identificar. Le entregaron unas fotografías que evidentemente debían de haber sido tomadas en secreto bajo condiciones operativas y le pidieron que las comparara con otra serie de fotografías en las que aparecía un oficial uniformado de las *SS*.

En ambas series de fotografías Ilan trazó unas líneas que unían los extremos de los distintos miembros, formando unos polígonos en los que se basaban determinadas comparaciones. Otro método permitió alcanzar mejores resultados si cabe: consistía en comparar una oreja de cada una de las dos series de fotografías. A través del tamaño, del lugar en que la oreja se unía a la cabeza y el ángulo que formaba con la cara, Ilan pudo establecer que se disponía de fundados motivos para identificar al hombre de las fotografías operativas como el oficial de las *SS* que aparecía en las fotografías antiguas. En su informe señalaba que había hallado ocho puntos en favor de la identificación en ambos grupos de fotografías y ningún punto en contra. No estaba dispuesto a afirmar inequívocamente que era el mismo hombre quien aparecía en ambas series de fotografías... pero el informe que redactó daba virtualmente por sentada la identificación.

Teniendo en cuenta la imposibilidad en que se había visto el doctor Friedenthal de identificar a Eichmann,

no creía que ninguna otra persona que no hubiera visto a Eichmann desde hacía más de veinte años estuviera en condiciones de identificarle a través de una fotografía. Por otra parte, consideraba peligroso enviar a alguien desde Israel a la Argentina con el fin de que identificara «en directo» a Klement. Kenet y sus hombres ya se habían pasado demasiado tiempo en las cercanías de la casa de Klement y cualquier ulterior actividad por aquella zona tal vez pusiera en peligro toda la operación. Estaba empezando a dudar de que mereciera la pena buscar a alguna persona que hubiera conocido a Eichmann con el fin de incorporarla a las fuerzas especiales que teníamos el propósito de enviar a la Argentina. Tendríamos que realizar preparativos especiales con vistas a la facilitación de la labor de vigilancia por parte de un profano sin experiencia en tales cuestiones, tanto más cuanto que necesariamente tendría que tratarse de una persona de mediana edad. Sin embargo, pensaba que también podría superar esta dificultad siempre que planeáramos la operación de tal forma que la identificación formara parte de la misma y en el instante en que Klement fuera identificado como nuestro hombre pudiéramos llevar a cabo la captura.

Tras una prolongada búsqueda —huelga decir que en absoluto secreto— encontramos a una mujer que había conocido a Eichmann. Le preguntamos si estaría dispuesta a participar en una peligrosa y difícil empresa. Dijo que podría hacerlo pero que su estado de salud era delicado, lo cual nos hizo temer por su seguridad dado que le tendríamos que exigir considerables esfuerzos físicos y mentales.

Tras sopesar todas las circunstancias, decidí que sería mejor no contar con ella. De todos modos, tomamos las necesarias medidas con el fin de que pudiera intervenir en caso de emergencia.

Las ruedas de la máquina operativa giraban con gran rapidez. Al comprender que tendríamos que desistir de seguir intentando identificar ulteriormente a Klement y que tendríamos que actuar sobre la base de que la identificación final sólo podría llevarse a cabo una vez tuviéramos a aquel hombre en nuestras manos, empecé a pensar en la planificación efectiva de la operación. No tardé

mucho en llegar a la conclusión de que el equipo que organizara el plan tendría que ser el mismo que lo llevara a la práctica. Sabía que ello traería aparejadas muchas dificultades y que se traduciría en un aumento del número de personas que tuviéramos que enviar. No obstante, no deseaba correr el riesgo de que en el tiempo que mediara entre el momento en que el equipo organizador de la operación finalizara su labor y el momento en que entrara en acción el equipo operativo se modificaran las condiciones o se despertaran las sospechas de Eichmann.

En consecuencia, decidí reunir inmediatamente a los componentes de las fuerzas especiales y dividirlos en dos grupos: una avanzada (o grupo de avance) que acudiera al lugar-objetivo para establecer que Ricardo Klement seguía allí y que las condiciones para llevar a cabo la captura eran razonablemente buenas, y un cuerpo principal que estaría dispuesto a intervenir, pero que esperaría el aviso de la avanzada antes de entrar en acción.

Pensé que los medios de transportar a Eichmann a Israel tendrían que estar dispuestos con anterioridad a la fecha en que entraran en acción las fuerzas especiales, dado que era absurdo llevar a cabo la captura sin tener asegurado el transporte. Además, la forma y las condiciones en que éste tuviera que llevarse a cabo tal vez determinaran el momento de la captura y hasta incluso el método de realizarla.

El equipo operativo de las fuerzas especiales sólo podría reclutarse en una fuente: un grupo de agentes que casi desde el principio fueron conscientes del riesgo de sus actos y estuvieron dotados de una infinita ingeniosidad. Cada uno de ellos había sido elegido con meticuloso cuidado con el fin de crear un cuerpo de hombres valerosos para los cuales ninguna misión fuera demasiado difícil, unos hombres que fueran modestos y no tuvieran reparo en arriesgar sus vidas en un combate «invisible» que no les reportara la menor gloria personal.

Conocía personalmente a los jefes del grupo desde los tiempos en que yo era su comandante y desde entonces me había mantenido en contacto con ellos y en distintas ocasiones habíamos llevado a cabo juntos diversas misiones en el extranjero.

Me puse en contacto con otro funcionario del servicio

de espionaje —el que he llamado Haggai— y le pregunté si accedería a poner a mi disposición a los hombres que necesitaba para esta labor. Respondió afirmativamente y me ofreció al jefe del grupo de operaciones así como a varios hombres que en su opinión se compenetrarían muy bien unos con otros en una empresa de esta clase.

Llamé inmediatamente al jefe del grupo, Gabi Eldad, quien era un viejo amigo mío de extraordinaria habilidad práctica. Sabía que era un magnífico comandante y un hombre de bien, lleno de recursos y dotado de juicio equilibrado. Gabi Eldad procedía de una aldea judía de la Palestina pre-israelí y a la edad de doce años ya desarrollaba actividades en las filas del *Hagana*, la organización judía de autodefensa, precursora de las Fuerzas de Defensa israelíes. A los dieciocho años se alistó en el *Palmach*, * y se aficionó a las operaciones arriesgadas. Participó en el ataque al campamento de Atlit con el fin de liberar a los inmigrantes ilegales y posteriormente en la destrucción de las instalaciones británicas de radar del monte Carmelo. La víspera de la guerra de la independencia fue nombrado comandante de un pelotón de reconocimiento y el día en que se declaró el nuevo Estado —15 de marzo de 1948— resultó herido en una pierna en la batalla de Galilea. Regresó a rastras a su base y, antes de haberse recuperado por completo y con la pierna todavía enyesada, se incorporó de nuevo a su batallón, tomó parte en la operación «Dani» y se trasladó al Negev, donde se convirtió en un experto en la guía nocturna de las tropas hasta las zonas de batalla. Gabi finalizó en 1950 su servicio militar y se incorporó al grupo de operaciones.

Tras comunicarle a Gabi la naturaleza de la operación que iba a dirigir, la conversación que mantuve con él revistió un carácter eminentemente práctico, al igual que todas las conversaciones que ambos habíamos mantenido a lo largo de los años. No había nada que pudiera emocionar a aquel delgado y sonriente *sabra.* **

---

* Cuerpo de élite que actuaba como fuerza de choque del *Hagana* con anterioridad a la creación del Estado de Israel (1948). *(N. de la R.)*

** Judío nacido en Israel. *(N. de la R.)*

—Será una importante acción —dijo—. Jamás habíamos llevado a cabo una operación semejante.

Me constaba que ello equivalía al máximo grado de entusiasmo que era capaz de demostrar.

Gabi era una persona que lo calculaba todo en porcentajes.

—¿Qué probabilidades tenemos de que este hombre sea efectivamente Eichmann? —preguntó.

Le conté todo lo que habíamos hecho y le manifesté que había llegado a la conclusión de que la identificación definitiva sólo podría llevarse a cabo una vez tuviéramos al hombre en nuestras manos.

—En cierto modo —dije—, esta operación es distinta de todo lo que se haya hecho hasta ahora. Esta vez no se trata simplemente de llevar a cabo una misión de acuerdo con determinadas órdenes. Esta vez nos envía la conciencia judía. Por consiguiente, sólo quiero llevar conmigo a personas que se identifiquen plenamente con la idea. La participación en esta operación tiene que ser voluntaria. Todo el que ponga de manifiesto alguna vacilación deberá ser excluido.

—Ninguno de ellos vacilará —dijo Gabi resueltamente.

—Así lo creo también —dije—, pero insisto en que todas las personas que participen en esta operación sepan que emprenderemos una acción que tiene un solo objetivo: el de someter a juicio a uno de los monstruos que se levantaron con el propósito de exterminarnos cruentamente. Si lo conseguimos, será la primera vez en la historia que un tribunal de justicia del pueblo judío juzgue a un hombre que asesinó a multitudes de hermanos nuestros. De ahí que yo vea en esta acción un significado humano y moral no comparable a nada de lo que hasta ahora hayamos llevado a cabo.

—Todos lo comprenderán así —dijo Gabi con voz reposada.

—Me gustaría que empezara a estudiar en seguida el expediente —le dije—. Kenet le facilitará todos los detalles necesarios acerca de las condiciones locales. Espero que me entregue cuanto antes un plan de acción y una lista de los hombres que juzgue más idóneos para el equipo.

Ahora sabía que podría dedicarme con más tranquilidad a estudiar las formas y medios de transportar a Eich-

mann a Israel. Recurrí de nuevo a Leora Dotan y le pedí que comprobara las fechas en que tenían previsto zarpar los buques mercantes israelíes y que averiguara si algún buque israelí se encontraría en aguas cercanas a América del Sur en las próximas semanas. Le pedí que averiguara también qué posibilidades había de enviar a la Argentina un buque de carga o un buque frigorífico con el pretexto de importar carne congelada o algo parecido. Tendría también que explorar las posibilidades de desviar hacia la Argentina a un buque sin despertar sospechas.

Pocos días más tarde, Leonora informó que no estaba previsto que ningún buque israelí se encontrara en la zona-objetivo en un futuro próximo. Dijo que desviar el curso de un buque entrañaría graves dificultades debido a los compromisos anteriormente adquiridos y también al hecho de que ello resultaría extraño desde un punto de vista técnico y económico. La única posibilidad estribaba en fletar algún buque que se hiciera a la mar con un cargamento israelí con destino a América del Sur o viceversa. No obstante, preparar un viaje de esta clase resultaría sumamente dificultoso y la travesía duraría en total unos sesenta días, dado que el buque tendría que hacer escala en distintos puertos intermedios.

Llegué a la conclusión de que el traslado por mar resultaría demasiado lento y tal vez retrasara la operación en algunas semanas vitales. Además, la necesidad de hacer escala en puertos extranjeros aumentaría considerablemente los riesgos de seguridad. Por ello decidí concentrar mis esfuerzos en el estudio de las posibilidades que ofrecía el transporte aéreo.

El principal problema estaba en la forma de hallar un motivo que justificara el vuelo de un aparato israelí a la Argentina. En determinado momento decidimos anunciarlo como un vuelo de prueba destinado a examinar las perspectivas de inauguración de una nueva línea a América del Sur, pero ello tendría lugar en plena temporada turística y el hecho de retirar de los servicios regulares a un gran aparato con el fin de llevar a cabo un vuelo de prueba era lógico que despertara un justificado asombro.

La suerte vino en nuestra ayuda. La prensa publicó la noticia de los preparativos que se estaban realizando con vistas a la celebración del ciento cincuenta aniversario

de la independencia de la Argentina. Para finales de mayo de 1960 estaba prevista la celebración de grandes festejos. Israel había sido invitado a participar en las fiestas y averiguamos que el Ministerio de Asuntos Exteriores atribuía gran importancia al hecho de que Israel estuviera adecuadamente representado en aquel acontecimiento internacional y que tenía el propósito de enviar a una delegación integrada por importantes personalidades.

Envié a algunos emisarios con el fin de que calibraran la reacción del Ministerio de Asuntos Exteriores ante la idea de enviar a la delegación israelí a la Argentina en un avión especial. El Departamento de Asuntos Latinoamericanos, que se encargaba de todo lo concerniente al envío de la delegación, acogió muy favorablemente la sugerencia considerando que la llegada de un aparato especial de Israel contribuiría a aumentar ulteriormente el prestigio del Estado, sobre todo a los ojos de la comunidad judía de América del Sur.

Mandé llamar al director adjunto de las líneas aéreas, Moshe Tadmor, con quien ya me había puesto en contacto antes. Éste no veía en ello dificultades insuperables, pero me pidió poder aplazar algunos días la respuesta definitiva hasta que llegara el director ejecutivo, dado que nuestro plan desajustaría los horarios de los vuelos regulares de la compañía y entrañaría unas considerables pérdidas económicas. Tadmor sabía que la organización de los vuelos destinados a las delegaciones oficiales representantes del Estado de Israel no corría a mi cargo y comprendió que el vuelo me interesaba por motivos totalmente ajenos a ello. Al decirle que la composición de la tripulación del aparato tendría que ser aprobada por mí y rogarle que Asher Kedem pudiera trabajar bajo mis órdenes directas o bien bajo las de mis más inmediatos colaboradores hasta que finalizara la operación, pareció comprender de qué se trataba. Al abandonar mi despacho y con la mano ya apoyada en la manija de la puerta se volvió y esbozó una vacilante sonrisa:

—¿Tiene ello algo que ver con Eichmann? —preguntó.

Yo asentí. Más adelante, Tadmor confesó que se había sentido muy turbado en aquellos momentos: «No podía perdonarme el haber hablado con usted pocos minutos antes como si mi única preocupación fueran los intereses

comerciales de la compañía, refiriéndome a cosas tales como desajuste de horarios y pérdidas económicas».

Pocos días más tarde me reuní con el director ejecutivo de las líneas aéreas, el cual me expresó su absoluto deseo de acceder a cualquier petición del Ministerio de Asuntos Exteriores y a prestarnos a mí y a mis ayudantes todo el apoyo que su compañía pudiera ofrecernos. Informé indirectamente a las personas que se encargaban de la organización del viaje de la delegación de la probabilidad de que las líneas aéreas accedieran a trasladar a la Argentina a la delegación mediante un vuelo especial, dado que estaban muy interesadas en la realización de un vuelo de prueba y deseaban estar presentes en Buenos Aires en el transcurso de tan importante acontecimiento internacional. Ya se sabía que varios países iban a trasladar a sus delegaciones mediante vuelos especiales. El 22 de abril, el Ministerio de Asuntos Exteriores formuló su petición a las líneas aéreas y unos días más tarde recibió una respuesta afirmativa.

Poco antes, el día 18 de abril, Asher Kedem regresó de su misión en el extranjero y acudió directamente a entrevistarse conmigo. Le hablé de la operación y le informé de que tendría que estar dispuesto a salir muy pronto con destino a Buenos Aires.

Kedem estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Había nacido en Holanda y había sido objeto de la persecución nazi durante más de un año, consiguiendo escapar en 1941 a la edad de veintiún años. Llegó a Inglaterra y se alistó en la R.A.F. A su regreso a Holanda una vez finalizada la guerra, descubrió que los alemanes habían exterminado a casi todos los componentes de su familia. Sus padres, sus hermanos, su hermana y su cuñado habían perecido todos en los campos de concentración nazis. Durante algún tiempo participó activamente en la organización de inmigraciones «ilegales» a Israel y más tarde emigró en compañía de su esposa y del hijo de cuatro años de su hermano, el cual había permanecido oculto durante la conquista alemana y fue posteriormente recogido por Kedem. Sirvió en las fuerzas aéreas durante la Guerra de la Independencia y posteriormente ingresó en las líneas aéreas. No era de extrañar que durante toda nuestra operación no dijera jamás que no a nada.

El comienzo de los festejos de la Argentina estaba programado para el día 20 de mayo, dándose por sentado que todas las delegaciones invitadas se encontrarían en la Argentina con anterioridad a dicha fecha. A mí me interesaba adelantar al máximo nuestro vuelo especial. Si el aparato permanecía en Buenos Aires más tiempo del que suele ser normal, era probable que ello suscitara extrañeza. Lo máximo que podría permanecer allí serían tres días. El momento de la captura tenía que estar lo más cerca posible del día en que el aparato despegara, habida cuenta de las dificultades que entrañaría mantener a un hombre bajo custodia clandestina en suelo argentino. Era por tanto necesario coordinar perfectamente el momento de la captura con la fecha del vuelo. Si el aparato llegaba con una semana de antelación en relación con el 20 de mayo y se podía conseguir que la operación se llevara a cabo entonces, tanto mejor. Si, por el contrario, se hacía necesario aplazar la captura hasta el último minuto, sería posible aplazar el vuelo hasta una fecha próxima al comienzo de los festejos. En cambio, si el vuelo tenía lugar poco antes del 20 de mayo y se hacía necesario aplazar la operación, nos encontraríamos en una situación muy difícil: el aparato no podría permanecer mucho tiempo en suelo argentino so pena de despertar sospechas y tal vez tuviéramos que enviarlo de nuevo a Israel sin haber podido utilizarlo en la principal finalidad para la que había sido organizado. Otra consideración era el hecho de que tendríamos que llevar a cabo buena parte de la operación antes de que la presencia de las distintas delegaciones de todo el mundo condujera a un aumento de las medidas de seguridad en el aeropuerto, en la propia capital y en las carreteras que unían ambos lugares.

Tras prolongadas discusiones entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y las líneas aéreas se acordó fijar el vuelo para el día 11 de mayo. La explicación que se facilitó a los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores fue la de que se trataba de la única fecha adecuada, dadas las dificultades que entrañaba retirar un avión de pasajeros de los vuelos regulares de la compañía. Pocas personas estaban al corriente de que yo había intervenido activamente en la fijación de la fecha del vuelo.

La anticipación del vuelo fue del agrado de los miembros de la delegación dado que, aparte de representar a Israel en los festejos del aniversario, así dispondrían de más tiempo para pronunciar conferencias y para otras apariciones personales en la Argentina.

Una vez finalizadas las negociaciones, el vuelo especial se anunció a través de la prensa y se ofrecieron pasajes al público con destino a Buenos Aires o a los demás aeropuertos en que se efectuaría escala. Pero la compañía aún tenía que encargarse de todas las medidas de carácter oficial y técnico: obtener permisos de aterrizaje, escoger a las personas encargadas de prestar servicio en el aparato, asegurar el suministro de combustible y establecer un código especial de telex con vistas a las comunicaciones entre la capital argentina y Tel Aviv.

Ante mi petición, Kedem se encargó de todas estas cuestiones así como de obtener el necesario permiso para el traslado de pasajeros desde la Argentina a Israel. Le pedí, además, que estudiara las condiciones del aeropuerto de tal manera que, cuando llegara el momento, pudiera ayudarnos a coordinar los planes con vistas a poder sacar clandestinamente a Eichmann de la Argentina. Kedem apuntó la conveniencia de poder disponer de un ayudante en Buenos Aires y yo me mostré de acuerdo. Eligió a Aharon Lazar, gerente de una de las más importantes sucursales de ultramar.

Y de este modo se fue completando poco a poco todo lo concerniente al vuelo especial a Buenos Aires, un vuelo mucho más especial de lo que la mayoría de las personas que intervinieron en su organización hubieran podido imaginarse.

11

Menashe Talmi sería el primer miembro de las fuerzas especiales que emprendería viaje a la Argentina. Yo le había interrogado con anterioridad acerca de la Argentina en general y de Buenos Aires en particular: costumbres y características locales, comportamiento en los cafés, hoteles y restaurantes, condiciones de vida, posibilidad de alquilar o adquirir casas y apartamentos, transportes, carreteras, licencias de tráfico, métodos policiales, papeles y documentos que solían ser necesarios, turismo, procedimientos en los puertos y aeropuertos, etc. Porque yo estaba a punto de trasladarme a un país que no conocía y cuyas gentes todavía me eran más desconocidas y Talmi en cambio, gracias a que conocía muy bien Buenos Aires, podría ayudarme al facilitarme la información que no figuraba en los libros ni en las guías turísticas. Me dio todas las respuestas que pudo y prometió averiguar discretamente las demás a través de sus amigos argentinos.

Le expliqué que tendríamos que saberlo todo de antemano porque había decidido que, en cuanto llegáramos a Buenos Aires, no recabaríamos la ayuda de ningún natural del país ni de cualquier otra persona o grupo que tuviera contacto directo o indirecto con la representación oficial israelí. Él tendría que ser nuestra «enciclopedia viviente» en todo lo relacionado con la ciudad y el país y el intérprete de las costumbres locales para los miem-

bros de las fuerzas especiales que entrarían en acción sin conocer la cultura ni las condiciones del lugar en que operarían. Talmi accedió a ello sin vacilar y participó de inmediato con el objeto de organizar todos los preparativos técnicos para la operación.

Dado que las fuerzas debían ser autosuficientes en todos los sentidos y tenían que hacerse cargo de sus propias necesidades incluso por lo que respectaba a la vital cuestión de la documentación, Shalom Dani se convirtió en una figura de la máxima importancia. Era un hábil maestro en el delicado arte de falsificar documentos oficiales de todas clases y especialmente documentos de identidad. Pero Shalom era algo más que un experto de insólitas dotes; era una persona de carácter refinado y extraordinaria efectividad. Su sencillez, su buena disposición a llevar a cabo cualquier tarea o servicio que se le encomendara, su valentía y su capacidad de efectuar el trabajo en cualquier momento y bajo cualquier tipo de condiciones, le convertían en un brillante ejemplo para todos sus colaboradores.

Shalom se encargó en cierta ocasión de una compleja y difícil operación bajo el disfraz de artista (era aficionado a la pintura) y, al tiempo que llevaba a cabo la misión que le había sido encomendada, consiguió ganarse la fama de pintor de talento. Sólo el más minucioso registro de su estudio hubiera podido revelar que en éste había ciertos instrumentos y objetos que nada tenían que ver con los pertrechos de un pintor. La operación exigía un trabajo muy minucioso y todas las cartas, todas las líneas y todas las firmas que estampara tenían que estar en condiciones de superar el más severo examen. Sus documentos estaban escritos en el idioma local, que él desconocía, razón por la cual tenía que servirse de colaboradores; sin embargo, el carácter clandestino del trabajo fue superior a las fuerzas de los colaboradores, que se dieron por vencidos dejándole solo con montones de material acumulado sobre su escritorio. Se vio obligado a trabajar de dieciséis a dieciocho horas por día sin permitirse ningún descanso, ni siquiera para comer. Se pasó varios días seguidos sin cambiarse de ropa.

Su superior en la operación se sorprendió por la forma

en que consiguió superar todos los obstáculos y llevar a cabo una labor perfecta en un idioma que no conocía, un idioma que Shalom, con sorprendente tenacidad, logró aprender a leer y escribir en muy pocas semanas de ininterrumpida y ardua labor. Tal vez le alentó el hecho de saber que estaba interviniendo en una operación de extremada importancia dado que, al finalizar su labor, vencido por el agotamiento pero radiante de satisfacción, se limitó a decir simplemente: «Ha valido la pena».

Las personas que le observaban llevar a cabo tan delicada labor se maravillaban de su habilidad. Era capaz de imitar a la perfección las más diminutas letras impresas y estaba en condiciones de hacer eso y otras muchas cosas no sólo sentado cómodamente en su despacho sino también de pie o bien balanceándose de un lado para otro en un automóvil o un tren.

A principios de 1960, Shalom vivía en una capital europea entregado a una labor que le permitía, además, ver cumplido uno de sus más ansiados deseos: estudiar el arte del *vitrage*, o sea, las vidrieras de colores. A pesar de todo ello, al llamarle yo para que participara en una nueva operación, no vaciló lo más mínimo. Al enterarse de la naturaleza de la operación y de nuestro propósito de capturar a Eichmann con el fin de que fuera sometido a juicio en Israel, se le llenaron los ojos de lágrimas. Dani era uno de los supervivientes del Holocausto. No tuve que explicarle el especial significado nacional y humano de la empresa.

Shalom Dani había nacido en Hungría en 1928 y era un niño cuando los alemanes invadieron el país y enviaron a su padre a la muerte en Bergen-Belsen. Su hermano mayor fue reclutado como obrero manual mientras que él, su madre y su hermano y hermana menores fueron confinados primero en un ghetto de su ciudad natal y más tarde enviados de uno a otro campo de concentración hasta que Shalom decidió escapar. Toda la familia huyó de los vehículos en los que se la transportaba y permaneció oculta en una aldea austriaca hasta la llegada de los aliados. El hermano mayor fue encontrado herido en un hospital. Mientras organizaban su partida hacia Israel, Shalom ayudó a otros refugiados de guerra, tanto si éstos disponían de certificados de inmigración como si no, y fue sorprendido

en un «acto ilegal» y encerrado en una prisión norteamericana. Más tarde, Shalom y su familia se embarcaron en un buque de refugiados ilegal que fue apresado. En el campo de prisioneros británico de Chipre al que fueron conducidos los refugiados ilegales, Shalom se sirvió de su habilidad en la falsificación de documentos y con ello consiguió la liberación de muchos prisioneros y su inmigración a Israel. Una vez allí se incorporó al ejército y a los Servicios de Seguridad.

No era necesario especificarle a Shalom los preparativos que tendría que hacer con vistas a su partida. En mi vida me he tropezado con un hombre más ingenioso. Podía llevar a cabo su labor a la perfección con medios de lo más primitivos, sin apenas equipo y bajo condiciones bien difíciles. Supo que de sus preparativos dependería algo sumamente importante y comprendió también que iba a tener que resolver por sí mismo los problemas de transportar su equipo al país-objetivo sin despertar sospechas.

Poco después de haber nombrado a Gabi Eldad jefe de la operación, éste acudió a visitarme con el primer esbozo del plan así como con las sugerencias relativas a la composición del limitado equipo operativo. Había basado el plan en los datos que figuraban en nuestros archivos, en los informes de Kenet y en la información que habíamos reunido acerca de la zona-objetivo. Autoricé el plan en sus líneas generales.

Vayamos ahora al equipo. El éxito de la operación dependía de la firmeza y capacidad de las personas que intervinieran en ella, todos agentes de primera, dedicados en cuerpo y alma a su labor e intrépidos en grado sumo.

En primer lugar estaba Ehud Revivi, amigo personal de Gabi y, al igual que éste, extraordinario agente, excelente planificador, conocedor de varios idiomas y experto en misiones en el extranjero. Ehud era hijo de una familia integrada en el ambiente de Viena y cuya vida había sido agradable y placentera hasta el día en que Hitler anexionó Austria al Tercer Reich. Ehud pudo conocer los efectos del cambio que se había operado, el día en que unos treinta compañeros de clase suyos se abalanzaron sobre él y otro

muchacho judío de la clase golpeándoles brutalmente en presencia del profesor, que no intervino para nada. Ehud tuvo que guardar cama dos semanas y, una vez repuesto, ya no regresó a la escuela. El negocio de su padre fue confiscado y más adelante la familia fue expulsada de su apartamento. Los recuerdos infantiles de Ehud se entremezclaban con la visión de las llamas de las sinagogas en el transcurso de la «Noche de Cristal». El día en que estalló la Segunda Guerra Mundial, la acosada familia consiguió llegar a las seguras playas de Israel. Ehud terminó sus estudios superiores, se incorporó al *Palmach* y más adelante sirvió en una unidad de reconocimiento de las Fuerzas de Defensa israelíes. Su comandante era Gabi Eldad y, a través de éste, pasó a formar parte del grupo de operaciones. La amistad que surgió entre ellos en la época de su servicio en el ejército se fue consolidando a lo largo de las arriesgadas operaciones en las que ambos intervinieron.

Eli Yuval, el segundo hombre que figuraba en la lista de Gabi, había nacido en Polonia. Se trasladó a Israel con sus padres cuando contaba seis años. Su hermana y los tres hijos de ésta permanecieron en Polonia puesto que no fue posible conseguirles certificados de inmigración y todos fueron asesinados por los nazis. El día en que el joven Eli se enteró del destino que habían corrido su hermana y los hijos de ésta juró vengar sus muertes. Al informarle Ehud Revivi de que había sido elegido para el equipo operativo y, lo que era más, de que, de acuerdo con los planes preliminares, iba a ser el primero que entrara en contacto físico con Eichmann en el momento de la captura, pensó que ello constituiría el cumplimiento de su promesa. Eli era extraordinariamente corpulento y por esta causa se le había elegido para que se encargara de apresar a Eichmann, pues era, además, muy conocido por su habilidad técnica. Tras resultar herido en la Guerra de la Independencia y ser eliminado del servicio activo, se dedicó a escribir comedias de un solo acto para las tropas en las que muy a menudo interpretaba también papeles. Su afición era el maquillaje y había conseguido destacar tanto en este arte que en distintas ocasiones logró engañar a un vigilante de un edificio en el que trabajaba, a un viejo amigo e incluso a su propia madre. Al elegírsele con el

fin de que formara parte del equipo se tuvo en cuenta esta habilidad.

El tercer miembro del pequeño grupo era Zev Keren, nacido en Lituania y que se había trasladado a Israel cuando era niño. Había cursado estudios en una escuela técnica y era conocido como «el hombre de las manos de oro» por ser capaz de abrir cualquier cerradura y de improvisar soluciones a cualquier tipo de problemas que se plantearan durante las operaciones. Zev poseía un destacado historial en los Servicios de Seguridad. Durante un año había servido con Wingate * persiguiendo a las bandas de merodeadores árabes y durante la guerra había combatido en la Brigada Judía del frente italiano. Tras la derrota de Alemania, él y algunos de sus compañeros de la Brigada fueron utilizados en acciones de castigo contra los criminales de guerra nazis. Gabi Eldad tuvo en cuenta todas estas hazañas al sugerir la conveniencia de que Zev interviniera en la captura de Eichmann. Zev hubiera sido capaz de asesinar a Eichmann con sus propias manos y se mostró muy decepcionado al comunicarle Gabi que actuaría de técnico del equipo. Gabi le calmó un poco y le prometió que también intervendría en la captura. De momento, sin embargo, tendría que empezar a abordar los problemas técnicos que se plantearan.

Ezra Eshet se encontraba todavía en Europa vigilando a la familia de Eichmann. Gabi aconsejó su inclusión en el equipo operativo por tratarse de un experto organizador, muy equilibrado y extraordinariamente capacitado. Era lógico que se le hubiera elegido con vistas al manejo de todas las cuestiones de carácter organizativo.

Gabi también había tenido en cuenta a Kenet, quien tendría que encargarse de todo lo concerniente a la identificación de Eichmann con anterioridad a la captura y de su posterior interrogatorio. Sin embargo, también se le podría utilizar en el limitado equipo operativo dado que

---

* Referencia a Orde Charles Wingate (1903-1944), general del ejército británico —llamado *Hayedid*, «el amigo», por los judíos— que a partir de 1936 intentó organizar militarmente el movimiento sionista, creando las llamadas «escuadras nocturnas» y dando un carácter casi místico a la lucha contra los árabes. *(N. de la R.)*

no sólo era un excelente interrogador sino, además, un agente de operaciones de primera clase.

Conocía a todos estos hombres por haberles dirigido en otras operaciones; aprobé por tanto sin vacilar la composición del equipo y le rogué a Gabi que hablara con cada uno de los candidatos. Le dije que tendría que acentuar el carácter voluntario de la operación. Señalé que cualquiera de ellos que mostrara signos de vacilación debería ser excluido inmediatamente sin que nadie tuviera por ello que menospreciarle.

Uno o dos días más tarde, Gabi me comunicó que todos los candidatos habían respondido unánimemente con gran entusiasmo a su propuesta. Se les pidió a todos que empezaran a trabajar inmediatamente sin llamar la atención en la coordinación de sus actividades y que se inventaran adecuadas explicaciones para justificar su ausencia. Se tomó la decisión de que la historia que se inventaran ante sus familiares fuera distinta de la que utilizaran con sus colegas y amigos íntimos. Cada cual les contaría a sus amigos una historia distinta, pero en casa todos dirían lo mismo: iban a tomar parte en una misión especial de la que nadie podía tener conocimiento.

Entretanto, el grupo dirigido por Ankor se puso inmediatamente en marcha. Tenían que resolver cientos de detalles relacionados con el equipo de que deberían disponer los miembros de las fuerzas especiales, incluida la preparación de la documentación personal con vistas al viaje al país-objetivo, la estancia en éste, y la partida una vez finalizada la operación. Tenían que organizarse, además, cuidadosamente los medios de huida en caso de que surgiera algún contratiempo. El grupo se encargó también de reunir todo el equipo operativo que pudiera preparar en Israel y trasladar sin dificultades al escenario de la acción. Se prepararon los itinerarios correspondientes a los distintos miembros de las fuerzas especiales y se establecieron los lugares de encuentro de todos ellos en Buenos Aires. Antes de partir, todos deberían saber dónde se alojarían y la forma en que establecerían el primer contacto con sus amigos. Miriam Savyon se encargó en Israel de toda la documentación personal y el ayudante de An-

kor, Moshe Vered, se encargó de toda la labor organizativa.

Los hombres no podían viajar directamente desde Israel a la Argentina sino que cada uno de ellos tendría que ser enviado primero a algún lugar de fuera de Israel y, desde allí, provisto de adecuada documentación, al destino común. Cada cual tenía que estar provisto de permisos, referencias personales, certificados médicos, pasajes y todo lo demás. No podíamos recabar la ayuda de ninguna agencia de viajes... Teníamos que organizar nuestra propia «agencia de viajes».

El hombre a quien encomendé esta importante tarea fue Nahum Amir, natural de Letonia y uno de los primeros agentes de espionaje del *Haganah* que a lo largo de sus muchos años de servicio se había destacado en la solución de complejos problemas y en la habilidad para organizar huidas de distintos lugares en difíciles condiciones. Su carácter afable, su amabilidad, su sencillez y su buena disposición a llevar a cabo todo tipo de tarea que se le encomendara en cualquier momento, le habían valido muchos admiradores. Jamás me preguntaba por qué tenía que hacer algo; en muchos casos yo no estaba seguro siquiera de que tuviera conocimiento de la clase de operación en la que tomaba parte. Pero siempre podía estar seguro de que respondería a mi llamada, aunque ésta se produjera sin previo aviso, y que llevaría a cabo su misión con inteligencia y lealtad.

En esta ocasión le expliqué que abrigábamos el propósito de capturar a Eichmann con el fin de que fuera sometido a juicio en Israel. Por aquel entonces yo estaba considerando la posibilidad de incorporarle a las fuerzas especiales y se mostró muy complacido cuando se lo dije. Le advertí que primero tendría que trasladarse a Europa para organizar los viajes de los demás miembros de las fuerzas especiales. Destaqué la importancia que revestiría el hecho de que mantuviera en secreto su actuación y le dije que era esencial que se mostrara muy meticuloso en todos los detalles con el fin de evitar cualquier posible complicación de carácter político. Le expliqué que no podía haber lugar para los errores. Tenía que prestarse especial atención a cada uno de los pasaportes y documentos para que no pudiera establecerse la menor conexión entre

las distintas partidas de los miembros del equipo y no fuese posible adivinar en modo alguno que todos aquellos hombres pertenecían a un mismo grupo. Terminé por decirle que, salvo una excepción, todos los hombres tendrían que viajar por separado siguiendo distintas rutas, a distintas horas y desde distintos aeropuertos para que no hubiera posibilidad de establecer su presencia en ningún lugar determinado, su viaje, su llegada o su partida.

Nahum coordinó su labor con la del grupo de Israel —Moshe Vered y Miriam Savyon— y se encargó de que ninguno de los viajeros tuviera que presentarse en ningún consulado para solicitar visado y en ninguna agencia de viajes para obtener pasaje.

Una vez finalizados sus preparativos en Israel, Nahum emprendió viaje hacia Europa con el fin de encargarse de los desplazamientos de los agentes. Le dije que nos veríamos en Europa, dado que yo iba a ser también cliente de su «agencia de viajes».

Yitzhak Nesher no era un agente de operaciones, no estaba especializado en ninguna técnica determinada y era ligeramente flemático y lento de reflejos, pero poseía una insólita cualidad: sabía inspirar confianza en cualquier persona que le viera. Poseía un rostro inocente y casi inexpresivo y esta carencia de expresión le permitía asumir en forma sumamente convincente toda clase de identidades, infundiendo en todo el mundo una fe instintiva en que todas las palabras que brotaban de su boca eran absoluta verdad. Esta cualidad le resultaba especialmente útil entre las personas de habla alemana e inglesa. Nadie podía adquirir con mayor propiedad tantas identidades distintas con documentaciones tan distintas. Por este motivo le encomendé la misión de alquilar o, en caso necesario, adquirir todo lo que el equipo pudiera necesitar, incluidas las casas-refugio, los alojamientos de emergencia, los automóviles y cualquier otra cosa en la que una persona se vea obligada a exhibir su documentación. Además, tendría que vivir con su «mujer» en la casa-refugio, en la que teníamos el propósito de custodiar a Eichmann tras su captura, para presentar ante los vecinos una apariencia de normalidad.

Al ofrecerle este trabajo no mostró el menor signo de entusiasmo, si bien cabe señalar que Yitzhak Nesher jamás

se entusiasmaba demasiado por nada. Me bastaba con que hubiera accedido de inmediato y me hubiera prometido estar dispuesto para cuando le llamara.

En calidad de posible «mujer» de Yitzhak elegí a Dina Ron, quien se encargaría también de «llevar la casa» desde el momento de la captura de Eichmann hasta el de su partida hacia Israel. Dina era nueva en el trabajo pero ya había conseguido participar en varias complicadas operaciones. Hablaba con fluidez varios idiomas y era capaz de asumir distintas identidades y de adaptarse fácilmente a toda clase de circunstancias.

Dina Ron inmigró a Israel con sus padres en 1940. La mayoría de sus parientes permanecieron en Europa Occidental, siendo exterminados por los nazis. Su familia no era especialmente religiosa pero Dina se adhirió a un movimiento religioso, fundó una *yeshiva* * para muchachas y abandonó la escuela superior con el fin de seguir estudios en aquélla. Sin embargo, el experimento no duró más que un año y Dina regresó a la escuela superior. Interrumpió sus estudios universitarios y se alistó en el ejército durante la Guerra de la Independencia. Al regresar a la universidad, una vez finalizada la guerra, intervino activamente en la Organización Estudiantil y la representó en una conferencia internacional del extranjero. Conocí a Dina en una ocasión en que fue enviada a un país que los judíos sólo podían abandonar clandestinamente. Se hacía pasar por no judía y no le resultaba fácil en tales circunstancias cumplir con sus deberes religiosos. Llevaba una doble vida: en su vida social era completamente pagana, mientras que en la intimidad de su apartamento era *kosher*, es decir, vivía de acuerdo con la ley judía.

Dina no fue reclutada para esta misión al mismo tiempo que los demás. Se la mencioné a Ankor y le dije que, en caso de que hiciera falta una mujer, Dina sería la candidata más idónea; no obstante, la decisión final sólo se tomaría a mi llegada a Buenos Aires. Pensé que si no mediaba mucho tiempo entre la captura y la partida tal vez pudiéramos prescindir del ama de casa, pues no deseaba incluir a nadie cuya presencia no fuera de vital importancia para el equipo o pudiera resultar una carga en lugar de una ventaja.

* Escuela rabínica. *(N. de la R.)*

Nuestro plan de acción requería la presencia de un médico que drogara a Eichmann, tanto en el momento de la captura como más tarde, cuando le trasladáramos de un lugar a otro. Necesitábamos a un hombre valiente que estuviera dispuesto a correr con la grave responsabilidad que todo ello entrañaba, dado que el más mínimo error podía acarrear fatales consecuencias; tenía que estar en condiciones de administrar un anestésico en un caso de emergencia, en circunstancias insólitas y en situaciones imprevistas. El médico tendría que encargarse también de vigilar constantemente a Eichmann a fin de que éste llegara a Israel en perfecto estado de salud y en condiciones de afrontar un juicio.

Había, además, otro factor que hacía esencial la presencia de un médico: los miembros de las fuerzas especiales permanecerían aislados, sobre todo durante el período en que se mantuviera secretamente cautivo a Eichmann. Era evidente que no podrían recabar ayuda médica local en caso de enfermedad, herida o accidente. La misma captura podía dar lugar a alguna lesión. ¿Cómo podían unos extranjeros —en un país desconocido, con documentación falsa y embarcados en una misión cuyo carácter no era posible divulgar— llamar a un médico local que quizá se interesara en exceso por su identidad y sus actividades en la Argentina?

La elección del hombre más adecuado para semejante labor no revistió excesiva dificultad. Disponíamos de un médico al que dicha misión le venía como anillo al dedo. Trabajaba como anestesista en un gran hospital israelí y se sabía que era un hombre sensato, capaz de rápidas decisiones y más valiente que lo acostumbrado. Habíamos acudido a él en distintas ocasiones solicitándole asistencia médica, a veces en difíciles y complicadas circunstancias, y jamás se había negado a prestarnos su ayuda.

Consulté con Haggai, que le conocía bien, y con un médico amigo mío que había trabajado en el mismo hospital que nuestro candidato. Ambos lo consideraron ideal para nuestra finalidad. Además, estaba en condiciones de poder disimular el objeto de su viaje.

Le rogué a Haggai que mantuviera una conversación

con él y averiguara si estaría dispuesto a participar voluntariamente en la operación. Haggai acudió a su casa y le preguntó si había oído hablar de Eichmann y estaría dispuesto a participar en un intento de capturarle. El médico repuso que sabía quién era Eichmann y que estaba totalmente dispuesto a tomar parte en cualquier acción encaminada a capturarle. A petición de Haggai, el director del hospital concedió al médico un permiso de varias semanas sin hacer preguntas.

Al reunirme posteriormente con el médico, me percaté de que no habría necesidad de que me extendiera en prolongadas explicaciones. Comprendió la enorme importancia de la operación y fue plenamente consciente de la responsabilidad que contraía como hombre y como médico.

Le concerté un encuentro con Gabi Eldad y juntos prepararon una lista de los instrumentos y el equipo que serían necesarios en el país-objetivo con el fin de poder hacer frente a cualquier emergencia. Comentaron también la mejor manera de atender a Eichmann en el transcurso de todas las fases de la acción, desde el momento de la captura, pasando por su custodia en la casa-refugio, hasta su traslado al avión y el subsiguiente vuelo a Israel.

Gabi acudió un día al hospital y nuestro médico le entregó un voluminoso paquete que contenía todo el equipo y los medicamentos necesarios, sobre todo aquellas cosas que resultaría difícil adquirir en una farmacia sin despertar sospechas o excesivo interés. Gabi le prometió que, cuando llegara a Buenos Aires, encontraría el paquete con todo su contenido aguardándole.

Los hombres de las fuerzas especiales habían estado muy atareados estudiando todos los detalles del plan. Se habían aprendido al dedillo todo lo que contenían los archivos y los informes de Kenet y Talmi. Habían estudiado todo lo que habían podido acerca de las condiciones locales, habían elaborado una lista de los pertrechos que tendrían que trasladar a Buenos Aires y otra de las demás cosas que podrían adquirirse allí... Sólo llevarían consigo el mínimo indispensable y adquirirían en Buenos Aires todo lo que fuera posible.

Gabi dedicó muchas horas a comentar la documentación con el grupo de Ankor, dado que no todos los componentes de las fuerzas especiales estaban en condiciones de actuar con documentación falsificada.

En el transcurso de una reunión preliminar, las fuerzas especiales discutieron tres posibles métodos de capturar a Eichmann: El primero de ellos consistía en irrumpir en la casa de Klement en San Fernando una vez se hubiera establecido, por medio de una labor de vigilancia, que el hombre se encontraba en casa y que las condiciones del barrio resultaban idóneas para la acción. El segundo método consistía en una detención «móvil» mientras el hombre se encontrara en el exterior de la casa. La tercera posibilidad que analizamos fue la de efectuar la captura en un punto determinado de su camino de regreso a casa, establecido de antemano. Discutimos, en relación con los tres casos expuestos, la utilización del «anzuelo» más adecuado.

Sin embargo, el proyecto era vulnerable porque estaba basado en datos no comprobados que tal vez no correspondieran a la realidad. Para llevar a cabo una prueba práctica de las distintas posibilidades, los componentes de las fuerzas especiales hubieran tenido que estar presentes en el lugar de la acción, someter a vigilancia la casa y someter también a una vigilancia prolongada al propio Klement. Era necesario, además, efectuar un minucioso reconocimiento de todas las zonas susceptibles de ser utilizadas como terreno de captura. De ahí que la planificación final no pudiera llevarse a cabo más que cuando la avanzada se encontrara en el escenario de la acción y pudiera establecer la existencia de condiciones operativas razonablemente satisfactorias. Ehud Revivi fue nombrado jefe de la avanzada teniendo por colaboradores a Ezra Eshet y a Kenet.

Decidimos que Yitzhak Nesher se incorporaría a la avanzada con el fin de empezar a buscar todos los apartamentos y casas que nos hicieran falta. Yitzhak se encargaría también del alquiler de los automóviles. Mi intención era la de que el resto de los hombres emprendiera viaje a la Argentina una vez la avanzada hubiera localizado a Klement y nos hubiera informado de que las condiciones para llevar a buen término la captura eran bastante favorables.

En la reunión preliminar se abordó también la cuestión

de las fechas. Lo más importante era la fecha de llegada del avión especial a Buenos Aires. Ya habíamos establecido que la captura tendría que llevarse a cabo antes de la llegada del aparato... pero no mucho antes a fin de que no nos viéramos obligados a mantener a Eichmann bajo custodia clandestina más tiempo del que fuera aconsejable desde el punto de vista de la seguridad. Había que tener en cuenta que, a cada día que pasara tras la desaparición de Klement, sus parientes y amigos insistirían en su búsqueda y, en caso de que se recurriera a las autoridades argentinas, era posible que en su esfuerzo por hallar al desaparecido se reforzaran las medidas de vigilancia en todas las carreteras, pasos fronterizos y aeropuertos.

La fecha de partida de la delegación israelí que iba a participar en los festejos del aniversario dependía de las disposiciones de protocolo argentinas. Los delegados tenían que encontrarse allí con anterioridad a la inauguración de los festejos, pero, al mismo tiempo, no resultaba adecuado que llegaran mucho antes que las demás delegaciones. La fecha de llegada tenía que ajustarse a la conveniencia de los anfitriones... Por otra parte, si se adelantaba mucho el vuelo, la gente se extrañaría un poco, incluidos los delegados que no estaban al corriente del plan.

El vuelo especial tenía prevista la salida para el día 11 de mayo de 1960 y la llegada a Buenos Aires para el día 12. Y emprendería el regreso el 13 ó 14, si bien podría retrasarse un poco la fecha con el pretexto de algún fallo técnico. Todas las demás consideraciones tendrían que estar subordinadas a la fecha del vuelo. Eichmann tenía que ser capturado con anterioridad al 11 de mayo y, a ser posible, unos días antes.

Me imaginé que, en previsión de la llegada de las delegaciones oficiales de los distintos países, las autoridades argentinas intensificarían las medidas de vigilancia y ejercerían un severo control de todos los extranjeros que llegaran al país por aquellas fechas. Teniéndolo en cuenta, le había ordenado a Nahum Amir que obrara con mucha cautela en todos los consulados, agencias de viajes y líneas aéreas con las que tuviera que entrar en contacto para poder organizar los viajes de los componentes de las fuerzas especiales. Y Nahum tomó efectivamente muchas medidas de precaución. Evitó escrupulosamente enviar a más de un hombre desde una misma ciudad y en muchos casos no envió a más de dos desde un mismo país. Al hacer averiguaciones en las agencias de viajes acerca de los vuelos, cuidó de no revelar que el destino último de los pasajeros era Buenos Aires. Le pedía al empleado de las líneas aéreas que le ayudara a planificar viajes a América del Sur en los que la Argentina no fuera más que uno de los muchos países a ser visitados. Tras calibrar todas las posibilidades, solicitaba los pasajes en otra agencia de viajes. En algunos casos solicitó vuelos combinados en una agencia de viajes para anular posteriormente los vuelos superfluos en las oficinas de las líneas aéreas. En otras ocasiones solicitó pasajes para distintos países de América del Sur en los que Buenos Aires no fuera más que una etapa.

La obtención de visados entrañó enormes dificultades. Lo más corriente era que un viajero que emprendiera un largo viaje obtuviera todos los visados necesarios en los consulados de su lugar de residencia, dado que muchos consulados exigían que las personas que solicitaban visados fueran habitantes del país o, por lo menos, tuvieran autorización para residir en él. Algunos consulados exigían incluso certificados personales de la policía local, cartas de recomendación de la empresa en la que estuviera empleada la persona, etc. Nahum se encargó de averiguar qué consulados eran menos severos en la concesión de visados y los utilizó en todos los casos en que le fue posible. Nahum se percató muy pronto de que la organización de todos los viajes de los componentes de las fuerzas especiales era un trabajo excesivo para un solo hombre, razón por la cual reclutó a toda una serie de personas que le hicieron toda clase de extraños recados sin tener ni la más remota idea del asunto de que se trataba. Las normas sanitarias de los distintos consulados plantearon por su parte nuevos problemas: los solicitantes de visados tenían que someterse generalmente a una revisión llevada a cabo por un médico autorizado y ser vacunados con vistas a la obtención de certificados internacionales de vacunación. Nahum y sus colaboradores, «representantes» de los auténticos pasajeros, se vieron obligados a someterse a varias de estas revisiones y en algunos casos hasta tuvieron que someterse

a exhaustivos interrogatorios acerca del propósito de su viaje. No obstante, a pesar de todas las dificultades y aventuras, Nahum y sus colaboradores consiguieron obtener a tiempo todos los documentos y pasajes necesarios para los componentes de las fuerzas especiales.

12

Menashe Talmi llegó a Buenos Aires el día 22 de abril con una parte del equipo y eligió un hotel alejado del centro de la ciudad a fin de evitar tropezarse con alguno de sus numerosos amigos de la capital argentina. Su labor consistía en preparar una base para todos aquellos que llegaran después.

Tenía que alquilar un apartamento que las fuerzas especiales pudieran utilizar con vistas a las discusiones y a la organización. Al día siguiente encontró un apartamento adecuado y pagó varios meses de alquiler por adelantado. Arregló el apartamento de manera tal que resultara apto tanto para vivir en él como para trabajar y se encargó de hacer provisiones de comida, sobre todo de alimentos en conserva. Más tarde las fuerzas especiales asignaron al apartamento la denominación en clave de *Maoz* (plaza fuerte).

A Talmi se le había ordenado que acudiera dos veces cada día a los distintos lugares de encuentro previamente establecidos con el fin de recibir a los recién llegados. Cada uno de los miembros de las fuerzas especiales había recibido una lista de hoteles entre los cuales poder elegir, de tal manera que dos componentes de las fuerzas no pudieran coincidir en el mismo hotel y que ninguno se encontrara en un barrio inadecuado. Lo principal, sin embargo, era que cada uno de ellos se presentara a su pri-

mera cita con Talmi. Los lugares de encuentro se habían establecido en puntos muy alejados entre sí y a distintas horas del día para que Talmi no llamara indebidamente la atención acudiendo al mismo lugar y a la misma hora dos días seguidos.

Así, pues, al día siguiente, 24 de abril, Menashe visitó el primer lugar de encuentro con el objeto de averiguar si había llegado alguno de sus compañeros. Mostrando la mayor tranquilidad, si bien en un estado de profunda tensión interior, tomó asiento en un elegante local con una taza de café cargado delante. De vez en cuando levantaba los ojos de la revista que fingía leer y dirigía la mirada hacia la puerta. ¿Va a presentarse alguien?, se repetía una y otra vez. La soledad estaba empezando a resultarle angustiosa a pesar de los pocos días transcurridos. Era muy amante de la compañía, pero le estaba vedado comunicarse con sus amigos y conocidos de la ciudad. Deseaba que llegara el primer componente de la avanzada y pasaba el rato intentando averiguar quién sería. Se miró el reloj... otros cuatro minutos y habría pasado la hora fijada para la cita.

En aquellos momentos apareció en la puerta giratoria la silueta de un hombre alto y delgado. Ezra Eshet entró apresuradamente, se detuvo en medio del local y miró a su alrededor. De repente, vio dos ojos sonrientes que le miraban a través del humo de una pipa. El fumador se levantó para saludarle y estrecharle la mano.

—Me alegro de verle. Siéntese aquí.

—Gracias. ¿Qué tal está usted?

Hablaban en voz alta y en inglés. Al sentarse, bajaron la voz y prosiguieron la conversación en hebreo.

—Vengo directamente del aeropuerto —dijo Eshet—. Estaba seguro de que todavía te encontraría aquí.

—Pues yo estaba empezando a perder las esperanzas. Pensaba que hoy no iba a venir nadie. Quedémonos un ratito aquí y luego te acompañaré al sitio que he alquilado.

Más tarde abandonaron el café, recogieron el equipaje de Ezra y tomaron un taxi para dirigirse a *Maoz*. Allí Ezra descansó un poco de las tensiones del viaje y al cabo de un rato ambos hombres salieron a dar un paseo por la ciudad.

Entonces tuvo Ezra ocasión de contarle a Menashe el

divertido incidente que había tenido lugar al pisar él por primera vez suelo argentino. Tras superar satisfactoriamente la prueba del control de pasaportes, subió al autobús que conducía a los pasajeros a Buenos Aires. Le habían ordenado que evitara tomar taxis. El autobús iba lleno pero su partida se demoró algún tiempo sin que Ezra supiera el motivo. Había elegido un asiento cercano a la salida por si en algún momento se hubiera visto en la necesidad de emprender rápida huida. De repente subieron dos hombres al autobús. Uno de ellos era el conductor pero el otro se plantó frente a Ezra, sacó una fotografía de entre un montón de papeles que sostenía en la mano y se la mostró al tiempo que le inundaba con una verborrea en español de la que Ezra no pudo comprender ni una sola palabra.

Ezra se quedó literalmente sin habla. Contempló la fotografía y se vio en ella descendiendo del aparato en el que había llegado cosa de media hora antes. Se le heló la sangre en las venas. ¿Qué ha ocurrido?, pensó. ¿Han descubierto que mi pasaporte es falso? ¿Han sido previamente advertidos de mi llegada? ¿Van a detenerme?

Confuso, perplejo y sin saber qué hacer, miró a su alrededor. El hombre le estaba mostrando otra fotografía al pasajero que se encontraba sentado a su lado, ¡y el pasajero pagaba su importe! Ezra lanzó un suspiro de alivio. Estaba claro que el fotógrafo trabajaba en colaboración con el conductor, el cual había demorado la salida del autobús para darle al fotógrafo la oportunidad de terminar las fotografías de los pasajeros y venderlas a cambio de una modesta suma. Ezra le dio las gracias al fotógrafo y le pagó el doble del precio que era habitual. Sigue estremeciéndose cuando piensa en aquel incidente y conserva la fotografía como un tesoro.

El 25 de abril llegó Kenet. Esta vez su identidad era distinta y había procurado cambiar de aspecto. En el transcurso de su anterior visita había tratado con distintas personas y no podía correr el riesgo de tropezarse con alguna de ellas. Tenía que tomar muchas precauciones en la elección de alojamiento y lugares de encuentro.

La principal misión de Kenet consistía en la identificación de Ricardo Klement tan pronto como éste se en-

contrara en poder de las fuerzas especiales. A tal fin, un equipo especial había elaborado una detallada lista de todo lo que se sabía acerca de las características personales y señales de identificación de Eichmann.

Descripción personal

a) Según un documento de las *SS* fechado el 19 de julio de 1937: estatura: 1 metro 75 centímetros; circunferencia de la cabeza: 55 centímetros; número de calzado: 8 ½.

b) Según un documento de las *SS* fechado en enero de 1939: estatura: 1 metro 72 centímetros; circunferencia de la cabeza: 55 centímetros; número de calzado: 9 ½; talla de confección: 44.

c) Según la declaración de Wisliceny del 27 de octubre de 1946 en Nuremberg: estatura: 1 metro 75 centímetros; forma de la cabeza: larga y estrecha; patituerto; cabello: fino, color rubio oscuro; nariz: larga y estrecha, ventanas anchas; ojos: azul gris; labios: finos y apretados.

d) Según un certificado médico oficial fechado el 9 de noviembre de 1934: estatura: 1 metro 72 centímetros (con zapatos); peso: 77 kilos (vestido); ojos: azules; cabello: suave y rubio.

Señales distintivas

a) Según la declaración de Wisliceny de octubre de 1946: cicatriz apenas visible de unos cuatro centímetros de longitud bajo la ceja izquierda.

b) Según la declaración de Wisliceny de la misma fecha: doble fractura de cráneo (en 1932): dos puentes de oro en la hilera superior de los dientes, numerosos empastes.

c) Según un certificado médico oficial de 1934: cicatriz de apendectomía (en 1922).

d) Según un certificado médico oficial de 1937: fractura de la mano derecha.

e) Según un certificado médico de 1937: cicatriz de unos dos centímetros y medio de longitud a la

altura de la décima costilla de la parte izquierda del cuerpo.

f) Según un certificado médico oficial de 1937: cicatriz por encima del hombro izquierdo.

g) Según la declaración de Wisliceny de octubre de 1946: tatuaje del tipo sanguíneo bajo la axila izquierda, según era costumbre entre los oficiales de las *SS*.

Varias características personales

a) Su número de las *SS* según los documentos de 1932 y 1937: 45326; número adicional de las *SS* cuya naturaleza no estaba suficientemente clara: 63752; número de afiliado al Partido Nazi: 889895.

b) Según la declaración de Wisliceny de 1946: descripción de su manera de hablar, su acento, idiomas que conocía, etc.

Menashe y Ezra se reunieron con Kenet por vez primera el 26 de abril, demostrándose con ello una vez más que la organización de los enlaces se había llevado a cabo correctamente. Los tres planearon su actuación de aquel día, llegando a la conclusión de que la cuestión más urgente en aquellos momentos era la del alquiler de un automóvil en el que pudieran efectuar un reconocimiento de la zona de San Fernando y establecer nuevamente «contacto» con Ricardo Klement.

Kenet era más experto que los demás en el alquiler de automóviles, pero temía acudir con su nueva identidad a las empresas que ya le conocían de antes. Hasta temía acudir a otra empresa y tropezarse con algún empleado que hubiera cambiado de lugar de trabajo o bien que hubiera alguna especie de relación entre las distintas empresas dedicadas al alquiler de vehículos. Cierto que había cambiado por completo de forma de vestir y que hasta se había maquillado un poco, pero el peligro estaba allí. Sus temores resultaron infundados. El automóvil se alquiló sin el menor contratiempo e inmediatamente se dispusieron a adquirir el equipo que figuraba en la lista elaborada en Israel: camas plegables, ropa de cama y uten-

silios de cocina para el caso de que tuvieran que alojarse en *Maoz* distintas personas.

Procuraron que sus idas y venidas no llamaran la atención de los vecinos. Y lo hicieron todo con gran rapidez porque aquella noche tenían todavía intención de efectuar un reconocimiento de la zona de San Fernando.

Para cuando se efectuó el reconocimiento ya eran cuatro. Ehud Revivi había recibido la documentación que le había entregado Shalom Dani, quien había volado desde Israel a Roma y desde allí se había trasladado en tren a la ciudad en la que le aguardaba Nahum Amir. Todos los vuelos a América del Sur iban completos y sólo pudo obtener un pasaje desde Lisboa. Al subir a bordo del aparato Ehud se percató de que Yitzhak Nesher era también uno de los pasajeros. Fingieron no conocerse y no intercambiaron ni una sola palabra en el transcurso del largo vuelo. El aparato tomó tierra a las tres de la tarde y cada uno de ellos se dirigió a su propio hotel siguiendo las órdenes que se les habían dado en Israel. La avanzada estaba ahora completa.

Al llegar Ehud al hotel, el recepcionista se alegró de conocer a un «compatriota» y de poder conversar con él en su propio idioma. Le preguntó al visitante en qué ciudad vivía y, al resultar que ambos procedían de la misma zona, le empezó a hablar de lugares que Ehud no había visto en su vida. El recepcionista se mostraba deseoso de ayudar a su «compatriota» y se ofreció a rellenarle el formulario... lo único que él tendría que hacer sería firmarlo. Ehud se aterró. ¡Había olvidado el nombre del pasaporte! Empezó a pensar a toda prisa. Estaba a punto de comenzar su misión y ya se había metido en un lío. Recuperó inmediatamente el aplomo y le rogó al recepcionista que le dejara un minuto el pasaporte porque creía haber olvidado en él un importante documento. El documento no estaba allí pero Ehud no olvidará aquel nombre mientras viva.

Aquel día Ehud tenía concertadas dos citas: a las ocho de la mañana en un café y a las seis de la tarde en una esquina de la Avenida Santa Fe y Avenida Callao. Deshizo el equipaje y acudió al lugar de encuentro. No conocía Buenos Aires pero no tuvo la menor dificultad en hallar aquella esquina del centro de la ciudad. En el momento en que llegaba, a las seis, vio acercarse a Kenet y Ezra Eshet.

El automóvil alquilado estaba aparcado allí cerca y decidieron no perder un minuto de tiempo y trasladarse inmediatamente a San Fernando. Kenet —que se sentaba al volante— se sabía el camino de memoria y hasta conocía los atajos.

A las siete cuarenta, en la ruta 202 y muy cerca del kiosco que Ezra y Ehud conocían muy bien a través de los informes de Kenet, vieron a Ricardo Klement caminando por la izquierda de la carretera entre el kiosco y su casa. Ehud estuvo en condiciones de identificarle inmediatamente gracias a la fotografía que Kenet había traído consigo.

—¡Aquí está! —exclamó Ehud en un susurro y, pillado por sorpresa, Kenet pisó el freno.

El automóvil se desvió bruscamente en dirección a Klement y se detuvo, pero Ehud le rogó a Kenet que siguiera avanzando para evitar que Klement se asustara. Ezra descendió del vehículo y siguió a Klement a lo largo de la ruta 202 en dirección a Bancalari, manteniendo una distancia de unos cien metros. Vio a Klement abandonar la carretera principal, adentrarse por un camino sin asfaltar, avanzar unos veinte metros y después penetrar en una pequeña casa aislada. Ezra reconoció la casa por las fotografías de Kenet.

Entretanto, Ehud y Kenet habían seguido avanzando en dirección a Buenos Aires, pero más tarde regresaron y recogieron a Ezra junto al terraplén del ferrocarril que existía detrás de la casa de Klement. Temían acercarse más a pesar de que había oscurecido por completo.

Habían tenido una suerte inesperada. Aproximadamente dos horas antes, cuando decidieron trasladarse a la zona-objetivo, sólo habían abrigado el propósito de proporcionarles a Ezra y Ehud la oportunidad de familiarizarse con el lugar. No se les había pasado por la imaginación la posibilidad de ver a Klement en el transcurso de su primer reconocimiento.

Al regresar a Buenos Aires analizaron los resultados. Era martes y de la presencia de Klement en las cercanías de su casa una tarde de un día laboral cualquiera

dedujeron que éste ya no debía trabajar lejos de su hogar sino en el propio Buenos Aires o alrededores. En tal caso, lo más probable era que Klement regresara a casa a pie desde la parada del autobús a una hora determinada, y en aquella época del año a aquella hora ya había oscurecido. Ello significaba que la captura podría llevarse a cabo en la parte de carretera que mediaba entre la parada del autobús y la casa de Klement.

Aunque era necesario comprobar ulteriormente dicha hipótesis, Ehud creía —y sus compañeros compartían su opinión— que había fundados motivos para informar a Israel de que se conocía el paradero de Klement y se podía llevar a la práctica la operación. Aquella misma noche, 26 de abril, enviaron a Tel Aviv un mensaje concebido en estos términos.

El mensaje de Ehud me fue entregado hacia el anochecer del día 27 de abril. Los tres días siguientes fueron los más ajetreados de toda mi vida. En el transcurso de aquellas setenta y dos horas tuve que ultimar la coordinación de todas las acciones relacionadas con la operación, preparar mi propia partida y disponer todo lo necesario de tal modo que siguieran desarrollándose en mi ausencia las distintas misiones que me estaban encomendadas.

Para empezar, di la señal de «adelante» a las fuerzas especiales. Se examinaron una vez más las distintas disposiciones, así como el equipo, las comunicaciones y las diferentes medidas a tomar con el fin de descubrir cualquier posible fallo. Me reuní con todos los elementos que participarían en la operación —los componentes de las fuerzas especiales y los miembros del equipo especial que permanecerían en Israel—, así como con todas las personas y organismos ajenos al Servicio Secreto que tuvieran que desempeñar algún cometido en la operación.

El jefe del equipo operativo, Gabi Eldad, revisó una vez más todos los planes y se preparó junto con sus hombres para una salida inmediata mientras yo me encargaba de confirmar los medios de transportar a Eichmann desde la Argentina a Israel. Para entonces no se habían confirmado todavía los detalles del vuelo especial. Ahora tenía que cuidar de que todo ello se llevara efectivamente a la práctica. Mandé llamar a Asher Kedem y decidimos que éste se trasladaría inmediatamente a la Argentina con el fin de encargarse de todo lo relacionado con la toma de tierra y despegue del aparato. Él me repitió la sugerencia de que le ayudara su amigo Aharon Lazar de manera tal que se pudiera hacer frente a cualquier problema que surgiese.

Todo dependía de la confirmación definitiva de la junta gestora de las líneas aéreas. Me entrevisté con Moshe Tadmor y posteriormente con el director ejecutivo de la compañía, los cuales no sólo se mostraron plenamente de acuerdo sino que, además, hicieron cuanto estuvo en sus manos por conseguir que las actividades de las líneas aéreas se ajustaran a las exigencias de la operación. El capitán del aparato sería Yoav Meged, uno de los más veteranos pilotos de la compañía.

Me reuní con Meged y le expliqué la clase de operación que íbamos a emprender y sus posibles efectos sobre los preparativos del vuelo especial así como sobre el propio vuelo. Destaqué la necesidad de disponer de mecánicos israelíes que formaran parte de la tripulación para evitar la necesidad de intervención de mecánicos extranjeros. Le rogué que estuviera preparado para un rápido despegue en caso de necesidad y también para un vuelo de regreso con un mínimo de escalas intermedias.

Meged se me antojó una persona reconcentrada y no demasiado habladora. A pesar de que bajo su apariencia taciturna pude observar ciertos signos de emoción, su reacción verbal estuvo limitada a una simple observación en el sentido de que comprendía todo el alcance de aquella cuestión, estaba dispuesto a intervenir y prometía esforzarse al máximo con el fin de que pudiéramos alcanzar el éxito.

En el momento en que abandonaba mi despacho me despedí de él con el familiar «hasta la vista» hebreo:

—*L'hitraot* en Buenos Aires.

En ausencia de Kedem, Dan Avner actuaba de intermediario entre yo y las líneas aéreas. A última hora de la tarde le invité a mi casa junto con Hillel Ankor y Leora Dotan.

Dan se emocionó mucho al enterarse de los detalles de la operación que habíamos planeado, dado que él tenía también una cuenta pendiente con los nazis. El padre de

Dan, un acaudalado comerciante y respetado miembro de la comunidad judía de la ciudad alemana en la que Dan había nacido, fue uno de los primeros judíos que sufrieron persecuciones al acceder los nazis al poder. Fue conducido por las calles en un desfile de judíos, apaleado y obligado a beber grandes cantidades de aceite de ricino; padecía del corazón y murió poco después de ser sometido a estas vejaciones. Dan supo al finalizar la Segunda Guerra Mundial que hasta febrero de 1943 su madre había permanecido prisionera en una especie de ghetto y que posteriormente, junto con los demás judíos de la ciudad, había sido deportada a Auschwitz... pero murió por el camino. Dan, por su parte, había sido rescatado por el *Aliya* Juvenil, que le condujo a Israel en 1935 a la edad de dieciséis años.

No hizo falta explicarle a Dan demasiadas cosas para que éste comprendiera la necesidad de entregarse en cuerpo y alma a las tareas que le habían sido encomendadas para las semanas siguientes. Le encargué que reuniera a una tripulación en la que pudiéramos confiar tanto desde el punto de vista de la seguridad como desde el de la aptitud y que obtuviera documentación y uniformes para algunos miembros de las fuerzas especiales que tal vez tuvieran que hacerse pasar por miembros de la tripulación. Le pedí también que se encargara de que todos los detalles técnicos y administrativos que son habituales en los vuelos regulares se cumplieran meticulosamente con el fin de evitar cualquier tipo de contratiempo. Tendría que mantenerse en contacto con el grupo de Ankor y con Leora.

En el transcurso de una discusión preliminar con Ankor le expuse a éste las líneas generales del plan de traslado de Eichmann hasta el aparato en Buenos Aires. Lo hice con muchas salvedades puesto que nos encontrábamos muy lejos del escenario de la acción y no poseíamos suficientes conocimientos acerca de las condiciones locales. Mi idea era la de trasladar a Eichmann hasta el avión bajo el disfraz de un miembro de la tripulación que se hubiera sentido repentinamente indispuesto o bien hubiera resultado herido en un accidente. Para que la documentación de Eichmann como miembro de la tripulación pareciera auténtica, tenía el propósito de incorporar a la

tripulación a uno de nuestros hombres que, por su aspecto general, la constitución física y la edad, se pareciera a Eichmann tal como era éste en las fotografías y descripciones que nos había facilitado Kenet. En otras palabras, me hacía falta un doble. Ankor se refirió a un agente cuyas características físicas tal vez pudieran ajustarse a este papel, pero yo le dije que no pusiera en práctica esta idea del doble hasta ser informado de que había tenido lugar la captura. Añadí que deberíamos disponer de otros dos agentes que pudieran incorporarse a la tripulación del aparato para poder escoltar al «miembro de la tripulación» enfermo u herido, de ayudarle a subir a bordo del aparato y de atenderle durante el viaje. Estos dos, junto con el doble, podrían ser presentados a los miembros auténticos de la tripulación en calidad de guardaespaldas de la delegación oficial israelí en los festejos del aniversario.

Le advertí a Ankor que, una vez llegara a Buenos Aires, era posible que dichas ideas se me antojaran irrealizables, en cuyo caso se lo comunicaría inmediatamente; estaba considerando varias otras posibilidades que sólo sabría si eran factibles cuando llegara al lugar. Tal vez pudiera echar mano de algunos hombres pertenecientes a las fuerzas especiales y era posible que pudiera reclutar refuerzos entre los judíos o israelíes afincados en países limítrofes con la Argentina. En cualquier caso, Ankor tenía que encargarse de todo lo concerniente a la puesta en práctica de los distintos planes y de enviar el necesario equipo a Buenos Aires por medio del vuelo especial.

El 28 de abril me trasladé a Jerusalén —tal como solía hacer siempre que salía al extranjero— con el fin de recibir la bendición de despedida del primer ministro. Éste me estrechó la mano y me preguntó cuándo regresaría. Le dije que esperaba hacerlo al cabo de tres o cuatro semanas.

Después fui a despedirme de mi hija y su marido, que estudiaban en la Universidad Hebrea. No les comuniqué dónde iba y ellos, acostumbrados a mis frecuentes viajes, no mostraron ningún interés especial en averiguar el destino al que me dirigía.

Mi siguiente paso consistió en acudir a entrevistarme

con el inspector general de policía Yosef Nahmias. Consideraba que había llegado el momento de revelarle los detalles de la operación..., al fin y al cabo, sería el hombre a quien entregaríamos a Eichmann para su detención e interrogatorio en caso de que lográramos efectivamente conducirle a Israel. Nos reunimos en la misma calle frente a su casa, dado que yo tenía mucha prisa y él estaba a punto de salir de la ciudad.

—¿De qué se trata? —me preguntó con una sonrisa.

—He venido a despedirme —repuse—. Estaré ausente varias semanas.

—¿Y esta vez para qué?

—Para encontrar a Adolf Eichmann.

—¿De veras? —me preguntó sin dejar de sonreír. Su sonrisa se esfumó, sin embargo, un segundo más tarde y su rostro adquirió una expresión de gravedad—. ¿Cree de veras que va a poder encontrarle?

—Como es natural, no tenemos una absoluta certeza —dije asintiendo—. En estas cosas nunca se sabe.

Nahmias me deseó suerte. No era necesario rogarle que guardara el secreto: sabía que hasta que no recibiera un informe de los resultados de la expedición no pronunciaría ni una sola palabra.

Entretanto, se produjo, sin embargo, una complicación. Yo me hallaba ocupado atendiendo a una importante personalidad extranjera y, a pesar de que disponía de muy poco tiempo, no tenía más remedio que cumplir con mis obligaciones sociales. No quería en modo alguno revelar que estaba ocupado en una misión mucho más urgente que el ejercicio de la cortesía. No era probable que la operación fuera perjudicada en caso de que la desatendiera un poco. No obstante, cabía la posibilidad de que ello resultara perjudicial desde el punto de vista político dado que, una vez que la operación se hubiera llevado a feliz término y el mundo se hubiera enterado de la desaparición de Eichmann, era posible que mi invitado atara cabos y comprendiera demasiado pronto que los autores del hecho habían sido los israelíes puesto que, con anterioridad a la captura de Eichmann, su anfitrión había estado tan ocupado que ni siquiera había podido cumplir con los más mínimos deberes de la hospitalidad. En aquellos momentos no podía saber qué política de publicidad iba a seguir el gobierno cuando fuera informado de la operación Eichmann y tampoco cuál iba a ser la reacción de la familia Eichmann y de las autoridades argentinas. Era necesario tener en cuenta la posibilidad de que, una vez se diera a conocer la presencia de Eichmann en Israel, su familia decidiera apelar a las autoridades argentinas en demanda de su regreso. Creía que, en tal caso, sería deseable que, aunque se sospechara nuestra intervención en el asunto, ésta no se pudiera demostrar.

El 28 de abril, víspera de mi partida, tuve que agasajar a mi invitado en mi casa. A través de una anécdota que éste me contó aquella noche me enteré de que en América del Sur era costumbre que a cualquier extranjero que cambiara un billete de cien dólares se le exigiera la documentación por si el billete fuera falso o hubiera sido robado. Envié a mi chófer Yafi con el fin de que averiguara qué tipo de billetes me habían preparado; resultó que todo el dinero destinado a mis gastos de viaje me lo habían preparado en billetes de cien dólares. Aquella noche y a la mañana siguiente, Yaki consiguió con grandes dificultades cambiármelos por billetes más pequeños.

La cena terminó cerca de medianoche. Una vez mi invitado se hubo ido, acudieron algunas personas a mi casa con el propósito de consultarme la manera de manejar ciertos asuntos en mi ausencia. Dispuse de muy pocas horas para organizar los preparativos del viaje y, dada la nueva identidad que tenía que asumir, debo decir que no fue tarea nada fácil.

Estuve listo al amanecer. A primera hora de la mañana debía acudir al aeropuerto a despedir a mi invitado. Mi único temor era el de que su aparato no despegase a la hora prevista, dado que inmediatamente después tenía que correr a casa, recoger el equipaje y la documentación y regresar de nuevo al aeropuerto para tomar un avión con destino a Europa. El menor retraso en la partida de mi invitado podía desbaratarme todo el horario. Supongo que hubiera podido disculparme y decirle que no me era posible esperar hasta que despegara el aparato porque tenía concertada una importante cita... pero, ¿qué hubiera ocurrido si más tarde ambos hubiéramos coincidido en el aeropuerto en calidad de pasajeros?

Afortunadamente, el aparato despegó a tiempo. Conseguí regresar a casa, recoger todo lo que me hacía falta y volver a Lydda. Me despedí de mi esposa de un modo apresurado y rutinario. Estaba acostumbrada a mis ocasionales «desapariciones», jamás me dirigía preguntas acerca de mi trabajo y sólo en muy pocos casos averiguaba posteriormente dónde había estado. Le dije que esta vez iba a estar ausente unas tres o cuatro semanas y que no podría escribirle. Me constaba que se había percatado de la tensión que me dominaba...; sin embargo, todo ello se había convertido también en una parte habitual de nuestras vidas.

Llegué al aeropuerto europeo por la noche. Sólo dos personas sabían que me encontraba allí: Nahum Amir, que se reunió conmigo en la terminal de la ciudad, y Efraím, que era el superior inmediato de Shalom Dani, con los cuales no tuve más remedio que discutir. Efraím se quejó de que hubiese decidido llevarme a Shalom, con lo cual dejaba interrumpidas las operaciones en las que ambos habían estado trabajando. Le dije que lo lamentaba y lo comprendía, pero que no tenía más remedio que confiscar a Shalom aunque ello se tradujera en la necesidad de mandar llamar a otro agente de Israel a fin de que le sustituyera. Después, antes de que pudiera irme a dormir al apartamento de Efraím, tuve que explicarle a Nahum por qué no podía permitir que se incorporara a las fuerzas especiales tal como habíamos previsto al principio. Era la única persona que lo sabía todo acerca de los miembros de las fuerzas especiales —sus nombres ficticios, sus rutas de vuelo, su documentación— y era absolutamente vital que permaneciera en Europa, sobre todo en caso de que fracasáramos y nuestros hombres tuvieran que desaparecer de la zona-objetivo y necesitar su ayuda con vistas a la recuperación de sus verdaderas identidades y a su regreso a sus bases de Israel o el extranjero.

A primeras horas de la mañana siguiente emprendí viaje hacia un país vecino desde el cual tomé un aparato rumbo a la Argentina. Sólo entonces, ya acomodado en mi asiento del avión, tuve tiempo de revisar mi documentación y aprenderme de memoria los detalles de mi identidad provisional.

En una de las escalas del largo vuelo escuché súbitamente el nombre que acababa de aprenderme resonando por las salas del aeropuerto. Al principio pensé que me había equivocado pero los altavoces repitieron que se solicitaba la presencia del señor fulano de tal —el nombre que figuraba en mi pasaporte— en el mostrador de información. Para asegurarme, me acerqué a un rincón y abrí el pasaporte: sí, era mi nombre.

Me encontraba ante un dilema. Nadie, a excepción de Nahum, sabía qué vuelo iba a tomar con destino a Buenos Aires y no era concebible que, si Nahum hubiera querido enviarme un mensaje urgente, hubiera utilizado un medio tan descarado. Sólo podía haber una explicación: había ocurrido algo que hacía innecesaria la conspiración.

Muy a regañadientes, pero sin tener otro remedio, me dirigí lentamente hacia el mostrador de información. Me encontraba a un paso del mostrador cuando un hombre me propinó un empujón y se presentó casi sin aliento con el nombre que figuraba en mi pasaporte. Esperé unos segundos junto al mostrador hasta que no me cupo la menor duda de que la llamada había sido para él y no para mí. Lancé un suspiro de alivio. Lo más curioso de aquel hecho era que el nombre había sido elegido puramente al azar. Parecía que el destino me hubiera querido gastar una broma poniendo en el mismo avión a un hombre con el mismo nombre y apellido.

El vuelo fue largo y agotador, con numerosas escalas intermedias y esperas y retrasos aparentemente interminables. Pero, dada la gran tensión a que había estado sometido hasta entonces y la falta de sueño que tenía acumulada, el viaje constituyó para mí un auténtico placer y buena parte de él me lo pasé durmiendo.

13

Uno de los primeros problemas esenciales que la avanzada tenía que resolver en Buenos Aires consistía en la búsqueda de casas-refugio. Necesitábamos lugares en los que poder custodiar al prisionero hasta el momento en que le sacáramos de la Argentina y en los que poder alojarnos, guardar el equipo, etc. Aunque la misión del alquiler de las casas se había encomendado a Yitzhak Nesher, los demás componentes de la avanzada consideraron que se trataba de una cuestión de suma importancia a la que bien podían dedicar todo el tiempo libre de que disponían por las mañanas, dado que la vigilancia de la zona-objetivo se llevaba a cabo, sobre todo, por las tardes y las noches.

Acudieron a varias oficinas inmobiliarias y reunieron numerosas listas de casas y edificios situados en la zona intermedia entre Buenos Aires y San Fernando. Y leían diariamente los anuncios de la prensa, sobre todo de la escrita en lengua inglesa y alemana, suponiendo que quien deseara alquilar una casa buscaría a sus posibles inquilinos entre los visitantes extranjeros.

Yitzhak Nesher inició la búsqueda el 27 de abril, es decir, al día siguiente de su llegada, y se dedicó a ello en cuerpo y alma. Al principio, empezó a trasladarse de un sitio a otro en taxi pero, al darse cuenta del tiempo que perdía con este sistema, decidió alquilar un automóvil.

Aquel mismo día, 27 de abril, Ehud, Kenet y Menashe acudieron a visitar una casa situada a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital; según la descripción que les había facilitado el corredor de fincas, parecía un lugar muy adecuado para custodiar a Klement. Al llegar allí se dieron cuenta de que se habían equivocado y de que no resultaba un sitio adecuado. La búsqueda de Yitzhak resultó también infructuosa. Cuando encontraba alguna casa que parecía ajustarse a nuestras necesidades, resultaba que el propietario quería venderla, no alquilarla, y que los precios eran exageradamente elevados. La mayoría de viviendas de alquiler no resultaban adecuadas. Otro de los inconvenientes consistía en que la mayoría de las casas que se alquilaban por un breve período de tiempo incluían uno o más servidores —un jardinero o vigilante o un criado— y cualquier intento de prescindir de ellos se acogía con desagrado y hasta despertaba recelos.

A los pocos días, el grupo comprendió que este problema, al que nadie había prestado demasiada atención, tal vez se convirtiera en uno de los más difíciles de toda la operación.

Desde el punto de vista de la vigilancia, los resultados fueron mejores. Por la tarde del día 27 de abril, a las seis cuarenta y cinco, Kenet y Ezra se dirigieron a la zona-objetivo con el fin de buscar puestos de observación desde los cuales fuera posible vigilar la casa de Klement y sus alrededores sin ser descubiertos. Dejaron el automóvil a mucha distancia de la casa para evitar despertar la curiosidad de los habitantes del barrio. Comprobaron que el mejor lugar se encontraba en el terraplén del ferrocarril, a unos setenta y cinco metros de la casa de Klement. El terraplén se levantaba a unos cuatro metros y medio por encima del terreno circundante y la vía del ferrocarril cruzaba por encima de la carretera principal por medio de un paso elevado. Paralelo a la vía y separando a ésta de la casa corría un arroyo tributario del río Reconquista. La carretera lo cruzaba por medio de un puente. Sobre el terraplén discurrían dos series de vías y en las horas punta los trenes iban y venían en ambas direcciones a una frecuencia de dos o tres minutos.

Se sentaron en el terraplén y enfocaron la carretera

con los gemelos para averiguar si Ricardo Klement regresaba siempre a casa a la misma hora y si solía hacerlo solo o bien en compañía de otras personas. Querían averiguar también si se registraba mucho tráfico de vehículos y peatones en la zona que Klement cubría a pie, es decir, entre el kiosco de la ruta 202 y su casa.

A las siete cuarenta vieron a Klement descender del autobús 203, que procedía de San Fernando y seguía hasta Bancalari. Se apeó junto al kiosco, a unos doscientos metros de su casa, y echó a andar por la ruta 202 sosteniendo en la mano una linterna encendida que arrojaba un haz de luz blanca por delante y un haz de luz roja por detrás. Observaron que encendía la linterna cada vez que se aproximaba un automóvil. Abandonó la carretera principal cuando estaba a la altura de la calle Garibaldi. Al llegar a su casa, no entró directamente sino que primero la rodeó por completo y sólo tras haberlo hecho abrió la puerta.

Los observadores pensaron que se había tratado de una medida precautoria destinada a comprobar que nadie le estuviera aguardando. Más adelante descubrieron que lo que había hecho fue examinar las plantas del patio.

Esta vigilancia reforzó la opinión de los miembros del equipo según la cual Klement tenía por costumbre regresar a su domicilio cada día a la misma hora, siguiendo el mismo camino desde el kiosco situado junto a la ruta 202 hasta su casa.

Empezaba a resultar evidente que para operar eficazmente en una ciudad del tamaño de Buenos Aires, cada uno de los componentes del equipo debería disponer de un medio de transporte propio, razón por la cual el 28 de abril, Ehud, Yitzhak y Ezra alquilaron sendos automóviles. Uno de ellos sería de uso exclusivo de Yitzhak, quien lo utilizaría en su búsqueda de vivienda.

Ehud, Kenet y Ezra se compraron unos monos con el propósito de efectuar un reconocimiento del puerto de Buenos Aires. Sabían que se tenía intención de sacar a Eichmann de la Argentina en avión, pero yo les había advertido de que no confiaran demasiado en ello sino que examinaran también las posibilidades operativas que pudiera ofrecernos el puerto, sobre todo en lo concerniente al traslado de una persona hasta un bote que aguardara

fuera del mismo. Aquel día tuvieron que conformarse con un reconocimiento superficial, cuyo único resultado fue el de persuadirles de que serían necesarios otros muchos reconocimientos en caso de que se decidiera trasladar a Eichmann por mar.

Hacia el anochecer los tres decidieron regresar a la zona-objetivo. Ehud y Kenet se situaron en su puesto de observación del terraplén del ferrocarril, mientras Ezra les aguardaba en el automóvil en la proximidad de la estación ferroviaria de Bancalari. Pensaron que un automóvil vacío no sólo llama la atención sino que, además, corre el peligro de ser robado.

Permanecer sentados en el terraplén resultaba muy molesto. Los trenes pasaban haciendo un ruido ensordecedor, como si descargaran su furia sobre aquellos dos extraños individuos que habían elegido ese lugar tan incómodo, sucio y peligroso para pasar sus veladas. Los trenes iban provistos de faros deslumbradores que en las horas nocturnas aparecían completamente encendidos y nuestros hombres temían que, caso de no ser arrollados, acabaran por ser descubiertos alguna noche por los habitantes del barrio..., entre ellos los componentes de la familia Klement.

Poco antes de las siete cuarenta llegó el autobús 203 y se detuvo junto al kiosco. Ambos lanzaron un suspiro de alivio al observar que Klement descendía una vez más y echaba a andar, linterna en mano, por la parte izquierda de la carretera. Al igual que en las dos ocasiones anteriores, Klement abandonó la carretera principal, se adentró en la calle Garibaldi, rodeó la casa como inspeccionándola y penetró en su interior. Ehud y Kenet abandonaron su incómodo puesto de observación del terraplén y Ezra les recogió con su automóvil en el lugar que previamente habían acordado.

Estaba claro que Eichmann regresaba a casa del trabajo cada día a la misma hora, pero todavía no habían averiguado en qué trabajaba. Siguieron el recorrido del autobús 203 y averiguaron que éste tenía su salida junto a la estación de ferrocarril de San Fernando. La deducción más lógica era la de que Eichmann llegaba a la estación en tren y desde allí seguía en autobús. Pero, ¿de dónde venía? Decidieron intentar averiguarlo al día siguiente.

Ehud y Yitzhak fueron a ver dos casas de la zona de San Fernando que tal vez hubieran resultado adecuadas... de no haber sido por el elevado alquiler que pedían sus propietarios y por el hecho de negarse éstos a alquilarla por períodos inferiores a un año. Intentaron en vano regatear o, por lo menos, reducir el período de alquiler. Pero acabaron por marcharse y dejar la puerta abierta a ulteriores negociaciones.

Ni Kenet ni Ezra, ocupados en una búsqueda paralela, consiguieron encontrar lo que querían. Tras visitar muchas casas, encontraron dos que parecían adecuadas pero ambas estaban únicamente a la venta. Intentaron convencer a los propietarios de la conveniencia de alquilar unos cuantos meses las casas a unos extranjeros como ellos, que se encontraban en la Argentina por cuestiones de negocios y no deseaban alojarse en un hotel. Pero todo fue inútil: ambos propietarios estaban dispuestos a negociar su venta pero no deseaban alquilar las casas.

Kenet, Ehud y Ezra desistieron de buscar vivienda a las cuatro de la tarde, con el fin de disponerse a iniciar su diaria vigilancia de la zona-objetivo. Esta vez intentarían averiguar qué hacía Klement antes de subir al autobús 203. Dejaron a Kenet junto a la estación ferroviaria de San Fernando, en proximidad de la parada terminal del autobús, y se dirigieron en automóvil hasta su habitual puesto de observación. Pocos minutos después de las siete y media, Kenet vio a un hombre que se parecía a Klement sentado en el autobús 203. No estaba completamente seguro de que fuera Klement y no se atrevía a subir. Le sorprendió no haberse dado cuenta del momento en que el hombre subía; más tarde averiguaron, sin embargo, que habían cometido un error al suponer que el autobús tenía establecida su parada inicial junto a la estación. Klement debía haber subido en la parada anterior.

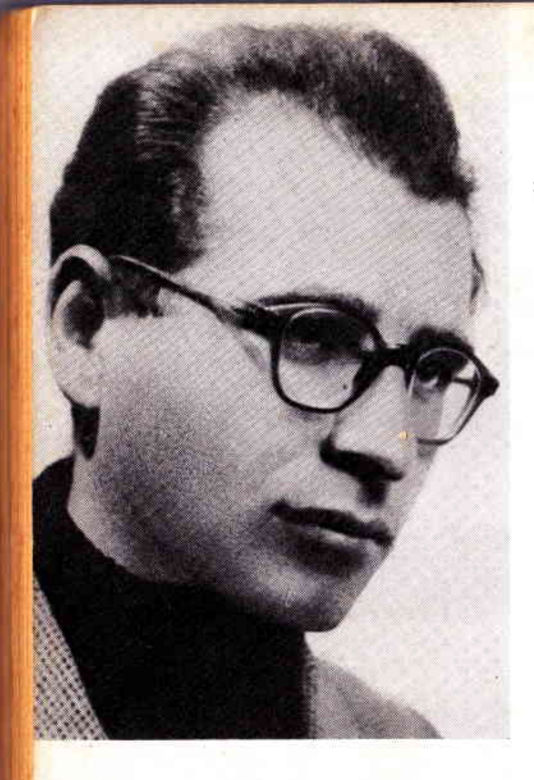
La suerte tampoco acompañó a Ezra y Ehud. Tan pronto como se hubieron sentado en el terraplén pasaron dos hombres que se les quedaron mirando con curiosidad. No tuvieron más remedio que abandonar el puesto de observación. Corrieron al automóvil que habían dejado junto a la carretera, mirando hacia Bancalari, y regresaron a San Fernando por la ruta 202. Al llegar a la altura de la



Fritz Bauer. (Foto Magnum)

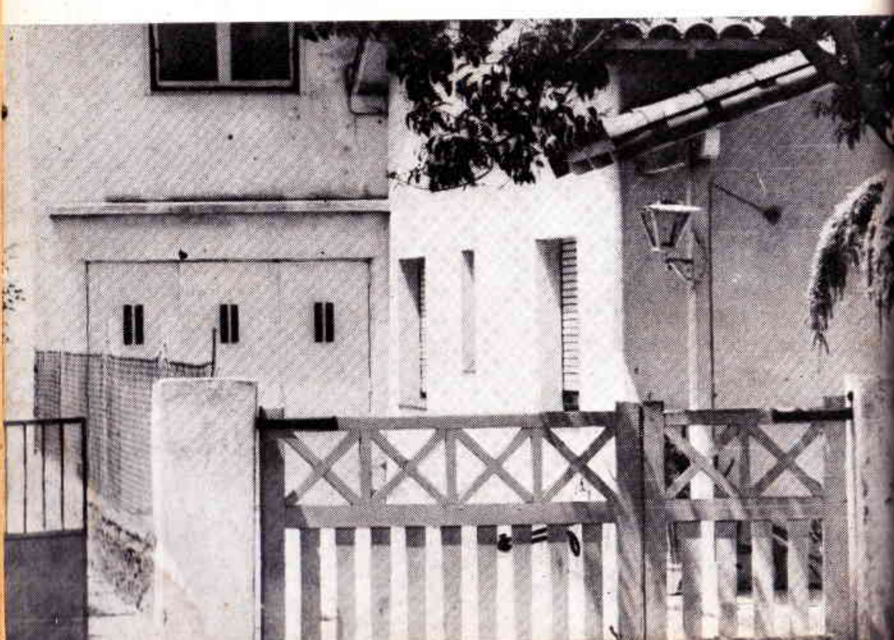


Efraim Hofstaetter



Shalom Dani

Calle Chacabuco





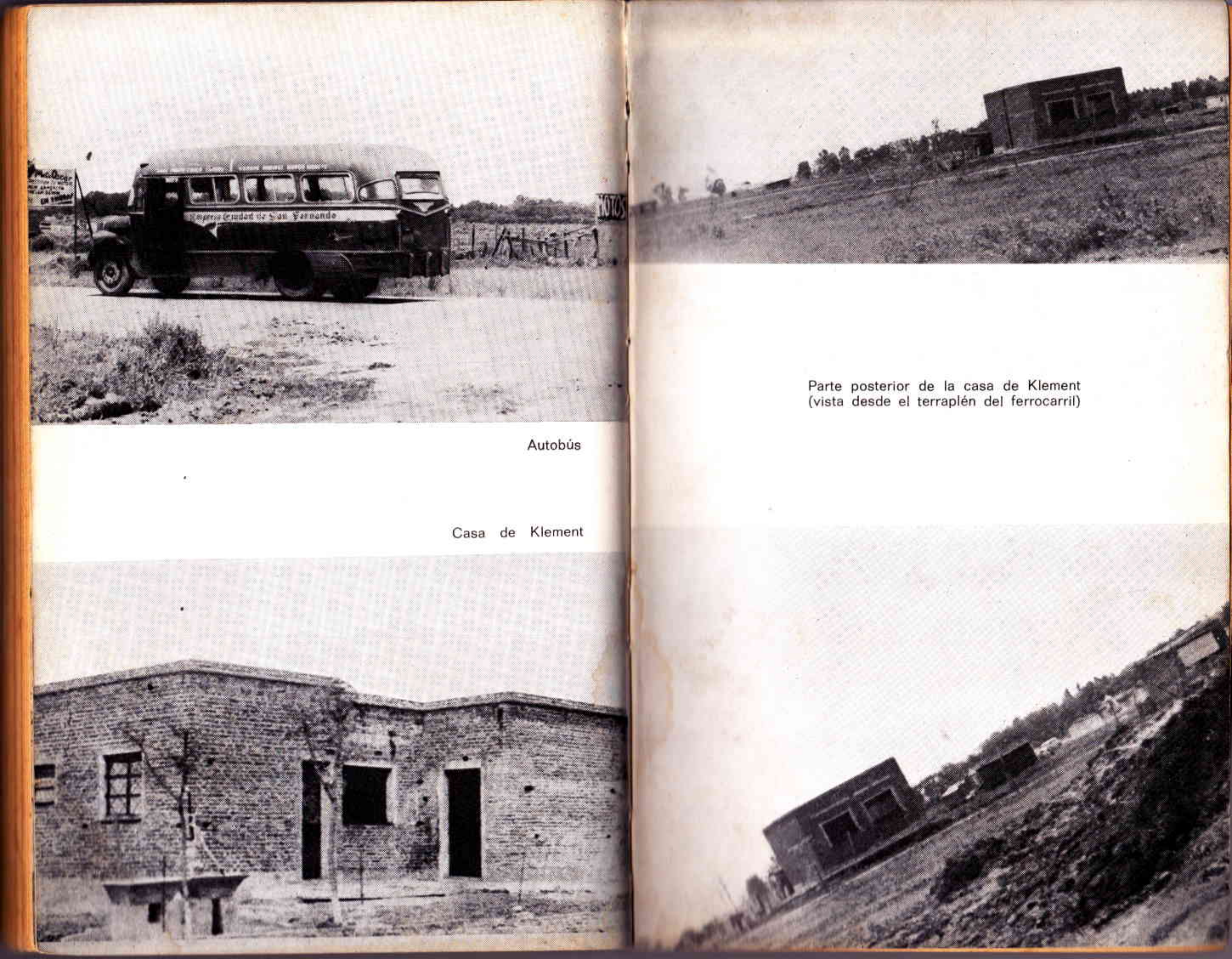
Dos fotos de Eichmann como oficial de las SS.





Tres fotografías (página anterior y ésta) de Otto Klement (Eichmann).

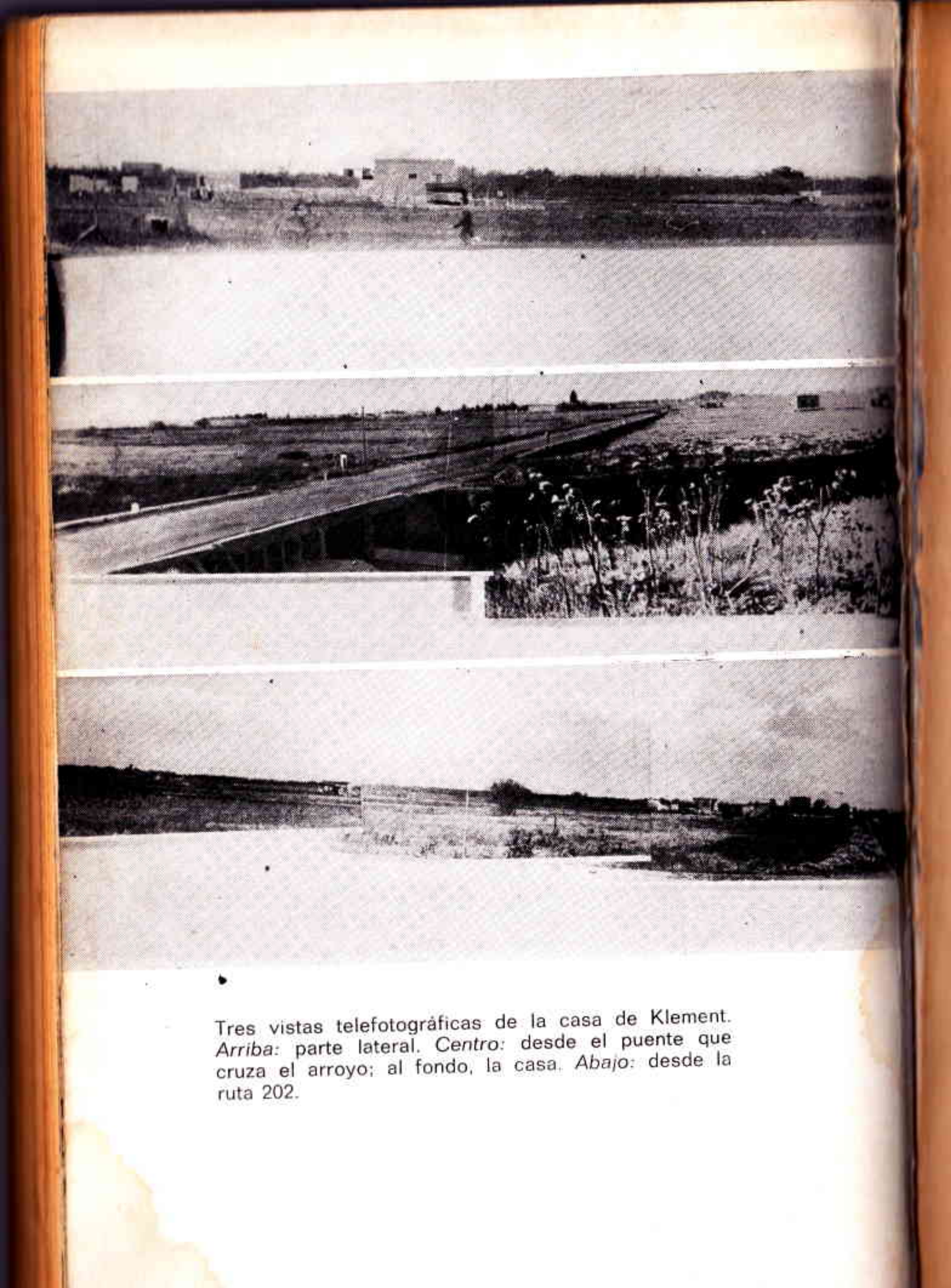
Kiosco



Autobús

Casa de Klement

Parte posterior de la casa de Klement
(vista desde el terraplén del ferrocarril)



Tres vistas telefotográficas de la casa de Klement. *Arriba:* parte lateral. *Centro:* desde el puente que cruza el arroyo; al fondo, la casa. *Abajo:* desde la ruta 202.

calle Garibaldi vieron a Klement que abandonaba la carretera y se adentraba en la calle en la que vivía. Comprobaron la hora: eran exactamente las siete cuarenta.

Regresaron a San Fernando y recogieron a Kenet junto a la estación. Al escuchar el relato de éste, decidieron averiguar dónde tenía establecida la parada inicial el autobús 203. Al final la encontraron junto a otra estación —la de Carupa— y acordaron que, en cuanto tuvieran oportunidad, vigilarían aquella estación para averiguar si era allí donde Klement tomaba el autobús.

El 30 de abril caía en sábado y los componentes de la avanzada decidieron tomarse una mañana de descanso. A partir del día de su llegada a Buenos Aires, tras un viaje agotador, cada uno de ellos había estado corriendo diariamente de un lado para otro en busca de casas y dedicándose al atardecer a una labor de vigilancia... en condiciones extremadamente molestas. Se habían pasado horas sentados en las laderas del terraplén y las elegantes y bien planchadas prendas de turista que llevaban se convertían por la noche al llegar a casa en unos arrugados harapos, dado que se encontraban en plena temporada de lluvias. La jornada terminaba generalmente con una reunión de recapitulación, en cuyo transcurso se sacaban conclusiones de todo lo que se había llevado a cabo durante el día y se planeaban las actividades de la mañana siguiente.

El sábado por la tarde tenían previsto efectuar un reconocimiento de las rutas a fin de familiarizarse con toda la zona y buscar atajos con los que poder evitar el intenso tráfico de las carreteras principales y las numerosas barreras de ferrocarril.

Acordaron reunirse en determinado punto de la Avenida 9 de Julio pero Ehud, que fue el primero en llegar, se dio cuenta de que no era el lugar más adecuado. Llevaba paseando arriba y abajo unos cuantos minutos cuando se le acercó un policía que le pidió la documentación. Al parecer, habían acordado reunirse frente a la embajada alemana... sin querer, claro. Al ver acercarse a Kenet y Hera, Ehud corrió a su encuentro para comunicarles el error que habían cometido.

Más tarde, se pasaron varias horas recorriendo las calles de la zona objetivo, las carreteras que unían a aquélla

con el centro de la ciudad y con las distintas zonas en las que habían estado tratando de encontrar casas refugio. En el transcurso de este recorrido, y de otros que hicieron más adelante, averiguaron que había algunos atajos suburbanos en los que apenas se registraba tráfico y en los que no era probable que hubiera policías ni agentes de seguridad una vez se hubiera iniciado la operación de caza.

Aquel día y al siguiente, 1 de mayo, no se efectuó ninguna vigilancia de la hora de llegada a casa de Klement. En su lugar, se acordó efectuar un reconocimiento de la zona-objetivo el domingo por la mañana con el fin, principalmente, de encontrar algún otro puesto de observación que no fuera el del terraplén del ferrocarril, tan incómodo e inseguro. Los resultados no fueron demasiado alentadores. Se les ofrecieron algunas alternativas, pero en todos los casos las condiciones resultaban todavía menos favorables que las del terraplén.

Hacia las once y media de la mañana del domingo pasaron frente a la casa de Klement y vieron a éste trabajando en el jardín. Para evitar que sospechara pasaron a gran velocidad y no pudieron formarse una clara impresión acerca de él.

Aquel domingo fue el día de mi llegada a Buenos Aires. El sol casi se había puesto cuando el aparato se aproximó al aeropuerto internacional de Ezeiza y, a la luz del ocaso, pude ver la desembocadura del Río de la Plata y de sus dos grandes tributarios, el Paraná y el Uruguay, cada uno de ellos abriéndose en el estuario con una anchura de unos tres kilómetros. Contemplando la inmensa ciudad con el enorme Río de la Plata, cuyo estuario es casi como un mar, comprendía fácilmente por qué se dice que Buenos Aires es una mezcla del resplandor de París y Viena y de la confusión de Nueva York y Chicago. Por algo se le había llamado Puerto de Santa María del Buen Aire. A los marinos españoles de los siglos pasados debió antojárseles un paraíso terrenal.

Sin embargo, no disponía de tiempo para recorrer los magníficos jardines y maravillosos bulevares de Buenos Aires, las espléndidas mansiones en las que se albergaban las oficinas gubernamentales y la enorme zona portuaria con sus muelles y sus fondeaderos llenos de grúas y silos.

Tras pasar los controles de la policía y de aduanas, me dirigí al autobús que conducía a la ciudad. En el momento de abandonar el edificio del aeropuerto, vi a Ehud que esperaba entre la gente, pero ambos fingimos no conocernos. Teníamos concertada una cita para el día siguiente, pero la presencia de Ehud en el aeropuerto significaba que éste deseaba adelantarla. Le dejé la iniciativa a él y le vi subir al mismo autobús en el que yo iba a viajar.

Al llegar el autobús al hotel en el que iba a alojarme, Ehud y yo tuvimos ocasión de intercambiar algunas palabras y de concertar la cita. Me inscribí en recepción, subí a mi habitación y Ehud me siguió al poco rato. Me informó brevemente acerca de la situación en relación con Klement, las casas refugio y todas las demás actividades que habían desarrollado los componentes de la avanzada. Concertamos una cita para algo más tarde en un café cercano a mi hotel y aproveché el intervalo para tomar un baño y cambiarme de ropa.

Al salir del café nos dirigimos a la única casa refugio de que disponíamos en aquellos momentos, es decir, a *Maoz*. Kenet, Ezra, Yitzhak y Menashe estaban aguardando allí y escuché su detallado informe sobre las pesquisas que habían llevado a cabo durante cuatro días consecutivos. Llegué a la conclusión de que podíamos considerar un hecho comprobado la hipótesis según la cual Klement desempeñaba un trabajo regular, al parecer en Buenos Aires, y regresaba a casa todas las tardes a la misma hora. Consideré favorables las condiciones de los alrededores de la casa con vistas a una captura llevada a cabo en silencio y con garantías de seguridad.

Se me facilitaron ulteriores detalles acerca de los esfuerzos realizados en la búsqueda de casas y de los negativos resultados obtenidos. Decidí que deberíamos conceder prioridad a esta vital cuestión, que no podíamos permitirnos el lujo de ser demasiado exigentes en lo concerniente a la localización o distribución interior de los lugares que se nos ofrecieron ni tampoco echarnos atrás ante ningún precio por elevado que fuera. No podíamos correr el riesgo de llegar a soluciones de compromiso por lo que a las exigencias de seguridad respectaba.

La avanzada experimentaba también graves dificulta-

des en relación con el alquiler de automóviles. A este respecto parecía que la Argentina estuviera mucho más atrasada que los países europeos y de América del Norte. Los precios de los automóviles eran extraordinariamente elevados, un vehículo norteamericano costaba nada menos que mil quinientos dólares y, para alquilar uno, era necesario efectuar un depósito de cinco mil dólares. Lo peor, sin embargo, era que el motor y demás piezas fundamentales solían encontrarse en muy mal estado, que los neumáticos estaban tan gastados que era imposible confiar en ellos, que las baterías estaban tan viejas que lo más probable era que le dejaran a uno en la estacada en los momentos más cruciales y que ni siquiera las portezuelas cerraban como era debido. La elección de modelos era sumamente limitada, lo que nos creaba un grave problema puesto que no deseábamos ser vistos demasiado a menudo en los mismos lugares y con el mismo vehículo. A pesar de ello, confiaba en que podríamos superar estas dificultades aunque ello nos exigiera un esfuerzo mucho mayor que el inicialmente previsto en nuestros planes.

Les referí a los demás los preparativos que habíamos efectuado en Israel tras su partida y les expliqué que todos los componentes de las fuerzas especiales se encontraban en camino hacia la Argentina o bien se dispondrían a partir en los próximos días. Les dije también que ya habíamos ultimado la organización del vuelo hasta en sus menores detalles. La fecha prevista para su partida de Israel seguía siendo el 11 de mayo. Por consiguiente, dije, tendríamos que llevar a cabo la captura lo más tarde el 10 de mayo, dado que el aparato iniciaría el vuelo de regreso el 13 o el 14 y era necesario que pudiéramos disponer de algunos días en caso de que se produjera algún aplazamiento inevitable o alguna dificultad imprevista. Les hablé del equipo operativo especial que había ordenado reunir con vistas al traslado de Klement y dije que, si ya estaba a punto, llegaría en aquel mismo aparato.

Al término de nuestra conversación planeamos nuestras futuras actividades y formas de comunicación. A Menashe se le encomendó la tarea de actuar de enlace entre yo y el resto de los hombres.

14

Al recibir un mensaje por telex en el sentido de que emprendiera viaje a Buenos Aires para reunirse allí con Asher Kedem, Aharon Lazar estuvo seguro de que debía tratarse de un malentendido: él jamás había tratado los asuntos sudamericanos de las líneas aéreas. Rogó que le repitieran el mensaje... tenía que haber algún error. Un segundo telex confirmó efectivamente que Buenos Aires era su destino y hasta le facilitaba el número de vuelo de la Swissair en el que Kedem viajaría. Cumpliendo las órdenes, voló, por tanto, a Sao Paulo y ya se encontraba aguardando en Río cuando llegó el aparato en el que viajaba Kedem.

Kedem abandonó Israel el 1 de mayo de 1960. Voló a Zurich y desde allí emprendió viaje a la Argentina en un aparato de la Swissair. En la primera escala, que era Ginebra, vio a Gabi Eldad y Eli Yuval, pero éstos fingieron no conocerle. Al llegar a Río se sorprendió de encontrar a Lazar esperándole muy nervioso y presa de la agitación.

Kedem le explicó que se habían recibido datos concretos acerca del paradero de Eichmann en la Argentina y que se había elaborado un plan con vistas a su captura. Su misión, dijo, consistía en encargarse de todos los detalles susceptibles de permitir a los apresadores de Eichmann el seguro traslado de éste a Israel.

Lazar se quedó anonadado. Su primera reacción fue

Al tomar tierra el aparato en Buenos Aires y descender ellos por la escalerilla de primera clase —en su calidad de invitados de las líneas aéreas viajaban en primera clase—, un fotógrafo les sacó unas fotografías. Lazar fue presa del terror en la seguridad de que todo el mundo sabía que él y Kedem habían acudido allí con el propósito de llevarse a Eichmann. Sólo se tranquilizó cuando el fotógrafo se les acercó rogándoles que le adquirieran las fotografías.

En el aeropuerto les estaban esperando Esther Rosen y su marido. Ella había sido durante muchos años empleada de la compañía hasta que su marido se había visto obligado a trasladarse a vivir a Buenos Aires con el objeto de desempeñar un cargo en una empresa privada. La compañía le había rogado que prestara su colaboración en determinadas cuestiones relacionadas con el vuelo especial, sobre todo en lo concerniente a la obtención de permiso para la inclusión de pasajeros de pago en el vuelo de regreso. Una de sus funciones había sido también la de encargarse de buscar alojamiento para los representantes de la compañía, a los que ya había encontrado habitación en un hotel. Se sorprendió y hasta se ofendió un poco al aparecer súbitamente Menashe, presentarse a Kedem de acuerdo con la fórmula previamente establecida e informar a los visitantes de que tenían reservada habitación en otro hotel.

Menashe le facilitó a Kedem la dirección de un café en el que alguien le estaría esperando esa misma tarde una vez se hubiera inscrito en el registro del hotel.

Aquella tarde aguardé a Kedem en un café. No tardé mucho en ver su sonriente rostro junto a la puerta. Me presentó a su amigo Aharon Lazar. Yo les dije que en el transcurso de otros encuentros les facilitaría los detalles de nuestras especiales exigencias en relación con el vuelo. De momento, sin embargo, bastaba que supieran que precisaríamos de su ayuda a fin de obtener las condiciones favorables para el traslado de Eichmann a bordo del aparato. Acordamos la forma de enlace ficticio que estableceríamos entre nosotros y le dije a Lazar que, en el transcurso de cualquier encuentro que no hubiera sido previamente planeado, tendría que comportarse como si

no me conociera. Kedem estaba familiarizado con todos aquellos procedimientos, pero en el caso de Lazar se trataba de su primera experiencia en actividades clandestinas... y era lógico que se sintiera un poco perplejo. Una vez me crucé accidentalmente con él por la calle y pude advertir lo mucho que le costaba pasar junto a mí sin saludarme.

Kedem me refirió las disposiciones que las líneas aéreas habían adoptado en Israel durante los dos días que mediaron entre mi partida y la suya. Al término de nuestra conversación les pedí a ambos que pusieran inmediatamente manos a la obra con el fin de obtener todas las autorizaciones y permisos necesarios para el vuelo. Además, les rogué a ambos, y especialmente a Lazar, que organizaran un detallado reconocimiento del aeropuerto y sus distintas instalaciones y que estudiaran los procedimientos aduaneros que se seguían.

Cuando nos despedimos era ya muy tarde. Concertamos otra cita para la tarde siguiente para que me informaran de sus actividades del día y yo les facilitara ulteriores instrucciones.

Aquel día, 2 de mayo, Zev Keren llegó a Buenos Aires tras un viaje de mucha tensión. Llevaba mucho equipaje —principalmente accesorios y equipo con destino a la operación, incluidos los instrumentos que había tenido que improvisar personalmente con vistas a la acción— y se pasó todo el vuelo sumido en un estado de inquietud por el temor de que pudiera ocurrirle algo a su valioso equipo, pues sabía que sin él la operación fracasaría o bien sufriría un retraso. Al cambiar de aparato en Europa, no quitó los ojos de encima de su equipaje hasta asegurarse de que efectivamente lo hubieran descargado de uno de los aviones y trasladado al otro. Al llegar con todo el equipo a Buenos Aires supo que dentro del marco más amplio de la operación él había llevado a cabo satisfactoriamente su pequeña operación personal. Corrió a la cita que tenía concertada en uno de los cafés de la ciudad. Menashe le estaba esperando, pero todos sus esfuerzos por intentar provocar la risa de Zev con sus chistes resultaron vanos... Zev estaba demasiado impaciente por asegurarse de que su valioso equipo fuera trasladado a un lugar seguro. Lo

recogieron todo y se trasladaron a *Maoz*, donde habían acordado que viviría y trabajaría Zev. A excepción de las pequeñas salidas que efectuaría para la adquisición de accesorios y material, Zev iba a permanecer encerrado allí preparándolo todo hasta la víspera de la operación.

Entretanto, los miembros de la avanzada renovaron sus esfuerzos para tratar de conseguir casas refugio. Aquella mañana, Ehud y Kenet se trasladaron a una localidad de veraneo cercana a Buenos Aires. Por alguna razón, los corredores de fincas les tomaron por alemanes y les enviaron a caseros de habla alemana. Visitaron algunas casas, pero los resultados tampoco fueron satisfactorios. Una estaba bien situada pero resultaba demasiado pequeña para albergar al prisionero y a sus apresadores, otra resultaba ideal en cuanto al tamaño pero se encontraba demasiado cerca de otras casas de la zona, y otra que también parecía adecuada no era de alquiler sino que estaba únicamente a la venta.

Mientras tanto, Ezra se iba trasladando, según lo previamente acordado, de un café de la ciudad a otro a la espera de Gabi Eldad y Eli Yuval quienes, a partir de aquel día, podían llegar de un momento a otro. Pero sus esfuerzos también resultaron vanos... porque éstos no llegaron ni aquel día ni al siguiente.

Era lunes y había que reanudar la vigilancia de la casa de Klement. Por la tarde, el trío operativo se trasladó a la zona-objetivo. Su finalidad era esta vez la de averiguar de dónde venía Klement antes de tomar el autobús 203 y en qué parada subía.

Kenet y Ezra se trasladaron hasta la estación ferroviaria de San Fernando y eligieron un puesto de observación situado junto al paso a nivel de las rutas 202 y 197. Las barreras se levantaban únicamente para permitir el paso de los autobuses, razón por la cual todos los autobuses tenían que detenerse. Llegaron a las seis cuarenta y cinco y permanecieron allí hasta pasada la hora en que Klement solía regresar a casa. Se decepcionaron mucho al ver que éste no aparecía.

Ehud se encontraba de pie junto al terraplén, muy cerca del patio de la casa de Klement. Tras el encuentro

con los dos desconocidos en el transcurso de la última sesión de vigilancia, deseaba pasar el menor tiempo posible en el terraplén para no despertar sospechas. Ehud decidió, por tanto, dejar que las circunstancias decidieran por él la conveniencia de subir o no al terraplén. Dado que no se veía a nadie, pensó que podría ir a sentarse en la ladera de su antiguo puesto de observación. La suerte le acompañó... Klement hizo su diaria aparición, pero esta vez algo más tarde que de costumbre: eran casi las ocho cuando el autobús se detuvo junto al kiosco.

Más tarde Kenet y Ezra recogieron a Ehud y juntos regresaron a Buenos Aires. Por el camino, establecieron que durante cinco días laborables consecutivos habían visto a Klement regresar a casa por la tarde, en cuatro ocasiones a las siete cuarenta y en una pocos minutos antes de las ocho.

El 3 de mayo acudí con Kenet a efectuar un reconocimiento matinal de la zona-objetivo. Pasamos frente a todos los lugares relacionados con la operación y con los preparativos preliminares. Recorrimos las calles del barrio, visitamos todos los puntos de observación y, al final, pasamos frente a la casa de Klement. Mientras recorríamos la ruta 202 pudimos ver el kiosco y el trecho de carretera que mediaba entre éste y la casa.

Debo reconocer que, al ver el descuidado aspecto de la casa y sus alrededores, me sentí momentáneamente invadido por las dudas. ¿Podía tener la casa de Adolf Eichmann aquel aspecto? De no ser por las considerables pruebas de que disponíamos, hubiera empezado a dudar de que Klement fuera efectivamente nuestro hombre.

La visita de reconocimiento me indujo a tomar la decisión de que, si las ulteriores vigilancias confirmaban que ya disponíamos de un «patrón» de una parte de la vida cotidiana de Eichmann, la captura debería llevarse a cabo en el trecho de carretera cercano a su casa.

Ehud y Zev Keren —este último participaría en la captura— se encontraban efectuando también un reconocimiento de la zona-objetivo porque, aunque nos proponíamos apresar al hombre de noche, era importante que todos los participantes pudieran ver el barrio de día.

Por la tarde, salí de la ciudad en compañía de Menashe

con el objeto de visitar una de las casas que le había ofrecido a éste un corredor de fincas. Dado que no andábamos muy sobrados de tiempo y la falta de casas refugio constituía para nosotros una fuente de ansiedad, decidí comprobar personalmente todas las ofertas que se nos hicieran y decidir sobre la marcha el alquiler de la casa. La zona era adecuada pero no ideal y el alquiler no era excesivo. Había otras casas cerca de la villa, pero podríamos superar este inconveniente aunque no se ajustara a los principios que se aprenden en la escuela de actividades clandestinas. La casa resultaba adecuada para nuestros propósitos: desde la zona-objetivo a la villa y desde ésta al aeropuerto los desplazamientos eran muy fáciles. El principal inconveniente lo constituía su distribución interior y su falta de posibilidades de adaptación con vistas a ocultar al cautivo y a sus guardianes. El lugar que necesitábamos tendría que albergar a varias personas —el prisionero, el médico y los guardianes— y tenía que estar en condiciones de superar la prueba de las visitas de cortesía o de simple curiosidad por parte de los vecinos. La distribución interior tenía que ofrecer un adecuado escondrijo, un lugar en el que se pudiera mantener a un hombre bajo custodia sin dañar su salud en caso de registro por parte de la policía.

La villa no se ajustaba a estos requisitos. Se levantaba sobre una estrecha franja de terreno y su distribución interior no resultaba adecuada. A pesar de ello, y para no arriesgarnos a no encontrar a tiempo otra cosa más idónea, decidí alquilarla. Me dije que, si nuestros ulteriores esfuerzos alcanzaban mejores resultados, la tendríamos de reserva pero de momento por lo menos ya teníamos algo.

Menashe cerró el trato allí mismo y nos quedamos con la villa. Yo le asigné la denominación clave de *Tira* (palacio).

Hacia el atardecer el trío operativo se trasladó de nuevo a la zona-objetivo en un nuevo intento de descubrir dónde subía Klement al autobús 203. Esta vez Ehud se dirigió a la parada terminal del autobús en la localidad de Carupa, Kenet montó guardia junto a la estación ferroviaria de Carupa y Ezra estableció su puesto de observación junto a la estación de San Fernando.

Cuando el autobús abandonó la parada inicial de Carupa, Ehud se encontraba sentado en su interior con la esperanza de descubrir en qué parada subía Klement. Escogió una hora que se ajustaba a los datos de las anteriores observaciones pero Klement no subió en ninguna de las paradas del trayecto hasta San Fernando.

Entretanto, Kenet esperaba la llegada de los distintos trenes a Carupa. Tras llegar y salir dos trenes sin el menor rastro de Klement, Kenet subió al tercero, el de las siete cuarenta y cinco, y viajó hasta San Fernando; Klement tampoco se encontraba en aquel tren.

Al final, subieron a los automóviles —Ehud y Ezra en uno y Kenet en otro— y se dirigieron al barrio de Klement. A la altura del kiosco le vieron caminando por la ruta 202 en dirección a la calle Garibaldi, tal como hacía todos los días.

Era la sexta vez que le veían regresar a casa siguiendo el mismo camino.

Para Kedem y Lazar aquel 3 de mayo fue también un día de intensa actividad. Por la mañana visitaron las oficinas centrales de las líneas aéreas argentinas con el fin de solicitar ayuda en relación con la organización del vuelo especial. Se informaron, por ejemplo, acerca de la posibilidad de obtener piezas de recambio para un aparato Britannia. Les dijeron que la compañía no utilizaba Britannias pero que sí lo hacía en cambio una compañía privada argentina del aeropuerto. A Kedem y Lazar se les permitió utilizar el telex y establecer comunicación con los directores de sus líneas aéreas de Israel.

Después se trasladaron al aeropuerto de Ezeiza al objeto de entrevistarse con el representante de la compañía privada, quien les recibió amablemente y les dijo que disponía de gran cantidad de piezas de recambio y que hasta tenía en reserva un motor Britannia que gustosamente pondría a la disposición de su compañía.

Los dos visitantes se entrevistaron después con los empleados de las líneas aéreas nacionales y con los representantes de las autoridades del aeropuerto. En todas partes fueron atendidos con mucha amabilidad y les explicaron todos los procedimientos de rutina que se seguían allí.

Todo fue bien hasta poco antes de que abandonaran el aeropuerto. En el último momento, Kedem fue informado de que los funcionarios argentinos de protocolo en los festejos del aniversario no podrían recibir a la delegación israelí con anterioridad a las dos de la tarde del día 19 de mayo..., es más, para facilitar las cosas y asegurarse de que la recepción resultara adecuada, sería mejor que la delegación llegara no antes de las cinco de la tarde. Lo cual significaba que el vuelo especial tendría que sufrir un aplazamiento de una semana.

A última hora de aquella tarde, me encontraba sentado en un café en compañía de Ehud y Kenet esperando a Kedem y Lazar. Antes de que Kedem hubiera tenido tiempo de acercarse a nuestra mesa, comprendí que algo había fallado. Empezó a hablar antes de sentarse y, en cuanto oí lo que tenía que decirme, comprendí que tendríamos que enfrentarnos con lo inevitable. Aunque pensara que pudiera hacer algo para inducir a las autoridades argentinas a modificar sus propósitos, no haría nada porque deseaba, sobre todo, evitar llamar la atención de éstas sobre el vuelo especial. Por otra parte, comprendía perfectamente que el aplazamiento de la operación entrañaría muchos riesgos... aparte el negativo efecto psicológico que ejercería en los componentes de las fuerzas especiales. Le dije a Kedem que debería informar a todos aquellos a quienes afectara esta modificación, tanto en Israel como en la Argentina, de la necesidad de ajustarse al nuevo programa y de encargarse de que el aparato llegara a la hora indicada por las autoridades argentinas, aunque ello se tradujera en ulteriores inconvenientes para la compañía dado que se deberían modificar una vez más los horarios.

Al marcharse los demás, permanecí solo pensando en los efectos que el aplazamiento ejercería en la operación. A la vista de los resultados de las seis vigilancias consecutivas, estaba perfectamente justificado suponer que no se produciría ningún cambio en las costumbres diarias de Klement hasta el día en que teníamos prevista la puesta en práctica de la operación, es decir, una semana más tarde. Pero, ¿cómo podíamos estar seguros de que las costumbres de Klement no sufrirían variación alguna durante dos semanas consecutivas? ¿Cómo podíamos estar seguros de que, transcurrido un determinado período, no

le cambiarían de turno? ¿Y qué ocurriría si cambiaba de trabajo o enfermaba?

Pero aún había más: si aplazábamos la operación una semana, las vigilancias tendrían que prolongarse, lo que contribuiría a aumentar el riesgo de que los observadores fueran vistos por el propio Klement, por sus vecinos o por los viandantes.

Y había, además, otra consideración: nuestros hombres estaban a punto de alcanzar el límite de su capacidad física y mental y me constaba que les resultaría muy difícil soportar otra semana de esfuerzos y tensión.

Lo pensé detenidamente una y otra vez, sopesé todos los factores y, al final, tomé una decisión: la captura tendría que llevarse a cabo en la fecha que teníamos prevista so pena de perder una oportunidad que seguramente jamás se nos volvería a presentar.

Era plenamente consciente del esfuerzo psicológico que representaría el hecho de tener que mantener a Eichmann en custodia clandestina una semana más sin saber lo que ocurría fuera ni cómo habían reaccionado los parientes y amigos. Pero tenía que elegir entre dos males: el peligro de un prolongado período de reclusión clandestina en un país desconocido y bajo difíciles condiciones de seguridad, y el peligro de no aprovechar una oportunidad única de conducir a juicio ante un tribunal de justicia israelí al monstruo encargado de llevar a la práctica la «solución final». En resumen, había que elegir entre un riesgo que, a pesar de su prolongación, sería transitorio y un pecado para el que jamás podría haber expiación.

Al día siguiente, ordené a los hombres de las fuerzas que actuaran como si nada hubiera ocurrido y que se dispusieran a llevar a cabo la operación el día que habíamos previsto: 10 de mayo de 1960.

El 4 de mayo, Ehud y Menashe acudieron por la mañana a visitar una casa que les había recomendado uno de los corredores de fincas. A juzgar por las descripciones que se nos habían facilitado, parecía una respuesta a todas nuestras plegarias. Hasta el barrio resultaba adecuado porque, aunque la casa se encontraba lejos del lugar de la captura, el acceso a la misma era muy fácil y la carre-

tera que desde allí conducía al aeropuerto era excelente. Al llegar, Ehud y Menashe comprobaron que el corredor no había exagerado las excelencias del lugar. Era una edificación espaciosa, con varias alas, y se levantaba en mitad de un gran jardín que la ocultaba de la vista de los vecinos. Para nosotros era la cumbre de la perfección... pero la perfección incluía a un criado que era vigilante y jardinero a un tiempo.

Al enterarme de la noticia, acudí en compañía de Ehud y Kenet a ver la casa. Era maravillosa. Parecía haber sido construida a la medida como casa refugio para una operación como la nuestra. La estructura era asimétrica, con un complicado laberinto de habitaciones en las que podían desaparecer varias personas y varios escondrijos que entorpecerían un eventual registro llevado a cabo por parte de la policía.

Resultaba un poco enojoso que se encontrara a algunas horas de automóvil de la casa de Klement; sin embargo, este defecto podía convertirse en una ventaja una vez se hubiera conducido al prisionero a la nueva casa. Pensé que, aunque se produjera un revuelo inmediato tras la captura, no era fácil que éste se extendiera a una zona tan alejada de la casa de Klement.

Todo estaba bien menos el jardinero-vigilante. Huelga decir que no podíamos traer al prisionero a la casa y mantenerle en custodia allí sin el conocimiento del vigilante y, aunque consiguiéramos engañar a éste acerca de lo que estuviera ocurriendo ante sus mismas narices, teníamos que prever la posibilidad de que más adelante reconstruyera unos hechos que se le hubieran antojado extraños y consiguiera incluso identificar a todos o a algunos de los ocupantes de la casa.

Este molesto problema resultaba doblemente importante dada la necesidad que había surgido de mantener al prisionero bajo custodia en la casa refugio durante más tiempo del que teníamos previsto, antes de que se aplazara el vuelo especial y, a pesar de que en aquellos momentos no sabía cómo conseguiríamos solucionarlo, tampoco estaba dispuesto a perder la casa. Pensé que tal vez pudiera servirnos de alternativa en caso de necesidad. Esperaba que tal vez consiguiéramos encontrar un medio de librarnos del vigilante si no durante todo el período de la operación por lo menos durante parte del mismo. Le dije, por tanto a Menashe que entrara en tratos, con los propietarios y alquilara la casa.

A esta casa, situada a unas dos horas de automóvil de *Tira*, le asignamos la denominación en clave de *Doron* (dádiva).

15

Kenet y Ezra se pasaron toda la mañana del día 4 de mayo recorriendo una vez más la zona-objetivo. Comprobaron todos los posibles accesos y marcaron todos los itinerarios de una retirada en orden... o de una huida de emergencia si se producía un fracaso.

Hacia el anochecer, el destacamento operativo se trasladó a la zona-objetivo. En el tramo de carretera que mediaba entre San Fernando y la casa de Klement, dos policías se dedicaban a detener todos los automóviles, a inspeccionar los números de matrícula y los permisos de conducir y a registrar algunos vehículos. Al ver que los miembros del destacamento eran extranjeros, les permitieron el paso.

A partir de las seis y media, Ehud, Kenet y Ezra subieron a tres autobuses 203 consecutivos en su parada de origen de Carupa. Ehud y Ezra llegaron hasta Bancalari sin tropezarse con Klement. Al subir Kenet al autobús en Carupa vio a Klement ya acomodado en el mismo. Resultaba, por tanto, evidente que el viaje de Klement en autobús se iniciaba allí, pero no se había logrado contestar a la pregunta: ¿de dónde venía? ¿O acaso trabajaba en Carupa?

Kenet siguió en el autobús hasta la parada de San Fernando, en la que se apeó. No quería correr el riesgo de seguir hasta el kiosco con Klement ni tampoco viajar en el autobús, que se iría vaciando a medida que se acercara

al final de trayecto. Sabía que tendría que seguir merodeando por el barrio y no deseaba llamar la atención.

Entretanto, Ehud y Ezra regresaron al automóvil que habían dejado aparcado en las cercanías de Bancalari y enfilaron la ruta 202 en dirección al kiosco y la casa de Klement. Al llegar a la altura de la calle Garibaldi vieron a Klement que caminaba en dirección a su casa: era la séptima vez.

Todos los esfuerzos dedicados a averiguar el punto inicial del viaje de Klement se proponían un solo objetivo: descubrir la posible existencia de otro lugar de captura más lejos de la casa del hombre.

Durante dos días habíamos estado aguardando a Gabi Eldad y Eli Yuval en los lugares de cita previamente establecidos y su ausencia estaba empezando a inquietarnos. No es que nos preocupara su seguridad; sabíamos que unos hombres así «no se pierden». Temíamos que su retraso repercutiera negativamente en los planes de la operación. Además, los hombres de la avanzada ya estaban agotados y necesitaban refuerzos que compartieran con ellos la carga de toda aquella responsabilidad.

Aquella noche, sin embargo, la espera de Ehud en el café Opera no fue en vano. A las nueve en punto exactamente Gabi y Eli entraron en el café. Se les veía cansados y llevaban las ropas arrugadas dado que venían directamente del aeropuerto sin haber tenido tiempo de cambiarse pero, al ver a Ehud, se dibujó en sus rostros una radiante sonrisa. En pocas frases relataron todas sus aventuras: al principio Eli tuvo dificultades con la documentación, después les costó mucho encontrar pasaje dada la fecha tan cercana a los festejos del aniversario y, por si fuera poco, Gabi había sufrido una intoxicación alimenticia y se había pasado varios días sin poder comer otra cosa más que tostadas.

Sin embargo, a pesar de su agotamiento, estaban deseando enterarse de todos los detalles. Habían partido inmediatamente de Israel tan pronto como recibieron el mensaje de Ehud en el sentido de que se conocía el paradero de Klement y existían condiciones favorables para su captura, pero se habían pasado el viaje lejos de toda fuente de información. Ahora, mientras escuchaban el re-

lato de Ehud, pareció que su cansancio se esfumara y, tras cenar algo, le rogaron que les condujera inmediatamente a efectuar un recorrido por el barrio de Klement.

Ehud intentó persuadirles de que estaban demasiado agotados pero ellos no se dejaron convencer. Bien entrada la noche, efectuaron una visita de reconocimiento a San Fernando y, por el camino, Gabi le dijo a Ehud que el equipo que había preparado llegaría en el vuelo especial.

La mañana del 5 de mayo estuvo dedicada a una discusión general en *Maoz*, en la que estuvieron presentes todos los miembros de las fuerzas especiales... menos Yitzhak, que seguía buscando incansablemente casas y vehículos. Fue mi primer encuentro con Gabi y Eli desde su llegada.

Analizamos los resultados de la vigilancia y su efecto sobre la planificación detallada de la captura. Cada hombre facilitó un exhaustivo informe acerca de su propio campo de acción: equipo, casas refugio, vehículos. Una vez resumida toda la información, las fuerzas especiales pasaron de la fase preparativa a la organización propiamente dicha de la operación.

Aquella tarde, Ehud acompañó a Gabi y Eli en un recorrido de reconocimiento diurno de la zona-objetivo y más tarde les condujo a las dos casas refugio, *Tira* y *Doron*.

Por la tarde, Eli efectuó su primera vigilancia en el terraplén del ferrocarril, acompañado también de Ehud. Klement apareció una vez más a la hora acostumbrada y Eli vio por primera vez a Ricardo Klement.

Llegados a este punto, empecé a estudiar los pormenores del prolongado encierro de Eichmann. Sabía que las dificultades serían muchas y muy variadas pero no teníamos más remedio que afrontarlas. Teníamos que procurar que la casa pareciera el hogar de unos inocentes turistas, teníamos que encargarnos de que hubiera provisiones suficientes tanto para el prisionero como para sus guardianes y de que se conservara la apariencia externa sobre todo de cara a los vecinos. Lo cual significaba que tendría que haber una mujer en la casa. Transmití, por

tanto, un mensaje urgente a Ankor en el que le rogaba que nos enviara inmediatamente a Dina Ron.

El 5 de mayo fue también el día en que llegó Shalom Dani a Buenos Aires con su valioso equipaje. Al emprender el viaje iba cargado de numerosas maletas, paquetes y cajas con la leyenda de FRÁGIL y llevaba las manos llenas de bolsas y bultos. El empleado de las líneas aéreas que se hizo cargo de las pertenencias del delgado pasajero con gafas de refinada y en cierto modo tímida expresión no tuvo siquiera necesidad de echar un vistazo a su pasaporte para conocer su profesión: las telas, las pinturas, los pinceles y el caballete que sobresalían de su equipaje hablaban por sí mismos.

El peso superaba el límite autorizado. Los empleados hubieran querido hacer un poco la vista gorda pero se vieron obligados a hacerle pagar un considerable exceso; se disculparon al tener que decirle lo mucho que costaría trasladar su equipaje a semejante distancia. A Shalom, sin embargo, no le preocupaban los gastos. Le preocupaba una sola cosa: que su valioso cargamento llegara sano y salvo a su destino.

Las había pasado moradas. Con un esfuerzo sobrehumano había reunido todo el equipo que le hacía falta y había hecho el equipaje sin contar con la ayuda de nadie. Parte del equipaje estaba integrado por material e instrumentos legítimos. Su problema, sin embargo, había estribado en ocultar entre ellos un completo equipo de todos los extraños e insólitos instrumentos que constituían el taller de un falsificador de documentos. Shalom no descansó hasta haber empaquetado su material de tal manera que pudiera superar con garantía de seguridad todos los controles e inspecciones aduaneras.

A partir del momento en que se inició el vuelo no hizo prácticamente otra cosa más que dormir. Sabía muy bien que el éxito de la operación dependería en buena parte del éxito de su documentación y este éxito dependería, a su vez, de su capacidad física para superar todas las pruebas por las que tuviera que pasar. Había participado en suficientes operaciones en países remotos, lejos de todo contacto con la base de la propia nación, como para saber qué responsabilidad recae en tales casos sobre el hombre

encargado de la documentación. Estaba decidido a superar todas las pruebas a que tuviera que someterse porque esta operación era a sus ojos mucho más importante que cualquiera de las anteriores.

Los componentes de la tripulación se mostraron corteses y comprensivos con el joven artista. Se percataron de que estaba muy cansado y no deseaba ser molestado, razón por la cual le dejaron en paz al negarse a salir a estirar un poco las piernas en las escalas intermedias. El aparato hizo escala en Lisboa, Dakar, Recife, Río de Janeiro y Montevideo, pero Shalom prefirió en casi todos los casos permanecer a bordo para vigilar su valioso equipo. Sólo bajó en una ocasión y llevó consigo todo el equipaje.

El excéntrico artista no tuvo la menor dificultad en pasar los controles aduaneros de Buenos Aires. A las dos horas de haber llegado, Shalom Dani se encontraba en *Maoz* con todas sus herramientas y accesorios.

Tras cablegrafiar a las líneas aéreas de Israel para informar del inevitable aplazamiento del vuelo especial, Kedem y Lazar prosiguieron su labor de inspección del aeropuerto. Lazar se familiarizó muy pronto con el recinto, sus zonas de acceso y sus instalaciones. Consiguió, además, hacer amistad con los encargados del suministro de combustible, servicios de tierra y mantenimiento, operaciones de carga y descarga... y también con la policía y los funcionarios de aduana. Al seguir mis instrucciones Kedem y Lazar buscaron el sitio más adecuado para estacionar el aparato. Les había explicado que hacía falta un lugar que se encontrara lejos de los edificios del aeropuerto y de las miradas inquisitivas. Descubrieron que la zona de mantenimiento reservada a la compañía privada argentina se encontraba relativamente lejos del centro del aeropuerto. No costó demasiado esfuerzo explicarles a las autoridades del aeropuerto que a nuestra compañía le interesaba dejar el aparato en la zona de mantenimiento de una compañía que disponía de recambios para modelos Britannia. Nuestro equipo operativo inspeccionó la zona propuesta y la consideró adecuada.

Mientras Lazar ampliaba su red de amistades en el aeropuerto, Kedem intentaba obtener permiso para la inclusión de pasajeros de pago en el vuelo especial de regreso

desde Buenos Aires a Israel. Pensé que a las autoridades argentinas se les antojaría extraño que no se hiciera nada a este respecto dado que a ninguna compañía aérea podía hacerle demasiada gracia que un aparato efectuara vacío un viaje tan largo. De momento, se trataba simplemente de obtener el permiso. La decisión relativa a la venta de pasajes con destino al vuelo podría dejarse para más adelante.

El día 5 de mayo por la mañana, Kedem recibió un cablegrama de las oficinas de las líneas aéreas de Israel en el que se afirmaba que el cambio de horario previsto entrañaría graves dificultades, razón por la cual no se mostraban inclinados a autorizarlo... a no ser que se les manifestara que dicha autorización era imprescindible. Kedem me trajo el cablegrama en demanda de instrucciones. Le dije que, en mi opinión, no había esperanzas de que pudiéramos inducir a los funcionarios de protocolo a modificar su decisión y que cualquier intento de ejercer presión sobre ellos tal vez produjera una tensión en modo alguno deseable en nuestras relaciones con ellos. Le repetí mi opinión acerca de lo inaconsejable que resultaría que el vuelo se convirtiera en objeto de una discusión indebida. Le dije, por tanto, que comunicara en términos inequívocos a las líneas aéreas que no quedaba más remedio que organizar el vuelo de acuerdo con los deseos de nuestros anfitriones, es decir, con llegada el día 19 de mayo. Dimos por sentado que los directores comprenderían que el cablegrama había sido enviado con mi conocimiento y que su contenido había estado dictado por inalterables exigencias operativas. Y, efectivamente, la tarde del 6 de mayo Kedem me trajo la respuesta de la dirección confirmando la nueva fecha del vuelo.

En el ínterin, Dani había deshecho su equipaje en *Maoz* y había empezado a montar el taller. No había visto ni una sola calle de Buenos Aires a la luz del día y ya estaba encorvado sobre una mesa cubierta de formularios, sellos, certificados y papeles.

Zev Keren trabajaba en la habitación de al lado. Sus compañeros se asombraban constantemente de sus sensatas soluciones —sencillas y fáciles de poner en práctica— a los problemas técnicos que le planteaban. Zev aso-

maba de vez en cuando la cabeza por la puerta de la habitación de Shalom para ver si todo marchaba bien o si éste necesitaba algo y a veces se pasaba algunos minutos contemplando trabajar a su amigo. Se maravillaba al comprobar que en pocos minutos un trozo de papel se convertía en un documento indistinguible del original que Shalom estaba copiando. A Shalom no le hacían falta moldes de imprenta porque era capaz de trazar letras impresas con tanta perfección que sólo un examen de laboratorio hubiera permitido averiguar que aquel papel jamás había entrado en contacto con una imprenta.

Gabi Eldad supervisaba todos los problemas operativos y técnicos que se planteaban en *Maoz*. Comprobaba que todo progresara de acuerdo con el plan y que a todos los detalles se prestara la necesaria atención en el orden de prioridad que él, en su calidad de comandante de la operación, podía establecer mejor que los demás.

Zev y Shalom sólo abandonaban *Maoz* para adquirir el necesario equipo y material. Todos los que allí acudían les traían comida, porque ellos estaban tan enfrascados en su labor que no disponían de tiempo ni siquiera para pensar en sí mismos.

Yo les visitaba a menudo para ver qué tal iban las cosas. Shalom comentaba exhaustivamente los problemas que se le planteaban y me explicaba las soluciones que se le habían ocurrido. Era imposible no experimentar un profundo afecto hacia aquel hombre humilde que jamás pedía nada y jamás se quejaba. Aunque no se tenía prevista la llegada de ningún visitante, los instrumentos de todas clases esparcidos por el apartamento demostraban bien a las claras que la vivienda pertenecía a un artista. Los caballetes, los cuadros, los marcos y las paletas esparcidas desordenadamente por todas partes constituían una prueba mucho mejor que la de cien testigos.

La mañana del 6 de mayo, Kenet y Ezra organizaron un reconocimiento de los alrededores de nuestra nueva casa refugio *Doron* con el fin de establecer el itinerario más seguro de traslado del prisionero desde allí hasta el aeropuerto.

Aquella misma mañana acudí a visitar un edificio que

se encontraba en venta en la misma ciudad. Desde que habíamos alquilado *Tira* y *Doron* no habíamos recibido ni una sola oferta satisfactoria, a pesar de los esfuerzos de Yitzhak y Menashe. A pesar de ello no nos habíamos dado por vencidos y seguíamos buscando algo más adecuado. Esta vez se trataba de un moderno edificio de apartamentos. Sólo resultaba adecuado para conducir a un prisionero a un edificio del centro de la ciudad y sacarle más tarde; sin embargo, en el transcurso de mi visita a la casa, se me ocurrió que ésta podría resultarnos útil en caso de que los acontecimientos adquirieran un sesgo inesperado. Recorrí el edificio de arriba abajo, inspeccionando los medios de acceso desde una a otra planta y desde un apartamento a otro para asombro de mis compañeros, que no comprendían que pudiera interesarme tanto la estructura de un edificio que, al parecer, no se ajustaba a nuestras necesidades.

Pero la idea que había cruzado por mi imaginación era la de que, en caso de que nos viéramos obligados a mantener al prisionero en Buenos Aires durante un prolongado período de tiempo, aquel lugar podría servirnos de fortaleza y de seguro escondrijo. Había forjado el plan de que una familia absolutamente «inocente» viviera en uno de los apartamentos y de que abriéramos un pasadizo interior desde este apartamento a otro que estuviera aparentemente vacío. En el segundo apartamento podríamos instalar un escondrijo al que sólo se pudiera tener acceso desde el primer apartamento. El tamaño y la distribución interior de dichas viviendas resultaban especialmente adecuados para la clase de modificaciones que yo me proponía llevar a la práctica. A través de la familia «inocente» del primer apartamento podríamos obtener suministros y mantener comunicación con el mundo exterior. Calculaba que, en caso de emergencia, podríamos incluso llevar a cabo las modificaciones estando el prisionero dentro. Tampoco preveía ninguna dificultad en la instalación de una familia «operativa» que condujera una vida aparentemente normal y cuya presencia en Buenos Aires resultara razonable y natural.

Todo ello lo estaba planeando en calidad de seguro para el caso de que se produjera algún contratiempo. Además, si algún inconveniente de última hora nos impedía sacar

a Eichmann del país en el vuelo especial, tal vez pudiéramos seguir manteniéndole oculto algunas semanas hasta que nos lo pudiéramos llevar en barco. En tal caso, pensé, sería más fácil ocultarle en una zona densamente poblada. Estaba pensando también en otra posible función del edificio: si la desaparición de Eichmann provocara tal revuelo que las rutas de acceso a las demás casas refugio se convirtieran en peligrosas, este edificio podría utilizarse en calidad de refugio de emergencia.

Para poder disponer del edificio durante algunas semanas, les dije a los agentes de la propiedad que la casa nos gustaba pero, antes de tomar una decisión definitiva, teníamos que consultarlo con nuestros parientes del extranjero. Entretanto, deseábamos que nos concedieran una opción de compra y un derecho a utilizar el edificio en exclusiva hasta que llegara la respuesta del extranjero. Los propietarios accedieron tras fijar la cantidad que deberíamos satisfacer en caso de que la compra no se llevara a efecto.

Aquel mismo día nos entregaron las llaves. El nombre en clave fue esta vez el de *Ramim* (alturas).

Ehud y Gabi se pasaron el día recorriendo la ciudad en busca de automóviles, dado que era evidente que Yitzhak no podría encargarse solo de esta labor. La frecuencia de nuestras visitas a la zona-objetivo nos obligaba a cambiar muy a menudo de vehículos. Puesto que habíamos extendido nuestros contactos a distintas agencias de alquiler y que temíamos que dichas agencias estuvieran relacionadas de alguna forma entre sí, nos veíamos obligados a asumir cada vez identidades distintas. Ello exigía un ulterior esfuerzo por parte de nuestros hombres y nos imponía la necesidad de preparar adecuada documentación en muy breve tiempo. Cada vez que se alquilaba un automóvil, era necesario pagar una elevada suma en concepto de depósito. Los clientes solían hacerlo efectivo a través de un banco o de las empresas para las que trabajaban, pero nosotros teníamos que pagar en efectivo y, a menudo, en moneda extranjera. El simple hecho de disponer de tan elevadas sumas en efectivo bastaba, como es lógico, para que llamáramos la atención.

Pero lo más grave seguía siendo el estado de los automóviles que alquilábamos. Nos veíamos obligados a reducir al mínimo el peligro de averías; por ello adquiríamos neumáticos y piezas de recambio y a algunos de ellos hasta los mandamos revisar en un taller para estar más seguros. Sin embargo, teníamos que ocultar el hecho de que pagábamos las reparaciones de nuestro propio bolsillo, ya que dicho comportamiento hubiera resultado extraño y en las agencias de alquiler tal vez hubieran empezado a recelar o, por lo menos, a dudar de nuestro sano juicio.

Al atardecer, Kenet se desplazó solo a San Fernando. Fue difícil encontrar a un segundo hombre, dado que todos los demás se hallaban ocupados en los preparativos prácticos de la operación. Klement hizo de nuevo su aparición a la hora acostumbrada y siguió el camino de siempre hasta su casa de la calle Garibaldi.

Más tarde, en el transcurso de una sesión con el equipo operativo, recapitulé los datos con los que contábamos:

—Conocemos bien parte de la vida cotidiana de Ricardo Klement —dije—. En el transcurso de nueve días laborables, entre el veintiséis de abril y el seis de mayo, ha sido visto regresando a casa exactamente a la misma hora: las siete cuarenta de la tarde. Sólo en una ocasión se apartó de su costumbre habitual y en este caso llegó únicamente con diez minutos de retraso. En todos los casos lo hizo en el autobús doscientos tres procedente de San Fernando y se apeó en la parada que hay junto al kiosco de la ruta doscientos dos. Desde allí caminó hasta la esquina, giró en la calle Garibaldi y entró en su casa. En ninguna ocasión cambió de itinerario desde el autobús a su casa, a lo largo de una distancia de más de cien metros.

Añadí que aquel tramo de carretera era muy bien conocido por todos los hombres que habían llevado a cabo la vigilancia y resultaba adecuado como lugar de captura. Por consiguiente, era innecesario buscar otros lugares y seguir a Klement en un intento de averiguar el punto en que iniciaba su viaje de regreso a casa. Era mejor que nos concentráramos en la zona que conocíamos y que preparásemos el plan operativo sobre la base de estos conocimientos.

Mis opiniones fueron unánimemente aceptadas. En el transcurso de la reunión acordamos también que, si no

encontrábamos nada mejor, *Doron* se utilizaría como casa refugio primaria a la que Klement sería trasladado inmediatamente después de su captura. Acordamos que *Tira* sería nuestra casa refugio secundaria. Ezra y Zev se trasladarían, entretanto, a vivir a *Doron* y Ezra se haría pasar por un inquilino que estuviera aguardando a un grupo de invitados.

En el equipo operativo faltaba todavía un hombre: el médico. Al igual que los demás componentes del equipo, éste se trasladó primero a Europa, donde se reunió con Nahum Amir, el cual le facilitó las instrucciones y documentación necesaria así como los pasajes. Conocía varios idiomas, lo que facilitaba enormemente la labor de proporcionarle nueva documentación. Emprendió viaje a América del Sur antes de lo previsto pero un fallo mecánico provocó un retraso de veinticuatro horas.

Al llegar a *Maoz*, el día 7 de mayo por la mañana, el médico se sorprendió de ver a Shalom y Zev en sus talleres. Todo aquello no se ajustaba en modo alguno a la imagen que se había formado acerca de las actividades clandestinas en un país extranjero... Los hombres trabajaban con la misma tranquilidad que si estuvieran en su casa.

Gabi, Kenet y Ehud salieron por la tarde con el fin de establecer los itinerarios más adecuados desde la casa de Klement tanto a *Doron* como a *Tira*. El médico les acompañó para familiarizarse con el escenario de la acción y con la posible residencia que todos ellos ocuparían tras la captura.

Aquella misma mañana alquilamos los dos automóviles que utilizaríamos en la operación. Buscamos automóviles en buen estado porque no suelen llamar tanto la atención como los que ofrecen un descuidado aspecto. Tenían que ser automóviles espaciosos en los que pudieran acomodarse perfectamente tanto Klement como los agentes. Huelga decir que intentamos encontrar automóviles en perfectas condiciones mecánicas para evitar la posibilidad de averías en el transcurso de la operación. La obtención de vehículos nos resultó extremadamente difícil. Tras pasarnos varios días recorriendo todas las agencias

de alquiler de automóviles de Buenos Aires, estábamos a punto de darnos por vencidos cuando de repente nos tropezamos con dos automóviles a la vez. Resultaban adecuados pero distaban mucho de ser ideales. No obstante, una vez hubimos cerrado el trato, los enviamos subrepticiamente a sendos talleres con el fin de que les sometieran a una completa revisión.

Los depósitos que pagamos ascendían a varios miles de dólares en efectivo dado que los propietarios —aparentemente temerosos de que aquellos extraños turistas que tan entusiastas se mostraban de los grandes y relucientes automóviles olvidaran devolverlos— aumentaron la suma. No se nos ofrecía ninguna otra alternativa: necesitábamos medios de transporte y los habíamos encontrado.

Yitzhak Nesher encontró otro automóvil en un pequeño garaje. Era un antiguo modelo norteamericano de 1953. A pesar de sus muchos inconvenientes, el propietario del garaje se resistía a alquilarlo. Tal vez temía que se lo robaran. En respuesta a la pregunta de Yitzhak acerça de la cantidad que habría que pagar en concepto de depósito, aquel hombre —en un evidente intento de librarse de aquel turista tan pelmazo— mencionó la suma de cinco mil dólares. Se quedó de una pieza al ver que el excéntrico turista regresaba al cabo de un rato con un paquete de billetes de veinte dólares. Aquel hecho suscitó los recelos del propietario, el cual se dirigió en compañía de Yitzhak a un banco con el fin de que inspeccionaran allí el paquete de billetes. Yitzhak aguardó sobre ascuas mientras esperaba el resultado de la laboriosa y meticulosa inspección. Al cabo de media hora, el propietario del garaje salió de uno de los despachos interiores del banco y anunció que todo estaba en regla.

Regresaron al garaje, donde el propietario guardó los dólares en una arquilla de hierro. Yitzhak tomó posesión del «viejo automóvil norteamericano» que tanta falta nos hacía y se alejó a toda prisa. Aquél iba a ser el vehículo de la captura.

16

A medida que se iba acercando el día crucial, me fui percatando de que estaban pasando por *Maoz* demasiadas personas. El apartamento ya había servido demasiado tiempo como centro de nuestras actividades clandestinas y cada vez resultaba más difícil ocultar los productos del taller técnico y de la planta de falsificación de documentos. Nos veríamos en un grave aprieto si por alguna razón se practicara un registro mientras los hombres estuvieran trabajando, o bien en el transcurso de las sesiones de planificación en las que teníamos esparcidas por todas partes toda clase de mapas y listas. Por consiguiente, decidí reducir el número de visitas al mínimo y trasladar parte de las actividades a las demás casas refugio.

El 7 de mayo era sábado y, por lo tanto, no había que efectuar vigilancias. Convoqué una reunión en *Maoz* y anuncié la necesidad de evitar que los hombres se siguieran reuniendo allí a excepción de las veces en que asuntos relacionados con la documentación y el equipo les obligaran a presentarse personalmente en el apartamento. En todos los demás casos, dije, las peticiones y las órdenes se transmitirían a través de un enlace especial que a tal efecto se establecería. Todas las discusiones y ejercicios operativos, dije, tendrían lugar en el futuro en *Doron*. Zev Keren podría seguir trabajando en *Maoz* de momento, si bien más adelante se trasladaría a *Doron* junto con

Ezra. Sólo dos personas permanecerían en *Maoz:* los «inquilinos» Menashe Talmi y Shalom Dani.

En el transcurso de aquella misma reunión acordamos que la captura tendría lugar el día 10 de mayo.

A partir de aquel momento nos reunimos en distintos cafés y restaurantes. En mi caso ello significaba tener que recorrer el centro de la ciudad en busca de los locales más adecuados. Elaboré listas de los nombres y direcciones de cada una de mis localizaciones para que todos aquellos que pudieran necesitarlo supieran dónde me encontraba en las distintas horas del día.

Me pasaría la primera mitad de cada hora sentado en uno de los cafés y emplearía la otra mitad para dirigirme al siguiente. Si un encuentro duraba más de media hora, tomaría un taxi. En los restaurantes me quedaría una hora entera y después me dirigiría al siguiente lugar en taxi. Procuré que cada punto de cita se encontrara a media hora de camino del anterior para poder establecer que no me seguían y para asegurarme de que no se me viera con excesiva frecuencia en un determinado barrio. Con muy pocas excepciones, cada uno de los lugares de cita sólo se utilizó una vez.

En la Argentina el café es algo así como una institución. Cada barrio tiene su propio café, con un mostrador y un gran espejo en la pared opuesta y mobiliario generalmente anticuado de color marrón oscuro. A muchos argentinos les gusta permanecer sentados largas horas sorbiendo cálidas y aromáticas bebidas y charlando con los familiares o amigos. De ahí que no fuera muy probable que nuestros encuentros llamaran la atención aun en el caso de que varios de nosotros nos hubiéramos sentado alrededor de una mesa.

En muchos cafés de Buenos Aires existe una separación de cristal opaco que divide el local en dos zonas. La más pequeña, marcada con el rótulo de FAMILIAS, no está destinada únicamente a las familias sino también a las parejas y a las mujeres solas que no desean ser molestadas por los hombres. Un hombre solo no suele sentarse allí de la misma manera que una mujer sola no suele sentarse en la más espaciosa zona pública.

Averigüé esta curiosa costumbre con un poco de retraso. En mi deseo de encontrar un rincón tranquilo lo más

apartado posible de la entrada, elegía siempre instintivamente la sección reservada a las familias que generalmente solía estar medio vacía incluso cuando la otra parte se hallaba abarrotada de clientes. Debido a ello, tenía la impresión de que todo el mundo, incluidos los camareros, se daban la vuelta para mirarme, si bien yo lo atribuía al hecho de ser extranjero y no conocer el idioma y de aislarme en un rincón tranquilo, lo que constituye un comportamiento insólito en un país en el que todo el mundo es muy sociable. No obstante, a pesar de que mi comportamiento iba en contra de lo acostumbrado, jamás nadie me dijo nada. Los argentinos, cuya cortesía es casi un reflejo, comprendieron probablemente que mi grosería era involuntaria y jamás se les hubiera pasado por la cabeza poner en un apuro a un extranjero que no estuviera familiarizado con sus costumbres.

Aunque el alquiler de *Doron* se iniciaba el 8 de mayo, Zev se trasladó allí la tarde del día anterior con parte de su equipo. A continuación se dispuso a preparar un lugar para instalar al prisionero con el fin de insonorizarlo y de que un eventual registro de la policía no pudiera conducir al escondrijo. Los medios de que disponía eran muy limitados y el tiempo apremiaba. Pero lo más grave era el constante temor de que el jardinero-vigilante entrara inesperadamente en la casa en un deseo de ser útil. De vez en cuando le enviábamos a largos recados para mantenerle alejado de la casa. Otra restricción con la que tropezábamos consistía en que no nos atrevíamos a causar desperfectos evidentes en las paredes o el mobiliario. La ingeniosidad de Zev resultó muy valiosa en este caso dado que se trataba de un hombre que siempre encontraba solución a todos los problemas. En cierto modo se protegía a sí mismo, puesto que había sido elegido como el hombre que montaría guardia en el interior del escondrijo en caso de registro por parte de la policía.

Por la tarde Gabi, Ehud, Kenet y Eli se dirigieron a *Doron*, cada uno de ellos en un vehículo cargado de equipo y provisiones. Todos llegaron sin novedad menos Eli. Le esperaron un rato y, al ver que no aparecía, pensaron que habría ocurrido algo y decidieron salir en su búsqueda. Ehud recorrió las calles de los alrededores de *Doron*

pero no descubrió el menor rastro de su amigo desaparecido.

Eli no estaba muy familiarizado con el camino que conducía a *Doron;* por consiguiente, se había acordado que seguiría a Ehud. Al llegar a un cruce Ehud cruzó, pero Eli se quedó detenido al cambiar el semáforo a rojo y le perdió de vista. Mientras intentaba alcanzar a Ehud, se equivocó de camino y fue detenido por la policía. Al principio temió por sus amigos: pensó que les debían de haber detenido y que ahora también iban a detenerle a él pero ya era demasiado tarde.

Pronto comprendió, sin embargo, que el registro no tenía nada que ver con su persona sino que estaba relacionado con un asunto local. Por aquel entonces, los enemigos del régimen argentino se habían enzarzado en numerosos actos de violencia. Al llegar el momento de exhibir la documentación, el agente de policía descubrió que su permiso de conducción estaba roto. Siguió una discusión entre ambos en el lenguaje de los signos. Eli interpretó el papel de inocente y desvalido extranjero y fue autorizado a seguir su camino. Tuvo que utilizar su sentido natural de la orientación —afortunadamente muy desarrollado— para encontrar el camino de *Doron.*

Todos los componentes de las fuerzas especiales que intervendrían activamente en la captura se reunieron en *Doron* a última hora de la tarde.

Se esbozaron dos posibles planes:

El Plan A proponía que el equipo encargado de la captura aguardara a Klement en un automóvil aparcado en la calle Garibaldi a unos diez metros del lugar en que ésta confluía con la ruta 202. Este automóvil miraría hacia la casa de Klement. El segundo vehículo, que actuaría de escolta, se encontraría estacionado en la ruta 202 a unos treinta metros de la esquina con la calle Garibaldi. Miraría hacia la esquina de la calle Garibaldi y durante la captura encendería los faros delanteros para deslumbrar a Klement y a los automovilistas que acertaran a pasar. Si surgía alguna complicación, los hombres del segundo automóvil correrían a prestar ayuda a los apresadores del primero. Una vez realizada la captura, el segundo automóvil escoltaría al primero hasta que hubiera dejado atrás la zona de peligro.

Mientras discutían el Plan A, se les ocurrió pensar que un automóvil con pasajeros en su interior estacionado en la carretera por la que Klement caminaba para dirigirse a su casa desde la parada del autobús tal vez sorprendiera y alarmara a éste, induciéndole a huir al amparo de la oscuridad. Los temores eran fundados pero Eli se mostró muy firme. Justificó su insistencia en el plan con motivos psicológicos. Afirmó que no era probable que un hombre que hubiera estado acostumbrado desde hacía mucho tiempo a seguir el mismo camino para regresar a su casa cambiara de hábitos, sobre todo, por tratarse de un alemán con antecedentes militares.

Afirmó también que, aunque Klement recelara, el respeto de sí mismo le impediría acobardarse y no cubrir los doce metros que le separaban de la seguridad de su hogar.

Eli se mostró inflexible en la plena ejecución del Plan A y los demás decidieron aceptarlo teniendo en cuenta que iba a ser él quien primero asaltara a Eichmann.

El Plan B proponía que el primer vehículo esperara en la calle Garibaldi, mirando a la ruta 202 y que el segundo automóvil aguardara en la ruta 202. Aparcarían de tal modo que los hombres de cada uno de los automóviles pudieran ver a los ocupantes del otro. El conductor del segundo vehículo haría una señal con los faros delanteros en cuanto Klement descendiera del autobús y echara a andar por la ruta 202. Simultáneamente el primer automóvil se pondría lentamente en marcha para poder detenerse junto a Klement en cuanto éste abandonara la carretera y girara en la calle Garibaldi. Los apresadores saltarían del automóvil, se abalanzarían sobre él y le arrastrarían al interior del vehículo. Mientras lo estuvieran haciendo, los ocupantes del segundo automóvil utilizarían nuevamente los faros delanteros para deslumbrar a los automovilistas de la carretera. Después darían alcance al primer automóvil y lo escoltarían hasta la casa refugio.

Ambos planes incluían la simulación de una avería para justificar el estacionamiento al borde de la carretera.

Esbozamos también tres posibles itinerarios de retirada:

a) En dirección a Buenos Aires por la ruta 202, pasando por la 197 y siguiendo después hasta *Tira*.

b) Por la ruta 202 hacia Bancalari y desde allí hasta *Tira*.
c) Por la ruta 202, a través de San Fernando y Vicente López, hasta Buenos Aires y *Doron*.

Se acordó que, si ocurría algún contratiempo en el momento de la captura, Klement sería trasladado a la casa refugio de reserva *Ramim*. Este plan se basaba en la premisa de que, si la captura se descubría inmediatamente y los apresadores eran perseguidos, resultaría más aconsejable acortar el viaje y ocultarse en seguida en la clandestinidad. Teníamos que pensar en la posibilidad de un prolongado período de permanencia en el escondrijo.

En el transcurso de aquel domingo, Gabi, Ehud, Eli, Zev y el médico practicaron medios de vencer la resistencia de un hombre con la máxima rapidez y eficacia y el mínimo de fuerza, procurando al mismo tiempo evitar cualquier lesión susceptible de poner en peligro la propia seguridad o el perfecto estado de salud del prisionero. Gabi aspiraba al máximo grado de eficacia operativa y perfecta coordinación entre los participantes, por lo cual el ejercicio se repitió una y otra vez hasta que se mostró satisfecho de la rapidez y coordinación de los hombres.

Durante una sesión nocturna se examinaron de nuevo los planes de captura y se comprobaron una vez más los itinerarios de retirada. Repetimos los distintos planes contingentes. Al término de aquel día tan largo y agotador los agentes llegaron a la conclusión de que la captura tendría que aplazarse del 10 de mayo al 11 de mayo. Las investigaciones de última hora nos permitieron descubrir que aún faltaban ciertos elementos del equipo y que resultaría difícil ultimar todos los demás complicados preparativos con anterioridad al 10 de mayo. Nuestras dificultades, sin embargo, eran otras. El mayor problema que se nos planteaba era el del total agotamiento de los hombres como consecuencia de las fatigosas actividades de los últimos días.

El equipo decidió, en el transcurso de aquella sesión, que *Doron* no podría utilizarse como casa refugio por no haber forma de librarse del vigilante. Si alguien hubiera abrigado todavía esperanzas de alguna solución a aquel problema, la experiencia de los últimos días había mostrado que aquel hombre no abandonaría la casa. La larga distancia entre la zona-objetivo y *Doron* podría conver-

tir, además, en extraordinariamente arriesgado el trayecto entre el escenario de la captura y la casa refugio. Todas estas consideraciones convencieron a Gabi y a sus hombres de que *Tira* sería preferible a *Doron* a pesar de sus escasas ventajas estructurales.

Las decisiones del equipo operativo debían ser confirmadas por mí y el 9 de mayo me fueron expuestas con el fin de que las autorizara.

A las diez de la mañana recibí en el café del Molino, uno de los más importantes de la ciudad, a tres invitados: Gabi, Ehud y Kenet. Querían exponerme sus razones en relación con la sugerencia del aplazamiento de la operación, pero yo les dije que me bastaba una sola de las razones: el agotamiento del equipo operativo. A pesar de ello, no pude ocultar mi decepción. Mis amigos estaban al corriente de mi actitud básica: una vez todo estuviera dispuesto con vistas a una operación, ésta no debía aplazarse tan siquiera una hora dado que jamás podríamos estar seguros de que no perderíamos una oportunidad única. En este caso, la situación era distinta. Los agentes de operaciones no se atreven a llevar a cabo una operación que exija un supremo esfuerzo físico y mental sin tener la certeza de que se encuentran en condiciones de efectuarla.

Autoricé, por tanto, el aplazamiento al 11 de mayo y di mi consentimiento a la elección de *Tira* como casa refugio principal.

Y se inició de nuevo una carrera contra reloj. Teníamos que efectuar en *Tira* ciertos arreglos previos, preparar un escondrijo de emergencia y trasladar allí todo el equipo que habíamos acumulado en *Doron*. Cada viaje de una casa a otra equivalía a la pérdida de varias horas preciosas pero Zev emprendió la nueva tarea con gran decisión. *Tira* ofrecía menos posibilidades que *Doron* pero, por lo menos, podía trabajar allí sin temor a que le sorprendieran unos ojos inquisidores.

A última hora se produjo un nuevo obstáculo: el segundo vehículo sufrió una grave avería mecánica y tuvimos que llevarlo a un garaje con el fin de que le sustituyeran la caja de velocidades. Aprovechamos también

para que le cambiaran los neumáticos, que no habían sido sustituidos con anterioridad. Zev instaló el material operativo en ambos automóviles.

Por la tarde, Gabi y el médico efectuaron un reconocimiento de las calles situadas entre la zona-objetivo y *Tira*. Por el camino Gabi le expuso al médico los distintos detalles operativos relacionados con su labor.

Hacia el atardecer, Gabi, Ehud y el médico se desplazaron rápidamente a San Fernando para echar un vistazo a Klement por décima vez, pero se retrasaron a causa del intenso tráfico y no lograron verle.

Aquel mismo atardecer, Ehud efectuó una visita de reconocimiento a San Miguel y descubrió una calle que unía la ruta 197 con *Tira* y que tal vez resultara útil en el momento de la retirada.

A última hora del atardecer, todos los componentes de las fuerzas especiales se reunieron conmigo para recibir las instrucciones definitivas. Dado que se había elegido *Tira* como futura «prisión» de Eichmann y sus guardianes, deseaba que se observara alrededor de la casa el menor movimiento posible; por ese motivo nos reunimos en *Ramim*. Aquella noche subrayé una vez más ante los hombres el extraordinario significado moral e histórico de lo que estaban a punto de llevar a cabo. Les dije que el destino les había elegido con el fin de que por su mediación fuera posible que uno de los mayores criminales de todos los tiempos, que durante muchos años había conseguido burlar la justicia, fuese sometido a juicio en Jerusalén, la capital de la nación que había perdido a seis millones de personas en la asesina maquinaria que él controlaba. Por primera vez en la historia, los judíos juzgarían a sus asesinos y el mundo y la joven generación de Israel oirían la historia del decreto de aniquilación contra todo un pueblo. Todo dependería, señalé, de la acción que estábamos a punto de emprender. Era una lástima que, para el cumplimiento de tan elevada misión nacional, tuviéramos que recurrir a la fuerza y asestar un golpe indirecto a un país amigo. No nos alegrábamos de ello en modo alguno, pero no teníamos más remedio que hacerlo y no se nos podría censurar por esta causa. Lamentábamos profundamente vernos obligados a emplear tales métodos, pero no había

modo de servir a la moralidad y a la justicia más que a través de esta operación específica.

Tras este preámbulo, les dije que confiaba plenamente en su capacidad e ingenio y que estaba seguro de que alcanzarían el éxito. Primero, dije, una vez tuviéramos a Eichmann en nuestro poder, bajo ninguna circunstancia deberíamos permitirle marcharse o escapar aunque ello se tradujera en la detención de uno de nuestros hombres, de más de uno e incluso de todo el equipo que hubiera participado en la captura. Si algo llegara a fallar, el equipo debería seguir reteniendo a Eichmann hasta entregarlo a una autoridad competente. Si el equipo fuera apresado, todos sus componentes deberían reconocer que eran israelíes pero deberían dejar bien sentado que habían actuado por propia iniciativa y obedeciendo al deseo de someter a juicio al criminal de guerra Adolf Eichmann.

Comprendí que todos los hombres se hallaban dispuestos y que cada uno de ellos efectuaba una especie de inventario moral.

En aquellos momentos Ezra Eshet me dirigió una pregunta:

—¿Cuánto tiempo piensa usted que deberemos permanecer en prisión si nos apresan?

—Bastantes años —repuse.

Ezra me dirigió entonces una petición en nombre de todos los demás: si tal cosa ocurría, ¿querría, por favor, transmitir sus recuerdos a sus familias y encargarme de sus mujeres e hijos? Como es lógico, lo prometí sin vacilar. No se me dirigieron más preguntas y durante algunos minutos reinó un silencio mortal. Ezra había expresado el sentir de todos los componentes del grupo. Era evidente que estaban dispuestos a llevar adelante la operación a pesar de lo que pudiera ocurrir.

El resto del grupo debería trasladarse en tren al interior del país o bien a estados limítrofes. Deberían actuar de este mismo modo en caso de que se produjera algún contratiempo antes de apresar a Eichmann o en el de que éste lograra escapar al utilizar la fuerza física. En caso de que se verificara alguna de estas dos posibilidades, los hombres deberían procurar abandonar la Argentina por sus propios medios. Me imaginaba, dije, que la persecución contra nosotros se iniciaría en los hoteles y el aero-

puerto de Buenos Aires. Podíamos tener la casi plena seguridad de que, en el transcurso de las primeras horas subsiguientes a la operación, los trenes no serían sometidos a vigilancia.

Estaba seguro de que no eran necesarias tales instrucciones porque creía, al igual que mis hombres, que alcanzaríamos el éxito. No se trataba de ningún producto de la imaginación. Los hombres habían dedicado su fuerza, su espíritu y su inteligencia a la planificación y organización de la operación hasta en sus más insignificantes detalles y me constaba que podía confiar en su capacidad.

En el transcurso de los dos días que precedieron a la operación alquilamos otras casas refugio y apartamentos. Cerca de *Tira* encontramos una espaciosa casa que hubiera resultado muy adecuada para albergar al prisionero y sus guardianes de no haber sido por el numeroso equipo de sirvientes de que estaba dotada.

Puesto que *Tira* tal vez resultara demasiado reducida para albergar a Kenet, que iba a actuar de interrogador, y a los hombres que cumplirían el servicio de vigilancia, pensé que sería conveniente disponer de otra casa cercana para aquellos que no tuvieran que permanecer en *Tira* constantemente. El nombre en clave que asignamos a esta casa fue *Eleazar* (uno de los hijos de Aarón).

Aparte los dos apartamentos que teníamos en la ciudad —*Maoz* y *Ramim*—, alquilamos otros dos en calidad de reservas de emergencia y de sustitutos de *Maoz* en caso de que nos viéramos obligados a permanecer más tiempo del previsto. Sus denominaciones en clave eran *Moledet* (patria) y *Kohelet* (Eclesiastés).

Para cuando llegó el momento de la operación disponíamos de siete viviendas. Yitzhak se trasladó a vivir abiertamente a *Tira* el día 10 de mayo por la mañana. Se hizo pasar por un hombre de negocios extranjero que estaba pasando unas breves vacaciones en Buenos Aires. Dio a entender que traería a la casa a una mujer que no sería necesariamente su esposa.

Al acercarse la hora cero, di instrucciones a los hombres que todavía se alojaban en hoteles en el sentido de que pagaran la cuenta y se trasladaran a las casas refugio. La medida la hacían aconsejable varios motivos. Ante todo,

el programa diario sería lo suficientemente insólito como para provocar la curiosidad de los empleados de los hoteles. Y en segundo lugar, si se marchaban antes, se evitarían preguntas acerca de por qué habían desaparecido precisamente el día de la captura de Klement. No estaba dispuesto a correr el riesgo de que los empleados de los hoteles recordaran las curiosas costumbres de los huéspedes que hubieran desaparecido al mismo tiempo que Klement.

Gabi, Ehud y Ezra permanecieron por tanto en *Ramim* las noches de los días 9 y 10 de mayo. Al día siguiente, Zev, Ezra y el médico se trasladaron a *Tira* y Ehud y Kenet se instalaron en *Eleazar*, mientras que Menashe Talmi y Shalom Dani permanecieron en *Maoz*. Gabi se trasladaría de *Ramim* a *Tira* el día 11 de mayo.

Llegados a esta fase, yo me reunía con Kedem y Lazar casi a diario. Un día me dijeron que tendrían que buscar otro lugar de estacionamiento para nuestro avión, dado que el plan de dejarlo en la zona de mantenimiento de la compañía privada argentina había tenido que abandonarse pues, cuando Lazar acudió a inspeccionar el lugar, lo encontró rodeado de soldados. Al preguntar qué ocurría, le contestaron que habían llegado algunos aparatos de reconocimiento norteamericanos U-2. Me mostré de acuerdo en que tendríamos que encontrar otro sitio para nuestro avión.

Más tarde, Lazar sugirió la conveniencia de estacionar el aparato al otro lado del aeropuerto, en la zona reservada a las líneas aéreas nacionales argentinas. Esta zona, situada a más de quinientos metros del edificio principal del aeropuerto, registraba por la noche muy poco servicio de vigilancia. Descubrimos incluso que podríamos tener acceso a la misma desde la carretera principal sin tener que atravesar la parte vallada del aeropuerto. Tras comprobar su información, autoricé el cambio y Lazar se hizo cargo de las formalidades. El procedimiento habitual que se seguía en el aeropuerto era el de que los aparatos fueran remolcados con un tractor hasta el área de maniobra situada frente al edificio principal antes del despegue y, una vez allí, se entregaran a sus respectivas tripulaciones. Pero, siguiendo instrucciones mías, Lazar solicitó de las autoridades del aeropuerto permiso para alternar dichos procedimientos sobre la base de que el tractor tal vez causara desperfectos en las ruedas delanteras al provocar el deslizamiento del aparato. No hubo el menor inconveniente.

Dado que se había demostrado que Lazar dominaba por completo la situación, pensé que sería mejor enviar a Kedem a Israel inmediatamente después de la captura con el fin de que supervisara personalmente todos los preparativos del vuelo. Le pedí que me enviara a Dan Avner en cuanto llegara a Tel Aviv. Kedem hubiera debido partir el 10 de mayo pero, al aplazarse la captura hasta el día 11, la partida de Kedem sufrió también el aplazamiento de un día. No quería que se fuera hasta que se hubiera establecido definitivamente la fecha de la captura, aunque al mismo tiempo deseaba que se encontrara lejos del país antes de que se llevara a cabo, para evitar que pudiera sospecharse su participación en la misma. Le dije que en la tarde previa a su partida debería procurar ser visto por la mayor cantidad de personas posible de tal modo que pudiera disponer de una coartada indiscutible. Le indiqué también a Lazar que procurara encontrarse en algún local público aquella misma tarde para que no tuviera más remedio que ser visto por todos sus nuevos amigos.

Era el 10 de mayo. La mayoría de los hombres ya se encontraban en *Tira* completando los preparativos de un posible asedio tras la captura. Yitzhak, el inquilino oficial de la casa, se dirigió a la ciudad para adquirir comida, utensilios domésticos y estufas. Al regresar, y cuando todavía se encontraba a bastante distancia de la casa, chocó con otro automóvil y ambos vehículos resultaron gravemente dañados... Afortunadamente, tanto él como el otro conductor no sufrieron más que unas lesiones de carácter leve. Para evitar la intervención de la policía, Yitzhak se echó toda la culpa y le pidió al otro hombre que calculara el importe de los desperfectos que había ocasionado a su vehículo. Y le pagó toda la cantidad en efectivo sin regatear lo más mínimo. Regresó a la casa sin el automóvil y con las provisiones. Ehud y Eli se trasladaron al lugar del accidente, descargaron el automóvil de Yitzhak y lo remolcaron hasta la agencia de alquiler.

Hacia el anochecer, Gabi y Ehud efectuaron un reco-

rrido de reconocimiento por las calles que conducían desde *Tira* a la zona-objetivo. Querían conocer las calles paralelas para poder, en caso de necesidad, despistar a sus perseguidores pasando de una a otra calle. Abrigaban también el propósito de vigilar las cercanías de la casa de Klement para obtener una última confirmación de las costumbres de nuestro hombre.

La experiencia del día anterior les había servido de lección y por este motivo procuraron llegar a la zona-objetivo con antelación. Sin embargo, al llegar a San Fernando vieron que se había formado una larga hilera de vehículos y pronto averiguaron la causa: un automóvil y una moto habían chocado y un hombre había resultado gravemente herido. Mientras Gabi y Ehud aguardaban, algunos presentes abrieron la portezuela de su automóvil, introdujeron en el interior de éste al herido y les exigieron imperiosamente que le condujeran al hospital. Para cuando hubieron dado por terminada su obra de misericordia, comprobaron que ya era demasiado tarde como para poder abrigar la esperanza de ver a Klement.

Se sentían algo inquietos. Dado que el sábado y el domingo no eran días laborables, no se habían efectuado vigilancias. El lunes habían llegado con retraso y aquel día, que era martes, no consiguieron ver a Klement por culpa del accidente. ¿Podrían emprender la acción tras cuatro días consecutivos de no efectuar vigilancias?

Decepcionados y molestos se reunieron conmigo en el café en el que yo solía encontrarme a aquella hora. Repasamos una vez más todos los hechos: En el transcurso de nueve días laborables Klement había sido visto regresando a casa a la misma hora. Nada había ocurrido en los dos últimos días que pudiera inducirnos a suponer que se había producido una alteración en sus costumbres. No le habían visto por el simple hecho de haber llegado con retraso.

Yo me mostraba enérgicamente contrario a la idea de aplazar un día más la operación. La conveniencia de una nueva vigilancia encaminada a confirmar que la situación no se había alterado, no justificaba el aplazamiento. Di instrucciones en el sentido de que la captura se llevara a cabo el día 11 de mayo tal como teníamos previsto. Gabi y Ehud irradiaban satisfacción.

Dina Ron fue la última en incorporarse a las fuerzas especiales. El viernes 6 de mayo, Ankor le telefoneó a su casa y le pidió que acudiera a su despacho a las cuatro. Al llegar ella, el hombre que se encargaba de la organización de los viajes de los agentes se encontraba en compañía de Ankor y fue el primero en hablar.

—¿Conque se va usted?

—No sabía ni una palabra —repuso Dina.

—¿Está dispuesta a viajar al extranjero?

—Sí.

—Hemos recibido un cablegrama de Isser. Desea que salga usted inmediatamente —dijo Miriam.

—Muy bien.

Miriam contempló a Dina inquisitivamente:

—¿No desea saber hacia dónde?

—Usted dirá.

—¿Qué se imagina?

—¿Es el lugar del que he regresado hace poco? —preguntó Dina sin pausa.

—No. Es América del Sur.

—Muy bien —dijo Dina sin vacilar—. ¿Qué deberé decir en mi casa?

Tras discutirlo un poco, se tomó la decisión de que diría a su familia que se proponía asistir a una conferencia internacional.

El domingo 8 de mayo, Miriam informó a Dina que debería encontrarse en Buenos Aires a más tardar el martes día 10 al anochecer. Alguien se reuniría con ella en Europa y le facilitaría adecuada documentación y ulteriores detalles; la aguardaría en el vestíbulo de cierto hotel y la encontraría con la ayuda de sus empleados.

A Dina le facilitaron las instrucciones operativas en el despacho de Ankor. Le dijeron que al día siguiente de su llegada a Buenos Aires se reuniría con alguien que conocía, ya fuera a las once de la mañana o bien a las cinco de la tarde, en uno de los cuatro cafés a los que debería acudir siguiendo un orden previamente establecido.

El domingo por la tarde emprendió viaje con destino a Europa. Dejó el equipaje en el aeropuerto y se dirigió a la agencia de viajes cuya dirección se le había facilitado. Le entregaron un pasaje para Santiago de Chile en un aparato que haría escala en Buenos Aires.

Después acudió a la cita que tenía concertada en el vestíbulo del hotel. Prefiriendo no tener que dirigirse a los empleados pasó revista a las personas que se encontraban en el vestíbulo hasta ver a un hombre que parecía estar esperando a alguien. Se le acercó y le preguntó:

—¿Está usted aguardando a alguien enviado por la señora Savyon?

—En efecto —repuso el hombre levantándose cortésmente del sillón—. Siéntese, por favor. —Le entregó la documentación y le dijo—: No conozco sus planes pero, por si acaso, he comprado dos entradas para el teatro. ¿Puede usted acompañarme esta noche?

—Lo lamento —repuso Dina— pero no puedo. Debo emprender viaje a París hoy mismo.

Su cortés acompañante acudió con ella a la terminal de la ciudad. En el momento de entrar, escuchó su nombre —su nuevo nombre, naturalmente— a través de los altavoces. El hombre la acompañó hasta el mostrador de información y le oyó decir al empleado:

—El vuelo a Buenos Aires saldrá a la hora prevista, señora. No ha habido ningún cambio de horario.

Dina se ruborizó pero su acompañante, cortés hasta el final, fingió discretamente no haber oído nada.

A pesar de las afirmaciones del empleado del mostrador de información, el aparato despegó con una hora de retraso. A su llegada a España, se anunció que tardaría otras cuatro horas en despegar. Pero, en realidad, Dina permaneció allí veinticuatro horas y todo el viaje fue una serie ininterrumpida de retrasos. En la siguiente escala se produjo otro retraso de dos horas y, para cuando llegaron a Buenos Aires, ya llevaban más de un día de retraso. En lugar de llegar el día 10 al atardecer, Dina llegó el 11 por la noche y, al acudir a reservar habitación al hotel que se le había indicado, le dijeron que no había. Y tuvo que ir a otro hotel.

17

Durante la mañana del 11 de mayo, Zev ultimó los detalles de la «celda» de detención de Eichmann en *Tira* y construyó un escondrijo de emergencia. Teniendo en cuenta las condiciones en las que trabajaba, hizo milagros. Todo el mundo se mostró de acuerdo en que el escondrijo que había preparado sería capaz de superar con éxito la prueba de un registro policial.

Después se llevó a cabo la inspección final del equipo, el material y las provisiones. Faltaban algunas cosas que serían necesarias con anterioridad a la operación y durante los primeros días que siguieran a la misma, y todos sabían que tenían que regresar apresuradamente a la base. Se les ordenó que actuaran con la máxima cautela dado que aquel día precisamente ninguno de ellos podía correr el riesgo de verse mezclado en un accidente de circulación o de incurrir en la más leve infracción del código de tráfico. En aquellos momentos no hubiéramos podido apañárnoslas en caso de que nos hubieran faltado un solo hombre o un solo vehículo... En la operación se había tenido en cuenta a todos y cada uno de ellos.

Gabi, Ehud, Kenet y Ezra se dirigieron a la ciudad para efectuar la devolución de los vehículos alquilados que no iban a ser necesarios en la captura propiamente dicha. Las fuerzas especiales se quedaron con dos vehículos operativos más un tercero destinado a utilización general. Era

importante que no utilizáramos ningún vehículo que hubiera podido ser visto alguna vez en la zona-objetivo y que ahora pudiera ser reconocido. Los miembros del equipo modificaron su apariencia externa y recibieron nueva documentación. A partir de aquel momento no habría relación aparente alguna entre los hombres que habían sido vistos merodeando por la zona-objetivo, alojándose en los hoteles, efectuando compras en distintos lugares de la ciudad y alquilando automóviles, y los hombres que saldrían a última hora de la tarde con el propósito de capturar a Eichmann.

Aquella mañana abandoné el hotel muy temprano, antes de que se incorporaran a sus puestos los empleados del turno de día. No había anunciado de antemano mi propósito de marcharme. Los recepcionistas del turno de noche que se encargaron de prepararme la cuenta estaban medio dormidos cuando me la entregaron y llamaron a un taxi que me condujera a la «estación».

Deposité mis efectos personales en consigna y, libre de impedimentos, me dispuse a iniciar el largo recorrido de los distintos cafés de Buenos Aires. Era un día lluvioso y el paseo matinal contribuyó a vigorizarme. Esta vez dirigí mis pasos hacia una lejana zona en la que no me había entrevistado con nadie y en la que no había estado jamás ninguno de los hombres de las fuerzas especiales a pesar de los muchos reconocimientos que habían efectuado por sus alrededores.

Una hora más tarde llegué al primer café de mi lista. A pesar de la hora tan temprana, ya estaba abierto... lo cual no constituía una simple casualidad. En mi lista de los distintos cafés tenía anotadas, junto a los nombres y direcciones, las respectivas horas de apertura y cierre. Un solo error en la lista hubiera podido provocar gran confusión y obligarnos a correr de un lado para otro y perder mucho tiempo.

Aquella mañana entraron en vigor las nuevas medidas de contacto. Con ellas nos proponíamos dificultar la labor de cualquier persona que intentara vigilarme a mí o bien a los hombres del equipo operativo o auxiliar. Hasta entonces, cualquiera que hubier necesitado verme hubiera podido encontrarme en uno de los cafés de la lista y, en caso de necesidad, los hombres hubieran podido en-

contrarse también unos a otros. Ahora empezamos a regirnos según un sistema dual de comunicaciones. Seguía visitando los distintos cafés según el orden establecido, pero ahora los había elegido más cerca unos de otros de tal modo que los encuentros pudieran tener lugar con mayor frecuencia. Mientras que antes me pasaba la primera media hora en un café, ahora podía mantener un contacto casi ininterrumpido dado que sólo empleaba cinco minutos en ir de un cafe a otro.

Dispuse, además, que un hombre-contacto llamado Meir Lavi siguiera una «ruta» paralela a la mía, recorriendo cafés de calles paralelas. Yo conocía su itinerario y él conocía el mío. Todas las fuerzas operativas conocían nuestros respectivos paraderos y se les había dicho que, si todo se desarrollaba según lo previsto en el plan, tendrían que acudir a mí inmediatamente y que, en caso de que se produjera algún fallo, deberían acudir al otro hombre. Estas medidas de seguridad tenían que observarse escrupulosamente. De igual modo les dije que, si me percataba de que me seguían, intentaría advertir a nuestro enlace y después desaparecería. Por consiguiente, si alguno de ellos acudía a reunirse conmigo y no me encontraba, debería acudir al hombre-contacto, quien le comunicaría mi advertencia y le indicaría dónde podría encontrarme una vez me hubiera librado de mi perseguidor.

El hombre-contacto no tenía ni idea de la clase de operación en la que estaba participando. Se tragó la historia imaginaria que le conté para justificar el motivo de todas aquellas medidas de seguridad y no me costó demasiado trabajo hacerle comprender que bajo ningún pretexto tendría que divulgar lo que estaba haciendo.

Con vistas a la reunión final con el equipo operativo elegí un restaurante de manera que pudiéramos hablar mientras comíamos y así ahorrar tiempo. Gabi, Ehud, Kenet y Menashe se sentaron a almorzar conmigo. Para gozar de un poco de intimidad mandamos juntar dos mesas en un rincón alejado y, para justificar el hecho de ocupar una mesa tan grande durante un período de tiempo tan prolongado, pedimos una comida de primera clase. Entre plato y plato ultimamos los detalles de la operación.

Resolvimos el problema relacionado con lo que ten-

dríamos que hacer si, al ver el automóvil, Klement intentara correr hacia casa atravesando el campo en lugar de seguir el camino acostumbrado. Ordené que, si Klement se apartaba de su camino, no por casualidad sino por haberse asustado, le apresaran a toda costa en el campo aunque con ello atrajeran la atención de los viandantes. Estaba seguro de que, si se alarmaba ante la presencia del automóvil, Klement no nos ofrecería ninguna otra ocasión de apresarle tranquilamente. Por consiguiente, dije, sólo en el caso de constarles con toda seguridad que la desviación del camino acostumbrado no tenía nada que ver con su presencia, deberían dejarle en paz pero, si se percataban de que le habían asustado, deberían entrar en acción pasara lo que pasara. En cualquier caso, debería quedar perfectamente aclarado que, una vez empezaran a perseguirle a través del campo, bajo ningún pretexto deberían dejarle escapar, aunque ello significara tener que sacarle de su casa a rastras.

Otra de las cuestiones que discutimos fue la de cómo actuar en caso de que fuera perseguido el automóvil en el que se condujera al prisionero. Si ello ocurría, acordamos que deberíamos esforzarnos al máximo por librarnos de ellos, nos apartaríamos bruscamente de la carretera, trasladaríamos al prisionero al segundo vehículo y conduciríamos de nuevo el primer vehículo a la carretera para despistarles. El vehículo debería ser abandonado a la primera ocasión al tiempo que el segundo automóvil debería dirigirse a la casa refugio más próxima.

A las dos de la tarde terminamos de almorzar. Nos despedimos con apretones de mano y nos deseamos buena suerte. Los hombres estaban animados. Tenía la plena seguridad de que nada humano podría frustrar nuestras esperanzas.

Al salir del restaurante, los miembros del equipo se dirigieron a recoger el primer automóvil operativo que habían dejado aparcado en la ciudad. Al ir a ponerlo en marcha se dieron cuenta de que la batería estaba muy floja a pesar de haberla cargado. Se dirigieron rápidamente a un garaje donde ordenaron que la cargaran de nuevo. A las tres y media el automóvil ya estaba a punto y listo para ser utilizado.

A las cuatro y media tuvo lugar en *Tira* una sesión final

para facilitar instrucciones. Después los hombres se cambiaron de ropa y tomaron la nueva documentación y los instrumentos que les serían necesarios para la operación.

A las seis y media, los dos automóviles se dirigieron a *Tira*. Los ocupantes del primero —que sería el vehículo de la captura— eran Gabi en su calidad de comandante de la acción, Kenet al volante, Zev que se sentaba a su lado y Eli sentado al lado de Gabi en el asiento de atrás.

Ehud conducía el segundo automóvil de escolta y reserva, con Ezra sentado a su lado y el médico acomodado en el asiento de atrás. El médico portaba un maletín corriente que guardaba en su interior los instrumentos especiales que se utilizarían en la operación.

Los automóviles se dirigieron a la zona-objetivo siguiendo dos itinerarios distintos y se reunieron en un lugar previamente establecido de la ruta 197. La finalidad de desplazarse por separado era la de efectuar una comprobación de ambos caminos dado que tendrían que elegir uno de ellos para regresar a *Tira*. En ninguno de los itinerarios se observó ningún cambio en relación con lo observado en el transcurso del último recorrido de reconocimiento. No se registraban ni se inspeccionaban los automóviles y no había ninguna calle bloqueada por las fuerzas militares o la policía. Al reunirse de nuevo acordaron que, tras la operación, seguirían el itinerario de retirada propuesto al principio.

Ambos automóviles permanecieron detenidos un rato en la zona que separaba las rutas 202 y 197 con el fin de reunir el equipo especial. Después se dirigieron hacia el lugar-objetivo... cada automóvil a su posición previamente establecida.

Mayo es un mes muy ventoso en la Argentina, algo así como un noviembre europeo. Hacía frío, amenazaba tormenta y dos días antes había pillado un resfriado tremendo. Tenía fiebre pero no quise distraer o preocupar a mis compañeros y no les dije nada. El día de la operación no pude acudir a un médico y tampoco pude apartarme de mis habituales lugares de cita a fin de vestirme con ropa de más abrigo o bien de comprarme alguna medicina. En lugar de mi habitual café, pedí té caliente con coñac, lo cual me produjo náuseas y dolor de cabeza. Sin

embargo, no era eso lo que más me preocupaba: temía que la bebida alcohólica me produjese sueño y opté por seguir tomando café cargado. A medida que pasaban las horas me fui sintiendo mejor... me bajó la temperatura y me encontré tan despierto como antes.

La operación estaba prevista para las siete cuarenta y las primeras noticias al respecto podría recibirlas a partir de las ocho cuarenta. A las nueve en punto, nuestros hombres todavía no habían empezado a dar señales. Puesto que no tenía otra cosa que hacer, empecé a repasar mentalmente los distintos programas y la puesta en práctica de las distintas posibilidades. Me dije que si la operación se hubiera anulado, bien porque Klement hubiese cambiado de costumbres bien porque aquella tarde hubiera regresado a casa en compañía de otras personas, ya habría acudido alguien a informarme de ello. Puede ser, me dije, que Klement haya llegado tarde y que hayan tenido que esperarle.

Pasó otra hora. Las manecillas del reloj se estaban acercando a las diez y seguía sin venir nadie. En un esfuerzo por vencer mi inquietud, empecé a analizar la situación. Si hubiera ocurrido un contratiempo y nuestros hombres hubieran sido detenidos, no era probable que los hubieran detenido a todos; por lo menos uno de ellos habría hallado el medio de escapar y de informarme de su fracaso. Y, si no habían sido detenidos pero se habían visto obligados a huir, era imposible que hubieran olvidado enviar a alguien con el fin de que me lo comunicara. Lo que significaba que no debía de haber ocurrido ninguna de las dos cosas.

A medida que pasaba el tiempo sin que apareciera nadie, me fui convenciendo cada vez más de que la operación habría alcanzado el éxito y de que nuestros hombres deberían estar tan ocupados que todavía no habían dispuesto de un segundo para acudir a informarme de cómo habían ido las cosas. A medida que se iba haciendo tarde sin que viniera nadie, me dije que los hombres debían de estar ocupados en la casa refugio confirmando la identidad de Eichmann. Permanecí sentado y preguntándome qué habría ocurrido, tomando café y té en un lugar de cita tras otro hasta casi media noche, cuando el café en el que me encontraba se dispuso a cerrar.

Pagué la consumición y estaba a punto de dirigirme al

siguiente café cuando Ehud y Kenet aparecieron en la puerta. Venían cansados y con la ropa arrugada pero me bastó con ver la expresión de sus rostros. Antes de que abrieran la boca, comprendí no sólo que la operación había constituido un éxito sino que, además, Klement había sido identificado como Eichmann.

Se sentaron conmigo unos minutos y me informaron de que todo se había desarrollado según lo previsto en el plan. Nos dirigimos después al siguiente lugar de cita y allí me contaron toda la historia de la captura de Adolf Eichmann.

Los automóviles llegaron a la zona-objetivo a las siete treinta y cinco —un poco más tarde de lo previsto—, dos o tres minutos antes de la llegada del autobús número 203 al kiosco, pero aquellos pocos minutos les bastaron para organizarse y disponerse a recibir a Klement. Y entonces llegó el autobús... pero no así Klement.

El primer automóvil se hallaba estacionado en la calle Garibaldi a unos diez metros de la ruta 202 de cara a la casa de Klement. La cubierta del motor estaba levantada y Zev se hallaba inclinado sobre aquél y colocado de tal modo que Klement no le viera cuando se acercara. Eli se encontraba también de pie junto a la parte izquierda del vehículo inclinado igualmente sobre el motor. Kenet, con los ojos protegidos tras unas gafas, se sentaba al volante mientras Gabi se había agachado en la parte de atrás del vehículo y con la cabeza pegada a la ventana miraba a su alrededor para ver lo que ocurría. Al cabo de uno o dos minutos, se detuvo un ciclista y se ofreció para ayudarles a arreglar la avería. Jamás unas personas «en dificultades» habían sentido tantos deseos de que se les dejase en paz con sus dificultades. Rechazaron cortésmente pero con firmeza la ayuda del ciclista. El hombre debió de pensar que eran unos ingratos y se alejó sin pronunciar palabra.

El segundo automóvil se hallaba estacionado junto a la ruta 202, entre el puente del río y la esquina con la calle Garibaldi, a unos treinta metros del primer vehículo. Los pasajeros habían levantado también la cubierta del motor y fingían estar reparando una avería mecánica. A unos doce metros más atrás había un camión cuyo conductor se hallaba sentado en la cabina comiendo y bebiendo. Este

hombre permaneció allí a lo largo de toda la operación sin darse cuenta de lo que estaba ocurriendo ante sus mismas narices.

Los hombres del segundo vehículo tenían que encender los faros delanteros para deslumbrar a Klement, de manera que éste no viera el primer automóvil hasta que se encontrara junto a él. Siete pares de ojos contemplaban fijamente la parada del autobús, presas de la ansiedad.

Llegaron dos autobuses pero Klement no se apeó de ninguno de ellos. Los hombres que permanecían al acecho empezaron a inquietarse levemente. ¿Sería acaso posible que aquel día hubiera llegado temprano y ya se encontrara en su casa? ¿Acaso no vendría? Al fin y al cabo, habían transcurrido cuatro días desde la última vigilancia; ¿no sería posible que entre tanto hubiera modificado sus costumbres?

Llegó un nuevo autobús y Klement tampoco apareció. Las dudas empezaron a enseñorearse de sus mentes pero nadie dijo nada. Ninguno de ellos deseaba desanimar a los demás.

Habían acordado que, si Klement no aparecía a la hora acostumbrada, esperarían hasta las ocho en punto. Al llegar las ocho, Kenet le preguntó a Gabi si no sería conveniente marcharse dado que, si permanecían allí mucho rato, podrían empezar a resultar sospechosos y no podían permitirse el lujo de echar a perder las posibilidades de poner en práctica el plan otro día. Gabi repuso que seguirían esperando. No se lo había dicho a los demás pero se había propuesto seguir esperando hasta las ocho y media a pesar de constarle que su prolongada presencia en el escenario de la acción dificultaría considerablemente una segunda emboscada.

Ehud, que estaba a cargo del segundo automóvil, opinaba lo mismo que Gabi. Ninguno de los dos permitió adivinar al otro lo que pensaba, pero Ehud también había decidido esperar. Poco antes de las ocho descendió del vehículo para echar un vistazo a su alrededor. Se encontraba de pie a pocos metros del automóvil y muy cerca de la esquina con la calle Garibaldi. Al ver un autobús acercarse al kiosco, dio la vuelta y empezó a caminar lentamente en dirección al vehículo. Súbitamente distinguió en la oscuridad a Klement. Eran las ocho y cinco. Ehud echó a correr.

Ezra lo advirtió y cerró rápidamente la cubierta. Ehud subió en un abrir y cerrar de ojos al automóvil y encendió los faros delanteros. En el momento en que Ehud puso en marcha el vehículo, Klement ya se encontraba junto a la esquina de la calle Garibaldi.

Los hombres del primer automóvil ya casi habían perdido las esperanzas. Vieron parar un autobús pero no pensaron que fuera a ocurrir nada. Y, de repente, Kenet vio a alguien caminando junto al borde de la carretera. Estaba demasiado oscuro para poder distinguir quién era.

—Alguien se acerca —le dijo a Gabi—, pero no puedo ver quién es. —Segundos más tarde, en un susurro que a él se le antojó un grito, exclamó—: ¡Es él!

A Gabi le dio un vuelco el corazón. Miró apresuradamente a sus hombres para comprobar que todos estaban a punto. Eli reconoció inmediatamente a la figura que se acercaba pero Gabi tardó en hacerlo otros quince segundos. Entre tanto, Klement ya había doblado la esquina de la calle Garibaldi.

Kenet le susurró a Gabi al oído:

—Lleva una mano metida en el bolsillo... es posible que vaya armado. ¿Se lo digo a Eli?

—Díselo —repuso Gabi.

—Eli —susurró Kenet—, vigila porque tal vez vaya armado. Lleva la mano en el bolsillo.

Klement se encontraba de pie frente al automóvil.

—Momentito * —le dijo Eli abalanzándose sobre él.

Klement retrocedió presa del pánico.

En los ejercicios de práctica Eli había utilizado el método llamado asimiento de centinela, consistente en agarrar al hombre por detrás y arrastrarle de espaldas, pero la advertencia de Kenet acerca del arma le obligó a cambiar de táctica. Se abalanzó sobre Klement para derribarle pero, a causa del retroceso de éste, ambos cayeron al suelo. Mientras caía, Klement lanzó un terrible grito, como un animal salvaje apresado en una trampa. Zev rodeó rápidamente el automóvil y le agarró las piernas. Klement yacía como paralizado.

Gabi se vio también obligado a cambiar de táctica so-

* En castellano en el original. *(N. de la R.)*

bre la marcha. Descendió del automóvil, agarró una mano de Klement y empezó a arrastrarle hacia el interior mientras Eli y Zev le empujaban por el otro lado. En muy pocos segundos, los cuatro —Gabi, Eli, Zev y Klement— se encontraron apretujados en la parte de atrás del vehículo. Zev pasó a la parte delantera del automóvil saltando por encima del respaldo del asiento. Kenet cerró la cubierta, subió y puso en marcha el motor. Toda la acción había durado menos de un minuto.

Ehud no podía ver lo que estaba ocurriendo en la oscuridad pero, al observar que se alejaba el primer vehículo, se dirigió rápidamente hacia la casa de Klement, siguió al primer automóvil hasta la carretera en la que se encontraba el kiosco y lo alcanzó al llegar al cruce con la ruta 197. Sólo al rebasar el kiosco y ver a Kenet sentado al volante comprendió Ehud que todo había ido bien. Aceleró, adelantó al otro vehículo y encabezó la marcha siguiendo el itinerario previamente establecido. Ambos vehículos se detuvieron un instante en el lugar en que se habían reunido con anterioridad a la operación, es decir, en un camino sin asfaltar que unía ambas carreteras. Allí confirmaron los planes operativos en relación con la siguiente fase —el viaje hasta la casa refugio— y reanudaron la marcha.

Todo iba bien en el primer automóvil. Klement no había opuesto la menor resistencia. Al emprender la marcha el vehículo, Gabi mantenía la cabeza de Klement apresada entre sus rodillas. Gabi y Eli, con la ayuda de Zev desde el asiento frontal, le amordazaron, le ataron de pies y manos, le pusieron unos anteojos opacos, le obligaron a agacharse al suelo y le cubrieron con una manta. En el transcurso de todo este proceso, Eichmann no emitió el menor sonido. Kenet pronunció una frase en alemán utilizando unos términos que indudablemente debían de serle muy familiares al prisionero:

—Si no se está quieto, disparo.

En cuanto Gabi tuvo las manos libres estrechó las de Eli, que entretanto se había quitado los guantes que llevaba puestos durante la operación. Gabi se sacó algo pesado del bolsillo, algo que había olvidado pero cuyo peso le estaba molestando: un par de esposas que había traído por si hubiera hecho falta esposar a Eichmann. Miró hacia atrás y no vio el segundo automóvil, pero medio minuto más

tarde éste apareció para alivio suyo, les adelantó y encabezó la marcha. En el transcurso de la breve parada en el camino sin asfaltar había conseguido comunicar a los ocupantes del segundo vehículo que todo se había desarrollado según el plan previsto.

Siguieron avanzando a lo largo del itinerario previamente establecido. Al llegar al paso a nivel, las barreras estaban bajadas y tuvieron que detenerse. Había dos largas hileras de automóviles aguardando. A través de las ventanillas abiertas del automóvil en cuyo suelo yacía Eichmann brotaban unas notas musicales. Ambos vehículos aguardaron por espacio de diez minutos pero, aunque alguien hubiera mirado hacia su interior, no hubiera visto nada insólito. Los pasajeros no se distinguían en nada de aquellos que ocupaban los demás automóviles.

Eichmann yacía en el suelo absolutamente inmóvil y respirando afanosamente. Al principio habían previsto anestesiarle en cuanto le apresaran para evitar que causara dificultades durante el camino hacia la casa refugio. El médico había señalado, sin embargo, que si el hombre hubiera ingerido alguna bebida alcohólica o hubiera comido algo fuerte con anterioridad a su captura, la anestesia podría poner en peligro su vida.

Se detuvieron, tal como habían planeado, cinco minutos antes de llegar a *Tira* con el fin de cambiar las placas de la matrícula. Llegaron a su destino a las ocho cincuenta y cinco, cincuenta minutos después de que Eichmann descendiera del autobús 203... por última vez.

El inquilino oficial de *Tira* estaba aguardando. Como perfecto anfitrión que era, abrió de par en par la verja de la villa para permitir la entrada de los dos automóviles. El primero de ellos penetró en el garaje que comunicaba directamente con la casa a través de un pasadizo. Se cerraron las puertas del garaje y se sacó a Eichmann. Sostenido a ambos lados por dos hombres, fue conducido desde el garaje hasta la habitación que le habían preparado. El automóvil fue sacado inmediatamente del garaje para dejar sitio al segundo. Condujeron el primer automóvil a la ciudad. Si el incidente que acababa de tener lugar en la esquina entre la calle Garibaldi y la ruta 202 había sido observado por alguien, el automóvil que se habría visto hubiera constituido la primera razón por la cual era nece-

sario alejarlo inmediatamente de la casa refugio. El segundo automóvil tenía que ser ocultado dado que ningún vecino lo había visto con anterioridad en las inmediaciones de *Tira;* a la primera señal de peligro, tendría que ser utilizado para transportar apresuradamente a Eichmann a otro sitio; por consiguiente, era mejor no correr el riesgo de que alguien pudiera identificarlo como el vehículo que había visto aparcado en el patio de *Tira.*

En el interior, Eichmann había sido colocado sobre una cama de hierro con una pierna atada a la misma. Seguía llevando los anteojos opacos y no podía ver la habitación ni a sus apresadores. Le habían despojado de su ropa y le habían puesto un pijama de su talla que previamente habían adquirido. Al empezar alguien a mirar y rebuscar por su boca, dijo que, al cabo de tantos años, no podían esperar que estuviera todavía sobre aviso y que llevara veneno oculto entre los dientes. A pesar de sus protestas, le quitaron la dentadura postiza y le registraron toda la ropa y los zapatos.

Gabi, Eli, Ehud y Kenet se encontraban con él en la habitación. Examinaron su cuerpo en busca de señales de identificación y las compararon con los datos de Kenet. Recordando el dato según el cual los oficiales de las *SS* solían tatuarse el tipo sanguíneo bajo la axila, buscaron allí pero, en lugar del tatuaje, sólo descubrieron una pequeña cicatriz.

Con la lista de los datos personales de Eichmann frente a sí, Kenet empezó a dirigirle al prisionero una serie de preguntas:

—¿Cuál es su tamaño de sombrero?

—Seis y siete octavos —repuso el prisionero.

—¿Y su talla de vestir?

—Cuarenta y cuatro.

—¿Qué número de zapatos calza?

—Nueve.

—¿Y cuál era el número de su tarjeta de afiliación al Partido Nacional Socialista?

—El 889895 —fue la resuelta respuesta.

Esta respuesta, junto con las correspondientes a las medidas, bastaba para identificar a Klement como Eichmann con certeza casi absoluta. Ninguna persona podía

conocer tan automáticamente el número de Eichmann en el Partido Nacional Socialista. A pesar de ello, Kenet deseaba escuchar la confirmación de labios del propio Eichmann y prosiguió el interrogatorio:

—¿Cuándo llegó usted a la Argentina?

—En 1950.

—¿Cómo se llama?

—Ricardo Klement.

—¿Se deben las cicatrices de su torso a un accidente que ocurrió durante la guerra?

—Sí —repuso Klement empezando a temblar.

Tal vez acabara de ocurrírsele que se había delatado al revelar su número en el partido.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

—Otto Heninger —contestó el prisionero como a regañadientes.

Kenet no dijo nada durante algunos segundos, pero siguió leyendo la lista en silencio para que los nervios del prisionero se sosegaran un poco.

—¿Eran sus números en las *SS* 45326 y 63752?

—Sí.

—¡Entonces dígame su nombre! —le ordenó Kenet.

—Me llamo Adolf Eichmann.

Un temblor convulso empezó a agitar el cuerpo del prisionero. En la habitación reinaba un profundo silencio. Los cuatro israelíes no estaban en condiciones de expresar sus sentimientos con palabras. Sólo podían intercambiarse miradas en silencio. Pero Eichmann sí supo expresar el tumulto que bullía en su mente.

—Comprenderán ustedes —dijo— que en estos momentos me encuentro muy nervioso. Quisiera pedir un poco de vino, vino tinto a ser posible, para controlar mis emociones. —Al comunicársele que le darían lo que pidiera, añadió—: En cuanto me dijeron que me estuviera quieto en el automóvil, comprendí que había caído en manos de los israelíes. Sé hebreo, me lo enseñó el rabino Leo Baeck: «Al principio, Dios creó el cielo y la tierra... *Shma Yisrael...*»

Los cuatro se horrorizaron al escuchar las sagradas palabras pronunciadas por aquella boca. El tono obsequioso que utilizaba para dirigirse a sus apresadores ya bastaba de por sí para asquear a éstos, cuyas entrañas se estreme-

cieron al oírle pronunciar las sagradas palabras que millones de labios de judíos murmuraban tres veces al día y en el momento de la muerte. Les estaba prohibido causarle daño, aquéllas eran las órdenes. Les estaba prohibido dar rienda suelta al impulso interior que les hubiera inducido a cerrarle la boca. Sólo podían hacer una cosa: levantarse y abandonar la habitación.

Se reunieron con sus amigos, que estaban aguardando en tensión el resultado del primer interrogatorio. Al enterarse éstos de que Klement había reconocido ser Eichmann, se llenaron de satisfacción y alivio, a pesar de la repugnancia que les inspiraba la perspectiva de tener que vivir encerrados en compañía de aquel odioso hombre durante varios días.

Ahora, sin embargo, tenían muchas cosas que hacer: la revisión médica de Eichmann, la organización del servicio de guardia y las medidas de seguridad, la obtención de provisiones, el planeamiento de las medidas de emergencia, etc. Dejaron de lado las emociones y se pusieron manos a la obra.

Todo eso me lo contaron Ehud y Kenet. Al despedirme de ellos fui en busca de mi enlace, Meir Lavi, el cual se había pasado el día entero yendo de un café a otro sin saber por qué. Debía reconocer que no había tenido un día muy fácil y era indudable que se alegraría de verse libre de aquella obligación.

Yo no le conocía y él tampoco me conocía a mí pero, al entrar en el café en el que se encontraba, no me resultó difícil identificarle. Habíamos acordado que tendría cierto libro abierto sobre la mesa pero, antes de que pudiera ver el libro, lo que vi fueron un par de ojos clavados sobre mi persona, unos ojos que estaban diciendo inequívocamente: ¿Es éste el hombre al que he estado aguardando todo el día? Me dirigí hacia él. El libro se hallaba abierto sobre la mesa.

Se alegró mucho de verme y me ofreció una taza de café, pero aquel día yo había ingerido tal cantidad que prefería otra cosa. Para mi pesar, ni siquiera entonces pude decirle por qué le había hecho correr de un lado para otro todo el día. Lo único que pude hacer fue pedirle que acudiera a Menashe, que se encontraba en determinado lugar, y le dijera: «La máquina de escribir funciona bien».

—¿Y nada más? —preguntó. El asombro y la decepción que se dibujaron en su rostro me hicieron sentir pena por él. ¿Cómo podía aceptar la idea de que había estado aguardando diecisiete agotadoras horas consecutivas en tantos cafés para acabar entregando aquel estúpido mensaje? Permaneció sentado unos minutos, pensativo y perplejo, hasta que al final se levantó y me dijo sonriendo—: Sí, lo comprendo. Voy para allá en seguida.

Menashe recibió el mensaje menos de una hora después y supo que aquello significaba que debería transmitir un mensaje urgente a Israel en el sentido de que Ricardo Klement se encontraba en nuestro poder y no cabía la menor duda de que se trataba de Adolf Eichmann.

Recogí mi equipaje, tomé un taxi y me dirigí a un hotel muy alejado de aquel en que anteriormente me había hospedado. Ni el recepcionista ni el taxista podían tener ningún motivo para no pensar que acababa de llegar a Buenos Aires.

En cuanto me tendí en la cama de mi habitación, me sumí en un profundo sueño. Pocas horas más tarde tendría que levantarme y me aguardaba un día de mucho trabajo.

18

Antes de mi partida de Israel había dispuesto que mi mensaje acerca de la captura e identificación de Eichmann fuera transmitido a tres personas: al primer ministro, a la ministro de Asuntos Exteriores y al jefe de Estado Mayor. De ello se encargaría Gil, uno de mis más íntimos amigos, el cual había colaborado estrechamente conmigo en numerosas operaciones. Gil estaba al corriente de todo lo relacionado con el caso Eichmann porque había participado en la recogida de información acerca de éste en distintas fases de nuestra labor y porque se trataba de una cuestión que le atañía personalmente: sus padres, su hermana menor y docenas de familiares suyos habían perecido en los campos nazis.

El viernes 13 de mayo, Ankor transmitió el mensaje de que Eichmann se encontraba en nuestro poder. Gil solicitó inmediatamente ser recibido por el primer ministro Ben-Gurión pero le dijeron que se encontraba ausente de la ciudad pues se había trasladado al kibbutz *Sde Boker*. Su secretario político Yitzhak Navon le rogó a Gil que aplazara la entrevista hasta el domingo a no ser que el asunto exigiera una acción o decisión urgente por parte de Ben-Gurión. Gil accedió a ello.

Tal como era costumbre el viernes, Golda Meir se encontraba en las Oficinas del Gobierno en Tel Aviv. A pesar de su apretado programa, accedió a conceder a Gil una

breve entrevista pero, al llegar éste, la secretaria le dijo muy turbada que uno de los ministros había ocupado su tiempo. Gil le rogó que le dijera a la señora Meir que estaba allí. La ministro de Asuntos Exteriores le recibió inmediatamente y le invitó a salir a la terraza. Sabía que Gil no la hubiera molestado innecesariamente.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó

—Adolf Eichmann ha sido encontrado.

—¿Dónde está?

—Lo único que sé en estos momentos es que Eichmann ha sido capturado e identificado.

La ministro contuvo la respiración unos segundos. Después se acercó la mano al pecho y buscó algo en qué sostenerse. A continuación apoyó la otra mano sobre el hombro de Gil y dijo:

—Le ruego que en cuanto sepa algo más acuda a comunicármelo en seguida.

Al abandonar el despacho de la ministro de Asuntos Exteriores, Gil se dirigió a toda prisa al cuartel general del Ejército. Le unían fuertes lazos de amistad con el general Chaim Laskov. Al entrar en el despacho del general, éste le preguntó:

—¿Qué noticias traes? ¿Sabes algo de Isser?

—Ciertamente —repuso Gil—. Eichmann ha sido encontrado y su identidad no ofrece ninguna duda.

—¡Bien hecho! —exclamó Laskov con los ojos centelleándole tras las gafas—. ¿Sabes algún detalle?

—No. Y no creo que pueda averiguar más hasta que regresen a Israel.

A las cinco en punto de la mañana del domingo, Gil emprendió viaje a *Sde Boker* en un automóvil conducido por Yaki. Llegaron pocos minutos antes de las nueve. Los guardaespaldas de Ben-Gurión acompañaron a Gil a la vivienda de aquél en el kibbutz, donde el primer ministro le recibió en su estudio y le preguntó acerca del motivo de su visita.

—He venido para informarle que Eichmann ha sido encontrado y se ha establecido inequívocamente su identidad.

Ben-Gurión guardó silencio un instante y después preguntó:

—¿Cuándo regresará Isser? Le necesito.

Que nosotros supiéramos, nadie había observado nada especial en *Tira* la noche en que Eichmann y sus guardianes llegaron allí. Gabi sabía que era sumamente importante que la casa siguiera apareciendo tan tranquila como había estado con anterioridad a la llegada del grupo y por este motivo nadie fue autorizado a salir en el transcurso de las primeras treinta y seis horas, como no fuera para adquirir provisiones. Yitzhak fue encargado de esta tarea porque ya había sido aceptado como el inquilino oficial. En realidad, hubiera debido permanecer en la casa para atender a los posibles visitantes, pero tenía otras cosas más importantes que hacer.

Ante todo, tenía que devolver el automóvil utilizado en la captura. Era posible que algún viandante lo hubiera visto en el escenario de la acción y lo recordara al enterarse de que la policía estaba investigando la desaparición de un hombre en aquella zona. Tenía que librarse del automóvil antes de que apareciera cualquier testigo que ayudara a las autoridades. Desde luego que si el testigo ya había establecido contacto con la policía correríamos un grave peligro por el simple hecho de devolver el vehículo, pero consideré que era más arriesgado no hacerlo. Si hubiéramos conservado el automóvil o bien hubiéramos intentado abandonarlo en algún lugar, era probable que la agencia denunciara el hecho ante la policía, la cual quizás estableciera una conexión entre la desaparición de Klement y el robo de un vehículo alquilado. Si ello ocurría, el considerable depósito entregado y no reclamado tal vez contribuyera a aumentar sus sospechas.

Teniéndolo en cuenta, había dispuesto que sólo se devolviera el automóvil por autorización mía. A la mañana siguiente de la captura, todavía no tenía ni idea de si se había empezado a buscar a Klement o de si se había denunciado el hecho a la policía. Mi única fuente de información era la prensa local. Menashe leyó detenidamente los periódicos y me comunicó que en ninguno de ellos se mencionaba lo que había ocurrido la noche anterior en San Fernando. En tal caso, dije, hay que devolver el automóvil en seguida.

Pocas horas más tarde, me comunicaron que el vehículo había sido devuelto sin que se produjera ningún contratiempo y que el depósito había sido entregado en su totalidad. El equipo operativo respiró aliviado al enterarse de que no pesaba ninguna sospecha sobre el automóvil.

El médico examinó a Eichmann y afirmó que éste gozaba de perfecta salud. Era un prisionero modelo que se esforzaba en demostrar que estaba dispuesto a colaborar. El hecho de custodiarle no nos plantearía, al parecer, ningún problema de seguridad. Se nos planteaban, sin embargo, numerosas dificultades intangibles que procedían sobre todo del hecho de tener que permanecer en constante contacto con él, vigilándole severamente.

Los hombres se turnaban en los servicios de guardia tanto en la propia habitación como en los puestos de observación establecidos en el interior de la casa y en el patio de atrás. Vigilaban constantemente la presencia de desconocidos en el barrio o el posible interés por parte de alguien acerca de lo que estuviera ocurriendo en *Tira*. Se habían establecido unas normas especiales de seguridad para casos de emergencia, entre las que se incluían la utilización del escondrijo y la evacuación inmediata de la casa. Estas maniobras se habían practicado una y otra vez y cada uno de los hombres conocía su puesto y su función. El grupo de *Tira* estaba integrado por Gabi, Ezra, Eli, Zev, el médico y también Yitzhak. Ehud, Kenet y Menache que no vivían en *Tira*, se encargaban de la adquisición de provisiones.

El único hombre separado de todos los demás era Shalom Dani, quien estaba viviendo una de las experiencias más decepcionantes de su vida. La tarde del 11 de mayo, mientras el equipo operativo se disponía a trasladarse a San Fernando con el fin de capturar a Klement, Dani se dirigió a *Doron* para arreglar la casa por si hubieran tenido que conducir allí al prisionero. Lo ordenó todo con vistas a la posible llegada del grupo y después recorrió los alrededores para comprobar todas las entradas y salidas.

El jardinero-vigilante se esforzaba por hacerle agradable la estancia en la espaciosa casa y Shalom no podía librarse de él. Le dijo al hombre que le habían dejado solo en la casa porque se había producido una circuns-

tancia imprevista. Afirmaba ser amigo del inquilino, el cual le había invitado a pasar unos días en su casa, pero se había visto obligado a ausentarse con el fin de ver a unos amigos que se encontraban de paso en Buenos Aires. Podía ser, explicó Shalom, que convenciera a los amigos a que se alojaran en la casa pero, en caso contrario, su amigo tendría que acompañarles en un recorrido por la Argentina que tal vez se prolongara durante varios días. El anfitrión se había disculpado por el hecho de tener que dejar solo a su invitado en la casa.

Shalom calculaba que, si el equipo operativo pretendía conducir allí al prisionero, su llegada no se produciría antes de las nueve y media, si bien sería necesario alejar de allí al jardinero mucho antes. Si Shalom lograba dar con alguna excusa que mantuviera alejado a aquel hombre durante varias horas, el equipo tendría oportunidad de instalarse como era debido.

Poco antes de las nueve, Shalom empezó a quejarse de violentos dolores de cabeza y el vigilante se ofreció inmediatamente a llamar a un médico. Shalom le dijo que no le hacía falta un médico porque ya sabía lo que le ocurría y qué medicina tomar pero, por desgracia, había olvidado traerla consigo. No era un medicamento muy corriente y lo más probable era que sólo se pudiera encontrar en las farmacias más importantes. El vigilante respondió que no podía soportar verle sufrir y que haría cualquier cosa por ayudarle. Iría a Buenos Aires inmediatamente y recorrería la ciudad en busca de la medicina. Shalom le anotó, por tanto, el nombre de ciertas píldoras que le constaba podían adquirirse sin receta y el vigilante salió a toda prisa.

A las nueve y media, Shalom se encontraba frente a la casa con las llaves de la verja en la mano a la espera de unos posibles faros delanteros que atravesaran la densa oscuridad. Reconstruyó mentalmente el curso de la operación. Conocía todos y cada uno de los detalles de la misma y hubiera deseado con toda el alma poder participar pero tuvo que permanecer relegado en segundo plano mientras sus amigos llevaban a cabo aquella extraordinaria y peligrosa misión. ¿Habría aparecido Klement a la hora de costumbre? ¿Se habría desarrollado la acción según lo previsto en el plan? En caso afirmativo, el equipo se encontraría en aquellos momentos a medio camino de *Doron*. Pero, ¿acudirían a *Doron*? Al fin y al cabo, el primer plan había sido el de dirigirse a *Tira*...

Al cabo de dos horas de espera, supuso que no irían. Entró en la casa y se sentó, intentó leer un libro que había adquirido en un aeropuerto de Europa pero no logró concentrarse en la lectura. Sus ojos recorrían las páginas impresas pero su cerebro no captaba ni una sola palabra. Seguía esperando que alguien se acordara de él y acudiera a comunicarle lo que había ocurrido a pesar de que nadie había prometido hacerlo. Permaneció esperando largas horas... pero no acudió nadie.

Pasada la medianoche regresó el vigilante con la medicina. Shalom tuvo que ingerir a regañadientes una pastilla e irse a la cama. Sabía que no era probable que acudiera alguien a mitad de la noche.

Se despertó bien entrada la mañana. La enorme casa estaba vacía. Era casi el mediodía y nadie se había presentado todavía a comunicarle qué tal había ido la operación. La ansiedad fue apoderándose poco a poco de su mente: ¿habría fracasado la operación? Allí estaba él, apartado de todo y de todos: ¿cómo podía estar seguro de que las cosas se habían desarrollado sin contratiempos? No, no era posible que le dejaran tanto tiempo allí sin decirle nada.

Pero una voz interior le murmuraba que, si las cosas hubieran fallado —Dios no lo quisiera—, alguien hubiera acudido a comunicárselo. A no ser que..., a no ser que no quedara nadie que pudiera contarle la historia. Al fin y al cabo, habían transcurrido más de dieciséis horas desde el momento fijado para la captura. ¿Era posible que todo hubiera ido bien y que nadie acudiera a comunicárselo?

No podía comer y sabía que no estaría en condiciones de hacerlo hasta que lo supiera, hasta que acudieran a decirle lo que había ocurrido en San Fernando la noche anterior. Las manecillas del reloj se movían con una lentitud irritante. ¿Cuánto tiempo tendría que seguir aguardando, olvidado de todos, sin conocer el destino de sus amigos?

Un automóvil se acercó a la casa. Shalom corrió al exterior. Al fin. Ehud avanzó hacia él en rápidas zancadas.

No era necesario dirigir ninguna pregunta, el rostro de Ehud lo decía todo.

Shalom cortó bruscamente las disculpas de Ehud por el trabajo que habían tenido y por lo ocupados que habían estado todos los hombres en *Tira*. Quería detalles, quería saberlo todo. Su tristeza se esfumó, su mente se vio libre del peso que la oprimía. No se molestó en ocultar las lágrimas que asomaron a sus ojos y no se avergonzó de ellas.

Ehud le acompañó de nuevo a su sombría habitación de *Maoz*, en la que debería seguir trabajando en su vital labor con mayor intensidad que nunca.

Organicé mis citas de aquel día de manera tal que a las once de la mañana y a las cinco de la tarde pudiera encontrarme en los lugares previamente establecidos para Dina Ron. Los demás hombres estaban muy ocupados con todos los problemas relacionados con las provisiones y la organización y no deseaba encomendarles la misión de esperar a Dina. Ésta llevaba dos días sin aparecer; nadie había acudido a la cita de las cinco de la tarde del día anterior porque todos nos hallábamos demasiado ocupados preparando la captura. Pero ahora que faltaban pocos minutos para las once me encontraba aguardando a Dina en uno de los más importantes cafés de la ciudad.

Dina salió aquella mañana muy temprano del hotel y, provista de un plano, se dispuso a encontrar el lugar de la cita. Paseó despacio por las calles de la ciudad y se dirigió lentamente a la esquina en la que iba a tener lugar la cita.

A las once y cinco, la vi entrar en el café. Una vez sus ojos se hubieron acostumbrado a la escasa luz del local, Dina me vio y su rostro se iluminó con una sonrisa de asombro. Se sentó a mi lado y se disculpó por el retraso.

—¡Ya le tenemos! —exclamé sin poder aguardar a comunicarle la noticia.

—¿A quién? ¿A qué se refiere usted? —me preguntó muy sorprendida.

Ahora el sorprendido era yo.

—¿Acaso no sabe por qué la han enviado aquí?

—No —repuso ella—. Me dijeron que recibiría instrucciones cuando llegara aquí.

Me eché a reír y le conté lo que había ocurrido el día anterior. Dina se quedó de una pieza. Era nueva en el trabajo y no tenía ni idea de que una de nuestras actividades fuera la persecución de los criminales de guerra. Había leído muchas cosas acerca de Eichmann en la novela *Éxodo* pero jamás se lo había imaginado como un hombre de carne y hueso. La perspectiva de tener que vivir en la misma casa que aquel asesino de masas la horrorizaba.

Le expliqué que tendría que trasladarse a *Tira* y hacerse pasar por la amiga del hombre que había alquilado la casa, Yitzhak, procurando que la vida en *Tira* resultara lo más natural posible. Acordamos la hora en que Yitzhak acudiría a recogerla.

Dina regresó al hotel para pedir la cuenta y, al poco rato, acudió a recogerla Yitzhak en un taxi. Se dirigieron al lugar en que se encontraba aparcado el vehículo de Yitzhak, repleto de provisiones con destino a la «sitiada» casa refugio. Hacia las seis y media de la tarde Dina llegó a *Tira*.

19

Los primeros días que siguieron a la captura no resultaron en modo alguno agradables. Nos hallábamos aislados tanto de la Argentina como del resto del mundo y no sabíamos cómo había reaccionado la familia de Klement ante la desaparición de éste. Tal vez hubieran decidido buscarle por su cuenta, tal vez hubieran solicitado la ayuda de la colonia nazi de la Argentina o tal vez hubieran acudido a la policía. No sabíamos si habían armado un alboroto o si estaban manejando el asunto con discreción. No disponíamos de otra fuente de información que no fuera la prensa y ésta no publicaba ni una sola palabra que hiciera referencia a cierto residente alemán en San Fernando.

En tales circunstancias, lo único que podía hacer era intentar evaluar la situación sobre la base de los hechos conocidos y de la pura lógica. Y llegué a las siguientes conclusiones:

Al tardar su marido en regresar a casa, Vera Eichmann debió de empezar a temer indudablemente por su seguridad. No obstante, no debió sospechar inmediatamente que había sido apresado por personas que estaban al corriente de su identidad. Pensaría primero que habría resultado herido en un accidente de tráfico o bien que le habría ocurrido algún contratiempo en el trabajo. En lugar de acudir inmediatamente a la policía, lo más probable era

que primero hubiera intentado averiguar a través de sus compañeros de trabajo si Ricardo se había ido a la hora acostumbrada o si había mencionado que iría directamente a casa. Una vez hubiera averiguado que todo había marchado bien en su lugar de trabajo, lo más probable era que hubiera intentado averiguar si había sufrido algún accidente de tráfico al regresar a casa. Podía suponerse, me dije, que durante uno o dos días se dedicaría a efectuar discretas averiguaciones en los dispensarios y hospitales de la zona con el fin de comprobar si una persona apellidada Klement había sido conducida allí. Después acudiría a todos los amigos a quienes era más probable que su marido hubiera recurrido en caso de que hubiera sido llamado súbitamente o hubiera sido advertido de la conveniencia de no regresar a casa o no ponerse en contacto con ningún miembro de su familia.

Sólo en caso de que todas estas averiguaciones fracasaran, consideraría la posibilidad de acudir a la policía; pero, aun así, no se apresuraría a denunciar la desaparición dado que la policía no atribuiría a este hecho mayor importancia que a otros análogos. Le dirían que acudiera a los hospitales y a los amigos de la familia. Le harían, sin duda, algunas preguntas acerca de sus relaciones con su esposo. Todo ello podría resultar muy embarazoso: ¿Se emborrachaba Klement con frecuencia? ¿Peleaban ambos a menudo? ¿Discutían? ¿Se había enredado con otra mujer? Y, al igual que todas las policías del mundo, le dirían al final que los maridos tienen por costumbre desaparecer y regresar y que lo único que tendría que hacer era esperar pacientemente a que la nostalgia le condujera de nuevo al hogar.

En cualquier caso, no era probable que la policía se apresurara a buscar a un ciudadano cualquiera que no había regresado a casa después del trabajo y que, al parecer, había abandonado a su esposa y demás familia. Como es lógico, tal vez accediera a buscarle con mayor interés en caso de que la señora Klement insistiera o revelara que tenía motivos fundados para sospechar que su marido había sido secuestrado o había sido víctima de cualquier otro delito. En tal caso, le rogarían que expusiera los motivos de sus sospechas y ella tendría que revelar que su marido era Adolf Eichmann, un criminal de

guerra buscado en distintos países, al que era posible que hubieran secuestrado los judíos o los israelíes. Los funcionarios de la policía traspasarían inmediatamente el caso a las más altas autoridades y el nombre de Eichmann no tardaría en convertirse en tema de discusiones a lo largo y lo ancho de todo el mundo. El resultado de todo ello sería el irrevocable desenmascaramiento de Klement y la positiva confirmación de todas las dudas que pudieran seguir abrigando sus apresadores acerca de su verdadera identidad.

Pensé, por tanto, que bajo ninguna circunstancia acudiría Vera Eichmann a la policía antes de eliminar la posibilidad de accidente o de cualquier otro contratiempo, y aun así, primero consultaría con todos los amigos de la familia que sabían quién era realmente Ricardo Klement.

Supuse que tales amigos y los dirigentes de la colonia nazi de la Argentina comprenderían muy bien el significado de la desaparición de Klement. No obstante, se guardarían muy mucho de acudir a las autoridades o de divulgar que Ricardo Klement era Adolf Eichmann. Era casi seguro que intentarían, por medios oficiosos y con la ayuda de sus propios contactos, utilizar su influencia cerca de elementos de confianza dentro de la policía y el gobierno. Era posible que éstos ordenaran búsquedas e investigaciones, si bien en forma sumamente discreta. No se podía organizar una búsqueda exhaustiva sin tener que revelar la identidad de la persona a la que se buscaba. Como resultado de todo ello, sus acciones tendrían que ser necesariamente limitadas. Sólo la pura casualidad o un grave error por nuestra parte podrían conducirles hasta nuestros hombres o hasta *Tira*.

Por consiguiente, pensé que nuestra situación era bastante segura y que no corríamos ningún peligro de que las autoridades locales o los amigos de Eichmann organizaran una vasta operación de búsqueda. Al mismo tiempo, resultaba evidente que cuanto más tiempo permaneciéramos en Buenos Aires tanto mayor sería el peligro, dado que era posible que muy pronto se incorporara a la búsquedad clandestina algún otro organismo gubernamental. No obstante, calculaba que de momento podíamos estar tranquilos. Como es lógico, seguíamos examinando diariamente la prensa local, en la que no se publicaba nada que nos concerniera.

Años más tarde recibí la confirmación de mi hipótesis sobre la reacción de la familia de Eichmann ante la desaparición de éste. Su hijo mayor, Nicolás, declaró lo siguiente en el transcurso de una entrevista mantenida con el corresponsal del semanario alemán *Quick:*

> El día 12 de mayo me encontraba en el andamio de un tejado con un destornillador en la mano cuando mi hermano Dieter llegó corriendo sin aliento y me dijo: «¡Papá ha desaparecido!» Se me cayó el destornillador de la mano. Lo primero que pensé fue: ¡Israelíes! Dieter y yo recorrimos toda la zona situada entre Buenos Aires y San Fernando. Por el camino acudimos a visitar a un oficial de las *SS* cuyo nombre no puedo revelar. Era el mejor amigo de mi padre. Nos dijo que teníamos que ser prácticos. Había tres posibilidades: papá había sido detenido por la policía a causa de alguna infracción, tal vez por hallarse en estado de embriaguez; había sufrido un accidente y se encontraba herido en un hospital o bien muerto en un depósito de cadáveres; la tercera posibilidad era la de que hubiera caído en manos de los israelíes.
>
> Le buscamos durante dos días en las comisarías de policía, los hospitales y los depósitos de cadáveres. Huelga decir que todo fue en vano. Y entonces comprendimos que le habían apresado. Un grupo juvenil peronista se puso a nuestra disposición. Algunas veces se congregaban alrededor de la casa hasta trescientos hombres montados en motocicletas. Recorrimos toda la zona en busca de huellas de alguna lucha. A medida que pasaban las horas sin alcanzar resultados empezamos a vernos invadidos por la amargura. En el transcurso de aquellas horas se planearon toda clase de actos descabellados. El dirigente del grupo dijo: «Secuestremos al embajador israelí. Saquémosle de la ciudad y torturémosle hasta que tu padre regrese a casa». El plan fue rechazado. Alguien sugirió la colocación de un arte-

facto explosivo en la embajada israelí. El proyecto también fue rechazado.

Las reacciones fueron distintas según los círculos. Los peces gordos reaccionaron de una manera y los de poca monta de otra. Mi madre y mi hermano menor se fueron a vivir a una casa que puso a su disposición un amigo nuestro, antiguo oficial de las *SS*. Uno de los amigos de mi padre, también antiguo miembro de las *SS*, organizó una red de controles en los puertos y aeropuertos. No había ningún puerto, estación ferroviaria, aeropuerto o importante cruce viario en que no se encontràra vigilando uno de nuestros hombres. De este modo, nos ayudaron los más humildes; los peces gordos, en cambio, se limitaron a huir. La mayoría de ellos se batieron ordenadamente en retirada y se refugiaron en el Uruguay.

Klaus Eichmann adornó su historia con ciertos detalles románticos. Dijo, por ejemplo, que se vio obligado a empeñar el reloj y otros efectos personales con el fin de poder adquirir un revólver con el que proteger a su madre y a su hermano menor de los secuestradores; unos antiguos miembros de las *SS* comunicaron a la familia que Eichmann se encontraba prisionero en el sótano de una sinagoga; Klaus y Dieter se turnaban en la vigilancia de la casa de Klement hasta que acudían a relevarles los jóvenes del grupo peronista. En relación con su padre, Klaus añadió lo siguiente:

> Sabíamos con toda certeza que todavía no había abandonado la Argentina... Disponíamos de información fidedigna al respecto. Intentamos obligar a nuestros adversarios a obrar contra su propio gusto e hicimos circular el rumor de que mi padre había sido secuestrado por una unidad del ejército israelí. Y todo ello suscitó revuelo en el ejército argentino.

Nicolás proseguía afirmando que su padre fue sacado de la Argentina en el mismo aparato que condujo a la delegación israelí que iba a asistir a los festejos conmemorativos del aniversario de la independencia argentina.

> Lo averiguamos con media hora de retraso. De haberlo sabido un poco antes, hubiéramos podido evitar que el aparato despegara...
>
> Después ocurrió un nuevo contratiempo. El avión haría escala intermedia en Brasil... eso también lo averiguamos con retraso. Nuestro contacto con los servicios de seguridad brasileños no funcionaba como era debido. A pesar de ello, casi estuvimos a punto de lograr obstaculizar el vuelo. En Río subió a bordo del aparato un equipo médico. El médico observó que uno de los pasajeros estaba dormido. Era mi padre. Preguntó qué le ocurría. Le contestaron: «Es un israelí que se ha puesto enfermo...» El médico levantó la manta que cubría las rodillas del hombre y descubrió que éste iba esposado. Sin decir ni una sola palabra, descendió inmediatamente del aparato. Los brasileños retuvieron el aparato varias horas. Más tarde, el ministro brasileño del Interior, Teixeira Lot, autorizó el despegue.

De este revoltijo de detalles y conjeturas no comprobadas (el aparato que condujo a Eichmann a Israel no tomó tierra en ningún lugar del Brasil) se desprende un hecho: la familia recurrió a toda clase de medios pero no acudió a la policía.

En *Tira* los hombres montaban guardia en la habitación de Eichmann las veinticuatro horas del día; los guardianes no apartaban ni por un segundo los ojos del prisionero. Al principio, los hombres se relevaban cada dos horas; más tarde lo hicieron cada tres. La ventana de la habitación del prisionero la habíamos cubierto con una gruesa manta y la luz eléctrica brillaba día y noche. Por la noche los hombres montaban también guardia en el patio. Zev había instalado un timbre de alarma en la habitación del prisionero que sonaba en uno de los salones, de tal modo que el guardián pudiera solicitar ayuda o advertirnos de lo que fuese. La puerta de la habitación de al lado, en la que dormía Gabi, se encontraba permanentemente abierta.

En el garaje había un automóvil constantemente a pun-

to. Cada día lo poníamos en marcha e inspeccionábamos bien el motor y los neumáticos. Los guardianes sabían lo que tenían que hacer en caso de alarma: conducir a Eichmann al garaje y alejarse a la mayor rapidez posible.

Se había ordenado severamente a los guardianes que no conversaran jamás con Eichmann a excepción de los casos relacionados con las necesidades personales, tales como comer y bañarse. Gabi insistía en que se trataba de una medida indispensable de seguridad que debía ser observada escrupulosamente, dado que no le cabía la menor duda de que Eichmann, que tan importante cargo había ocupado en la Alemania de Hitler, debía de ser un hombre de insólita habilidad, capaz de pillarnos por sorpresa con alguna estratagema inesperada o astuta jugada.

Gabi estaba convencido de que Eichmann maquinaba constantemente un plan para escapar o bien quitarse la vida y creía que éste contaba en la Argentina con muchos amigos, sobre todo entre los inmigrantes nazis, que no ahorrarían esfuerzos en un intento de rescatarle. Esta creencia provocó en *Tira* una atmósfera de gran tensión, por lo menos durante los primeros días. Los hombres creían que tenían que habérselas con un cerebro satánico, un cerebro capaz de pillarles por sorpresa mediante alguna audaz maniobra.

Al cabo de varios días, se percataron de que se encontraban ante un criminal común y corriente, sin especiales dotes intelectuales. Al principio de su cautiverio Eichmann se echaba a temblar cada vez que ocurría algo insólito. Cuando se le pedía que se levantara se estremecía como una hoja. La primera vez que le condujeron al patio para que efectuara allí sus diarios ejercicios se aterró profundamente creyendo, al parecer, que le sacaban fuera para matarle. Durante los primeros días hasta temía que la comida estuviera envenenada y, a la hora de comer, empezaba a sudar profusamente. La mayor parte del tiempo, sin embargo, se lo pasaba tendido en la cama en pijama con los anteojos opacos puestos y una pierna atada a la armadura de la cama. De vez en cuando pedía permiso para quitarse los anteojos porque le irritaban la piel, pero sabía que no queríamos que viera a los hombres que le custodiaban y siempre se cubría la cabeza con una manta antes de quitárselos. Se comportaba como un esclavo asustado y sumiso cuyo único deseo fuera el de complacer a sus nuevos amos.

A los hombres, sin embargo, les resultaba difícil conciliar el estado actual de aquel desgraciado prisionero con la imagen del superhombre que había empuñado la batuta de la aniquilación de millones de judíos. ¿De dónde habían procedido su poder y superioridad, el elegante uniforme y las bien lustradas botas? ¿Había poseído acaso una capa mágica, como el Sigfrido de la leyenda de los nibelungos, que le hubiera conferido el poder de llevar a cabo acciones sobrehumanas?

La profunda repugnancia que el prisionero inspiraba a los hombres provocaba en la casa refugio una nueva clase de tensión. Tener que atender las más íntimas necesidades del hombre que tan despreciable les parecía, les resultaba cada vez más enojoso. *Tira* se convirtió también en una prisión para los guardianes que esperaban con impaciencia el momento de su liberación.

El abatimiento que reinaba en *Tira* se desvaneció un poco con la llegada de Dina. Sólo Gabi y Eli la conocían de antes, pero la presencia de una mujer hizo que los demás abrigaran la esperanza de que se disipara parte de la sombría atmósfera que allí reinaba. Los hombres tenían puestas también grandes esperanzas en sus habilidades culinarias, dado que sus experimentos en este delicado arte no habían alcanzado demasiado éxito. Por desgracia no fue así, pero, al cabo de unos días, tuvieron que reconocer que los esfuerzos culinarios de Dina habían conducido a cierta mejora. Su presencia contribuyó, además, a conferir al lugar la atmósfera doméstica de que antes había carecido. Aunque sus platos no fueran precisamente de *cordon bleu*, por lo menos se servían bien y se preparaban con precisión: cada noche Dina elaboraba una lista de lo que iba a necesitar al día siguiente y Kenet y Ehud se encargaban de hacer la compra por la mañana. Dina sólo salió a la calle una vez: al darse cuenta de que se había quedado sin cerillas, Gabi tuvo que dejarla salir a comprarlas a la tienda más próxima.

En su calidad de judía ortodoxa, Dina tuvo que hacer muchos sacrificios en relación con los alimentos. Las restricciones dietéticas le impedían probar lo que cocinaba

y sólo comía principalmente huevos, pan y Coca-Cola para beber. Alguien le dijo a Kenet que Dina se moriría de hambre si no conseguía alimentos *kosher** y él le compró un poco de carne ahumada *kosher*... que ella no quiso comer, sin embargo, con utensilios que no fueran *kosher*. Ezra me suplicó que le ordenara que comiera lo que hubiera en la casa, pero no me pareció justificado ejercer mi autoridad en esta cuestión.

Durante el día, Dina estaba mucho más ocupada que cualquiera de los demás miembros del equipo. Se levantaba muy temprano para preparar el desayuno de Eichmann y sus guardianes y después se dedicaba a fregar los platos y arreglar la casa hasta las once de la mañana, hora en que ya tenía que empezar a preparar el almuerzo diario, tras lo cual tenía que seguir fregando platos. Por la tarde, todo el mundo comía los pastelillos que adquiría Kenet y para cenar solían apañárselas con algo frío.

Siguiendo las instrucciones del médico, Dina le preparaba a Eichmann comidas ligeras: sopa de pollo, pollo hervido, huevos pasados por agua, omelets o tortillas y puré de patatas. Uno de los hombres se encargaba de servirle la comida al prisionero. Al cabo de varios días, se decidió pedirle a Eichmann que firmara una declaración en el sentido de que estaba dispuesto a ser conducido a Israel para ser juzgado. Gabi pensó que si Eichmann sabía que había una mujer en la casa y escuchaba una voz femenina, sus temores se desvanecerían un poco y se mostraría más dispuesto a firmar. Y le dijeron a Dina que trajera la comida del prisionero a la habitación en que éste se encontraba custodiado.

Al ver a Eichmann por primera vez, Dina se sorprendió tal como se habían sorprendido los demás. Se le veía tan vulgar que costaba trabajo creer que aquél era el hombre que había sentenciado a muerte a millones de judíos. La conciencia de saber que le estaba trayendo la comida al propio Eichmann le producía tal sensación de repugnancia que más adelante reconoció haber alimentado la idea de envenenarle. Pero Dina, al igual que todos los demás,

* Alimentos autorizados por la ley judía que se preparan según un determinado ritual. *(N. de la R.)*

estaba perfectamente adiestrada en la disciplina y el sentido de la responsabilidad. De otro modo, ¿cómo hubiéramos podido llegar tan lejos?

Una atmósfera de profunda depresión se fue apoderando poco a poco de *Tira*. Sabían que tenían que conducir a Eichmann sano y salvo a Israel y que no tenían más remedio que cuidarle como era debido. Pero la discrepancia entre sus acciones y los sentimientos que en ellos despertaba el prisionero les roía incesantemente el espíritu. La contemplación de aquel miserable ser que había perdido todo vestigio de su antigua superioridad y arrogancia en cuanto se había visto despojado de su uniforme y poderes de autoridad, les inspiraba un sentimiento de insulto y de profundo desprecio. ¿*Aquél* era la personificación del mal? ¿*Aquél* había sido el instrumento utilizado por un gobierno diabólico para asesinar a millones de personas inocentes? ¿Aquella nulidad, carente de dignidad y orgullo humano, *aquél* había sido el heraldo de la muerte para seis millones de judíos?

20

Me constaba que podía encomendar la custodia del prisionero a las expertas manos de Gabi y que podía dedicarme tranquilamente a la siguiente fase de la acción: el traslado de Eichmann desde la Argentina a Israel. Ehud había sido nombrado responsable de esta fase de la operación y, junto con todos los hombres de que se pudiera disponer, organizaría día y noche visitas de reconocimiento al aeropuerto, sus alrededores y los distintos caminos que conducían al mismo desde *Tira*. Me puse nuevamente en contacto con Aharon Lazar, quien había conseguido, entretanto, hacer tantas amistades en el aeropuerto que ya andaba por allí como si fuera un empleado más.

Había cuatro datos informativos que teníamos que recoger con anterioridad al traslado:

a) Exhaustivo conocimiento del aeropuerto: su funcionamiento, sus servicios de protección, los controles aduaneros, los procedimientos de entrada y salida de pasajeros, las normas por las que tenían que regirse las personas que entraban y salían del aeropuerto por asuntos relacionados con éste y los visitantes que pasaran a las zonas del otro lado de los controles aduaneros;

b) Detalles precisos acerca del aparato en el que viajaría la delegación israelí: su hora de llegada, la duración de su permanencia en el aeropuerto, los procedimientos que se deberían seguir en relación con los pasajeros que llegaran a la Argentina y aquellos que regresaran a Israel, el modo de obtener autorización con vistas a la inclusión de pasajeros en el vuelo de regreso, la manera de vender los pasajes en caso de que se recibiera dicha autorización, qué clase de personas serían autorizadas a viajar en el aparato si no se les concedía permiso a los pasajeros corrientes;

c) Los problemas relacionados con el traslado de Eichmann desde la casa refugio al aeropuerto: su documentación, su transporte, cuestiones de carácter físico y médico, así como cualquier otro preparativo que hiciera falta para su seguridad y las precauciones que habría que tomar en caso de registro policial por la carretera;

d) Disposiciones con vistas al disfraz y al comportamiento general de Eichmann y sus acompañantes en el interior del aparato que les condujera a Israel.

Muy pronto me forjé una imagen completa de toda la acción y empecé a organizarla.

El 14 de mayo, Gabi y Eli se presentaron en uno de nuestros lugares de cita. (El hecho de que Gabi pudiera abandonar tranquilamente *Tira* durante algunas horas demostraba que las medidas de seguridad que allí se habían adoptado ya se habían convertido más o menos en algo rutinario). Llevaba sin verles desde el día 11 de mayo, poco antes de que iniciaran la operación, y me sorprendieron los grandes cambios que se habían operado en su aspecto en el transcurso de aquellos tres días. Sus rostros eran graves y la expresión de Gabi era sombría, lo cual demostraba claramente que estaba preocupado. Al empezar a referirse a sus problemas e inquietudes me percaté de que aquel hombre valiente y audaz estaba empezando a doblegarse bajo el peso de la doble responsabilidad de custodiar a Eichmann y de sostener la moral de sus compañeros.

Fue la primera vez que tuve conciencia de la opresión que pesaba sobre los guardianes de nuestro aborrecible criminal. Hice todo lo que pude por elevar el ánimo de Gabi y Eli. Comprendía perfectamente sus sentimientos, les dije, y me daba plena cuenta de los problemas mentales que planteaba la custodia de Eichmann al vivir en un estado de constante tensión. Les expuse la situación tal

y como yo la veía y las favorables perspectivas que se abrían ante nosotros de cara al éxito de la operación. La principal consideración, dije, era la de que debíamos conservar la calma y evitar cualquier error susceptible de conducirnos al fracaso.

Creo que conseguí animarles un poco. Al mismo tiempo, informé a Gabi de que, a pesar de las severas restricciones de seguridad, deseaba examinar *Tira* personalmente y visitar muy pronto la casa refugio.

Le gustó la idea y acordamos que efectuaría la visita a última hora del atardecer del día siguiente, domingo, 15 de mayo. Me imaginé que a los vecinos se les antojaría natural observar en la casa mayor actividad que de costumbre por tratarse de un domingo. Por consiguiente, todas las personas relacionadas con aquella fase de la operación podrían reunirse tranquilamente sin despertar una atención indebida.

Finalmente, Gabi y yo decidimos prepararle a Eichmann una documentación provisional. Si se producía un registro policial por sorpresa, podría ser presentado como un invitado que se hubiera puesto enfermo. Además, necesitábamos disponer de una adecuada documentación para el prisionero por si nos veíamos en la necesidad de efectuar una repentina huida.

El sábado por la noche, Eli tuvo ocasión de poner en práctica sus conocimientos de maquillaje con vistas a las fotografías... y consiguió crear un Eichmann «rejuvenecido». El aspecto de éste era análogo al que presentaba en las fotografías que le habían hecho en los momentos culminantes de su asesina carrera. Al empezar Eli a prepararle, Eichmann fue presa del terror y preguntó si iban a ejecutarle, pero se calmó al explicarle Eli lo que estaba haciendo.

Al anochecer, Shalom Dani acudió a la casa refugio por primera vez con todo el equipo necesario para las fotografías y la preparación de documentación falsa. Shalom perdió su característico aplomo en el momento de franquear el umbral de la casa. Era evidente que se estaba disponiendo a afrontar una difícil prueba: no sólo tendría que ver cara a cara al asesino de tantas personas sino que, además, tendría que escrutarle de cerca y escoger el ángulo más adecuado para una fotografía, de tal modo que

su aspecto resultara lo más natural posible, requisito indispensable en todos los documentos falsos. Y, ¿quién sabía?, tal vez tuviera que comportarse como un fotógrafo corriente y pedirle a aquel hombre que sonriera al objetivo.

Al llegar junto a la puerta de Eichmann, Shalom temblaba de pies a cabeza pero, a pesar de ello, consiguió controlarse. Y Eichmann hizo cuanto estuvo en su mano por facilitar la labor del fotógrafo. Hasta comprendió las precauciones que había tomado Shalom a fin de mantener oculto el rostro y sugirió que, antes de que se quitara los anteojos, alguien encendiera los focos para que él no pudiera ver el rostro del fotógrafo.

Pero Shalom sí vio a Eichmann; en realidad, no lograba quitarle los ojos de encima. Permaneció como hipnotizado ante aquel espíritu demoníaco que tan deseoso se mostraba de colaborar con sus apresadores.

Shalom no articuló ni una sola palabra en toda la noche. Al principio estuvo ocupado revelando las fotografías y después permaneció encorvado sobre la mesa preparando la documentación. Al finalizar su trabajo, bien entrada la noche, no lo revisó todo como tenía por costumbre. Esta vez sólo le interesaba una cosa: librarse de aquellos documentos y no volverlos a ver jamás. Al levantarse para irse hasta olvidó despedirse de los amigos a los que siempre solía tratar con tanta amabilidad. Huyó literalmente de la casa refugio. La presencia física de Eichmann fue demasiado para aquel hombre tan refinado y sensible.

Kenet fue el único a quien autoricé a hablar con Eichmann. No deseábamos satisfacer en modo alguno la curiosidad de Eichmann en relación con los hombres que le rodeaban, con las circunstancias en las que había sido conducido a la casa, con la zona en la que se encontraba y cuestiones análogas. Kenet le interrogó acerca de todo lo relacionado con su vida en la Argentina, su huida de Europa a América del Sur y toda su historia desde que había finalizado la Segunda Guerra Mundial. Los interrogatorios solían tener lugar a primeras horas del anochecer y por las noches, dado que de día Kenet solía dedicar-

se a hacer recados por la ciudad o bien a reunirse conmigo con el fin de informarme acerca del desarrollo de los interrogatorios. De todos modos, Eichmann solía dormir de día y despertarse por la noche puesto que las luces encendidas en su habitación a lo largo de las veinticuatro horas del día le habían hecho perder la noción del tiempo. Al principio, Kenet tomaba notas pero más adelante decidió utilizar un magnetófono.

Le pedí a Kenet que discutiera con Eichmann las posibles reacciones que se habrían producido ante su desaparición. Quería averiguar qué medidas creía él que adoptarían su familia, sus amigos, sus patrones y las autoridades. No es que confiara en modo alguno en la posibilidad de que se mostrara veraz en sus respuestas, pero opinaba que tal vez pudiéramos descubrir algo útil en todo lo que nos dijera y obtener información acerca del número desconocido de quienes eran entonces nuestros más peligrosos enemigos: los nazis de la Argentina. No sabíamos nada acerca de ellos y de sus relaciones con los influyentes organismos gubernamentales y nada sabíamos tampoco acerca del alcance de la solidaridad que reinaba entre los criminales exiliados. No sabíamos si tenían establecido un sistema organizado de comunicación o bien si sus contactos eran de carácter puramente personal. Esperaba que las respuestas de Eichmann a las preguntas de Kenet nos permitieran averiguar algo acerca de la fuerza de los nazis en la Argentina; aunque intentara inducirnos a error, no nos resultaría difícil descubrir su engaño y llegar a conclusiones correctas.

Al escuchar el primer informe de Kenet llegué a la conclusión de que Eichmann no se proponía despistarnos. Para mi asombro, su hipótesis acerca de la reacción de su familia y amigos era absolutamente idéntica a la mía. En su opinión, evitarían «armar un alboroto» y empezarían por buscarle en los lugares en los que más probablemente pudiera encontrarse: en casas de amigos, en hospitales, en dispensarios de urgencias. No esperaba gran cosa de sus amigos. Estaba seguro de que éstos no se esforzarían demasiado en buscarle por temor a poner en peligro su propia seguridad. Aunque rehusó revelar los nombres de sus mumerosos amigos, se refirió a ellos sin ocultar el desprecio que le inspiraban. Hasta dio a entender

que estaba convencido de que ellos le habían traicionado entregándole a nosotros.

Al comentar las especiales medidas de seguridad que habíamos adoptado, señaló que no teníamos por qué preocuparnos... dado que era muy remoto el peligro de que pudieran localizarnos. Indudablemente, sus observaciones poseían un carácter servil, pero más adelante se demostró que las había hecho con cierto grado de honradez.

Esto no significa que se identificara con los intereses de sus apresadores. Sabía muy bien lo que le aguardaba y, al parecer, se había imaginado que le ocurrirían cosas mucho peores que las que hasta entonces le habían ocurrido. No me cabía duda de que a la menor posibilidad que se le ofreciera de escapársenos de las manos, no vacilaría un instante. Pero sabía que no conseguiría escapar por sus propios medios y que tampoco podía confiar en la ayuda exterior de sus amigos. Quizá debió de temer también que un intento de huida le costara la vida. Ya desde un principio nos mostró su gran aprecio y admiración por nuestra capacidad, eficacia e ingenio. Es más, algún tiempo después, desde su celda de prisionero en Israel, llegó a afirmar: «La cosa se hizo con gran audacia y fue extraordinaria por su organización y su ejemplar planificación». Sus apresadores, señaló, «cuidaron en especial de no causarme ningún daño físico». Y sabía muy bien lo que decía: «Me tomo la libertad de expresar mi opinión acerca del tema porque poseo cierta experiencia en asuntos policiales y de espionaje».

Supongo que no dudaba de que, en caso de peligro, no vacilaríamos en matarle, por lo que prácticamente no podía abrigar esperanza alguna de escapar. De ahí que colaborara con nosotros con el fin de conservar la vida. Pareció haber decidido desde un principio no dar la menor muestra de rebelión sino adoptar una actitud de pasividad y de plena sumisión a sus apresadores. La dignidad no entró, al parecer, en sus cálculos.

En el transcurso de los interrogatorios, Kenet le preguntó a Eichmann si había observado algún hecho insólito durante los meses que habían precedido a su captura. Eichmann enumeró varios hechos que le habían inducido a sospechar que era observado. Sólo uno de ellos estaba relacionado efectivamente con nuestras actividades, mien-

tras que los demás habían sido fruto del estado de tensión constante en el que debía vivir. Despertó sus sospechas el hecho de que los vecinos se refirieran a unos extranjeros que deseaban adquirir terrenos con vistas a la construcción de una fábrica. Sabía que en la zona no había instalaciones de agua y alumbrado y, por consiguiente, no creía que a nadie pudiera interesarle montar allí una fábrica. Sospechó, por tanto, que todas aquellas averiguaciones habían sido un pretexto.

Al contármelo Kenet, me pregunté por qué Eichmann no habría actuado de acuerdo con las sospechas, por qué habría seguido en San Fernando a pesar de haber recelado de las actividades de Kenet y Kornfeld. Una posible explicación era la de que llevaba tanto tiempo siendo presa de los temores y recelos que al final debió pensar que no merecería la pena vivir si cada incidente insólito o cada sombra de sospecha le obligara a abandonar su hogar y buscar un nuevo escondrijo, una nueva identidad y un nuevo trabajo.

He aquí una parte de los interrogatorios de Kenet a Eichmann. Kenet empezó por preguntarle por qué había dicho que se llamaba Otto Heninger la noche en que había sido apresado.

EICHMANN: Éste fue mi nombre durante más de cuatro años.

KENET: ¿Dónde fue eso?

EICHMANN: En Kulmbach, en la región de Celle, Alemania. Trabajé allí de leñador antes de trasladarme a la Argentina.

KENET: ¿Cómo llegó hasta allí?

EICHMANN: Lo conseguí tras abandonar el campo de prisioneros de guerra norteamericano de Oberdachstetten.

KENET: ¿Le liberaron los norteamericanos?

EICHMANN: No, escapé.

KENET: ¿Sabían quién era usted?

EICHMANN: No. No conocían mi verdadera identidad.

KENET: ¿Y utilizó también el nombre de Otto Heninger allí en el campo?

EICHMANN: No, allí me llamaba Otto Eckmann.

KENET: El apellido Eckmann es similar a Eichmann. ¿Lo eligió usted?

EICHMANN: Sí, deliberadamente. Pensé que si alguien me reconocía como Eichmann y se dirigía a mí utilizando mi verdadero apellido, Eichmann les sonaría a los norteamericanos muy parecido a Eckmann.

KENET: ¿Y qué les dijo usted acerca de sus servicios durante la guerra?

EICHMANN: Les dije que era un lugarteniente de la 22 división de Caballería de las *SS*.

KENET: Y, en su calidad de oficial de las *SS*, ¿no fue interrogado acerca de su pasado?

EICHMANN: Les expliqué que había servido en una unidad de combate de las *Waffen-SS*, las *SS* militares. A los norteamericanos no les interesaban demasiado los oficiales de las *SS*. A ellos les interesaban los miembros de la Gestapo.

KENET: Pero, ¿por qué reconoció que había sido oficial de las *SS*?

EICHMANN: Por el tatuaje del tipo sanguíneo que tenía bajo la axila, como todos los oficiales de las *SS*.

KENET: Este tatuaje ha sido borrado. ¿Cuándo se hizo eso?

EICHMANN: Antes de huir del campo intenté borrármelo. Me ayudaron los demás prisioneros pero no conseguí eliminarlo del todo.

KENET: ¿Cuánto tiempo permaneció en el campo?

EICHMANN: Casi seis meses.

KENET: ¿Pertenecían también los demás a su división?

EICHMANN: Sí, también se encontraba allí mi ayudante Janisch.

KENET: ¿Fueron ustedes hechos prisioneros al mismo tiempo?

EICHMANN: Sí.

KENET: ¿Dónde?

EICHMANN: No lejos de Ulm.

KENET: ¿Y desde allí les trasladaron a Oberdachstetten?

EICHMANN: No. Primero estuvimos en otro campo pero sólo permanecimos allí unas semanas. Sin embargo, la situación de allí no fue nada cómoda.

KENET: ¿Qué quiere decir? ¿No eran buenas las condiciones? ¿Había mucha gente en los barracones?

EICHMANN: No. Pero los norteamericanos empezaron a buscar tatuajes bajo las axilas de los prisioneros.

KENET: ¿Y por qué se preocupaba? Al fin y al cabo, ¿acaso no se había presentado como oficial de las *Waffen-SS*?

EICHMANN: No. Allí me hice pasar por un cabo de las fuerzas aéreas.

KENET: ¿Bajo el apellido de Eichmann?

EICHMANN: No. Bajo otro nombre: Adolf Karl Barth.

KENET: ¿Cuándo fue eso?

EICHMANN: En mayo de 1945.

KENET: ¿Qué estaba haciendo cuando le capturaron?

EICHMANN: Entonces no hacía nada. Antes había llevado a mi mujer y a mis hijos a Austria y estuve en Alt Aussee. Allí estaba Kaltenbrunner, el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Pero ninguno de los dos sabíamos qué hacer. Fueron unos días de caos. Los soldados norteamericanos me detuvieron mientras me dirigía hacia Bad Ischl en compañía de mi ayudante Janisch.

KENET: ¿Y cuándo fue apresado por segunda vez?

EICHMANN: Fue a finales de julio o principios de agosto de 1945.

KENET: Y fue entonces cuando se presentó como Otto Eckmann, el oficial de las *Waffen-SS*.

EICHMANN: Sí.

KENET: ¿Por qué decidió huir de Oberdachstetten?

EICHMANN: Por los juicios de Nuremberg. Mi nombre había sido mencionado en ellos varias veces y temía que se llevaran a cabo investigaciones que revelaran mi identidad. Me alarmé enormemente a raíz de las declaraciones de Dieter Wisliceny que arrojaban contra mí toda clase de acusaciones.

KENET: ¿Cómo escapó usted?

EICHMANN: Acudí al oficial encargado de los prisioneros, el teniente coronel Offenbach, y le pedí permiso para huir. Él convocó una reunión de oficiales. Discutieron mi petición y la aprobaron. Y me ayudaron también, claro. Me facilitaron documentación a nombre de Otto Heninger. Uno de ellos me entregó una carta de recomendación para su hermano, que vivía en Kulmbach, pidiéndole que me ayudara a encontrar trabajo en el sector forestal. Llegué a Celle en los primeros días de marzo de 1946 y permanecí allí más de cuatro años.

KENET: ¿Y después?

EICHMANN: Estuve separado de mi familia durante todos estos años. Deseaba volver a ver a mi esposa e hijos y estaba empezando a cansarme del juego del escondite. Sabía que tenía que esperar a que cesara la tormenta y se olvidaran de mí. Pero en la prensa, la radio y los libros se mencionaba constantemente mi nombre. Me enteré de la existencia de unas organizaciones que habían ayudado a otros a abandonar Alemania. A principios de 1950 establecí contacto con una de estas organizaciones. Consiguieron que pudiera salir hacia Italia. Un monje franciscano de Génova me facilitó un pasaporte de refugiado a nombre de Richard Klement junto con un visado para la Argentina. A mediados de julio de 1950 llegué a Buenos Aires.

KENET: ¿Y cuándo se reunieron con usted su esposa e hijos?

EICHMANN: Llegaron aproximadamente dos años más tarde.

21

Los nervios de los hombres de *Tira* estaban atravesando una dura prueba. Las severas medidas de seguridad iniciales se habían suavizado un poco, lo que contribuyó a crear una atmósfera relativamente rutinaria con numerosos ratos de ocio. Cierto que hasta entonces sólo llevaban en la casa cuatro días. Este tiempo puede llegar a convertirse, sin embargo, en un período extremadamente largo cuando las personas viven aisladas y bajo la constante presión de la vigilancia, el temor, la incertidumbre... y el odio. Porque la causa de su constante tensión era la contradicción entre la manera en que tenían que tratar a Eichmann y los sentimientos que éste les inspiraba. Se les había ordenado que procuraran olvidar al máximo la identidad del prisionero y recordar que sólo los jueces ante los que comparecería estarían autorizados a dictar una sentencia contra él.

Pero, ¿cómo podían controlar sus sentimientos día tras día? Tenían que afeitar a aquel hombre porque éste no podía disponer de una navaja. Tenían que bañarle porque no se le podía permitir libertad de movimientos. Hasta tenían que acompañarle al excusado.

Y, en medio de todo aquello, tenían que ordenar a sus enfurecidos corazones que guardaran silencio. Tenían que olvidar a sus padres y madres, a sus hermanas y hermanos menores, que habían sido convertidos en un montón

de huesos y cenizas por la máquina de exterminio de su prisionero. Tenían que desterrar de sus mentes las humillaciones y las torturas, el abominable sadismo de la campaña genocida de aquel hombre. Tenían que tragarse la cólera, el desprecio y la repugnancia que experimentaban día y noche.

De todas las fases y penalidades de la operación ésta fue la más difícil. Y me constaba que no podía rescatarles ni alivar su sufrimiento. Acordamos, sin embargo, que cada uno de ellos dispondría, en rotación, de un día de fiesta.

Eli salió primero. Le facilitaron detalladas instrucciones acerca de cómo tenía que conducirse en la ciudad y le aconsejaron que, para evitar perderse en el laberinto de los abundantes platos que constituyen el menú de un restaurante argentino, pidiera un «bistec pequeño». Eli salió a primeras horas de la mañana y regresó por la noche... furioso. Las instrucciones relativas a su comportamiento en la ciudad le habían impuesto tales limitaciones que se había aburrido soberanamente todo el día y, de no haber sido por la orden de no regresar a *Tira* de día, hubiera estado de vuelta al cabo de pocas horas. En cuanto al «bistec pequeño», descubrió que no se trataba de un bistec de reducido tamaño sino de un enorme trozo de carne que ninguna persona en su sano juicio hubiera podido comerse en menos de una semana.

Los guardianes de Eichmann se pasaban largas horas jugando al ajedrez. Los que sabían inglés podían leer los pocos libros en inglés de que disponían. Otros escuchaban la música de la radio o bien se inventaban juegos para pasar el rato. En varias ocasiones, Zev y Eli organizaron concursos de comer manzanas, cuyo consumo en *Tira* alcanzó proporciones gigantescas.

La noche del 15 de mayo visité *Tira*, para lo cual adopté severas medidas de seguridad tanto al entrar como al salir. El aspecto exterior de la casa no revelaba en modo alguno el drama que estaba teniendo lugar en su interior... No difería en lo más mínimo del de las demás casas de la zona.

Nos alegramos mucho de vernos. A la mayoría de los hombres no los veía desde el día de la operación y fue la

primera ocasión que tuve de felicitarles por su hazaña. Les dije que me proponía trasladar a Eichmann a Israel por avión pero añadí que, si mi plan fracasaba, nos veríamos obligados a retenerle hasta que pudiéramos transportarle por mar. Pude percatarme claramente de su horror y desaliento.

Antes de pasar a la habitación de Eichmann, escuché el detallado informe de Kenet acerca de sus más recientes conversaciones con el prisionero. Últimamente, dijo, Eichmann había empezado a manifestar su pesar por todo lo que les había hecho a los judíos durante la guerra. Se describía a sí mismo como una pequeña pieza de la poderosa y tiránica maquinaria del régimen nazi y afirmaba no haber podido ejercer influencia alguna en las decisiones del gobierno; pero ahora comprendía que se habían cometido graves delitos contra el pueblo judío y estaba dispuesto a hacer todo lo que pudiera para evitar la repetición de tales hechos. Estaba dispuesto, por tanto, a informar al mundo de todas las atrocidades perpetradas durante la guerra a modo de advertencia y medio de disuasión al resto de la humanidad.

Dado que Eichmann no negaba sus delitos sino que trataba simplemente de minimizar su importancia, le pedí a Kenet que le interrogara acerca de su actitud en relación con su enjuiciamiento. Fue entonces cuando sugerí la conveniencia de intentar obtener por escrito su consentimiento para viajar a Israel con el fin de ser sometido a juicio. No es que imaginara ni por un instante que tal documento pudiera poseer alguna validez legal en el momento en que se suscitara la cuestión de nuestro derecho a juzgar a un hombre tras haberlo conducido por la fuerza a Israel. A pesar de ello, atribuía cierta importancia ética a tal declaración.

Eichmann le dijo a Kenet que estaba dispuesto en principio a ser juzgado por su participación en los crímenes cometidos bajo el régimen nazi, pero deseaba que el juicio se celebrara en Alemania dado que él era súbdito alemán. Al decírsele que tendría que descartarse tal posibilidad, hizo una concesión y accedió a ser juzgado en Austria, su país natal. Kenet le explicó que la celebración del juicio no podría tener lugar más que en Israel, porque allí tenían establecida ahora su residencia la mayoría de los que habían padecido a causa de su actuación así como la mayoría de los testigos que comparecerían en el juicio. Israel, le dijeron, era el representante legítimo del pueblo judío y dado que el punto en litigio tenía que ver con los crímenes cometidos contra el pueblo judío, sólo Israel estaba capacitado para juzgarle. Le prometí que sería un juicio con todas las garantías de la ley y que podría estar representado por un abogado y defenderse utilizando todos los medios legales. Al cabo de una prolongada discusión en cuyo transcurso se le repitió a Eichmann una y otra vez que deseábamos que firmara el documento por su propia voluntad y que no utilizaríamos ningún medio para coaccionarle, nos pidió veinticuatro horas para estudiar la respuesta. Se las concedimos.

Al ver a Eichmann por primera vez, me sorprendí de mi propia reacción. No reaccioné ante su presencia con el odio y la repugnancia que mis hombres me habían descrito. Mi primer pensamiento fue: pero, bueno, ¡si es igual a cualquier otro hombre! No sé qué aspecto me habría imaginado que tendría el hombre que había asesinado a millones de personas. Sólo sé que seguía diciéndome a mí mismo: si me lo encontrara por la calle, no observaría la menor diferencia entre él y los miles de otros hombres que pasaran. Y me preguntaba una y otra vez: ¿qué habrá convertido a este ser, aparentemente normal, en un monstruo? ¿No existe ningún signo exterior que le distinga de los hombres normales? ¿Acaso la diferencia sólo estriba en un alma corrompida?

Aquella misma noche, todos los miembros de las fuerzas especiales participaron en una cena organizada por Dina. Durante la cena repetí una vez más que, si todo iba bien, la operación terminaría al cabo de cinco días. Todo el mundo se animó mucho... especialmente Eli, que estuvo de muy buen humor y divirtió a todos los demás durante la cena.

No obstante, Gabi me dijo también algunas cosas de carácter más serio que me causaron profunda impresión. Le preocupaba el hecho de que, al haber capturado a Eichmann, hubiéramos perjudicado indirectamente a unas personas inocentes, dado que dejaríamos a su esposa e hijos sin el ganador de su sustento. Gabi opinaba que había que

castigar al asesino con toda la severidad de la ley pero que el pueblo judío debería mostrar su generosidad encargándose de la familia de Eichmann.

Le dije a Gabi que, si existiera tal obligación moral, ésta debería aplicarse también a la familia de todos los criminales comunes; sin embargo, jamás había oído hablar de un país que observara dicho comportamiento en relación con las familias de sus criminales. Por otra parte, no sabíamos hasta qué grado Vera Eichmann había aprobado los crímenes de su marido y no cabía duda de que a lo largo de toda la guerra debió de estar al corriente de la alta posición que éste ocupaba en el Partido Nazi y de su responsabilidad en la puesta en práctica de la «solución final». A pesar de ello, no le habíamos causado daño alguno a ella ni a sus hijos y tampoco teníamos intención de causárselo en el futuro. Sin embargo, de eso a pasarles un subsidio a ella y a los demás componentes de la familia mediaba un abismo. ¿Acaso Eichmann y sus colaboradores se habían preocupado por las necesidades materiales de las familias de sus víctimas?

Gabi no se dio fácilmente por vencido y la discusión fue muy viva y prolongada. Aunque rechazaba categóricamente su punto de vista, me sentía orgulloso de que lo defendiera. Se me antojaba maravilloso que en el momento culminante de aquel período de tensión y peligro, una persona como Gabi considerara necesario examinar sus propios actos y analizar la moralidad y humanidad de los mismos. Qué diferencia entre el despiadado asesino y sus compasivos apresadores.

Permanecíamos largas horas conversando y discutiendo en aquella casita argentina mientras el hombre que había conseguido asesinar a millones de personas yacía en una de las habitaciones. La tensión, que se había ido intensificando a lo largo de aquellos días, se suavizó un poco y pareció que no estuviéramos sometidos a un «encarcelamiento de emergencia» en un país extranjero, sino que nos encontráramos charlando con unos amigos en alguna reunión social de Israel.

Antes de abandonar *Tira*, hablé con Gabi a solas con el fin de revisar todas las instrucciones relativas a la manera en que deberían actuar los hombres en caso de emergencia. Teníamos que conseguir eliminar cualquier posibilidad de

huida o intento de suicidio por parte del prisionero. Debíamos velar asiduamente por su salud de tal modo que se encontrara en perfectas condiciones físicas con vistas a su embarque y vuelo a Israel; de ahí la necesidad de que el médico le examinara constantemente. La casa tenía que ofrecer tal aspecto que los vecinos no pudieran percatarse del elevado número de personas que en ella se alojaban; en todo momento tendría que parecer que los únicos ocupantes de ella eran la pareja que la tenía alquilada con algún que otro visitante de vez en cuando. Los hombres debían hablar en voz baja y no abandonar la casa más que cuando ya hubiera anochecido o por alguna causa urgente, tomando siempre especiales medidas de precaución. Nuestras casas de reserva estaban constantemente preparadas a fin de que el prisionero y sus guardianes pudieran trasladarse a ellas en caso de emergencia. Si la policía o los representantes de algún organismo oficial se presentaran en la casa, ésta debería ser evacuada de inmediato por parte de todos aquellos que no tuvieran que desarrollar ninguna función de emergencia, mientras que a Eichmann se le debería ocultar en un escondrijo en compañía de un guardián. Si se tratara no de una inspección rutinaria sino de un registro en toda regla, habría que entretener con algún pretexto a los registradores de tal modo que se pudiera disponer de tiempo para sacar a Eichmann con la menor cantidad de guardianes posible a través de una salida lateral preparada de antemano. Los demás saldrían uno a uno de la mejor manera posible. Todos deberían actuar teniendo en cuenta que la principal consideración sería la de sacar a Eichmann de la casa aunque ello significara poner en peligro la seguridad de aquellos que mantuvieran a raya a los registradores en un intento de apartarles de la pista de Eichmann y sus guardianes.

Si un elevado contingente de fuerzas de la policía les pillara por sorpresa y no tuvieran oportunidad de sacar a Eichmann de la casa, la mayoría de los hombres debería esforzarse por atravesar el cerco y escapar del modo que fuera. Los que quedaran en el interior de la casa deberían entregarse a la policía, revelar la identidad del prisionero, explicar la grave responsabilidad que pesaría sobre los hombros de quienquiera que le dejara escapar y solici-

tar ser recibidos por altos funcionarios civiles o policiales.

No obstante, ahora que ya no se abrigaba ninguna duda en relación con la identidad de Eichmann y que el significado de nuestra acción aparecía con toda claridad, consideré que deberíamos reforzar las medidas de seguridad. Teníamos que procurar salvaguardarnos mejor de la posibilidad de perder a Eichmann por falta de comprensión o descuido por parte de las autoridades o por interferencia de círculos cercanos a los nazis. Por consiguiente, le dije a Gabi que, si ocurriera lo peor y un gran contingente de fuerzas de la policía rodeaba a la casa y no hubiera posibilidad de sacar al prisionero de *Tira*, debería esposar su muñeca junto con la de Eichmann y desprenderse de la llave para que ambos no pudieran ser separados de inmediato. El resto de los hombres debería diseminarse y no permanecer en la zona más que uno o dos de ellos con el fin de informar acerca de lo que había ocurrido y de asegurarse de que Gabi se encontraba bien.

Una vez Gabi —esposado todavía a Eichmann— hubiera sido detenido, explicaría que él y unos cuantos amigos suyos habían capturado al criminal de guerra Adolf Eichmann, que había asesinado a millones de personas pertenecientes a su raza. Su plan, diría, era el de establecer la identidad de Eichmann y conducirle ante las autoridades con el fin de que fuera juzgado. Gabi solicitaría después ser recibido, sin separarse del criminal de guerra, por el más alto funcionario que hubiera a mano en aquellos momentos con el fin de facilitar a éste ulteriores detalles y revelarle todos los antecedentes del asunto.

Pensé que de este modo evitaríamos la liberación de Eichmann por parte de grupos hostiles y nos aseguraríamos de que su captura se daría públicamente a conocer y de que su destino sería decidido en el más alto nivel. Sabía que, a pesar de no caber la menor duda de que sus apresadores serían sometidos a juicio, no tendríamos la menor garantía de que Eichmann también lo fuera. Creía, no obstante, que en el transcurso del juicio que se siguiera contra los secuestradores, se revelaría toda la historia del Holocausto en calidad de antecedente del secuestro, atrayendo con ello la atención del mundo entero sobre los crímenes nazis contra el pueblo judío.

Pensaba, sin embargo, que no tenía el menor dere-

cho a someter a Gabi al suplicio del interrogatorio y el juicio en solitario y le dije:

—Si es apresado junto con Eichmann y comparece ante un alto funcionario de la policía o un representante del gobierno oficial, revelará usted que es israelí y explicará que actuó siguiendo las instrucciones de otro israelí que es el jefe del grupo de voluntarios al que usted pertenecía. —Gabi escuchaba en silencio—. Les dirá que este grupo recibió información en el sentido de que un residente en la Argentina conocido como Ricardo Klement era, en realidad, Adolf Eichmann, el hombre encargado del exterminio de los judíos en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. El grupo llegó a Buenos Aires con el fin de establecer la veracidad de la información. En caso de que averiguaran que aquel hombre era efectivamente Eichmann, tenían el propósito de capturarle y de entregarlo a las autoridades argentinas con el fin de que fuera juzgado por sus crímenes contra la humanidad y el pueblo judío. —Gabi seguía escuchándome en silencio—. Les dirá —añadí— que el nombre del jefe del grupo de voluntarios es Isser Harel. —Ahora hizo ademán de impacientarse pero yo le indiqué por señas que aguardara—. Les facilitará usted la dirección del hotel en que me hospedo y el nombre bajo el cual figuro inscrito en el registro.

—No puede hacer eso —me interrumpió Gabi sin poder contenerse por más tiempo.

—Déjeme terminar —dije—. Cuando les haya facilitado usted mi nombre y la dirección del hotel en que me hospedo, les dirá lo siguiente: Isser Harel me ordenó que facilitara su nombre y dirección a las autoridades argentinas. Él mismo les explicará los motivos de la acción emprendida por el grupo que dirige y responderá de todas las actividades de éste en conformidad con las leyes del Estado y los principios de la justicia y la moralidad.

—Mire, Isser —me dijo Gabi—, que me diga usted que debo esposarme junto con Eichmann e ir a la cárcel con él, es natural y comprensible; pero le pido con todo mi corazón que no me ordene que le entregue a las autoridades. Un hombre que ocupa su cargo no puede permitirse el lujo de ser detenido.

Intenté hacerle comprender lo que pensaba.

—Esta operación, Gabi, no tiene nada en común con

char de un avión que hubiera llegado de Israel ni por qué mostrar ningún interés especial por el mismo. Por otra parte, mientras el aparato permaneciera estacionado en el aeropuerto, los servicios de seguridad y las autoridades del aeropuerto estarían sin duda ocupadas en cuestiones urgentes relacionadas con la llegada de las numerosas delegaciones invitadas a los festejos del aniversario y se prestaría a nuestro aparato una atención puramente rutinaria.

Ya habíamos obtenido permiso para prescindir del habitual sistema de remolque de manera que el aparato pudiera trasladarse a la zona de despegue por sus propios medios atravesando la pista. De este modo podríamos estar seguros de que todo el equipo o, por lo menos, parte del mismo subiría a bordo del aparato mientras éste se encontraba todavía en la zona de mantenimiento de las líneas nacionales argentinas. Esta circunstancia se hallaba incluida en los seis planes.

El primer plan era el de que Eichmann, enfundado en un uniforme de la compañía, sería conducido al aparato junto con los tripulantes encargados de su mantenimiento. Por consiguiente, ya se encontraría a bordo cuando el aparato se trasladara a la pista de despegue. Si se producía algún registro, afirmaríamos que Eichmann era un miembro de la tripulación de reserva que se había tendido porque estaba indispuesto. Caso de que supiéramos de antemano que se iba a efectuar un registro, le ocultaríamos de los inspectores escondiéndolo en algún lugar del aparato.

El plan número dos se pondría en práctica en caso de que no se permitiera a la tripulación subir a bordo del aparato en su lugar de estacionamiento o en caso de que las inspecciones a la entrada de la zona reservada a las líneas aéreas nacionales fueran especialmente rigurosas. En tal caso, Eichmann sería conducido abiertamente al aparato en calidad de miembro de la tripulación —enfermo o bien herido en el transcurso de un accidente de tráfico— y pasaría por todas las habituales formalidades junto con un grupo de tripulantes auténticos.

El tercer plan era idéntico al primero a excepción de un detalle: Eichmann sería un israelí que se habría sentido repentinamente indispuesto y tenía que regresar a Israel a toda prisa. Como es natural, tendría que someterse a

los acostumbrados controles de pasajeros pero, para hacer más verosímil la historia, iría acompañado de un médico encargado de atenderle durante el viaje. Utilizaríamos este plan en caso de que las autoridades mostraran un indebido interés por los miembros de la tripulación.

Dado que era imposible prever lo que ocurriría una vez el aparato llegara a Buenos Aires y cuáles serían las circunstancias que regirían en los decisivos momentos que precedieran al despegue, decidí organizar todos y cada uno de los planes hasta en sus más mínimos detalles e iniciar los preparativos con vistas a su puesta en práctica, incluido todo lo relacionado con el necesario equipo y documentación.

El período de espera fue para el médico mucho peor que para cualquiera de los demás habitantes de *Tira.* Dado que el examen del prisionero no le llevaba mucho tiempo, se leyó todos los libros que había en la casa, escuchó música, utilizó el magnetófono y hasta probó —con escaso éxito— a cocinar. Por consiguiente, se alegró muchísimo cuando yo le invité a reunirse conmigo en la ciudad.

Conocía lo suficiente acerca de nuestras actividades como para no sorprenderse de ninguna de nuestras peticiones y no se inmutó en lo más mínimo al rogarle yo que me enseñara la práctica de la medicina allí de pie en un café de Buenos Aires. Le inundé con preguntas acerca de las posibles clases de heridas que podían producirse en un accidente de tráfico, acerca de las enfermedades cardíacas, acerca de la conmoción cerebral, pérdida del conocimiento, etc. Contestó pacientemente a todas mis preguntas, incluso a la de si una persona podría simular síntomas y engañar a los médicos. Quise saber también si a una persona que hubiera sufrido un ataque cardiaco o una conmoción cerebral se le permitiría, desde el punto de vista médico, viajar en avión y en qué fase de su dolencia se le solía dar de alta en un hospital.

Debió de comprender lo que me proponía porque le aconsejó al hipotético enfermo simular síntomas de conmoción cerebral, dado que ningún médico podría demostrar que el paciente no había sufrido ninguna lesión. Acepté su consejo y pensé que la conmoción cerebral como

cambios ni escalas intermedias. El médico que le facilitaría instrucciones, dije, le indicaría también la manera de simular gradualmente una recuperación de tal modo que los médicos del hospital le autorizaran a viajar en avión cuando llegara el momento. Durante todo el tiempo que permaneciera en el hospital sería informado acerca del comportamiento a seguir.

Nuestro médico se pasaba el día en la ciudad porque las normas de seguridad le impedían regresar a *Tira* antes de que anocheciera y aprovechó la ocasión para describirle a Rafael los síntomas de la conmoción cerebral.

—En el hospital —dijo el médico—, deberá decir que en el momento del accidente iba usted sentado en la parte de atrás de automóvil y que lo único que recuerda es que el vehículo se detuvo bruscamente y usted perdió el conocimiento. Al abrir los ojos, se encontró en su hotel. Dirá que desde entonces sufre usted de vértigo y experimenta una sensación general de malestar.

El médico siguió describiendo la forma en que los síntomas pueden ir desapareciendo gradualmente. Rafael dijo que lo había comprendido y prometió que su enfermedad seguiría el curso que se le había trazado.

Finalizada la reunión, Menashe acompañó de nuevo a Rafael a su hotel, en el que éste les comentó a los empleados el «accidente» que había sufrido rogándoles que llamaran a un médico. Con la ayuda de Menashe, Rafael describió las circunstancias del imaginario accidente y el médico ordenó su ingreso inmediato en el hospital más cercano. Tras escuchar el relato del accidente, el médico de la sala de urgencias insistió en que el paciente fuera sometido a observación y a una serie de análisis.

Muy pronto apareció en la sala el catedrático con su acompañamiento de estudiantes y los alumnos empezaron a examinar uno a uno al paciente siguiendo las instrucciones del profesor. Por la noche le practicaron unos análisis sanguíneos y a la mañana siguiente le radiografiaron la cabeza. El único temor de Rafael estribaba en el hecho de que, en el transcurso de aquellas exhaustas pruebas, los médicos le descubrieran alguna enfermedad auténtica con la que no había contado.

22

Mientras Rafael era atendido con todo esmero en el hospital argentino, Ehud y su destacamento seguían organizando frecuentes reconocimientos de las distintas calles con el fin de establecer el mejor camino a seguir para el traslado de Eichmann desde *Tira* al aeropuerto. Recorrieron docenas de veces las distintas calles que comunicaban los dos puntos a todas horas del día y de la noche con el fin de escoger la hora más adecuada y el camino más seguro.

En la ciudad se estaban empezando a observar signos de los próximos festejos. La policía y otros servicios de seguridad estaban adoptando toda clase de medidas de precaución con el fin de mantener el orden del país y garantizar la seguridad de los ilustres invitados a las ceremonias conmemorativas. En todas las calles de la ciudad y carreteras que daban acceso a la capital, y especialmente en aquellas que comunicaban el aeropuerto con la ciudad, aparecían con frecuencia las patrullas de la policía. La policía escoltaba a los visitantes extranjeros hasta la ciudad y a los personajes locales que se trasladaban al aeropuerto con el fin de recibir a los recién llegados. En algunas zonas se bloqueaban las carreteras y se registraban los automóviles.

Dado que no sabíamos qué andaba buscando la policía, teníamos que estar preparados para cualquier eventuali-

dad. Para nuestros propios desplazamientos escogimos calles secundarias y cruces que no se encontraran en el camino seguido por los dignatarios invitados y sus respectivos comités de recepción. A medida que nos íbamos acercando al aeropuerto en nuestros recorridos de reconocimiento, iban disminuyendo las alternativas y, en las proximidades de aquél, tuvimos que regresar a la carretera principal y viajar en compañía de los automóviles de los invitados a los festejos, la policía y el ejército.

Como consecuencia del intenso tráfico que se registraba en las carreteras y de las medidas especiales que se habían adoptado en el propio aeropuerto, decidimos que tendríamos que drogar a Eichmann cuando le condujéramos allí. Aunque éste se había mostrado deseoso de colaborar desde un principio, no podíamos confiar en que hiciera lo mismo en presencia de extraños y sobre todo durante los controles de seguridad. Por consiguiente, tendríamos que anestesiarle ajustando la dosis a las condiciones del camino y a las distintas fases de la operación. Lo discutimos detalladamente con el médico, al cual se encomendó el manejo de este aspecto del traslado y la plena responsabilidad del bienestar del prisionero.

En la casa refugio se habían desarrollado unas insólitas relaciones entre el prisionero y Eli, que era el encargado de atender sus necesidades personales durante el cautiverio. Eichmann debió intuir que su guardián era especialmente benévolo. Tal vez la atracción fuera tanto más profunda por el hecho de haber sido Eli el hombre que le abordó aquella fatídica noche en las inmediaciones de su casa de San Fernando.

Sea como fuese, el caso es que empezaron a charlar —el apresor en pintoresco yiddish y el prisionero en alemán con acento austriaco— y que las conversaciones se fueron alargando progresivamente hasta ocupar todo el tiempo que Eli transcurría en compañía del prisionero. Muy pronto resultó evidente que sería imposible obligar a Eli observar la norma que prohibía cualquier tipo de conversación con el prisionero.

En su ciega adulación de la fuerza, Eichmann parecía considerar al hombre que le había apresado como la persona a cuya autoridad debía someterse y no desperdiciaba

ninguna ocasión de halagarle y de rebajarse obedeciéndole. No hizo ningún intento de escapar y hasta se atrevió a expresar su preocupación por su familia.

—No les dejé dinero —dijo—. ¿Cómo podrán vivir mi esposa e hijos?

—No les ocurrirá ningún daño —repuso Eli—. Se las apañarán muy bien sin usted. Pero dígame, por favor, usted que tanto se preocupa por sus hijos, ¿cómo pudieron usted y sus colegas asesinar a decenas y cientos de miles de niños?

—Hoy no puedo entender cómo pudimos hacer semejante cosa —contestó Eichmann casi sollozando—. Siempre estuve del lado de los judíos. Ansiaba hallar una solución satisfactoria a su problema. Hice lo que hacía todo el mundo. Me obligaron al igual que a todos los demás... quería prosperar en la vida.

En la actitud de Eli hacia aquel hombre se mezclaban el desprecio y la compasión. Intentó en vano imaginárselo vestido de uniforme, arrogante y cruel tal como había sido en el pasado. Pero no pudo. Seguía viendo a la desgraciada, despreciable y vil criatura que tenía delante. De vez en cuando accedía a sus peticiones de tomar un poco de vino aunque ello molestara a Gabi.

—No puedo entender cómo es posible que me traten tan bien —solía repetir Eichmann.

Una vez, al traerle Eli a Eichmann un pequeño tocadiscos, Yitzhak irrumpió enojado en la estancia, quitó el disco y se llevó el aparato.

De ahí que no fuera de extrañar que Eichmann consultara con Eli la posibilidad de firmar una declaración en el sentido de que estaba dispuesto a ser juzgado en Israel y de que anunciara que iba a firmarla por consejo de Eli. El texto que le presentamos no contenía más que su consentimiento, en principio, a viajar a Israel con el fin de ser sometido a juicio, pero Eichmann no se mostró satisfecho con el texto y quiso redactar su propia versión:

> Yo, el que suscribe, Adolf Eichmann, declaro por libre voluntad que, puesto que se ha descubierto mi verdadera identidad, comprendo que es inútil seguir intentando evadir la justicia. Estoy dispuesto a viajar a Israel para que se me someta a juicio en

este país ante un tribunal competente. Se me ha asegurado que dispondré de ayuda legal y trataré de ofrecer un relato verídico de las circunstancias de mis últimos años de servicio en Alemania, de manera tal que pueda transmitirse una auténtica imagen de los hechos a las generaciones futuras. Hago esta declaración por mi libre voluntad. No se me ha prometido nada y no se me ha amenazado. Deseo poder alcanzar finalmente la paz interior. Dado que no estoy en condiciones de recordar todos los detalles y que tal vez esté confundido en relación con ciertos hechos, solicito que se me conceda ayuda en mis esfuerzos por establecer la verdad permitiéndoseme el acceso a documentos y pruebas.

(Firmado) Adolf Eichmann

Buenos Aires, mayo de 1960

Entretanto, seguíamos examinando la prensa argentina, en la que no se publicaba la menor referencia a la desaparición de Klement. Menashe dedicaba buena parte de su tiempo a la lectura de los periódicos en español, mientras que los demás —tanto los hombres que se hallaban diseminados por Buenos Aires como los que se alojaban en la casa refugio— se repartían los periódicos en alemán e inglés. No había noticia ni anuncio que escapara a los ojos de los lectores pero cada día el examen de la prensa conducía al mismo resultado: ni la menor alusión, ni la menor señal.

Este hecho preocupaba a los hombres de *Tira*. Suponían que la desaparición de Klement habría repercutido en el país y esperaban por lo menos descubrir alguna noticia en la que se solicitara la ayuda del público en las tareas de búsqueda. Tales noticias las hubieran interpretado como una demostración del fracaso en la búsqueda, mientras que la ausencia de cualquier mención a la desaparición se les antojaba una mala señal y les inducía a llegar a la conclusión de que sus adversarios debían de estar actuando en secreto y no deseaban poner las cartas boca arriba.

Mi opinión era diferente, tal como ya he dicho, de la suya. El silencio no sólo no me inquietaba sino que hasta

me parecía una confirmación de mi primera hipótesis en el sentido de que la familia y los amigos de Eichmann pertenecientes al círculo de exiliados nazis no se apresurarían a comunicar a las autoridades su preocupación por la desaparición de aquel hombre. El completo silencio que se observaba alrededor de la desaparición de Eichmann se me antojaba una demostración del temor de sus compañeros nazis y de la renuncia de éstos a correr peligro en nombre de su amigo.

Nuestros hombres destacados en el aeropuerto constituían otra fuente de información. Había ordenado a Lazar y a Dan que me informaran inmediatamente acerca de todos los hechos insólitos que allí observaran, de la posibilidad de controles más rigurosos y de cualquier otra cosa que se apartara de la norma. Sus informes regulares me permitieron cerciorarme de que no se llevaba a cabo ningún control ni registro especial en los aparatos que despegaban. Todo seguía su curso normal, lo que demostraba todavía más que las autoridades no estaban buscando a Eichmann.

En el transcurso de los febriles días que precedieron a mi partida de Israel, yo había estado examinando todos los archivos correspondientes a los criminales de guerra que se creía habían huido a América del Sur. Me había detenido especialmente en la documentación relativa a Josef Mengele, el médico de Auschwitz cuya espantosa crueldad había sido descrita por todos los supervivientes del campo de exterminio. Estaba encargado de las selecciones, de clasificar a los recién llegados; con un indiferente gesto de la mano decretaba quiénes tenían que ser enviados inmediatamente a la cámara de gas y quiénes debían ser enviados a una muerte más lenta por medio de trabajos forzados. Los horrendos actos de brutalidad que había perpetrado en enfermos, mujeres y niños eran del dominio común; de todas las perversas figuras que interpretaron los principales papeles del macabro drama del intento de exterminio del pueblo judío, él era la más destacada por el abominable sadismo con que desempeñaba el papel de heraldo de la muerte.

Nuestra información jamás había sido comprobada pero en ella se señalaba que Mengele vivía en la actuali-

dad —o que había vivido en un pasado no muy lejano— en la Argentina y más precisamente en un suburbio de Buenos Aires. Había decidido desde un principio que, en caso de que se me presentara la ocasión, intentaría localizar a aquel carnicero. En realidad, al comunicarme Nahum Amir, nuestro «agente de viajes» de Europa, que, según sus cálculos, costaría una fortuna organizar un vuelo especial para conducir a Eichmann a Israel, yo le había dicho: «Para que la inversión merezca más la pena, intentaremos traernos también a Mengele».

Todo lo que sabíamos acerca de este hombre lo tenía anotado en un cuaderno en una clave especial que sólo yo podía descifrar (con bastante esfuerzo, por cierto). Ahora, en el transcurso del período de calma —si bien en modo alguno inactivo— que precedería a la llegada del aparato y hallándose todos los preparativos relacionados con el transporte de Eichmann en fase muy avanzada, decidí hacer algo acerca de Mengele.

Las circunstancias no resultaban especialmente favorables. La mayoría de mis hombres se encontraban en la casa refugio y, en el transcurso de su tiempo libre, sólo podían abandonar la casa una vez anochecido. Los demás estaban ocupados con la operación del vuelo y yo me pasaba de diecisiete a dieciocho horas diarias en los cafés de Buenos Aires acudiendo a mis citas con los inquilinos de *Tira*, escuchando los informes de los destacamentos encargados del reconocimiento de las calles y facilitando instrucciones a nuestros representantes en el aeropuerto y a los falsificadores de documentación y lectores de periódicos. Pero la idea de que Mengele tal vez se ocultara muy cerca de nosotros no me dejaba descansar. Desde un principio estuvo claro, sin embargo, que tendría que atenderme a una norma: a pesar de mi intenso deseo de localizar a Mengele, no podría atreverme a dar ningún paso susceptible de perjudicar nuestro principal objetivo, es decir, la operación Eichmann.

El día en que visité la casa refugio le pedí a Kenet que interrogara a Eichmann acerca de Mengele. Le dije que no le preguntara si conocía a Mengele o en qué lugar se ocultaba éste sino que le dijera que sabíamos que aquel hombre se encontraba en Buenos Aires y que él debía facilitarnos su dirección exacta.

La respuesta de Eichmann no fue muy alentadora. No negó conocer a Mengele pero afirmó que no sabía dónde se encontraba éste y que jamás había oído decir que se encontrara en la Argentina o algún otro lugar de América del Sur. Eichmann se negó a decir más y, para justificar su negativa, le dijo a Kenet que no deseaba traicionar a sus amigos. Su respuesta se me antojó una confirmación de dos cosas: de que Mengele no se encontraba lejos y de que él y Eichmann habían estado en contacto.

Al insistir Kenet, Eichmann se sacó de la manga otro motivo que justificara su negativa: temía, dijo, lo que pudiera ocurrirles a su esposa e hijos. No comprendimos lo que había querido dar a entender con tal afirmación. ¿Temía que, si traicionaba a Mengele, alguien tomara represalias en las personas de su esposa e hijos? ¿O temía tal vez que no quedara nadie que pudiera ayudarles económicamente?

Le dije a Kenet que le prometiera a Eichmann que nos encargaríamos de la manutención de su familia si él nos facilitaba la dirección de Mengele. Pero fueron inútiles todas nuestras presiones y promesas. Mi impresión fue la de que se aterrorizó al solicitarle nosotros la localización de Mengele y que su obstinación se debió no tanto a un sentido de la lealtad cuanto a la simple cobardía.

No seguimos presionándole porque me interesaba poder contar al máximo con su colaboración en el transcurso de la salida de la Argentina y el vuelo a Israel. Por consiguiente, nos limitamos a intentar convencerle y a hacerle promesas de carácter material. Al final, Eichmann reveló que Mengele había estado en Buenos Aires hasta hacía poco tiempo y que se había alojado en una casa de huéspedes regentada por una alemana apellidada Jurmann.

Para localizar a Mengele me hacían falta más hombres. De todos los componentes de las fuerzas especiales tal vez sólo Menashe pudiera dedicarme parte de su tiempo; al enterarse Shalom Dani de la nueva misión, me rogó que le permitiera intervenir. Pero dos hombres no bastaban... nos hacían falta más, sobre todo personas que hablaran español.

Le rogué a Menashe que me enviara a Meir Lavi, el hombre que nos había servido de enlace la noche de la cap-

tura. Meir y su esposa habían emigrado del norte de África a Israel en 1955. Se habían incorporado a un kibbutz y más adelante él se había licenciado en la Universidad Hebrea en literatura hebrea e historia judía. En 1958, unos parientes cercanos les habían invitado a un país limítrofe con la Argentina en el que se habían quedado a vivir. Menashe había conocido a Meir en el transcurso de una estancia anterior de ambos en Buenos Aires y me lo había sugerido como posible enlace. Después de aquella noche yo le había rogado a Meir que permaneciera en Buenos Aires por si le necesitáramos de nuevo, y él y su esposa esperaban un mensaje de Menashe en el sentido de que ya no les necesitábamos. Pero decidí movilizarles de nuevo.

Se reunió conmigo en un café y le pregunté qué tal dominaban él y su esposa el español y si podrían hacerse pasar por naturales del país. Se me había ocurrido la idea de que alquilaran una habitación en la casa de huéspedes de la señora Jurmann.

Meir me pareció una persona inteligente y capaz de llevar a cabo con éxito la misión que se le encomendara. Por desgracia, ni él ni su esposa dominaban suficientemente el español como para poder convencer a nadie de que eran argentinos. Deseaba que, con la ayuda de ciertas fotografías que yo les entregara, averiguaran en la casa de huéspedes —que, al parecer, era considerada un refugio seguro para los nazis buscados— si Mengele todavía la visitaba. Sin embargo, temía que la presencia de un matrimonio extranjero resultara sospechosa.

Le pregunté a Meir si conocía a algún otro matrimonio que pudiera alojarse en la pensión Jurmann y dar la impresión de ser argentino. Lo conocía: un matrimonio israelí, Ada y Binyamin Efrat, también kibbutzniks, con el que se había reunido en distintas ocasiones en el país donde vivían. Les habían concedido un largo permiso con el fin de que Binyamin pudiera atender los negocios de su familia tras enfermar su padre. Ada había nacido en Buenos Aires y Binyamin en el país en el que estaba transcurriendo el permiso. Tras contraer matrimonio, habían vivido en la capital argentina hasta que emigraron a Israel.

Meir dijo que sus amigos eran absolutamente de fiar. Le pedí que fuera a por ellos y le dije que el asunto no podía esperar y que tendrían que venir en seguida, haciendo caso omiso de cualquier consideración familiar o de negocios.

A la mañana siguiente, Binyamin Efrat se encontraba sentado frente a mí en mi café «de servicio». Bastó una mirada para convencerme de que se trataba del hombre que me hacía falta. Hablaba el español con fluidez y hubiera podido pasar por un argentino corriente. Había oído hablar de Mengele pero no sabía gran cosa acerca de él. Le dije que disponíamos de información en el sentido de que aquel sádico se encontraba en Buenos Aires y que intentábamos localizarle. Dijo que estaba dispuesto —sin reserva alguna— a llevar a cabo cualquier misión relacionada con Mengele.

Le presenté a Shalom Dani, quien se encargaría de facilitarle las necesarias instrucciones. Aquel día, Shalom efectuó una visita de reconocimiento al elegante barrio de Vicente López, donde se hallaba ubicada la casa en la que se decía que vivía Mengele. Encontró el lugar utilizando un plano y sin preguntar nada a nadie. Se trataba de una villa aislada situada en una estrecha calleja en medio de un bien cuidado césped y rodeada de una valla blanca de estacas. A un lado había una entrada de vehículos y al otro unos peldaños.

Al anochecer, Shalom acompañó a los Efrat a Vicente López y les mostró la casa. Les dijo que recorrieran la zona y trataran de averiguar de una forma indirecta quién vivía en la casa y de qué clase de gente se trataba.

Ada y Binyamin se inventaron una excusa verosímil para sus preguntas y se dirigieron a una de las villas cercanas con el propósito de efectuar averiguaciones. Les dijeron que los inquilinos de la casa por la que se interesaban eran norteamericanos.

Al enterarme, pensé que tal vez los vecinos hubieran dicho la verdad y que fuera cierto que vivieran allí unos norteamericanos, lo que no excluía la posibilidad de que Mengele también se alojara en la casa haciéndose pasar por norteamericano. Le pedí a Shalom que se trasladara allí a primeras horas de la mañana siguiente y que vigilara la casa, echara un vistazo a los inquilinos y tratara de establecer por su aspecto si eran norteamericanos o bien alemanes. Y le pedí, como es lógico, que tratara de comprobar si alguno de ellos tenía algún parecido con Mengele.

Para que su presencia en el barrio resultara menos sospechosa, Shalom le rogó a Ada Efrat que le acompañara. La vigilancia duró desde las seis hasta las diez de la mañana y Ada se pasó el rato contándole a Shalom en fluido español todo lo relativo a una película que había visto. Él no conocía más que unas pocas palabras de español pero se esforzó en hacer comentarios utilizando su reducido vocabulario. La vigilancia resultó en cierto modo decepcionante: nadie que se pareciera a Mengele ni de lejos entró o salió de la casa. Muy temprano vieron salir a dos niños pero no sabían si aquellos niños tenían algo que ver con Mengele.

Al día siguiente, Meir y Binyamin hicieron otro reconocimiento. Shalom le dio a Meir una cámara de cartera y le enseñó el modo de utilizarla. Les dijeron que fotografiaran a todas las personas que entraran o salieran de la casa. Aquel día sólo vieron salir muy temprano a los niños, los cuales debían de dirigirse a la escuela. Meir los fotografió pero la fotografía salió defectuosa.

Me estaba empezando a impacientar. Le expliqué a Binyamin que el tiempo apremiaba y que teníamos que llevar a cabo un urgente esfuerzo encaminado a descubrir quiénes eran los ocupantes de la villa. Decidí poner en práctica un método más breve y más directo de identificación.

Binyamin se trasladó a Vicente López a la mañana siguiente. Paseó por las calles por espacio de dos horas hasta que se tropezó con un cartero. Se le acercó y le preguntó cortésmente:

—Usted perdone, ¿podría ayudarme? Estoy buscando a mi tío que es médico. Perdí el contacto con él hace mucho tiempo. Sé que vivía en este barrio pero no conozco su dirección exacta.

—¿Cómo se llama su tío? —preguntó el cartero.

—Es el doctor Menelle.

—¿El doctor Menelle? Ah, sí, había una persona apellidada así en este barrio. Vivía allí —el cartero señaló la casa sospechosa— hasta hace unas semanas, tal vez un mes.

—Qué mala suerte —dijo Binyamin—, he llegado tarde. ¿No dejó su nueva dirección? ¿Dónde entrega usted sus cartas?

—Pues, no lo sé —repuso el cartero encogiéndose de hombros—. No me han dicho nada acerca de una nueva dirección.

—Tal vez lo sepan los nuevos inquilinos de la casa —dijo Binyamin—. ¿Sabe usted quién vive allí ahora?

—El nuevo inquilino es un ingeniero de África del Sur —repuso el cartero—. ¿Por qué no le pregunta a él sobre el particular?

—Muchas gracias —dijo Binyamin y acudió a informarme en seguida.

El hecho de que el doctor «Menelle» no hubiera dejado su nueva dirección confirmaba mi creencia de que nos encontrábamos en la pista de Mengele. Pudiera ser que éste se hubiera asustado a causa de algo y hubiera decidido cambiar de escondrijo. Pero se trataba de averiguar si había abandonado Buenos Aires y la Argentina o bien si se había trasladado simplemente a otra zona de la ciudad.

Supuse en cualquier caso que el cartero habría dicho la verdad y atribuí gran importancia al descubrimiento de pistas recientes del médico asesino. Nos quedaba por averiguar si Mengele le había rogado al cartero que mantuviera en secreto su nueva dirección, lo cual podríamos averiguarlo en la estafeta local de correos. Instruí a Binyamín acerca de las preguntas que debería hacer, recordándole que evitara hablar con el cartero que ya le había visto con anterioridad.

Binyamin acudió a la estafeta de correos que se encontraba a unos cuatrocientos metros de la villa —eligiendo una hora en que los carteros se encontraran efectuando el reparto— y le preguntó al funcionario si el doctor Mengele (le había dicho que esta vez no falseara el nombre), que había vivido hasta hacía poco tiempo en el barrio, había dejado su nueva dirección. El funcionario dijo que Mengele había estado viviendo allí hasta hacía un mes pero que lamentaba tener que comunicarle que no conocía su nueva dirección y que todas las cartas que llegaban a su nombre se devolvían al remitente.

En mis notas acerca de Mengele había otro dato que me permitía abrigar esperanzas de poder llegar a descubrir su nuevo escondrijo: Mengele se hacía llamar ocasionalmente Gregor y poseía dos o tres tornos en un ga-

raje. Conocíamos la dirección del garaje, situado también en Vicente López. Cabía la esperanza de que Mengele no hubiera cortado sus relaciones con el garaje al mudarse de casa hacía un mes.

Al facilitarle instrucciones a Binyamin acerca de su visita al garaje, lo hice basándome en la premisa de que los propietarios conocerían al Gregor cuyos tornos utilizaban. Pensé que no era posible que hubieran mantenido relaciones de negocios con él sin descubrir que empleaba distintos apellidos para distintos propósitos, sobre todo teniendo en cuenta que últimamente había estado viviendo muy cerca del garaje y los vecinos le conocían por su verdadero apellido. Podía deducirse por tanto que los propietarios del garaje eran aliados suyos o que en cualquier caso mantendrían el secreto. Era evidente que Binyamin tendría que actuar con mucha cautela al acudir al garaje y que tendría que contar una historia verosímil.

Al final se nos ocurrió la idea de que acudiera allí para hacer un pedido de una gran cantidad de tornillos de rosca a la izquierda. Diría que se había pasado el día entero recorriendo la ciudad para acabar encontrando un solo tornillo de aquel tipo y que, al intentar adquirir más en las ferreterías, le habían dicho que aquellos tornillos ya hechos sólo podían encontrarse en los talleres que se dedicaban a tornería. Se hizo con la tarjeta de visita de uno de los más importantes garajes de la ciudad para producir la impresión de que era un representante del mismo.

En el taller en el que supuestamente se encontraban los tornos pertenecientes a Gregor habló con la secretaria y le explicó que representaba a un importante garaje y necesitaba una gran cantidad de tornillos de rosca a la izquierda. Le habían recomendado el taller del señor Gregor y deseaba hablar con este caballero. La secretaria le rogó que tomara asiento y abandonó la estancia. Binyamin la oyó hablar con alguien de fuera pero no pudo captar el contenido de la conversación. La secretaria regresó, le examinó sin decir una palabra y salió una vez más de la estancia. Regresó a los pocos minutos y le dijo que allí no había nadie apellidado Gregor y que no se dedicaba a tornería.

Al enterarme de lo que le había ocurrido a Binyamin en el garaje, estuve seguro de que nuestra segunda infor-

mación se basaba también en la verdad. Era evidente que si los del garaje no hubieran conocido a Gregor, la secretaria se lo hubiera dicho así a Binyamin en seguida. No hubiera habido necesidad de consultar con nadie acerca de la respuesta que tenía que facilitar. Aunque fuera nueva en el trabajo, lo más natural hubiera sido decirle a Binyamin que iría a ver si había alguien llamado Gregor. Su comportamiento había demostrado en cambio que no se había sorprendido de la pregunta acerca de Gregor y que no era la primera vez que oía aquel apellido. Era evidente que le habían dicho que regresara, echara un vistazo al visitante, lo describiera a sus patronos y volviera para comunicarle que no había en el taller nadie que se apellidara de aquel modo.

Era lógico suponer que Mengele tenía establecida alguna relación con el garaje y que, en caso de que siguiera manteniéndola, cuidaba de hacerlo en secreto. Estaba seguro de que la gente del taller nos hubiera conducido hasta Mengele si hubiéramos dispuesto de un equipo de profesionales —como las fuerzas especiales que en aquellos momentos se hallaban ocupadas en la operación Eichmann y que pudieran invertir en ello el tiempo, la paciencia y la habilidad necesaria. Sin embargo, yo no disponía —durante muy pocos días— más que de una serie de personas que carecían de experiencia en actividades clandestinas. No me quedaba más remedio que desistir de intentar localizar a Mengele de este modo.

Sólo podíamos hacer una cosa: inspeccionar directamente la villa de Vicente López para averiguar si los vecinos, el cartero y el funcionario de correos nos habían inducido a error ya fuera deliberadamente o bien por ignorancia. Antes de abandonar la Argentina, quería asegurarme de que había hecho todo lo que había podido para localizar al despiadado «Ángel de la Muerte» de Auschwitz y conducirle a Israel a fin de que fuera sometido a juicio con Adolf Eichmann. Decidí por tanto intentar averiguar por última vez si Mengele seguía viviendo en la casa.

23

Asher Kedem tenía previsto emprender viaje con destino a Israel el día 10 de mayo para supervisar los preparativos finales del vuelo especial. Al aplazarse a última hora su partida al 11 de mayo, se imaginó que el aplazamiento debía de estar relacionado con la operación de captura y estuvo muy preocupado hasta que se le dijo que no había obedecido más que a una causa técnica.

El día de su partida acudió al aeropuerto con mucha antelación y procuró que le viera la mayor cantidad de personas posible para asegurarse de que éstas pudieran recordarle. Procuró mostrarse alegre y despreocupado pero estaba sufriendo los efectos de una gran tensión. Le había dicho que no se marchara hasta recibir mis instrucciones finales y a duras penas lograba ocultar su impaciencia. Sabía que ya se había alcanzado la fase más crítica de la operación y esperó durante horas la señal de que todo había ido bien.

Tras lo que a Asher se le antojó una espera interminable, apareció Menashe perfectamente tranquilo. La expresión de su rostro no permitía adivinar nada.

—¿Tiene usted algún recado para mí?

—Sí, puede marcharse según lo acordado.

—¿Nada más?

—Nada más.

Kedem no podía comprender qué le ocurría al charlatán de Menashe que precisamente en aquellos momentos se mostraba tan parco en palabras. Pero no se atrevió a dirigirle más preguntas. Tuvo que conformarse pensando que, si hubiera ocurrido algún percance, yo no le enviaría a Israel con el fin de que preparara el vuelo especial. Se despidió alegremente de Menashe y salió con destino a Nueva York a las once de aquella noche. A la tarde del otro día siguió viaje en un aparato de El Al. Cuanto más se acercaba a Israel tanto más aumentaba su nerviosismo. Sabía que había sido el primero en abandonar la Argentina tras la captura de Eichmann y que hubiera debido estar en condiciones de llevar la noticia a Israel..., pero allí estaba, sin poder contárselo a nadie. Aunque, en realidad, no sabía nada al respecto.

Cuando el aparato estaba a punto de despegar de Roma en la última escala del viaje a Israel, vio subir a bordo a Haggai, mezclado entre los demás pasajeros. Sin detenerse a pensar, Kedem se le acercó y le dijo:

—*Mazel tov.*

Haggai le miró un poco sorprendido y no respondió a su felicitación. Pensándolo mejor, Kedem comprendió que, si Haggai regresaba a Israel procedente de Europa, no podía saber que Eichmann había sido capturado la noche anterior y experimentó la desagradable impresión de que Haggai debió de pensar que estaba un poco chiflado. Pero al tomar tierra el aparato en Lydda, vio que le estaban esperando Hillel Ankor y Leora Dotan. Haggai se les unió y Kedem pudo entonces comunicarles a los tres la noticia:

—¡Eichmann se encuentra en manos israelíes!

Pocos días antes de que tuviera lugar el vuelo especial, Hillel Ankor llamó a Yoram Golan para hablar con él.

—Tengo que revelarle un secreto —empezó a decirle. En realidad, sabía que su revelación no constituiría para Yoram una auténtica sorpresa, dado que círculos cercanos al grupo de la operación ya habían comprendido la relación existente entre la súbita desaparición de varios destacados agentes, el interés que últimamente se había puesto de manifiesto en relación con los archivos correspondientes a los criminales de guerra nazis y el rumor que corría en los círculos más restringidos acerca de la cap-

tura de Eichmann. No, Yoram Golan no se sorprendió en absoluto al decirle Hillel—: Adolf Eichmann se encuentra en nuestras manos y tal vez tenga usted que viajar a la Argentina para contribuir a transportarle a Israel. ¿Estaría usted dispuesto a ir?

—¿Cómo podría dudar de tal cosa? —dijo Yoram.

—Muy bien. Debe disponerse a partir inmediatamente. Y a traer todas las fotografías que tenga de usted.

Yoram tenía motivos para ansiar participar en la operación Eichmann: sus padres, sus hermanos y su abuelo de 107 años habían sido asesinados por los alemanes.

Al día siguiente, Hillel y otro hombre examinaron varias fotografías de Eichmann vestido de uniforme y de paisano y las cotejaron con las fotografías que Yoram había traído. Yoram se estremeció mientras observaba a los otros dos comparando las fotografías. Les oyó decir que había cierto parecido pero que sería necesario tomarle a Yoram otras fotografías una vez le hubieran aplicado a éste el maquillaje. Se sorprendió al comprobar que le habían elegido para actuar de doble de Eichmann. Experimentó un momentáneo y fugaz sentimiento de renuncia. Pero después se dijo que bien tenía alguien que desempeñar aquel papel y, en realidad, qué más daba cuál fuera su papel mientras pudiera tener el privilegio de ser uno de los hombres que trasladara a Eichmann a Israel.

Fue necesario un largo proceso de fotografías desde distintos ángulos y con distintas clases de maquillaje para obtener una imagen de Yoram completamente satisfactoria. A los pocos días fue enviado a las líneas aéreas con el fin de que le facilitaran un uniforme de tripulante. Hillel le explicó que volaría a la Argentina en calidad de miembro de la tripulación apellidado Zichroni. En el vuelo de regreso a Israel tal vez Eichmann viajara con la documentación preparada para Yoram, en cuyo caso Yoram abandonaría la Argentina siguiendo otra ruta.

Junto con Yoram, y disfrazados también de empleados de las líneas aéreas, viajarían otros dos agentes: Yoel Goren, que había reconocido la casa del número 4261 de la calle Chacabuco en 1958, y Elisha Naor. Ambos actuarían de acompañantes y guardianes del tripulante «enfermo» Zichroni en su vuelo de «regreso» a Israel. Tendrían que

hacer frente a todos los problemas que surgieran durante el viaje, a los registros que se efectuaran en las distintas escalas, a los aterrizajes forzosos y a cualquier otra contingencia.

Leora se encargó de facilitar documentación a los tres nuevos empleados de las líneas aéreas. Nadie supo cómo consiguió los papeles necesarios pero, al final, le presentó a Hillel Ankor unos documentos que no se diferenciaban en lo más mínimo de los del resto de la tripulación. Los tres guardaron sus respectivos uniformes en las maletas y subieron a bordo del aparato vestidos de paisano. La delegación creyó que se trataba de unos pasajeros corrientes mientras que los tripulantes pensaron que se trataba de hombres pertenecientes al Servicio de Seguridad encargados de proteger a la delegación en el transcurso de su estancia en Buenos Aires.

Tenía el propósito de encomendar a Yoel y Elisha una nueva misión: había estado considerando la posibilidad de utilizarles en una operación comando de última hora con el fin de poder incluir a Mengele entre los pasajeros del aparato... en caso de que consiguiéramos localizarle a tiempo.

El horario del vuelo especial había sufrido dos modificaciones. La fecha inicial del 11 de mayo se aplazó al 14 debido a las dificultades que planteaba el hecho de tener que suprimir un aparato de los vuelos regulares en plena temporada alta. Después, atendiendo a la petición de los funcionarios argentinos de protocolo, fue aplazada de nuevo al 18 de mayo. Las líneas aéreas anunciaron el cambio señalando que el vuelo desde Lydda a Buenos Aires se emprendería a las once de la mañana del día 18 de mayo haciendo escala en Roma, Dakar y Recife (Brasil), con llegada a Buenos Aires hacia las cinco de la tarde del día siguiente. El aparato emprendería de nuevo el viaje de regreso desde Buenos Aires a las cinco de la madrugada del día 21 de mayo, llegando a Recife a las doce y veinte del mediodía; permanecería detenido en Recife una hora y después volaría a Dakar, adonde llegaría a las siete treinta de la tarde; otra hora en Dakar y emprendería vuelo a Roma con llegada a las cuatro cuarenta y cinco de la madrugada del día 22 de mayo; finalmente, tras per-

manecer detenido también en Roma una hora, emprendería la última etapa del viaje con llegada a Lydda prevista para las nueve cuarenta y cinco de la mañana.

La responsabilidad de todas las actividades de las líneas aéreas en el hemisferio occidental, incluida América del Sur, recaía en las oficinas de Nueva York. Al enterarse del vuelo especial, los de allí se molestaron enormemente... y el hecho de haberse enterado de la noticia a través de los periódicos se consideró un duro golpe a su autoridad. El gerente de las oficinas de Nueva York protestó ante Moshe Tadmor y afirmó que se había desperdiciado una excelente oportunidad para una vasta campaña de publicidad de la compañía en Buenos Aires. Le molestó también haber perdido la ocasión de vender pasajes en Nueva York a viajeros que desearan trasladarse a Israel vía América del Sur. Tadmor se disculpó explicándole que la compañía no había podido controlar por completo el vuelo por ser su propósito de carácter político y que la fecha del vuelo se había aplazado varias veces por motivos también políticos; de ahí que todos los anuncios oficiales hubieran dependido de la autoridad de los organismos políticos. Tadmor escribió a sus amigos de Nueva York:

> No se nos ocurrió pensar en las posibilidades mencionadas en su carta; sin embargo, por poderosos motivos que no puedo especificar aquí, tampoco se hubieran podido aprovechar tal como hubiera sido nuestro deseo... Le ruego tenga la bondad de abstenerse de intervenir, comentar o hacer observaciones en relación con este vuelo tanto en nuestras oficinas como fuera de ellas y dejar todo este asunto en manos de la oficina central, a no ser que se solicite explícitamente su participación.

Huelga decir que el gerente de las oficinas de Nueva York se disculpó más adelante por su ingerencia.

Asher Kedem pasó por cinco difíciles días antes de que el aparato despegara de Lydda pero, al final, pudo sentirse orgulloso de sus logros. La tripulación estaba integrada por la flor y nata de la compañía: el piloto era el capitán Yoav Meged, a quien se unió en Dakar el capi-

tán Gad Nishri; había también dos excelentes mecánicos de aviación con todas las herramientas y piezas de recambio que pudieran llevar consigo; el equipo especial fue subido a bordo de acuerdo con las instrucciones y a los tres tripulantes que nosotros habíamos aportado se les facilitó cuanto pudieran necesitar.

La delegación oficial estaba integrada por personas que contribuirían a aumentar el prestigio de Israel e incluía a uno de los más eminentes oficiales del Ejército, el brigadier Zorea, que era por aquel entonces jefe del Mando del Norte. Los delegados no sabían nada en absoluto acerca del drama del vuelo. Entre los pasajeros figuraban el embajador designado para el Uruguay con su familia, otro diplomático israelí que se trasladaba a América del Sur con su familia y el rabino Efrati, que iba a Buenos Aires en nombre del gran rabino con el fin de supervisar el *kashruth.* * La delegación fue despedida en el aeropuerto de Lydda por el embajador argentino en Israel, por el director general del Ministerio de Asuntos Exteriores, por directivos de la compañía y varios corresponsales de prensa.

A pesar del sigilo que habíamos observado en relación con el vuelo especial, fue imposible evitar que algunas personas, sobre todo los miembros de la tripulación, se percataran de algunos hechos extraños y llegaran a ciertas conclusiones. Gad Nishri, por ejemplo, dijo que en cuanto le habían comunicado que iba a actuar de copiloto comprendió que el vuelo estaba relacionado con alguna operación especial. Le bastó con echar una ojeada a la lista de los demás tripulantes para que sus sospechas quedaran confirmadas. Gad era un veterano del *Palmach* y había servido como piloto en el transcurso de la Guerra de la Independencia. Resultó herido en el rostro cuando el «Primus» (un desvencijado y pequeño Piper Cub) en el que volaba se dedicaba a transportar armas con destino al famoso convoy de Nebi Samwil, cercado por los árabes. Más adelante, viajó al extranjero con el fin de obtener

* Serie de normas de alimentación prescritas a los judíos. *(N. de la R.)*

el título de piloto y durante varios años estuvo al mando de una escuadrilla de transporte y paracaidismo de las fuerzas aéreas. Tal vez su experiencia en el *Hagana* le indujo a suponer que el vuelo debía de estar relacionado con los criminales de guerra nazis. Tal vez recordó la «Lista Negra de Seguridad» de octubre de 1947, número 8, del *Hagana* en la que se advertía a los hombres contra Adolf Eichmann: «Habla alemán, hebreo, yiddish... no es inconcebible que haya logrado infiltrarse en Israel».

Sea como fuere, lo cierto es que, en Dakar, Gad saludó a Kedem diciéndole:

—¿A quién van a traer, a Mengele o a Eichmann?

Kedem se quedó de una pieza. ¿Cómo habría llegado aquella noticia hasta Dakar? ¿Cómo podía Nishri conocer el secreto mejor guardado del mundo? Comprendió inmediatamente que su mirada de asombro debía de haber confirmado las sospechas de Nishri y llegó a la conclusión de que sería mejor decirle la verdad y rogarle que guardara el secreto en lugar de que siguiera haciendo preguntas y expresando sus sospechas.

—¿Quién se lo ha dicho? —le preguntó.

—Nadie.

—Mire —repuso Kedem—, van a traer a Eichmann. Es un secreto y, caso de que se revelara, la operación fracasaría. Tiene que prometerme que no abrirá la boca.

—No se preocupe, Asher, no se preocupe —dijo Gad besando jubilosamente a Asher en ambas mejillas.

Gad sustituyó a Meged en el asiento del piloto y debió pasarse el largo viaje desde Dakar a Recife recordando la época en que había oído hablar de Eichmann por primera vez. Era un muchacho en la Viena de los años treinta cuando circuló por la ciudad el rumor de que Eichmann, el comisario de asuntos judíos, le había prometido a Hitler un regalo de cumpleaños: una Viena *Judenrein* (libre de judíos).

Nishri tenía catorce años cuando Austria fue anexionada a Alemania. Para él este hecho se tradujo en su expulsión de la escuela y el desalojo de su familia de la vivienda que ocupaba. De todos los terribles espectáculos que contempló aquellos días, uno en especial había quedado grabado en su memoria: vio una turba alemana abalanzarse sobre un viejo rabino, meterle por la fuerza en la boca un trozo de manteca de cerdo y, con un rugido de victoria, prender fuego a su barba. Varias personas presenciaron el hecho pero ninguna pronunció una sola palabra de protesta.

Tras la «Noche de Cristal», el padre de Gad consiguió huir a Amberes y los demás miembros de la familia Nishri se reunieron con él más tarde. En 1940, y bajo los auspicios de la *Aliya* Juvenil, Gad se trasladó a Israel pero su familia quedó atrapada en Bélgica durante la invasión nazi. Todos fueron enviados a Auschwitz para no regresar jamás. Unos veinte parientes de Gad murieron en los campos de exterminio nazis. Ahora el hombre que lo había dirigido todo, el capataz de la fábrica asesina, iba a ser conducido a Israel en aquel avión para ser juzgado por sus crímenes.

Nishri no fue el único que advirtió algo insólito en el vuelo especial. Fritz Shefer, perteneciente al departamento de servicios de la compañía, intuyó también que se estaba tramando algo cuando le dijeron que tendría que formar parte de la tripulación del aparato que conduciría a la Argentina a la delegación oficial israelí. Le comunicó a su amigo Yoav Meged sus sospechas. Yoav, sin embargo, no hizo comentario alguno a las conjeturas de Fritz y se limitó a decirle que no lamentaría haber sido elegido para participar en aquel vuelo. La críptica observación contribuyó a aumentar más si cabe la curiosidad de Fritz. Y al ver a tres nuevos miembros de la tripulación a los que no conocía, le preguntó a Meged:

—Esos tres... ¿son de fiar?

Yoav esbozó una misteriosa sonrisa y le dijo a Fritz:

—Al ciento por ciento. Y no te sorprenda que por el camino recojamos a otro a quien tampoco conozcas.

Y dejó a Fritz solo con sus pensamientos... unos pensamientos que sin lugar a dudas debieron girar en torno a su infancia en Alemania. Dos veces había escapado de los nazis: la primera vez en 1938, cuando había huido a Dinamarca con la ayuda del *Aliya* Juvenil, y la segunda tras la invasión del país en el que se había refugiado. En plena guerra consiguió trasladarse a Israel a través de Suecia, Turquía y Siria. El largo brazo de Eichmann no le había alcanzado... pero su padre murió en un campo de concentración nazi.

Leo Barkai, uno de los más veteranos camareros de la compañía que se había desplazado a Dakar con anterioridad con el fin de encargarse de las provisiones necesarias para lo que quedara de viaje, también observó a tres desconocidos entre los pasajeros, pero pensó que debía de tratarse de agentes del Servicio de Seguridad destinados a proteger a la delegación oficial. No obstante, antes de tomar tierra en Buenos Aires, les vio vestidos con el uniforme de la compañía y este hecho le dio que pensar. Pensó en los preparativos que habían tenido lugar con anterioridad al vuelo y en la especial composición de la tripulación y todo empezó a adquirir un nuevo significado para él. Algo iba a ocurrir en aquel vuelo, dijo para sus adentros. Captó la atmósfera de tensión que se respiraba entre sus compañeros, pero observó que éstos seguían desarrollando sus ocupaciones con toda normalidad y decidió no decir nada.

Zvi Gutman, el encargado del hangar de las líneas aéreas en Lydda, reaccionó también de la misma manera. El 16 de mayo, el gerente del departamento le ordenó a Zvi que preparara un Britannia con vistas a un vuelo especial. Zvi y sus compañeros fueron sumamente meticulosos en la preparación del aparato destinado a volar a Buenos Aires. Dado que el aparato emprendería un vuelo más largo que de costumbre y teniendo en cuenta que tal vez no se encontraran por el camino buenos servicios de mantenimiento, los trabajos y preparativos tuvieron que ser mucho más esmerados de lo que ya eran generalmente. En el transcurso de los días siguientes, el gerente del departamento acudió varias veces para preguntar si todo se desarrollaba según lo previsto y Zvi dedujo que la dirección de la compañía debía de atribuir una importancia especial a aquel vuelo. Una tarde fue llamado al despacho del gerente del departamento.

—Zvi —dijo—, hemos decidido incorporar al vuelo un mecánico y un electricista. —Se percató de la expresión de asombro del rostro de Zvi y se apresuró a añadir—: Se trata de un vuelo muy largo y por aquellas zonas no hay muchos Britannias y tememos que pueda resultarnos difícil encontrar personal familiarizado con este tipo de aparatos en caso de que se produjera algún contratiempo. La dirección desea que la delegación llegue sin retraso y

por ello hemos decidido incorporar al vuelo dos mecánicos. ¿A quiénes me sugiere usted?

—Como electricista —repuso Zvi—, le sugiero a Negbi. En cuanto al mecánico...

Súbitamente cruzó una idea por su imaginación: ¿por qué no él? Al fin y al cabo, tendría la oportunidad de viajar a América del Sur. Allí tenía parientes. Cualquiera sabía si volvería a presentársele otra ocasión como aquélla.

—Como mecánico, me sugiero a mí mismo —dijo al final sorprendiéndose de su audacia.

El gerente del departamento se mostraba un poco reacio a aceptar la sugerencia. Dado que Zvi era el cerebro rector de los hangares, su ausencia, aunque no fuera más que por unos días, resultaría muy difícil de cubrir. Pero lo pensó rápidamente debido tal vez a la ansiedad que vio dibujarse en el rostro de Zvi. Accedió... y Zvi se convirtió en el más feliz de los hombres.

Zvi trabajó muchas horas antes de darse por satisfecho de las condiciones mecánicas del aparato. Sólo tuvo ocasión de tenderse a descansar una vez hubo despegado el avión. No tardó mucho en incorporarse para echar un vistazo a los miembros de la delegación. Al fin y al cabo, no todos los días se tenía la ocasión de tener al lado a un diplomático y un brigadier. Se percató también de la presencia de los tres desconocidos que no eran ni delegados ni empleados de la compañía y llegó a la conclusión de que debían de ser agentes de seguridad destinados a proteger a la delegación.

Un poco exagerado, pensó. Un vuelo especial y unos guardaespaldas especiales para un vuelo desde Lydda a Buenos Aires..., pero, en el fondo, ¿quién soy yo para juzgar?

Durante el vuelo, Zvi tuvo ocasión de entrar en el compartimento de carga y se sorprendió al descubrir varios artículos que no le eran conocidos. Al regresar a la cabina, empezó a preguntar a los tripulantes si alguno de ellos sabía en qué consistía aquel cargamento. Nadie lo sabía pero Zvi observó que uno de los agentes de seguridad se interesaba por sus preguntas y decidió que sería mejor olvidarse de todo aquel asunto.

La única sorpresa para él en toda aquella serie de insólitos hechos la constituyó el ver a los tres agentes de se-

guridad enfundados en uniformes de la compañía poco antes de que el aparato tomara tierra en Buenos Aires. Zvi decidió fingir no haberse dado cuenta.

El aparato tomó tierra en Recife a las cinco en punto de la madrugada. A pesar de lo temprano de la hora, el embajador israelí en Brasil, Yosef Tekoa, se encontraba aguardándoles en el aeropuerto y miles de judíos se habían levantado más temprano con el fin de dar la bienvenida a la delegación israelí. Los delegados fueron recibidos con vítores por parte de la muchedumbre congregada y los miembros de la tripulación distribuyeron todo lo que pudieron encontrar en el avión susceptible de considerarse un recuerdo de Israel. El jefe de la comunidad judía y el rabino local invitaron a la delegación a efectuar un recorrido por la ciudad.

Entretanto, y tal como era costumbre, Meged y Kedem se habían presentado a las autoridades del aeropuerto con el fin de registrar el plan de vuelo. Se sorprendieron al comunicarles el controlador del aeropuerto que las autoridades brasileñas no les habían concedido permiso de vuelo. Kedem afirmó exasperado que él mismo se había encargado de solicitarlo desde la Argentina, pero el controlador se mantuvo en sus trece y afirmó que no podrían despegar hasta que obtuvieran la necesaria autorización. Añadió que tardarían por lo menos dos horas en obtenerla y quizás hasta seis.

Meged preguntó cómo era posible que hubieran autorizado el aterrizaje del aparato sin permiso, a lo cual contestó el controlador que tenían permiso para aterrizar pero no para sobrevolar el territorio del Brasil. Kedem sugirió que el aparato se desviara hacia el mar para evitar con ello violar el espacio aéreo brasileño, pero el controlador repuso que, en realidad, tenían derecho a sobrevolar el territorio brasileño..., pero no a despegar. El jefe de la delegación y el embajador Tekoa intentaron intervenir pero el controlador se mantuvo firme en lo dicho.

A Yoav el comportamiento de aquel hombre se le antojó sospechoso. Se preguntó si habría trascendido algo a las autoridades brasileñas, ya que de otro modo resultaba un poco difícil comprender el motivo que inducía a aquel sujeto a poner obstáculos en su camino. Kedem

y Tekoa acudieron al consulado israelí de la ciudad con el fin de intentar establecer comunicación con las autoridades de Río de Janeiro pero no lo consiguieron. Al regresar al aeropuerto vieron cómo Meged, desde lejos, agitaba un papel: era la autorización para sobrevolar el territorio brasileño. Meged había resuelto el problema acudiendo al representante de las líneas aéreas argentinas, el cual había obtenido confirmación telegráfica desde Buenos Aires en el sentido de que la autorización de tránsito sobre el territorio brasileño había sido enviada a Recife el día anterior.

Después, estando ya los pasajeros acomodados en el aparato, el controlador del aeropuerto se sacó otra excusa de la manga para aplazar el despegue. Exigió que Meged firmara una declaración de vasto alcance legal relacionada con el vuelo..., algo totalmente contrario a las costumbres que solían regir en todos los aeropuertos. Meged rehusó acceder a su petición y sólo tras una larga disputa se conformó el controlador con una declaración en la que se hacía referencia al lugar de partida, el propósito del vuelo y su destino.

El incidente de Recife desanimó a los miembros de la tripulación que estaban al corriente del verdadero propósito del vuelo y la obstinación del controlador ejerció también sobre los demás un efecto deprimente. Yoav Meged estaba más preocupado que los demás y Gad Nishri temió que se hubiera producido algún contratiempo en la captura de Eichmann.

24

La confusión de Recife demoró en dos horas y media la llegada del aparato a Buenos Aires, pero la recepción se desarrolló según lo previsto. Se había extendido una alfombra roja, una banda interpretó los himnos nacionales y varios niños agitaban banderas al tiempo que vitoreaban a los visitantes. Aparte los funcionarios de protocolo argentinos, acudieron también a darles la bienvenida los componentes de la embajada israelí y los dirigentes de la comunidad judía. La atmósfera fue solemne pero amistosa.

Dan Avner no tuvo tiempo de presenciar las ceremonias. En cuanto la delegación hubo desembarcado, subió a bordo para informar a los dos mecánicos que no estaban autorizados a abandonar el aeropuerto y desplazarse a la ciudad dado que tendrían que vigilar el aparato de noche. Les explicó que había motivos fundados para sospechar que ciertos organismos hostiles se proponían causar desperfectos en el avión.

Se decepcionaron enormemente. ¿Para eso habían emprendido aquel largo viaje desde Lydda? ¿Para permanecer confinados en el aeropuerto y no poder ver Buenos Aires, tan famoso por su belleza? Zvi pensó en los parientes que no tendría ocasión de visitar. ¿Cómo iba a explicarle a su padre que había estado en la Argentina y, sin embargo, no les había visto?

Aharon Lazar y Esther Rosen se encontraban entre los representantes de la compañía que acudieron a dar la bienvenida al aparato. Esther estaba sorprendida por la manera en que se había organizado aquel vuelo especial. Primero le habíamos pedido que nos ayudara a obtener autorización con vistas a la inclusión de pasajeros corrientes en el vuelo de regreso. Había tropezado con innumerables dificultades y se había inventado toda clase de artimañas para superarlas. Y, cuando ya estaba a punto de alcanzar su objetivo, Lazar le anunció de repente que debía abstenerse de seguir desarrollando actividades en aquel sentido. No lograba comprender el motivo de aquella extraña decisión. Todos los pasajes que se hubieran vendido en Buenos Aires habrían representado un beneficio para la compañía. Intentó protestar pero nadie prestó atención a sus quejas. Ahora estaba decidida a apelar a Kedem, que le había encomendado la misión de obtener el permiso relativo a la inclusión de pasajeros en el vuelo de regreso y le preguntaría acerca del motivo de aquel repentino cambio de actitud. No debía saber que la orden de que no se hiciera nada en relación con la inclusión de pasajeros había procedido de mí.

Aquella noche, algunos miembros de la tripulación se alojaron en el hotel del aeropuerto mientras que el resto, incluidos los dos capitanes, se hospedaron en un gran hotel del centro de la capital.

Con anterioridad a la llegada del aparato, yo había trasladado mi cuartel general ambulante a cafés más cercanos al aeropuerto y poco después de la llegada de aquél recibí un informe acerca de las iniciales disposiciones que se habían adoptado en lo relativo a la vigilancia, estacionamiento y preparación del aparato para el vuelo de regreso a Israel. Los delegados no volverían siguiendo el mismo camino. El jefe de la delegación se proponía visitar los Estados Unidos y los demás deseaban también permanecer algún tiempo en el hemisferio occidental. Por consiguiente, el aparato sólo tenía que esperar dos cosas: una exhaustiva revisión técnica y el necesario período de descanso para la tripulación según lo estipulado en las normas internacionales.

Di instrucciones en el sentido de que el aparato fuera vigilado constantemente por la tripulación durante todo

el tiempo que durara la espera. El pretexto para estas medidas de seguridad era que los enemigos de Israel tal vez intentaran causar desperfectos en el aparato, encolerizados como consecuencia de la cordial recepción dispensada a la delegación israelí por parte del gobierno, la prensa y el público argentino. El verdadero objetivo era el de vigilar para impedir que nadie que hubiera relacionado la desaparición de Klement con la llegada del aparato intentara echar un vistazo al avión y a sus tripulantes. Creía también que éste era el único medio de averiguar si había algún organismo gubernamental que estuviera oficial o extraoficialmente interesado en el destino de Eichmann.

Yoav Meged y Asher Kedem acudieron al café poco después de la llegada del aparato. Se les veía cansados, cosa que yo atribuí al largo viaje. Sin embargo, ellos me confesaron que su estado se debía no al cansancio sino a la tensión... No habían logrado descansar a causa del incidente de Recife. Meged afirmó que estaría dispuesto a hacer todo lo que yo le ordenara menos una cosa: aterrizar de nuevo en Recife. Kedem explicó que él no había tenido la culpa; antes de abandonar Buenos Aires con destino a Israel, se había encargado de obtener autorización de tránsito por el espacio aéreo brasileño así como permiso de aterrizaje y no acertaba a comprender a qué habría obedecido el comportamiento del controlador del aeropuerto brasileño.

Le calmé y le dije que no era posible que existiera ninguna relación entre el incidente de Recife y la operación propiamente dicha dado que, de haberse producido algún contratiempo en la operación, las primeras repercusiones se hubieran dejado sentir en Buenos Aires y no en el Brasil. Además, si alguien hubiera abrigado alguna sospecha en relación con la utilización del aparato, lo más probable era que hubiera intentado confirmar sus sospechas antes de que el aparato emprendiera el vuelo de regreso a Israel y no mientras todavía se encontrara de camino en dirección a la Argentina. Aparte todas estas consideraciones, dije, no cabía la menor duda de que la operación se había desarrollado sin incidentes y no había ningún motivo susceptible de inducirnos a sospechar un cambio de situación. Como es lógico, tendríamos que ejer-

cer una constante vigilancia con el fin de poder trasladar a Eichmann al aparato. Esperaba, no obstante, que los planes que habíamos elaborado nos permitieran coronar también con éxito esta fase de la operación.

Ambos se tranquilizaron un poco pero Meged repitió que no volaría de nuevo vía Brasil. Consideraba más factible nuestro primer plan: subir a Eichmann a bordo en la zona de mantenimiento haciéndolo pasar por un miembro de la tripulación que se hubiera sentido indispuesto o bien hubiera sufrido un accidente de automóvil. Decidimos que toda la tripulación se trasladaría en grupo a la zona de mantenimiento para que nuestro pasajero especial pudiera ser traído en calidad de miembro de aquel grupo. Todos aquellos que no tuvieran que intervenir en el despegue permanecerían sentados en sus asientos junto con Eichmann y echarían una siesta para estar descansados durante la última parte del vuelo, en la cual tendrían que desempeñar sus distintas tareas. Utilizarían el compartimento de primera clase.

Yo deseaba adelantar al máximo la hora de la partida pero Meged me explicó que, por motivos de seguridad, era esencial que la tripulación pudiera descansar convenientemente antes de que el aparato emprendiera el vuelo de regreso. Al final, fijó la hora de despegue para la medianoche del día siguiente, 20 de mayo de 1960. Le sugerí que anunciara la partida para más tarde —para las dos de la madrugada— con el fin de despistar a cualquier organismo hostil que tuviera previsto un registro del aparato a última hora. Nada nos impediría hacerlo, dijo, porque el vuelo no estaba incluido en ningún horario regular y no había pasajeros que tuvieran que acudir al aeropuerto de antemano.

El día anterior a la llegada de nuestro avión, el ejército había bloqueado las carreteras de acceso al aeropuerto en el que ya se encontraban varios aparatos de las fuerzas aéreas norteamericanas y aviones británicos. Lazar pensaba que debían de haber traído a las respectivas delegaciones oficiales invitadas a los festejos del aniversario. Las inspecciones que se llevaban a cabo en los puntos de control de las inmediaciones del aeropuerto eran muy rigurosas y ni siquiera a Lazar se le permitió el paso

En el transcurso de aquellas últimas horas que precedieron al día decisivo, llegué a la conclusión de que todavía merecería la pena destacar a un par de hombres con el fin de que intentaran por última vez localizar a Mengele. El objetivo era el de averiguar la identidad de los inquilinos de la casa en la que Mengele había vivido hasta hacía un mes. En mis planes finales estaba incluida la posibilidad de tener que efectuar un intento de última hora para capturar a Mengele y trasladarle al aparato.

Ultimé con Gabi y Ehud todos los detalles relativos al término de la operación: el desmantelamiento de las instalaciones de la casa refugio, el ocultamiento del equipo, la devolución de los automóviles y los planes relativos a la partida de nuestros hombres de la Argentina una vez finalizada la operación.

Habíamos optado finalmente por el proyecto según el cual Eichmann sería conducido desde *Tira* al aparato enfundado en un uniforme de las líneas aéreas. Llevaría consigo los documentos a nombre de Zichroni que había traído Yoram. Esperábamos que Eichmann pudiera pasar por un miembro de la tripulación que hubiera sufrido una lesión en el transcurso de un accidente de tráfico. El médico se encargaría de preparar todo lo necesario para la anestesia durante el traslado. A partir de la mañana se organizarían una serie de reconocimientos de los distintos itinerarios que condujeran desde la casa refugio al aeropuerto. El último reconocimiento lo efectuaría Yitzhak, cuya llegada al aeropuerto constituiría la señal para que el automóvil abandonara aquel lugar y se dirigiera a *Tira* con el fin de recoger a Eichmann. El automóvil se dirigiría a la casa refugio, recogería a Eichmann y regresaría al aeropuerto transportando también a los hombres encargados de escoltar al prisionero. El vehículo lo conduciría Kenet y Eichmann se acomodaría en el asiento de atrás entre el médico y uno de sus acompañantes. El otro acompañante se acomodaría al lado de Kenet. Si, una vez llegado el automóvil al aeropuerto, resultara imposible, por el motivo que fuera, embarcar a Eichmann junto con la tripulación en el lugar en el que se encontraba estacionado el aparato, intentaríamos subirle a bordo cuando el avión ya se encontrara en la pista. En tal caso, el «herido» pasaría por todos los controles convencionales.

Decidimos que la limpieza de la casa refugio la llevarían a cabo Gabi, Ehud, Eli, Shalom y Dina, quienes pondrían manos a la obra inmediatamente después del despegue del aparato, abandonando la Argentina tan pronto como estuvieran seguros de que no habían dejado tras de sí ninguna huella de lo que había ocurrido en *Tira*.

A Ehud se le encomendó la tarea de facilitar las correspondientes instrucciones a cada una de las personas que tuvieran que intervenir, dado que Gabi había regresado entretanto a la casa refugio y no pudo participar en la reunión de recapitulación. A Menashe se le encargó cuidar de que el vehículo que llevara a Eichmann al aeropuerto se encontrara en perfectas condiciones. Él sería también el responsable de conducirlo al aeropuerto y de entregárselo a Kenet. Menashe fue puesto a la disposición del grupo que inspeccionaría la antigua vivienda de Mengele y encargado, además, de ayudar a Rafael Arnon a obtener el alta del hospital. Menashe entregaría la documentación de Rafael a Shalom Dani, el cual la adaptaría rápidamente de tal forma que se ajustara a la descripción personal de Eichmann. Dicha documentación se utilizaría en caso de que Eichmann no pudiera embarcar junto con la tripulación y fuera necesario aportar pruebas en el sentido de que había sufrido una lesión. Se le rogó a Menashe que se encontrara a mi disposición en el aeropuerto a partir de las primeras horas de la tarde con otro automóvil alquilado.

El último hombre con quien hablé aquella noche fue Shalom Dani. Le dije que su más urgente misión sería la de ultimar la documentación del miembro de la tripulación apellidado Zichroni. Nos aseguramos también de que toda la documentación de los hombres de las fuerzas especiales estuviera en regla. Y, finalmente, discutimos la manera en que se desprendería del equipo y abandonaría el país. Acordamos que, una vez hubiera finalizado su trabajo en el laboratorio, se reuniría conmigo en el aeropuerto. Le dije que debería traer consigo un equipo de instrumentos esenciales, de tal modo que pudiera estar en condiciones de llevar a cabo cualquier trabajo de última hora que pudiera presentársenos. Le advertí de que dicho trabajo debería llevarse a cabo en difíciles condiciones operativas: sentado junto a una mesa de una de las salas

del aeropuerto, por ejemplo, o bien en un automóvil estacionado en un aparcamiento.

Era ya muy tarde cuando nos despedimos. Aquella noche Shalom no se acostó... se fue directamente a trabajar.

Fue también una noche insomne para la mayoría de los habitantes de *Tira*. Hasta las primeras horas de la madrugada se estuvo desarrollando en la casa una febril actividad. Cada uno de los inquilinos provisionales estudiaba la misión que le había sido encomendada para el día siguiente y repasaba las instrucciones de Gabi relativas a la «liquidación de efectos personales», la concentración de las propias pertenencias en un lugar determinado, la inspección de seguridad del propio equipaje y la revisión detallada de la propia documentación.

Buena parte de la actividad estuvo dedicada a devolver a la casa su aspecto inicial. Todo lo que había en ella cuando la alquilamos fue colocado de nuevo en su sitio y todo lo que se había añadido en el transcurso de nuestra estancia se destruyó, guardó o quitó. Al día siguiente, se llevaría a cabo una nueva inspección y posteriormente se efectuaría una revisión final cuando Eichmann ya se encontrara camino del aeropuerto. Los inspectores trabajaron con detalladas listas en mano con el fin de no olvidar ni el más mínimo detalle.

Lo mismo se hizo en las demás casas refugio y apartamentos operativos. A Gabi se le encomendó la misión de eliminar todas las huellas de nuestra actividad en la capital argentina y de deshacerse de todo el inventario de artículos que habíamos adquirido o bien alquilado.

25

Al final llegó el veinte de mayo..., el último día y, para mí, el día más largo y dramático de la operación Eichmann. A primeras horas de la mañana, tras haber dormido un poco, me levanté, hice el equipaje, pagué la cuenta del hotel y tomé un taxi para dirigirme a la estación. Deposité los bultos en consigna y me dirigí a la primera cita del día. Tenía el propósito de recoger el equipaje de tal manera que pudiera tenerlo conmigo cuando decidiera cómo iba a abandonar Buenos Aires.

Quienes primero se reunieron conmigo aquel día fueron Binyamin Efrat y Meir Lavi. Sabía que la posibilidad de que Mengele se encontrara todavía en la casa de Vicente López era muy remota pero deseaba que se comprobaran detalladamente todos los hechos. Si se encontraba allí, tenía el propósito de organizar un servicio de vigilancia durante todo el día y, en caso de que no ocurriera nada importante o insólito, intentaríamos penetrar en la casa al anochecer y arrastrar a Mengele a la fuerza a un automóvil que esperara en las inmediaciones. Para asegurarnos de que no se llamara a la policía, dejaría a dos hombres vigilando a la familia hasta que el aparato hubiera despegado. Había forjado un plan con vistas a la inclusión de Mengele a bordo del aparato. Era un plan que entrañaba ciertos riesgos pero suponía que no pondría en peligro nuestra operación principal. Abrigaba la espe-

ranza de poder conducir a Mengele hasta el aparato poco antes de que éste despegara, una vez nuestro primer «cliente» ya se encontrara a bordo. Me basaba en la premisa de que la policía no efectuaría ningún registro en el aeropuerto... y en la de que, aunque nuestros hombres fueran apresados, éstos no revelarían nada acerca de Eichmann.

Pero todo dependía, como es lógico, de lo que Binyamin y Meir encontraran en la casa. Le dije a Meir que debería intentar penetrar en la casa con la excusa de entregar un paquete; Binyamin, por su parte, tendría que afirmar que había sido llamado algunas semanas antes con el fin de revisar y reparar el calentador de agua. Establecí el horario de sus respectivas visitas a la casa: Meir acudiría allí por la mañana y Binyamin lo haría a última hora de la tarde.

Poco después de que Meir y Binyamin se hubieran ido, llegaron Yoav Meged y Asher Kedem. Solicitaron permiso para comunicar la noticia de la operación a los miembros de mayor antigüedad de la tripulación, de tal forma que éstos pudieran actuar con pleno conocimiento de la situación. Accedí y acordamos que Meged comunicaría la noticia al copiloto Nishri, a los dos pilotos auxiliares, a los ingenieros de vuelo, a los dos camareros y a la azafata. Organizamos también el horario de la tripulación. El capitán y aquellos miembros de la tripulación que fueran necesarios para la puesta en marcha del aparato abandonarían su hotel de Buenos Aires a las ocho y media de la tarde y llegarían al avión a las nueve y media. Los restantes miembros de la tripulación, excepción hecha de aquellos que se alojaban en el hotel del aeropuerto, abandonarían la ciudad a las nueve y media y llegarían al aeropuerto a las diez y media, reuniéndose inmediatamente con los compañeros que se encontraran en el hotel del aeropuerto. El vehículo que condujera a Eichmann llegaría a las once de la noche. Tras una comprobación final de la situación, el automóvil se dirigiría al lugar en que se encontraba estacionado el aparato, acompañado de un microbús en cuyo interior irían los miembros de la tripulación que todavía no hubieran subido a bordo. El automóvil llegaría junto al aparato a las once y diez. En cuanto

Eichmann se encontrara a bordo, se pondrían en marcha los motores del aparato y éste se dirigiría hacia la pista... Serían aproximadamente las once y cuarto. Tras lo cual, se intentaría despegar a la mayor brevedad posible.

Aquella mañana, Meged reunió a todos los miembros de la tripulación a los que se iba a revelar el secreto. Les dijo que el aparato conduciría a un pasajero que sería presentado como miembro de la tripulación y que iría vestido con un uniforme de la compañía. Aunque el hombre parecería estar enfermo, la enfermedad se debería a una droga que le habría sido administrada poco antes. Sin mencionar el nombre del misterioso pasajero, Meged señaló que la operación revestía una enorme importancia nacional. Sus oyentes —menos Nishri— se quedaron desconcertados. Ahora empezaban a comprender todos aquellos extraños incidentes y oscuras actividades de que habían sido testigos. Meged les dijo lo que tendrían que hacer y les explicó las tareas que llevarían a cabo siguiendo sus órdenes.

Meged se reunió con Nishri y con el piloto auxiliar Giladi para organizar un vuelo directo desde Buenos Aires a Dakar. El vuelo sometería al Britannia a una dura prueba que superaba ligeramente su autonomía y cabía la posibilidad de que se registrara escasez de combustible. No obstante, las condiciones meteorológicas eran favorables y llegaron a la conclusión de que se podría emprender el vuelo si dichas condiciones persistían.

En el hospital, las condiciones de Rafael seguían mejorando. Cada día acudía a visitarle su amigo Menashe, quien le comunicaba las más recientes instrucciones de nuestro médico. Rafael procuró que el curso de su recuperación siguiera al pie de la letra las instrucciones del médico. Era un paciente modelo y, a pesar de su desconocimiento del español, se granjeó las simpatías de todos los empleados del hospital con su agradable comportamiento. Los médicos consideraron una buena señal el hecho de que no vomitara y, al oírles decir que se había producido una mejoría en sus condiciones, Rafael empezó a mostrar interés por la fecha en que podrían darle de alta. Les explicó que había acudido a Buenos Aires con el fin de regresar a su país en el mismo aparato que había

inmensa muchedumbre, debía de haber algunos policías de paisano vigilando por si se observara algún hecho insólito y, aunque no tenía nada de raro que la gente se pasara varias horas en las salas del aeropuerto, no me parecía conveniente arriesgarme a llamar la atención, teniendo en cuenta, sobre todo, que los agentes de seguridad estarían sometidos a una tensión desacostumbrada. Recorrí las instalaciones del aeropuerto en busca de algún lugar adecuado en el que reunirme con mis hombres, un lugar razonable desde el punto de vista de la seguridad. En todas las salas destinadas a pasajeros se observaba lo mismo: gran número de pasajeros y otras personas que acudían a recibirles o despedirles. Al final, en una de las alas laterales del complejo de edificios, encontré un espacioso local que era como una especie de cantina para los empleados del aeropuerto. Estaba más sencillamente construido y amueblado que las salas destinadas a los pasajeros y la comida que allí se servía era sencilla y económica.

La cantina estaba llena a rebosar de civiles, soldados y agentes de la policía que se tomaban un descanso entre los distintos turnos de servicio y comían o bebían algo al amparo del frío y lluvioso tiempo que reinaba en el exterior. La densa atmósfera aparecía cargada de humo y la barahúnda era ensordecedora. Busqué en vano una mesa vacía... todas estaban ocupadas y había mucha gente de pie esperando a que se desocuparan las sillas. Se registraba una corriente ininterrumpida de gente entre las mesas y la salida.

Llegué a la conclusión de que sería un lugar muy idóneo para mi cuartel general operativo. En medio de aquel barullo constante nadie prestaría atención a unas cuantas personas que entraran, se sentaran a una mesa y se levantaran después cediendo el asiento a otras personas. Pero, ¿cómo conseguir una mesa? Me incorporé a la larga cola de gente vestida de uniforme o con overol (mono) que recorría el local en busca afanosa de mesas a punto de desocuparse. Algunas personas hacían cola junto a unas mesas que estaban a punto de quedar libres. En cuanto alguien se levantaba, algún sujeto de los que aguardaban agarraba la silla. Yo hice lo mismo y me encontré sentado en compañía de un grupo de soldados que estaban comiendo con

gran apetito. Mis compañeros de mesa estaban de muy buen humor y su cortesía fue ejemplar.

La primera persona que acudió a verme al nuevo puesto tuvo que permanecer de pie inclinada hacia mí para que pudiéramos entendernos en medio de aquel barullo general. Nadie nos prestó la menor atención. A medida que pasaba el tiempo fueron viniendo a verme varios de nuestros hombres, que por lo general tenían que permanecer de pie. En cuanto se desocupaba alguna silla de la mesa no le dábamos a nadie la oportunidad de quitárnosla sino que la agarrábamos inmediatamente. Al final, toda la mesa fue nuestra y a partir de aquel momento procuramos no dejar ninguna silla vacía. Ofrecimos algunas de nuestras sillas a una mesa de al lado y procuramos que no se levantara nadie de nuestra mesa sin cederle la silla a otro de nuestros hombres. Desde aquel lugar dirigí la operación hasta el último momento.

Asher Kedem fue uno de los primeros en acudir al nuevo cuartel general que yo había instalado. Le pregunté cómo había reaccionado la tripulación al serle revelada la naturaleza de nuestra operación. Me dijo que algunos de los miembros de la tripulación ya habían adivinado que el vuelo debía de estar relacionado con los criminales de guerra nazis y que todos aguardaban con ansia la acción final. Era indudable, dijo, que a partir de aquel momento trabajarían con más ahínco que nunca. Le pregunté si podríamos confiar en la puntualidad de la tripulación y Kedem me dijo que no me preocupara por los retrasos, las complicaciones personales o cualquier otro contratiempo susceptible de entorpecer el curso de la operación, puesto que toda la tripulación había sido seleccionada con sumo cuidado.

Revisamos una vez más los planes que habíamos trazado y Kedem me expresó su opinión de que, dadas las condiciones existentes, todos ellos serían factibles.

Le pregunté acerca de los procedimientos normales de inspección por los que deberían pasar los miembros de la tripulación que pusieran en marcha los motores y condujeran el aparato hasta la pista de despegue. Deseaba saber en qué fase del proceso pasarían aquellos hombres por los controles policiales y aduaneros.

to frontal. No se produjo ninguna herida visible en la cabeza. A pesar de ello, perdió el conocimiento durante varios minutos. En el transcurso de las veinticuatro horas siguientes sufrió vértigos pero no experimentó náuseas y no vomitó. El examen neurológico llevado a cabo al día siguiente (18 de mayo) resultó satisfactorio. Las radiografías del cráneo no revelaron ninguna fractura u otra anormalidad. Fue dado de alta el día 20 de mayo. El examen radiológico ha sido normal. En nuestra opinión, nada impide que el paciente viaje en avión. Es aconsejable que prosigan los exámenes médicos con el fin de diagnosticar rápidamente cualquier posible complicación subsiguiente al golpe.

Rafael telefoneó inmediatamente a Menashe, que se hallaba aguardando en un espacioso café de las cercanías y le rogó que acudiera a recogerle al hospital. Se despidió de los médicos y colaboradores y de los amigos que había hecho entre los pacientes y todos le desearon una rápida recuperación y un buen viaje.

Menashe llegó poco después. Ambos se dirigieron a continuación a la casa refugio *Ramim* y, en cuanto estuvieron dentro, Menashe tomó la documentación de Rafael y le prohibió a éste, bajo ningún pretexto, abandonar el edificio hasta que le devolvieran la documentación o le facilitaran otra. Tras lo cual Menashe se dirigió a toda prisa a *Maoz*, donde se hallaba Shalom Dani. Las fotografías de Eichmann ya se encontraban preparadas sobre la mesa y Shalom las pegó rápidamente a los documentos de Rafael.

Desde *Maoz* Menashe corrió a reunirse conmigo. Me encontró rodeado de personas de pie que aguardaban para hablar conmigo... y para sentarse. Me informó de que Rafael había sido dado de alta y me mostró el certificado médico. Le dije a Menashe que Rafael debería permanecer en *Ramim* hasta recibir ulteriores instrucciones. En caso de que utilizáramos su documentación, Menashe le facilitaría otra recién preparada por Shalom Dani, de manera que pudiera abandonar la Argentina inmediatamente. No obstante, aunque no se utilizara su documentación, Rafael debería procurar no permanecer demasiado tiempo en la Argentina dado que cabía la posibilidad de que se tropezara con alguno de los médicos que le habían atendido. Entretanto, Menashe debería visitar a Rafael en su «prisión» con el fin de explicarle las circunstancias y encargarse de facilitarle comida y todo lo que pudiera necesitar hasta que se marchara.

Meir Lavi, que estaba a cargo de la operación Mengele, llegó con dos horas de retraso. Ya había empezado a temer que su demora nos obligara a introducir cambios en nuestros planes con vistas a la facilitación de instrucciones finales. Por otra parte, la utilización de algunos de nuestros hombres en la captura de Mengele —suponiendo, claro está, que éste se encontrara todavía en la casa— crearía ulteriores complicaciones.

Al llegar Meir, la expresión de su rostro me dijo que no había tenido suerte. Me explicó ingenuamente que no había conseguido poner en práctica la excusa de la entrega de un paquete para poder entrar en la casa. Comprendió que estaba perdiendo un tiempo muy valioso y decidió hacer otra cosa. Buscó en la guía telefónica hasta dar con la dirección de la casa y con el apellido y número del propietario. Marcó rápidamente aquel número y solicitó hablar con el propietario de la casa. La mujer que contestó al teléfono apenas hablaba español. Le preguntó a Meir si hablaba inglés y ambos prosiguieron la conversación en este idioma. Por su acento y modo de hablar, Meir dedujo que era norteamericana, que hacía poco que había llegado y que en modo alguno era de origen alemán. No vaciló en facilitarle su apellido y, al preguntarle Meir sobre los anteriores inquilinos, repuso que no sabía nada de ellos.

Reprendí a Meir por no haber seguido las instrucciones, pero después le consolé diciéndole que no nos había causado ningún perjuicio y que hasta había alcanzado ciertos resultados positivos. Respiró aliviado a pesar de constarle que había cometido un grave error. Le rogué que esperara ulteriormente instrucciones.

Cosa de una hora más tarde apareció Binyamin Efrat. Iba enfundado en un overol y se le veía cansado y deprimido. Equipado con las herramientas propias de un electricista se había dirigido a la casa de Vicente López y había llamado al timbre. Le explicó en español a la mujer que le abrió la puerta que había acudido para reparar el calefón

(calentador de agua). La mujer le contestó en un español muy imperfecto con acento inglés o norteamericano y resultó evidente que no le había entendido del todo. Él le explicó pacientemente de nuevo el motivo de su visita y ella le dijo que no había solicitado ninguna reparación. Binyamin le dijo que en aquella casa habían pedido al taller que mandara a alguien. Reconoció que de aquello ya hacía algunos días pero que nadie había telefoneado para anular la visita. La mujer intentó explicarle que debía de tratarse de un malentendido aunque también era posible que los anteriores inquilinos hubieran solicitado la reparación. Sea como fuese, ella no sabía nada de ninguna reparación.

En el transcurso de la conversación, Binyamin le preguntó su apellido y ella se lo facilitó sin vacilar... El mismo que el cartero había mencionado con anterioridad. Estaba claro que la mujer no era alemana y que no intentaba ocultar nada. Era evidente también que Mengele se había mudado de casa.

Les agradecí a Meir y Binyamin su diligencia y les rogué que transmitieran también mi agradecimiento a sus esposas. Les dije que sería mejor que abandonaran la Argentina al día siguiente —a no ser que Menashe les dijera que esperaran—, pero que me gustaría que aguardaran hasta medianoche. No estaban al corriente de nada de lo que iba a ocurrir aquella noche.

Sus hallazgos constituyeron para mí una amarga decepción. Aunque me constaba que las perspectivas de hallar a Mengele en su antiguo domicilio eran muy remotas, había abrigado la esperanza de que tuviéramos suerte. Se me hacía muy duro tener que reconocer que habíamos perdido la oportunidad de capturar al médico asesino tan sólo por dos semanas. Sin embargo, no podíamos hacer otra cosa más que dedicarnos al trabajo que todavía teníamos por delante.

En el transcurso de las horas siguientes me fueron llegando los informes acerca de los distintos detalles de la operación. Me dijeron que la casa refugio *Doron* había sido evacuada y sería devuelta a sus propietarios a la mañana siguiente. En *Tira* todo estaba en regla. A partir del mediodía habían dejado de administrar a Eichmann comida o bebida con el fin de prepararle para la anestesia parcial.

Eli maquilló el rostro del prisionero tal como había hecho cuando Shalom Dani le había fotografiado y el trabajo resultó perfecto... Ni siquiera los mejores amigos de Eichmann en la Argentina hubieran estado en condiciones de reconocerle.

Las condiciones de las calles no eran ideales pero tampoco ofrecían motivos de preocupación. Las fuerzas de seguridad patrullaban por doquier pero era posible evitar tropezarse con ellas. Si no ocurría nada inesperado, lo más probable era que los vehículos particulares no fueran detenidos en las inmediaciones del aeropuerto.

El aeropuerto y las carreteras de acceso al mismo estaban repletas de agentes de seguridad, los cuales, sin embargo, no practicaban registros ni en el aeropuerto ni junto a las entradas del mismo. En la sala de embarque no se observaba demasiado bullicio ni ningún signo de tensión anormal. Los agentes de seguridad estaban demasiado ocupados con la llegada de los visitantes y no prestaban excesiva atención a los pasajeros que partían.

En la zona de mantenimiento en la que se hallaba estacionado nuestro aparato no se observaba tampoco nada anormal. Examinamos a fondo la prensa de la tarde y de la noche: ninguna mención a la desaparición de Klement.

26

A las siete y media, me encontraba aguardando el informe relativo al último reconocimiento efectuado por Yitzhak. Dado que sólo disponía de tiempo hasta las ocho para enviar el automóvil a *Tira* con el fin de que recogiera a Eichmann, los resultados del último reconocimiento de Yitzhak revestían una importancia vital. Pero Yitzhak llegó con retraso.

Kenet, que sería el encargado de conducir el vehículo, se encontraba sentado a mi mesa a la espera de instrucciones. A las siete cincuenta y cinco, empezó a dar muestras de inquietud: Yitzhak todavía no había llegado. De haber sabido que su automóvil había sufrido una avería, no me habría preocupado. Hubiera podido enviar a Kenet a buscarle. O el propio Kenet hubiera podido encargarse de efectuar un reconocimiento final. Pero, ¿y si Yitzhak hubiera sido detenido? Me constaba que en tal caso mantendría la boca cerrada y se ganaría la confianza de los guardias porque nadie era más capaz que él de aparentar inocencia.

A las ocho en punto les dije a Kenet y al hombre que le acompañaba que ya no podían esperar más tiempo y que tenían que irse. Les dije que, si las carreteras se les antojaban seguras, deberían traer a Eichmann y a sus acompañantes sin aguardar noticias de Yitzhak. Les recordé que debían llegar al aeropuerto a las once en punto. Me encar-

garía de que se efectuaran reconocimientos en el aeropuerto y, en caso de que ocurriera algún contratiempo, les enviaría un mensajero que les facilitaría nuevas instrucciones. Si no se cruzaban por el camino con ninguno de nuestros hombres, ello significaría que tenían vía libre y que podrían dirigirse al lugar del aparcamiento en el que Kenet y Ehud habían acordado reunirse. Allí deberían aguardar mis ulteriores instrucciones.

Yoav Meged decretó que la tripulación había de cenar a las siete y media y les dijo a sus hombres que, tan pronto como terminaran de comer, deberían abandonar el hotel y dirigirse al aeropuerto. Él y los hombres que tenían que preparar el aparato con vistas al despegue abandonaron Buenos Aires a las ocho y media. No les detuvieron y no les pidieron la documentación ni por el camino ni al entrar en el aeropuerto. Sólo al llegar al punto de control que daba acceso a la zona de mantenimiento de las líneas aéreas nacionales argentinas les rogaron que se identificaran, pero la inspección revistió un carácter totalmente rutinario. A las nueve y media ya se encontraban a bordo del aparato. Una revisión final demostró que todo estaba a punto, de manera que no les quedaba por hacer otra cosa más que aguardar la llegada del convoy de vehículos que conduciría a Eichmann. Mientras esperaban, pudieron observar una vez más que todo estaba tranquilo.

Shalom Dani llegó también al aeropuerto al anochecer, una vez finalizado todo su trabajo en el laboratorio. Portaba una cartera y parecía un pasajero corriente que aguardaba su avión. Le encomendé una misión de última hora y él se sentó junto a una mesa de un rincón para dedicarse a despachar su «correspondencia» como un turista que dispusiera de tiempo. Tenía varias cartas extendidas sobre la mesa: las «cartas» que él escribía eran bastante especiales: llenaba distintos formularios oficiales, ampliaba el plazo de expiración de un pasaporte o hacía algún cambio entre distintas fotografías. Los camareros que se acercaban de vez en cuando a servirle bebidas o a limpiar la mesa no se dieron cuenta de nada.

Dan Avner acudió para comunicarme que ya habían lle-

gado todos los miembros de la tripulación que se alojaban en la ciudad; al entrar en el aeropuerto, ninguno de ellos había sido detenido y tampoco había tropezado con ninguna dificultad. En cuanto al aparato, ya estaba listo para el despegue y aguardaba únicamente a su principal pasajero.

Las manecillas del reloj marcaban las diez y media. Si todo iba bien, me dije, el convoy que condujera a Eichmann llegaría al aeropuerto al cabo de media hora. Ehud acudió para informarme de que el último reconocimiento efectuado en el aeropuerto y sus entradas no había permitido observar ningún motivo de recelo o inquietud. Había mucho tráfico de fuerzas de seguridad pero las carreteras no se hallaban bloqueadas y no se efectuaban registros. Me mostré de acuerdo con Ehud en que no haría falta enviar a nadie en busca del convoy. Era mejor dejar que éste llegara por su cuenta. Ehud debería acudir, sin embargo, inmediatamente al lugar en que se encontraba estacionado el aparato con el fin de comprobar que todo estuviera en orden y regresar en seguida para comunicarme el resultado de su inspección. Después saldría a reunirse con el convoy y me informaría inmediatamente de la llegada de éste. En cuanto recibiera la orden de proseguir, encabezaría el convoy pasando por el punto de control en dirección al aparato.

Entretanto, Dan Avner había reunido a todos los miemtros de la tripulación en el hotel del aeropuerto para dirigirse a ellos en los siguientes términos: «Caballeros, están ustedes participando en un gran acontecimiento. No me pregunten de qué se trata. Hagan simplemente lo que yo les diga. Vamos a conducir con nosotros a Israel a cierta persona. Les revelaré su identidad más adelante».

Aquellos miembros de la tripulación que todavía no estaban en el secreto no se sorprendieron demasiado al escuchar aquella revelación. Ya habían intuido, a través de toda la actividad que habían visto desarrollarse ante sus ojos, que estaba teniendo lugar algo fuera de lo corriente. Al ordenarles Dan que subieran al automóvil y al microbús que aguardaban en el aparcamiento del hotel, obedecieron sin hacer preguntas.

Ehud, mientras tanto, había efectuado una rápida inspección por los alrededores del aparato y había comprobado que todo estaba en orden. Se dirigió inmediatamente en automóvil a la entrada principal del aeropuerto y desde allí me envió un mensajero para que me comunicara que el camino hasta el aparato se hallaba expedito.

Ehud se dirigió al aparcamiento y encontró a Dan y a los miembros de la tripulación esperando. Dio orden a los chóferes de que pusieran en marcha los motores y aguardaran una señal. Dirigiéndose a los miembros de la tripulación les dijo que, cuando pasaran por el punto de control que daba acceso a la zona en que se hallaba estacionado el aparato, se mostraran alegres y despreocupados con el fin de distraer a los centinelas de manera que éstos no prestaran demasiada atención a los ocupantes del tercer vehículo que seguiría a continuación. Cuando llegaran junto al aparato deberían formar un apretado cordón a fin de disimular una importante acción de seguridad. Ehud regresó después a la entrada principal del aeropuerto para aguardar la llegada del convoy y conducirlo hasta el aparcamiento.

Mientras ocurría todo eso, yo me encontraba sentado en mi puesto de la cantina de los empleados. Calculaba que habrían transcurrido casi tres horas desde que el automóvil había salido para recoger a Eichmann y sus acompañantes. No había dispuesto que me informaran acerca de la partida del automóvil de la casa refugio porque, si algo fallaba, ninguna ayuda hubiera sido posible. Seguía sin recibir noticias de Yitzhak. Podían haber sucedido dos cosas: o bien había tropezado con alguna dificultad o bien se había cruzado con sus compañeros por el camino e incorporado al convoy.

Al cabo de una larga espera —me parecía que jamás el tiempo se había arrastrado tan lentamente como aquella noche—, vi a uno de nuestros hombres abriéndose paso entre la gente en dirección a mi mesa. Me miré el reloj. Eran exactamente las once. Eichmann, me dijo, había llegado pocos minutos antes y había cuatro hombres con él, incluido el médico. Todos iban vestidos con uniformes de la compañía. Un automóvil de escolta conducido

por Gabi les había seguido a lo largo de todo el camino. El viaje y la entrada en el aeropuerto se habían desarrollado sin incidentes. En aquellos momentos, los vehículos se encontraban estacionados en el aparcamiento a la espera de ulteriores instrucciones.

Me levanté y me dirigí hacia allí. No me costó lo más mínimo encontrar los dos automóviles en el lugar que se me había descrito. Intercambié unas palabras con Gabi y me dirigí hacia el vehículo en cuyo interior se encontraba Eichmann. Iba enfundado en un uniforme de tripulante y parecía que estuviera medio dormido. Le pregunté al médico acerca de las condiciones del paciente. Me contestó que Eichmann estaba en condiciones de sostenerse en pie y andar siempre que le ayudaran dos personas, pero que era incapaz de actuar por propia iniciativa y era muy dudoso que pudiera contestar a las preguntas. Posiblemente pudiera ver y oír, pero era casi seguro que no comprendía nada de lo que estaba ocurriendo a su alrededor y de lo que se le estaba haciendo. En cualquier caso, no estaba en condiciones de plantear dificultades. El médico opinaba que podíamos pasar a la siguiente fase, es decir, cruzar el punto de control y subir a bordo del aparato.

Los tres vehículos se pusieron en marcha: Dan conducía el primero, Eichmann y sus guardianes ocupaban el segundo y el resto de la tripulación ocupaba el microbús. El convoy salió por la entrada principal, avanzó unos cuantos cientos de metros por la carretera y giró a la derecha para enfilar la carretera que conducía a la zona de mantenimiento de las líneas aéreas nacionales argentinas.

Al acercarse la pequeña caravana a la entrada, el centinela se acercó al primer vehículo. Dan le saludó con un «¡Hola, Israel!», tal como había hecho docenas de veces en el transcurso de los últimos días. Todos los guardianes conocían muy bien a Dan y le apreciaban por su simpatía y corrección. El centinela echó un vistazo a los pasajeros del automóvil y vio que éstos iban enfundados en los uniformes de la compañía a la que pertenecía el aparato estacionado en la zona. Algunos de ellos se mostraban muy bulliciosos y eufóricos, como si lamentaran tener que abandonar la alegría de Buenos Aires. Algunos parecían cansados y unos pocos dormitaban. Los tres hombres sentados en el asiento de atrás del segundo automóvil estaban dormidos como unos troncos. El centinela levantó la barrera para que entraran los tres automóviles. Éstos no se acercaron directamente al aparato sino que describieron un vasto círculo para evitar los iluminados hangares.

Varios minutos antes, algunos hombres del turno de noche de la compañía argentina se habían presentado con el objeto de ver el Britannia. Zvi Gutman les recibió amablemente y contestó a todas sus preguntas. Al ver acercarse tres automóviles condujo rápidamente a sus visitantes al otro lado del aparato. Vio un elevado número de tripulantes que descendían de los vehículos y se dirigían hacia aquél. Antes de volverse de nuevo hacia sus visitantes, observó que un tripulante era sostenido por sus compañeros. Debe de estar enfermo, pensó. Los invitados de Zvi no parecieron observar nada insólito. Al ver que se acercaba la tripulación, éste se apresuró a despedirse de ellos.

Siguiendo las instrucciones recibidas, los tripulantes formaron un apretado cordón al pie de la escalerilla. Eichmann caminaba en medio, sostenido por Ezra Eshet y Yoel Goren. De pie junto al aparato, Gad Nishri vio a un hombre enfundado en un uniforme de la compañía sostenido por dos tripulantes a los que no conocía y adivinó inmediatamente de quién debía de tratarse.

Al empezar los tres hombres a subir por la escalerilla fueron iluminados por los cercanos reflectores. Para agilizar un poco el proceso, Nishri sostuvo a Eichmann por detrás y, al entrar su mano en contacto con la espalda de Eichmann, se sorprendió de la escasa intensidad de su reacción: el roce le produjo simplemente una ligera repugnancia.

Fritz Shefer esperaba junto a la puerta del aparato. Las escalerillas eran un poco bajas para el Britannia y Fritz aguardaba en lo alto para ayudar a subir a los tripulantes. Levantó un poco a Eichmann y le arrastró hacia el interior. Le condujo inmediatamente a primera clase y le acomodaron en el asiento de delante, junto a la ventanilla. En la sección de primera clase había ocho asientos en total, que, de acuerdo con las instrucciones recibidas, fueron ocupados por los tripulantes. Se les había ordenado a éstos que fingieran estar dormidos de manera que, si les hicieran alguna pregunta, pudieran contestar que se trataban de unos tripulantes de reserva que estaban descan-

sando antes de relevar a los demás en la segunda etapa del vuelo. Para no perturbar su sueño, las luces estaban apagadas.

Una vez Eichmann estuvo instalado, los dos capitanes se dirigieron a la cabina. A los pocos segundos se pusieron en marcha los motores. El aparato empezó a moverse, giró y se dirigió hacia la pista. Llegó al área de maniobras exactamente a las once y cuarto.

Como es lógico, sólo más tarde pude enterarme de lo que había ocurrido mientras yo me hallaba sentado aguardando la noticia de la llegada del convoy junto al aparato.

Tal como estaba previsto, Kenet y su compañero habían llegado a la casa refugio a las nueve en punto. Las calles estaban vacías. Por el camino, se dedicaron a mirar hacia la cuneta por si veían el automóvil de Yitzhak, pero no lo vieron y tampoco observaron la menor señal de que se hubiera producido un accidente. Seguían esperando encontrarle aguardándoles en *Tira*, pero allí nadie sabía tampoco nada de él.

Kenet y el otro hombre se vieron arrastrados a un remolino de febril actividad. Habían bañado a Eichmann y Eli le había afeitado y estaba dando los toques finales a su maquillaje. Después le enfundaron en un uniforme de la compañía. Hacía algunas horas que Eichmann sabía que iban a sacarle de Buenos Aires y, sin necesidad de que se lo pidieran, ofreció toda su colaboración.

Al empezar el médico a prepararle para la inyección de la droga, comentó que no sería necesario, que podían estar seguros de que se mostraría sumiso. Al comprender que era evidente que no tenían intención de fiarse de sus promesas, accedió de buen grado a que le aplicaran la inyección. El médico utilizó una aguja especial que podía dejarse en la vena con el fin de poder administrar pequeñas dosis adicionales de anestésico sin que se coagulara la sangre. Su propósito era el de atontar un poco a Eichmann sin dormirle por completo recordando que, en caso de que fuera necesario anestesiarle por completo, podría aumentarse la dosis sin que nadie se diera cuenta. Este procedimiento podía llevarse a cabo incluso en el interior de un automóvil en marcha sin poner en peligro la vida del prisionero.

Cuando sacaron a Eichmann de la casa la inyección ya había empezado a hacerle efecto y tuvieron que ayudarle a andar. Aun así, Eichmann se percató de que no le habían puesto la chaqueta y pidió que le vistieran exactamente igual que los demás con el fin de no llamar la atención. Su colaboración en el transcurso de aquellas últimas horas llegó hasta el extremo de inducirle a interesarse activamente por la conspiración y a preocuparse por el éxito de la operación. ¿Acaso estaba aflorando a la superficie su mentalidad de esclavo? ¿O tal vez esperaba que, complaciendo a sus apresadores, conseguiría salvar la vida? Nadie tuvo tiempo de pararse a pensar en ello.

Eichmann fue acomodado en la parte de atrás del automóvil, entre el médico y Ezra Eshet, que iban enfundados en uniformes de la compañía. El médico se encontraba sentado de manera que pudiera administrar a Eichmann más anestésico en caso de que observara signos de que despertaba. Como es natural, éste era el motivo de que no le hubieran puesto la chaqueta. Una vez en el automóvil, Eichmann le rogó a Kenet que le trajeran, por favor, las gafas, porque «en Tel Aviv le harían falta».

Dormitó a lo largo de todo el camino. El vehículo que le conducía y el que le escoltaba sólo tuvieron que detenerse una vez en el paso a nivel. Todo el viaje transcurrió sin incidentes.

Tras despedirme del convoy que conduciría a Eichmann hasta el aparato, regresé a mi puesto de mando. Asher Kedem estaba esperando junto a mi mesa. Mientras nos preguntábamos qué le estaría ocurriendo al avión, el rugido de unos motores nos dio la respuesta. Kedem reconoció inmediatamente que se trataba del Britannia. Fue la señal para que trasladara mi cuartel general a un puesto más avanzado.

Pocos minutos más tarde, me encontraba en la sala de embarque de pasajeros. Descubrí un rincón tranquilo desde el que podría observar todo lo que ocurriera. No deseaba mantener un contacto directo con Kedem en aquella sala tan poco concurrida. Habíamos acordado que éste se reuniría con Aharon Lazar y Dan Avner con el fin de informarse acerca de los acontecimientos y que después me comunicaría sus hallazgos por medio de una señal que pre-

viamente habíamos establecido. Poco después le vi entrar: su rostro aparecía tan radiante que fueron superfluas todas las demás señales.

Pude ver en la distancia a Dan Avner y a algunos miembros de la tripulación que previamente habían subido a bordo del aparato junto con Eichmann; supuse que habrían desembarcado para pasar por los controles policiales. Observé que los hombres de las fuerzas especiales que habían escoltado a Eichmann no se encontraron con el grupo que aguardaba en la sala de pasajeros y supuse que habrían decidido permanecer en el avión junto con los tripulantes auténticos para disimular mejor la presencia de Eichmann y sus guardianes. Deduje que todo se estaba desarrollando según lo previsto en nuestros planes y me imaginé que debía de ser normal que algunos tripulantes permanecieran a bordo del aparato y que otros se encargaran en su nombre de efectuar todos los trámites.

Me levanté y abandoné la sala para reunirme con Gabi y Ehud. Acordamos que algunos de los componentes de las fuerzas especiales que se encontraban en el aeropuerto se incorporarían también al vuelo. Pensaba que si algunos de mis hombres podían regresar a Israel de este modo, a los demás les resultaría mucho más fácil dispersarse y abandonar la Argentina. Les dije a Gabi y Ehud que los que se eligieran deberían aguardar una señal mía mientras paseara por las inmediaciones de la sala de pasajeros.

Le dije a Gabi que quienes permanecieran en Buenos Aires deberían salir en busca de Yitzhak cuya ausencia me tenía preocupado. Y señalé que, si no se le encontraba inmediatamente, un hombre debería permanecer en la Argentina con el fin de proseguir la búsqueda mientras que los demás deberían marcharse.

Le recordé a Menashe que, en cuanto despegara el aparato, tendría que regresar a Buenos Aires para liberar a Rafael Arnon.

No comuniqué a nadie lo que iba a hacer yo. Tenía el equipaje a punto y la documentación en regla y era libre de tomar una decisión de última hora.

Cuando regresé a la sala de pasajeros observé que no se había producido ningún cambio. Los tripulantes seguían aguardando los trámites de aduana. Llamé por señas a Kedem y le dije que intentara agilizar el proceso para que

pudiéramos adelantar el despegue. Me explicó que aquella demora no tenía nada que ver con el avión sino que se debía a los trámites que tenían que efectuar los tripulantes y los pocos pasajeros que se incorporarían al vuelo. Los funcionarios de aduanas aún no habían aparecido, me dijo, y por eso todo el mundo estaba esperando.

Eran las once cuarenta. Le rogué a Kedem que llamara a Lazar en un esfuerzo por acelerar todos los procedimientos. Kedem llamó a Lazar, el cual fue inmediatamente en busca de funcionarios de aduanas. Al cabo de cinco minutos regresó acompañado de un funcionario que se disculpó por su tardanza y efectuó rápidamente las inspecciones. Menos de cinco minutos más tarde, los hombres ya pudieron marcharse con sus respectivos equipajes. El mozo trasladó rápidamente las maletas y bolsas al aparato que aguardaba en la pista.

Ahora les correspondía el turno a los hombres que esperaban en las inmediaciones de la sala de pasajeros. A una señal mía, se acercaron y se dirigieron al mostrador de control. Se les veía como en tensión, probablemente porque no sabían exactamente lo que estaba ocurriendo. Yo les dije: «Incorpórense inmediatamente al grupo que subirá a bordo del aparato». Y así lo hicieron.

En aquellos momentos apareció Yitzhak. Venía sudoroso y se le veía agotado, tenso y preocupado. Sus ojos todavía no se habían acostumbrado a la intensa iluminación de la sala, pero yo me le acerqué y le dije que se uniera a los que estaban a punto de subir a bordo del aparato.

No fue el último en dirigirse hacia la pista. En el momento final yo también me incorporé al grupo y segundos más tarde ya me encontraba a bordo. Se cerraron las puertas, los motores iniciaron su lento rugido y el enorme aparato empezó a moverse.

Al parecer, habíamos superado todos los obstáculos y la suerte nos había acompañado hasta el fin. A pesar de ello, no me sentía tranquilo. Cuando los tripulantes ya habían pasado por los controles aduaneros y estaban a punto de dirigirse hacia la salida, observé a un hombre vestido de paisano que, según parecía, se encontraba a sus anchas en el aeropuerto y hasta era posible que ocupara allí un importante cargo oficial. Cruzó la sala en rá-

estado ocupado todo el día y no había ahorrado esfuerzos con el fin de que todo estuviera a punto a tiempo y de que el vuelo no tuviera que retrasarse.

A medida que se acercaba la medianoche, cuando ya sabía que Eichmann se encontraba a bordo, comprendió que aquél sería el momento más decisivo. Recapituló mentalmente todos los trámites que había efectuado a lo largo del día por si se hubiera olvidado de algo, pero no se le ocurrió pensar en nada. Ni una sola cosa. Todo estaba en regla, al cabo de pocos minutos el aparato se encontraría surcando los aires. Ya estaban cerrando las puertas. El aparato ya se mueve por la pista. Pero, ¿qué ocurre ahora? ¿Por qué se detiene? ¿Qué esperan?

Lazar se puso en contacto con la torre de control a fin de averiguar qué les detenía. Le dijeron que se trataba de un pequeño contratiempo, de una cosa sin importancia, de un detalle técnico que faltaba en el plan de vuelo.

¿Será ésta la verdadera razón del retraso o se tratará de una simple excusa?, se preguntó Lazar. Se imaginó los tensos rostros de los ocupantes del aparato, probablemente no menos tensos que el suyo propio. Se apresuró para tratar de subsanar aquel error. Sabía que, si el aparato hubiera seguido detenido tras haberse resuelto aquel problema, ello significaría que todo había sido descubierto...

Pero ahora el aparato empezaba a correr por la pista y segundos más tarde ya se encontraba en el aire. Lazar experimentó como una sensación de aturdimiento a causa de la dicha que en aquellos momentos le embargaba.

Se encontraba todavía de pie contemplando el aparato, que se había convertido en una diminuta mancha de luz en el cielo nocturno, cuando su dicha se desvaneció como por ensalmo. Un pasajero que esperaba viajar en el aparato acababa de llegar y enterarse de que el avión había despegado sin él. Se trataba de Aharon Dovrat, del ministerio de Industria y Comercio. Había llegado a Buenos Aires en el vuelo especial con el propósito de visitar a unos parientes y de tramitar ciertos asuntos en nombre de su ministerio. Al enterarse de que cabía la posibilidad de que pudiera abandonar la Argentina al cabo de dos días, decidió aprovechar la ocasión. Como es natural, se había informado de la hora de partida del aparato y le habían dicho claramente que éste despegaría a las dos de la madrugada. Había llegado casi con dos horas de adelanto y resultaba que el aparato ya había emprendido el vuelo. ¿Qué clase de estupidez era aquélla? ¿Cómo podían haberle informado con tan poca formalidad? ¿Quién era el responsable?

Dado que no podía protestar ante nadie más, descargó toda su cólera sobre el pobre Lazar, el cual sabía muy bien que aquel hombre tenía oficialmente toda la razón. Lazar se disculpó pero había una cosa que no podía explicarle a Dovrat: por qué el aparato había tenido que despegar antes de tiempo. Sin embargo, no era posible esperar de Dovrat que se conformara con las confusas explicaciones de Lazar. Exigió que éste se pusiera en contacto con la torre de control para que se ordenara el regreso del aparato. Lazar dijo que tal cosa era imposible, que el aparato ya se encontraba muy lejos con un largo viaje por delante y, en caso de que se ordenara su regreso, tendría que repostar de nuevo, sería necesario efectuar toda una nueva serie de trámites y se desbarataría todo el horario. Dovrat tuvo que regresar a Buenos Aires... no sin antes haberle prometido a Lazar que cuando regresara a Israel solicitaría que se abriese una investigación con el fin de establecer las causas de las molestias y la humillación a que había sido sometido.

Dovrat no sabía que aquella noche se habían hecho ímprobos e infructuosos esfuerzos con el fin de localizarle y comunicarle que se dirigiera al aeropuerto más temprano. Años más tarde tuve ocasión de disculparme ante él por las molestias que le habíamos causado.

Poco después de abandonar Buenos Aires, recibimos autorización para transitar por el espacio aéreo brasileño y efectuar una escala en Recife, pero el incidente de Recife se hallaba todavía grabado en el recuerdo de los tripulantes, los cuales se negaron categóricamente a tener que soportar una vez más la grosería del controlador del aeropuerto. Por motivos de seguridad no podíamos correr el riesgo de efectuar escalas intermedias en el hemisferio occidental y los dos pilotos decidieron esforzarse en realizar un vuelo sin escalas hasta Dakar, en Africa Occidental. Fue una empresa difícil y arriesgada y en la cabina de los pilotos reinaba una atmósfera de gran tensión. No ocurría

lo mismo en el caso de los tripulantes de servicio... a los que se veía claramente aliviados por el hecho de que la parte clandestina de la operación se hubiera coronado con éxito.

Eichmann despertó de su letargo unos pocos minutos antes del despegue, cuando los motores ya se habían puesto en marcha. Su primera pregunta fue la de si se trataba de un cuatrimotor. Por su tono de voz podía comprenderse que la pregunta no se había debido a una curiosidad de carácter técnico sino a la preocupación por su propia seguridad: quería asegurarse de que le conducían a Israel en un aparato capaz de efectuar aquel largo vuelo. No pude evitar pensar en los millones de personas que había ordenado transportar en abarrotados y asfixiantes vagones de ganado, sin comida, bebida, ni servicios sanitarios.

Inmediatamente después del despegue, el médico le examinó y comprobó que su estado era satisfactorio en todos los sentidos y que estaría en condiciones de soportar el largo vuelo sin necesidad de ser sometido a ningún tratamiento especial. Se recuperó rápidamente de la anestesia y, en cuanto se sintió mejor, pidió un cigarrillo. Los anteojos opacos que se le habían vuelto a colocar en el momento en que habían cesado los efectos de la droga le impedían ver a las personas que le rodeaban, pero era consciente de todo lo que ocurría en el aparato. Escuchó el regular rugido de los motores y comentó:

—Es un vuelo muy suave. Disponen ustedes de buenos pilotos.

Era un experto viajero: durante la guerra había recorrido Europa —en tren, automóvil y avión— dirigiendo la gran persecución humana.

El copiloto Gad Nishri salió para estrecharme la mano y felicitarme por el éxito de la operación.

—¿Y qué hay de Martin Bormann y Josef Mengele? —me preguntó.

Le contesté que, de haber sido posible iniciar la operación varias semanas antes, tal vez Mengele se encontrara en aquellos momentos en el aparato.

Dan Avner me pidió permiso para comunicar a la tripulación quién era el desconocido. Le dije que sería mejor aguardar a que nos encontráramos lejos de la costa argentina pero él insistió. Apeló a mí una y otra vez hasta que

no tuve más remedio que acceder. Entonces reunió a los miembros de la tripulación y les dijo: «Se les ha concedido a ustedes un gran privilegio. Están participando en una operación de suprema importancia nacional para el pueblo judío. El hombre que se encuentra con nosotros a bordo de este aparato es Adolf Eichmann».

Sus palabras suscitaron un murmullo de excitación. La mayoría de los tripulantes no precisaban explicaciones acerca del papel que había interpretado Eichmann en la aniquilación de los judíos europeos; algunos de ellos habían experimentado personalmente el horror de los años en que aquel hombre había estado al frente de la «solución final».

Zvi Gutman se hallaba ocupado cuando Dan Avner comunicó la noticia acerca del pasajero. Al regresar a la cabina se percató de la excitación de los demás miembros de la tripulación y supuso inmediatamente que todo aquello debía de estar relacionado en cierto modo con la atmósfera de misterio que había rodeado a aquel vuelo.

Después vio a Dan y con súbita urgencia, como si no pudiera esperar ni un segundo más, le preguntó:

—Dan, ¿quién es aquel hombre de las gafas negras?

Dan le miró unos momentos y contestó:

—Pero, ¿cómo? ¿No lo sabe usted? ¡Es Eichmann!

Los minutos que siguieron aún están borrosos en el recuerdo de Zvi. Corrió repentinamente al compartimento delantero y allí permaneció de pie sollozando con todas sus fuerzas. Dan le acompañó e intentó hablarle, pero Zvi no podía escucharle. Sus sollozos parecían poseer existencia propia, ya no dependían de su voluntad ni de su natural sentido de la discreción. Permaneció llorando largo rato.

Después trató de regresar a la sección de primera clase pero se lo impidieron, diciéndole que no estaba autorizado a acercarse a Eichmann. Más tarde, cuando se calmara un poco, le concederían permiso, pero en aquellos momentos, dada su excitación, no era posible.

Zvi se fue tranquilizando. Las lágrimas de sus mejillas ya se habían secado y, al final, le permitieron acercarse más a Eichmann. Al ver que el hombre que se encontraba sentado al lado del prisionero le ofrecía a éste un cigarrillo, Zvi perdió por un instante el control y exclamó:

—¡Usted *le* da cigarrillos! ¡Él *nos* dio gas!

Eichmann se volvió al escuchar la voz, pero los anteojos le impidieron ver al hombre que había hablado. Zvi comprendió que estaba molestando a los hombres que custodiaban al prisionero y se alejó.

Más tarde regresó y tomó asiento. Se sentó justo frente a Eichmann sin apartar los ojos del rostro del asesino. Pero Zvi no veía a Eichmann. Veía un espectáculo muy distinto. Veía a su hermano menor Zadok llevado a rastras por un soldado alemán. Era tan pequeño Zadok, no tenía más que seis años. En aquella época, un niño de seis años era un candidato seguro a la muerte porque pertenecía a una clase inferior, porque no podía utilizarse en ninguna de las fábricas que producían armamento y equipo para el ejército alemán. Un niño judío de seis años no tenía ninguna posibilidad: era demasiado pequeño para vivir, pero lo suficientemente mayor como para morir.

Zvi era mayor y pudo vivir. Era lo suficientemente listo como para engañar a los alemanes induciéndoles a creer que era un hombre. Y por este motivo, Zadok era en aquellos momentos un montón de cenizas y él, Zvi, el mecánico jefe de unas importantes líneas aéreas, el hombre que había preparado el avión destinado a conducir a Eichmann al Estado de Israel.

Por pura casualidad se encontraba sentado allí mientras que Zadok y su madre y todos sus hermanos habían muerto. Ni siquiera había sido un milagro. Había sido una ciega casualidad, un descuido por parte del ángel de la muerte.

¿Cuántas veces había burlado a la muerte? Por lo menos diez. La primera vez fue en tiempos del gran pillaje, cuando gran cantidad de alemanes se lanzaron a la calle en busca de los tesoros de los judíos y él se encontraba solo en casa. Tenía once años y sabía que su tío guardaba algunas mercancías en la buhardilla, pero tomó la resolución de no hablar. Moriría, pero no hablaría. Y un alemán le derribó al suelo, le aplastó bajo su peso y le acercó un cuchillo a la garganta. Entonces gritó y lloró y suplicó, pero no habló. Después perdió el conocimiento y el alemán le arrojó escaleras abajo. Y así conservó la vida.

Más tarde fueron las dos «acciones» alemanas de Belzice, la ciudad natal polaca de Zvi. Dos veces llegaron los alemanes al amanecer en un tumulto de gritos y disparos

sacando a rastras de sus casas a hombres, mujeres y niños, la primera vez para conducirles a las afueras de la ciudad y abatirles a balazos y la segunda para conducirles al campo de exterminio de Treblinka. Él y su familia disponían de dos escondrijos que habían construido su padre y su abuelo, uno en el sótano y otro detrás de una pared falsa en una de las habitaciones. Y consiguió conservar la vida.

Los alemanes establecieron un ghetto en la ciudad, en las inmediaciones de la sinagoga, y allí trasladaron también a cierto número de judíos que habían recogido en otros lugares. Allí en el ghetto llevaron a cabo la tercera «acción». Tras haberse ocultado toda la familia en el escondrijo, se dieron cuenta de que faltaba el hermano menor. Zvi salió en su busca pero no consiguió regresar; salió de la ciudad y permaneció oculto en un tabacal durante medio día. En el momento en que abandonaba el campo, uno de los habitantes de la zona le apresó, vio que era judío y lo entregó.

En la estación de ferrocarril vio a algunos parientes suyos y se reunió con ellos. Los judíos permanecían de pie formando una larga cola, una cola de por lo menos cuatrocientos metros. Al principio de la cola alguien gritaba —los primeros que habían sido obligados a subir al tren—, afirmando que había cloro en los vagones. No había muchos alemanes y la mayoría de los guardianes pertenecían a la policía local. Algunos iban montados a caballo. En determinado momento se desvaneció un poco el terror y los judíos que se encontraban en la cola de la muerte empezaron a correr, a escapar y a dispersarse en todas direcciones. Zvi corrió en compañía de un primo suyo hasta un trigal cercano. Se pasaron todo el día corriendo y ocultándose en distintos lugares. Al anochecer llegaron a una aldea en la que conocían a unos granjeros. Permanecieron largo tiempo en las afueras de la aldea, vacilando. Al final, lograron vencer el miedo y acudieron a uno de los granjeros para pedirle un poco de pan y leche. El granjero les arrojó un trozo de pan duro y les dijo que se alejaran inmediatamente, que no quería meterse en líos.

¿Dónde irían? Decidieron regresar a la ciudad, en primer lugar a la sinagoga, para ver si había alguien. Sí, al caer la noche algunos judíos habían abandonado sus es-

condrijos. Los alemanes patrullaban por las calles con sus serviles secuaces locales y anunciaban por medio de altavoces que los judíos no tenían nada que temer, que la «acción» ya había finalizado y que ahora podían salir. Hasta muy entrada la noche, Zvi y su primo no se atrevieron a regresar furtivamente al escondrijo de su familia.

Pero, ¿cuánto tiempo podrían permanecer allí? Había motivos para temer que los polacos entregaran a los judíos que todavía se ocultaban en la ciudad. Y el padre de Zvi decidió que había llegado el momento de marcharse. Condujo a la familia a través de la noche, junto con otros parientes, hasta el hogar de un granjero polaco de una de las aldeas, un hombre al que previamente había confiado muebles y otros artículos de valor. El granjero se aterrorizó pero su mujer no permitió que les echara. Los diez judíos cavaron un escondrijo bajo la paja del granero y lo cubrieron con estiércol. Permanecieron allí varias semanas hasta que llegó el invierno. El granjero les dijo que la gente había empezado a sospechar a causa de la gran cantidad de pan que adquiría y les rogó que abandonaran el cobertizo de las trilladoras y, al amanecer, se fueron del primer escondrijo. Pero, en lugar de ocultarse en el camuflado agujero, decidieron hacerlo bajo la nieve. Pronto llegó un numeroso grupo de granjeros armados con horcas y guadañas con las que revolvieron y pincharon el heno esparcido sobre el escondrijo prendiendo posteriormente fuego al cobertizo. Zvi y su familia burlaron una vez más a la muerte.

A partir de aquel momento lo único que pudieron hacer fue vagar por los campos y bosques robando alimentos con los que poder sobrevivir. Al enterarse de que todavía había un ghetto en su ciudad, se esforzaron por regresar al mismo. Pero el ghetto era una trampa. Un amanecer los alemanes lo rodearon. Apartaron a las ancianas y a los niños a un lado y a las mujeres jóvenes a otro. Zvi quería permanecer con los hombres pero era demasiado pequeño y le expulsaron del grupo. Se ocultó en unos lavabos públicos y volvió a salir. Esta vez se encaramó a una gran piedra en medio de los hombres y los alemanes se confundieron permitiéndole quedarse. Cincuenta hombres fueron apartados y a los demás se les condujo a la sinagoga. Por la noche se escucharon unos disparos y unos gritos

desgarradores. Los cincuenta hombres regresaron muy tarde y les dijeron que les habían obligado a cavar una fosa común para las mujeres y los niños.

A la mañana siguiente, los hombres fueron conducidos a un campo de trabajo de las cercanías y a algunos de ellos se les obligó a empujar carros en los que se transportaban herramientas. Mientras caminaba con el resto de los prisioneros, Zvi vio a su hermano menor Zadok sentado en un carro. El niño le dijo que, mientras tenía lugar la gran matanza, había conseguido ocultarse tras unas piedras y después, al ver que se llevaban a los judíos de la ciudad, se había incorporado al grupo. Zvi le tomó la mano y se la apretó con fuerza. Por el camino encontraron a su padre, que también formaba parte del grupo. Al llegar al campo, mandado por un tal Feiges, se pasó revista a los prisioneros y todos los viejos y niños fueron separados del grupo. Zadok se ocultó en los retretes del campo pero los alemanes le encontraron y Zvi y su padre vieron a un alemán llevando a rastras al pequeño Zadok en dirección al grupo sentenciado a muerte. Todos los ancianos y niños fueron conducidos fuera del campo para ser ejecutados y después se ordenó a un grupo de judíos que los enterraran.

Los demás fueron conducidos a unos barracones. Más tarde se les envió a trabajar a distintas fábricas. Zvi realizaba tareas en una factoría que fabricaba piezas de avión. Veía a su padre por las noches, cuando los dos supervivientes de la familia se tendían sobre un jergón de paja experimentando por lo menos la dicha de estar juntos. Un tío de Zvi se encontraba en el mismo campo pero fue abatido de un disparo mientras intentaba escapar. Y después hubo la vez en que varios prisioneros fueron sorprendidos robando comida y el comandante del campo, Feiges, les sacó los ojos con una clavija de madera en presencia de todos los judíos del campo.

Si Feiges creyó que su brutal acto disuadiría a los demás prisioneros de transgredir las órdenes, pronto tuvo ocasión de comprobar que se había equivocado. Algunos días más tarde unos cuantos jóvenes penetraron en la sala de guardia de las *SS*, se adueñaron de todas las armas y huyeron. Los guardianes se enfurecieron y se dedicaron a golpear y asesinar a los demás prisioneros.

Se organizó el temido desfile y Zvi se encontró en el grupo de los sentenciados a muerte. Toda aquella noche y hasta la tarde del día siguiente, Zvi y los demás condenados yacieron por el suelo esperando la muerte. Después se presentaron los guardianes y anunciaron que matarían a un hombre sí y otro no. Pasaron nuevamente lista y Zvi se salvó una vez más. Los alemanes repitieron el mismo proceso al día siguiente y Zvi salvó también la vida. Al final acabaron asesinando a unos cien.

Al cabo de un año y medio todos los prisioneros fueron conducidos a Maidanek, donde Zvi empezó a trabajar de mecánico en el garaje de las *SS*. Maidanek era uno de los lugares a los que se conducían judíos procedentes de otros países con el fin de ser liquidados. Los prisioneros rusos se encontraban también allí, en un campo colindante. Al acercarse el ejército ruso, todos los prisioneros rusos fueron asesinados y también se hizo lo mismo con varios cientos de judíos cuyos nombres figuraban en una lista preparada de antemano. Los demás fueron evacuados en tren o a pie hasta Auschwitz. Muchos murieron durante la cruel marcha y otros fueron sentenciados a muerte tras la selección que se llevó a cabo a su llegada al campo. Zvi fue enviado junto con los condenados, pero en el último momento llegó un hombre que buscaba obreros y, al ver a Zvi, dijo que un joven como aquél todavía podría serles útil. Le separó de la hilera de los condenados a muerte y le envió a que se duchara y se enfundara en un uniforme a rayas. Fue entonces cuando le tatuaron aquel número en el brazo, el número que todavía hoy sigue conservando: 18466. Después fue conducido junto con otros trabajadores a Gleiwitz, donde se les dio sopa y pan. Y allí encontró Zvi algo más, una dádiva del cielo: su padre, a quien el azar había conducido también hasta allí.

Cuando los rusos cruzaron el Vístula y Gleiwitz fue bombardeado, se evacuó el campo; los prisioneros fueron conducidos a otro campo de la Alta Silesia. No llevaban allí más que medio día cuando llegó el comandante de Gleiwitz con el fin de recuperar a algunos de «sus» prisioneros. La inmensa mayoría de ellos se alegraron y le acompañaron... para seguir sufriendo. Zvi y su padre se quedaron donde estaban. Al ir acercándose los rusos, los alemanes

que se encontraban en las atalayas empezaron a arrojar bombas incendiarias a las cabañas de madera. La mayoría de sus ocupantes murieron quemados. Zvi y su padre hallaron cobijo en un almacén abandonado construido en hormigón y no murieron abrasados.

Varios días más tarde supieron que los alemanes habían abandonado el campo y se dirigieron hacia el bosque, donde tropezaron con una patrulla rusa y se les dijo que siguieran andando en la misma dirección. Pocos kilómetros más adelante se encontraron con otros rusos, entre los cuales había un oficial que se dirigió a ellos en yiddish. Zvi y su padre comprendieron entonces que habían derrotado a la muerte.

Zvi permanecía sentado frente a Eichmann y revivía los años de sangre y aflicción. No habló. Se limitó a recordar y el recuerdo hizo asomar a sus ojos lágrimas silenciosas.

Nadie le molestó. Todos comprendieron que debían dejarle en paz. Al cabo de un buen rato se levantó, se secó las lágrimas y permaneció de pie junto al asesino durante un minuto con los ojos muy brillantes. Las personas que le observaron creyeron ver en sus labios una leve sonrisa de aturdimiento.

Al final, abandonó la sección de primera clase. Y a partir de aquel momento dejó de mostrar interés por Eichmann.

Aplacé mi visita a la sección de primera clase hasta que el interés de la tripulación hacia Eichmann hubiera cedido un poco. Uno de los motivos que me indujeron a ello fue la atmósfera de tranquilidad que se respiraba en la sección turística del aparato. El segundo motivo fue mi deseo de evitar llamar la atención de los hombres que no sabían qué estaba haciendo yo allí.

Cuando al final me decidí, encontré a Eichmann sentado muy erguido en el asiento del lado de la ventanilla, completamente despierto según parecía. Como es lógico, no podía verme, pero presintió que alguien le estaba observando y se removió inquieto en el asiento.

El médico me dijo que Eichmann se encontraba en muy buenas condiciones y que se había recuperado por completo de los efectos de la droga. Seguía ofreciendo

colaboración a sus guardianes, añadió el médico, y era probable que siguiera observando aquella misma conducta a lo largo de todo el vuelo. Decidimos que, si no se producía ningún cambio en su comportamiento, no volveríamos a anestesiarle. Acordamos que la tripulación permanecería a bordo del aparato cuando tomáramos tierra en Dakar y que, en caso de que las autoridades insistieran en que se evacuara a la gente del aparato mientras repostaba —procedimiento que suele seguirse habitualmente en todas partes—, el médico debería señalar que no era posible mover al tripulante enfermo y que él y otros dos hombres permanecerían a bordo para atenderle.

Les dije a los guardianes de Eichmann que no confiaran demasiado en el buen comportamiento de éste. Deberían vigilarle constantemente con el fin de evitar que se apoderara de cualquier cosa que pudiera utilizar en un intento de suicidio. Los hombres que se encargaron de ello en el transcurso del vuelo fueron Ezra Eshet, Zev Keren, Yoel Goren, Elisha Naor y Yoram Golan. La comida de Eichmann se había preparado siguiendo las instrucciones del médico, de tal modo que se le pudiera anestesiar de nuevo en caso necesario sin causar daños a su salud.

En el transcurso de la primera parte del viaje, Gad Nishri contribuyó también a atender a Eichmann. Para que ello sirviera de ejemplo al resto de la tripulación, se mostró dispuesto incluso a encargarse de las tareas más desagradables. Le asombraba el buen apetito de Eichmann. A partir del momento en que Eichmann había subido a bordo, Gad no había logrado ingerir ni un solo bocado.

Yo hablaba con mis hombres sólo cuando no estaba presente ningún miembro de la tripulación. En los demás casos, fingía no conocerles.

Fue en conjunto un vuelo agradable para los pasajeros, pero algo menos para la tripulación, que pasó sus buenos apuros. Para reducir el consumo de combustible, procuraban volar a la mayor altitud posible. Muchas veces tuvieron que esquivar las nubes que flotaban por los cielos tropicales a una altura de vuelo más conveniente. Hubo un momento en que estuvieron muy preocupados por el combustible y consideraron la posibilidad de tomar

tierra en Freetown, Sierra Leona, en lugar de hacerlo en Dakar. La idea no nos hacía demasiada gracia desde el punto de vista de la seguridad. Yo prefería el Senegal a Sierra Leona. Y, por otra parte, no podríamos volar de Freetown a Lydda sin efectuar otra escala intermedia. En realidad, el vuelo sin escalas desde Dakar a Tel Aviv planteaba muy graves problemas que esperábamos, sin embargo, poder resolver. Al final, y tras efectuar unos cálculos muy exactos, los pilotos decidieron seguir hasta Dakar, adonde llegamos sin novedad tras un vuelo que había durado trece horas y seis minutos.

En el momento de tomar tierra empezamos a sentirnos inquietos por otras causas. No sabíamos qué clase de recepción nos aguardaría. Era posible que en Buenos Aires se hubiera producido una alarma de última hora y que se hubiera cablegrafiado a Dakar para solicitar quizás una comprobación exhaustiva de la identidad de todos los pasajeros. Cierto que confiábamos en nuestra capacidad de superar todas las inspecciones —nuestras precauciones en este sentido habían sido extremadas—, pero otro suplicio al término de una operación tan arriesgada no constituía para nosotros una perspectiva demasiado halagüeña.

Nuestros temores resultaron, sin embargo, infundados. La recepción que se nos dispensó en el aeropuerto fue completamente rutinaria. Todo el personal se mostró amable y se nos concedió sin vacilar la autorización relativa a la permanencia de los pasajeros a bordo mientras el aparato repostara.

Zvi fue uno de los pocos que descendieron del aparato. Los servicios técnicos y el llenado de los depósitos de combustible se llevó a cabo bajo su supervisión. A instancias suyas, se introdujo en los depósitos un poco más de combustible del que es habitual.

El camarero Leo Barkai descendió también para adquirir provisiones. Lo adquirió todo rápidamente con el fin de poder adelantar el momento del despegue. Los pilotos se dirigieron a la torre de control para mejor coordinar el plan de vuelo.

Todos los demás permanecieron en el aparato. Los hombres acomodados en la sección de primera clase fingieron de nuevo estar dormidos. Esta vez me uní a ellos: trata-

ría de vigilar la situación en caso de que se produjera alguna inspección oficial.

Eichmann no dormía pero se comportó impecablemente. Permaneció sentado en absoluto silencio mientras dos franceses pasaban junto a él, efectuaban una inspección rutinaria de los lavabos de primera clase y se marchaban por donde habían venido. Pertenecían al departamento sanitario del aeropuerto y fueron los únicos funcionarios gubernamentales que subieron a bordo del aparato.

Una hora más tarde se cerraron las puertas, los motores se pusieron en marcha y el aparato empezó a moverse por la pista. Y dejamos atrás Dakar con el hocico de nuestro aparato apuntando hacia Tel Aviv.

28

El aparato se elevó a gran altura. En su intento de alcanzar lo aparentemente imposible —un vuelo sin escalas de un Britannia desde Dakar a Lydda—, a los pilotos les hacían falta dos cosas: altura y viento favorable.

Los boletines de la cabina de mando eran satisfactorios; el tiempo estaba resultando ser tal como ellos habían esperado y cabía muchas posibilidades de que aumentara el viento de cola. En el transcurso de esta fase del viaje Nishri pilotó el aparato mientras Meged descansaba. Yo me pasé casi todo el rato durmiendo y no me enteré hasta más tarde de los progresos que habían tenido lugar. Al iniciarse esta fase del vuelo los pilotos todavía estaban pensando en la posibilidad de repostar en Roma o Chipre pero, al sobrevolar el estrecho de Gibraltar, aumentó la intensidad del viento de cola y no cupo la menor duda de que el combustible de nuestros depósitos sería suficiente para conducirnos hasta Lydda.

Desperté al amanecer. Estábamos sobrevolando el Mediterráneo y nos íbamos acercando rápidamente a las costas de Israel. El viento de cola había soplado toda la noche y las perspectivas seguían siendo favorables.

Me lavé, me afeité, me cambié de ropa y me sentí más descansado que nunca. Facilité a los hombres las instrucciones finales relativas a la última fase de la operación. En cuanto el aparato tomara tierra, les dije, Eichmann se-

ría entregado al grupo de operaciones que, a su vez, lo entregaría a las autoridades legales del Estado. En aquel momento finalizaría nuestra misión. Aproveché aquellos últimos momentos para agradecer a mis compañeros el celo y el ingenio de que habían hecho gala a lo largo de todas las fases de la operación, extendiendo por igual mi agradecimiento a todos los componentes de las fuerzas especiales.

Las costas de Israel ya se avistaban a través de las ventanillas del aparato y nos pareció que ningún espectáculo hubiera podido resultar para nosotros más alentador. El aparato había cubierto la inmensa distancia entre Dakar y Lydda en once horas y media. Cuando las ruedas tocaron la pista tuve la impresión de que me quitaban un peso de encima. Me dirigí a la cabina, estreché las manos de los pilotos y sus ayudantes y les di las gracias a ellos y a toda la tripulación por su entusiasta ayuda, por la rapidez y comodidad del vuelo y por su amabilidad para conmigo y mis hombres.

Antes de desembarcar, regresé de nuevo a la sección de primera clase. Me pareció que Eichmann estaba más pálido que de costumbre. Se percató de toda la actividad y agitación que se estaba produciendo a su alrededor y todo su cuerpo empezó a temblar.

Me despedí de sus guardianes, incluido el médico, y les dije que entregaran a Eichmann a Hillel Ankor que, según había observado, ya se encontraba de pie junto al aparato.

Era el domingo 22 de mayo de 1960 y llevaba ausente de Israel veintitrés días.

Hillel Ankor se dirigió al aeropuerto acompañado de varios hombres. La compañía le había comunicado que el aparato iba a llegar aquella mañana, pero hasta que yo no le hube transmitido la buena noticia no estuvo seguro de que Eichmann venía en aquel vuelo. Le di instrucciones en el sentido de que acogiera a Eichmann bajo su custodia, de que cuidara de que todo se mantuviera en el más absoluto secreto y de que no le diera al prisionero ninguna oportunidad de intentar quitarse la vida. Le dije que debería mantener a Eichmann detenido hasta que yo le comunicara que lo entregara al inspector general de policía.

Telefoneé a mi esposa para decirle que ya había llegado y que esperaba poder estar en casa por la tarde. No pareció sorprenderse y ni me preguntó dónde había estado.

Llamé después a los dos hombres que serían responsables de custodiar y proteger a Eichmann hasta que se le entregara a la policía. Les aconsejé que prestaran mucha atención a todos los detalles de su transporte y vigilancia. Les pregunté acerca del tipo de encierro provisional que le habían preparado. Lo que me dijeron me pareció satisfactorio. Les recordé finalmente que serían personalmente responsables de la seguridad del prisionero.

Se llevaron a Eichmann al secreto lugar de su encierro provisional, en el que permanecería hasta que pudiera ser entregado a la policía. Decidieron no revelar la verdadera identidad del prisionero a los hombres encargados de custodiarle. Sabían muy bien que podían confiar en la eficiencia y capacidad de los guardianes, pero temían su reacción por tratarse de unos supervivientes de los campos de exterminio. Les dijeron que el prisionero era un peligroso espía que debería ser estrechamente vigilado. Sería necesaria aquella precaución, habida cuenta de que tendrían que turnarse en el servicio de vigilancia dentro de la celda las veinticuatro horas del día.

Cuando más adelante se les reveló la verdadera identidad del «espía», se sintieron defraudados.

Eran las nueve y cuarto cuando salí del aeropuerto. Ya era hora de acudir a Jerusalén a informar al primer ministro de que Eichmann se encontraba en Israel. Le dije a Yaki, que me había estado aguardando en el aeropuerto tres cuartos de hora, que tendría que trasladarme hasta el despacho del primer ministro en Jerusalén antes de las diez, dado que ésta era la hora en la que solía reunirse el gabinete en su sesión semanal. Si llegaba tarde y la reunión ya había empezado, temía que el hecho de rogarle a Ben-Gurión que saliera llamara la atención de demasiadas personas.

Por el camino no cesé de rogarle a Yaki que se diera prisa, y llegué al despacho de Ben-Gurión a las diez me-

nos diez. El secretario político del primer ministro, Yitzhak Navon, no precisó de preámbulos ni explicaciones... Comprendió que no molestaría al primer ministro poco antes de que se iniciara la reunión del gabinete de no tratarse de algo urgente e importante. A los pocos segundos me encontraba sentado en el despacho de Ben-Gurión, el cual se sorprendió de verme y me preguntó cuándo había regresado. Le dije que había llegado a Israel dos horas antes y que le había traído un regalo. Me miró asombrado. Yo no solía hablarle en aquel tono.

Me eché a reír y dije:

—Me he traído a Adolf Eichmann. Ya lleva dos horas en suelo israelí y, si usted lo autoriza, será entregado a nuestra policía.

Tardó un poco en contestar. A pesar de habérsele dicho que Eichmann había sido localizado, parece ser que no entendió por completo todo el significado de aquel hecho hasta el momento en que yo le comuniqué la noticia de que Eichmann se encontraba en Israel.

—¿Ya no ofrece ninguna duda su identidad? —me preguntó.

—En absoluto.

Su familia había sido también identificada con toda seguridad. Sus hijos seguían apellidándose Eichmann. Se observaban en su cuerpo varias señales de identificación que demostraban inequívocamente que se trataba de Eichmann. Y, al ser interrogado, había mencionado ciertos detalles que sólo él podía conocer.

El primer ministro se quedó convencido. A pesar de ello, exigió que, antes de que se diera ningún paso oficial, el prisionero fuera identificado por una o dos personas que previamente hubieran conocido a Eichmann. Me autorizó a entregar el prisionero al inspector general de policía y a conducirle ante un juez —inmediatamente después de su identificación— con el fin de que se librara un auto de detención.

Al salir del despacho del primer ministro acudí a ver a mi hija. Yaki la sacó de su lugar de trabajo y poco después ambos nos encontrábamos juntos charlando fuera.

—¿Dónde has estado? —me preguntó un poco nerviosa.

—En un sitio —repuse y ya no me dirigió más preguntas.

Durante el camino de regreso a Tel Aviv, Yaki se mostró insólitamente excitado y no cesó de hacerme preguntas. Quería saber, sobre todo, qué ocurriría cuando se divulgara el secreto.

Me condujo a mi despacho y poco después llegó Ankor para informarme del traslado de Eichmann a su lugar de encierro provisional. El médico de las fuerzas especiales había permanecido a su lado hasta el momento en que le habían conducido a la celda, y tras un examen afirmó que se encontraba en perfectas condiciones. Ankor revisó personalmente todas las medidas de vigilancia y seguridad que se habían adoptado y las juzgó idóneas. Le dije que acudiera al inspector general de policía Yosef Nahmias y le informara de que Eichmann se encontraba en nuestro poder y de que, siguiendo las instrucciones del primer ministro, tendría que ser entregado a la policía para que ésta le condujera ante un juez que decretara un auto de detención.

Nahmias se quedó de una pieza. Mandó llamar al jefe del departamento de administración de la policía y le rogó a Ankor que repitiera lo que ya había dicho. Se decidió, al final, que a la mañana siguiente Ankor recogería a Eichmann y le conduciría a una prisión provisional; llevarían consigo a un juez a fin de que éste pudiera librar el auto de detención allí mismo, con lo cual se podría preservar mejor el secreto y disminuirían los riesgos de seguridad.

Aquella mañana, Haggai se encontraba en Haifa compareciendo como testigo en un juicio. Regresó a Tel Aviv por la tarde y acudió directamente a mi despacho. Entretanto, yo había recibido un mensaje del primer ministro en el que se me comunicaba que éste deseaba anunciar la captura del criminal al *Knesset* en cuanto se hubiera llevado a cabo su identificación. Mi conversación con Haggai giró, por tanto, en torno de dos cuestiones: el texto de la declaración del primer ministro ante el *Knesset* y una persona que se encargara de llevar a cabo la identificación.

Haggai me sugirió a Moshe Agami, de Kfar Giladi, que había sido representante de la Organización Judía en Viena y había conocido a Eichmann en 1938. Se mencionó

también de nuevo el nombre de Benno Cohen. Decidimos mandar llamar a ambos con el fin de que identificaran a Eichmann, en primer lugar a Agami. Todo tenía que llevarse a cabo con mucha rapidez dado que, por el momento, eran muy pocas las personas que tenían conocimiento de la captura y llegada de Eichmann y era indudable que la noticia se extendería a círculos cada vez más amplios.

Haggai estaba dispuesto a desplazarse hasta Kfar Giladi, pero se alegró muchísimo al enterarse de que Moshe Agami se encontraba aquel día en Tel Aviv. Concertó con él una cita inmediata en el café Lidiya de la plaza Masaryk. Allí le contó la historia de nuestra operación y le dijo que nos era necesaria una identificación personal de Eichmann. Agami se emocionó enormemente. A petición de Haggai, describió las circunstancias de sus dos encuentros con Eichmann.

Ambos encuentros habían tenido lugar en octubre de 1938 cuando, en su calidad de representante de la Organización Judía en Viena, acudió a entrevistarse con Eichmann a propósito del adiestramiento de los jóvenes judíos con vistas a su emigración a Israel. Eichmann tenía instalado por aquel entonces su despacho en la mansión Rothschild. Allí —en una estancia de forma más bien alargada— le recibió con arrogancia no disimulada. Iba enfundado en un uniforme de las *SS* y exigió que Agami permaneciera en posición de firmes a unos tres o cuatro metros de distancia de donde él se encontraba. Le preguntó quién era y exigió que el programa de adiestramiento le fuera entregado dentro de un plazo de cuarenta y ocho horas. La entrevista duró cinco o seis minutos. Dos días más tarde, Agami le trajo el programa y Eichmann le advirtió que debería limitarse a un adiestramiento de carácter preparatorio y nada más. Terminó por ordenarle que informara regularmente a un oficial de las *SS* cuyo nombre —si no recordaba mal— era Gunther.

Dado que cabía la posibilidad de que Agami no lograra identificar a Eichmann al cabo de tantos años, Haggai sugirió que éste le hablara de aquellos dos encuentros y que, en el transcurso de la conversación, falseara deliberadamente algunos de los nombres que ambos habían mencionado en aquellas ocasiones en la esperanza de que Eichmann le corrigiera.

Haggai acompañó después a Agami a la prisión provisional, donde éste tuvo la oportunidad de observar primero a Eichmann a través de una pequeña mirilla de la puerta. Agami dijo que no lograba identificar a aquel hombre. A continuación, penetró en la estancia y al poco rato entró Haggai. Esta vez Eichmann no llevaba gafas. Agami se presentó como Moshe Auerbach —su antiguo nombre— y le preguntó a Eichmann si recordaba que había sido el representante de la Organización Judía que había acudido a su despacho en 1938. Eichmann repuso que sin gafas no estaba en condiciones de reconocer a nadie. Le trajeron las gafas, examinó a Agami y afirmó no recordarle. Después ambos hablaron de la Viena de 1938 y de los dos encuentros y —siguiendo las instrucciones de Haggai— Agami falseó los nombres de algunas personas que Eichmann había tenido ocasión de tratar en aquella época. Eichmann no sólo le corrigió sino que, además, a medida que proseguía la conversación, le recordó algunos de los detalles de las entrevistas.

A Agami no le cupo ahora la menor duda de que aquel hombre que tenía delante era Adolf Eichmann... Ninguna otra persona hubiera podido saber de qué habían hablado ambos a solas en 1938. Haggai me telefoneó en seguida a mi casa para comunicarme el positivo resultado de la identificación. Después intentó ponerse en contacto con Benno Cohen, pero aquel día no consiguió localizarle.

Aquella noche le comuniqué al primer ministro que una de las personas que habían conocido a Eichmann antes de la guerra le había identificado.

Teníamos una deuda de honor pendiente que era necesario pagar antes de que se hiciera el anuncio oficial de la captura y traslado de Eichmann a Israel. A Fritz Bauer llevábamos sin revelarle ningún detalle de la operación desde febrero de 1960. Bauer había interrogado en repetidas ocasiones a nuestro contacto israelí Reuven Harpaz acerca de nuestras actividades, pero Reuven no había podido revelarle nada.

Ahora pedí que se enviara un cablegrama urgente a Colonia anunciando a Reuven que esperara un mensaje urgente de Ankor para la mañana del día siguiente, 23 de mayo. Deseaba que Bauer conociera la captura de Eich-

mann antes de que el resto del mundo lo supiera de labios del primer ministro israelí. Sin embargo, no deseaba enviar el mensaje con más de dos horas de antelación sobre el anuncio oficial por temor a que trascendiera la noticia.

Al enterarse del resultado de la identificación, el primer ministro decidió hacer el anuncio ante el *Knesset* a las cuatro de la tarde del día siguiente. El cablegrama urgente a Colonia había sido enviado la noche anterior.

Al llegar el primer cablegrama Reuven comprendió que el mensaje destinado a Bauer debía de estar relacionado con Eichmann y se imaginó que habríamos logrado capturarle. Se puso inmediatamente en contacto con Bauer y le preguntó si podría reunirse con él por la mañana del día siguiente. Bauer se puso muy nervioso y quiso saber de qué se trataba, pero Reuven se limitó a decirle que tal vez se hallase en condiciones de comunicarle una buena noticia.

El cablegrama de Ankor llegó a las nueve y cuarto de la mañana. En él se decía que Eichmann se encontraba en Israel pero que Reuven debería comunicarle la noticia a Bauer a las dos en punto de la tarde. Para cuando Reuven hubo descifrado el mensaje ya eran las nueve cuarenta y cinco. Telefoneó a Bauer inmediatamente y concertó con éste una cita para la una en punto en un restaurante. Tomó inmediatamente el automóvil y se dirigió a la ciudad. Al llegar a las afueras de ésta, sufrió un reventón y el automóvil patinó... Sólo por un milagro logró evitar un grave accidente. Reuven empezó a cambiar el neumático y en aquellos momentos pasó un motorista holandés que se ofreció a ayudarle.

Cuando llegó al restaurante era la una y media. Bauer se debatía entre la ansiedad y la preocupación por la tardanza de Reuven. A pesar de llevarlas sucias a causa del cambio del neumático, Reuven ni siquiera fue a lavarse las manos. Se dirigió a toda prisa a la mesa de Bauer y le comunicó la noticia de que Eichmann había sido apresado y de que al cabo de unas horas el primer ministro lo anunciaría en el *Knesset*.

Con lágrimas en los ojos Bauer abrazó a Reuven y le besó. Después le preguntó qué desearía beber para celebrarlo y se decepcionó enormemente al recibir la típica

respuesta israelí: un refresco. Pocos minutos más tarde, se disculpó diciendo que tenía que efectuar una llamada telefónica. Explicó que consideraba su deber transmitir la buena noticia al hombre en quien había confiado desde el principio.

29

Los restantes componentes de las fuerzas especiales ya habían abandonado la Argentina antes de que el anuncio oficial de Ben-Gurión pudiera revelar a las autoridades de este país lo que había ocurrido. Una vez nuestro aparato hubo despegado, Gabi y Ehud regresaron de nuevo a *Tira*. Dina y Eli habían permanecido aguardándoles con creciente impaciencia a medida que pasaban los minutos... Regresaron a las dos de la madrugada, es decir, cuatro horas después de que el convoy que conducía a Eichmann hubiera abandonado la casa refugio.

Gabi y Ehud facilitaron a sus amigos un informe completo de toda la fase final de la operación y los cuatro experimentaron en aquellos momentos una maravillosa sensación de alivio: al fin se habían librado de la opresiva carga de tener que cuidar a Eichmann. Comentaron la aventura de Yitzhak entre risas y llegaron a la conclusión de que la manera en que éste había subido a bordo del aparato inmediatamente después de descender del taxi se ajustaba perfectamente a la imagen que de sí mismo se había creado en la Argentina: el hijo mimado de un hombre muy rico con mucho dinero para gastar, siempre alquilando casas y automóviles y tratado con tanta deferencia que hasta el avión le esperaba para despegar.

A la mañana siguiente, se levantaron muy temprano para cumpliir con las misiones finales que se les habían

asignado. Sólo entonces, mientras inspeccionaban por última vez la villa para asegurarse de que no hubieran olvidado nada, se percataron de lo mucho que habían estado deseando la llegada de aquel momento.

Tras dejar lista *Tira*, se dirigieron a la casa refugio *Ramim* de Buenos Aires, en la que se alojaban Shalom Dani y Menashe. Rafael Arnon, que había permanecido allí hasta el día anterior, recibió su documentación en mitad de la noche —tras volverla Shalom a su estado original— y abandonó la Argentina a primera hora de la mañana. Menashe emprendería viaje aquella noche y durante el día se encargaría de devolver las llaves de todos los apartamentos y casas que había alquilado. A la mañana del día siguiente, 22 de mayo, Dina y Shalom reservaron pasajes en un avión con destino a Montevideo que saldría por la noche.

Gabi, Ehud y Eli adquirieron billetes de tren con destino a Chile. Gabi y Ehud no querían viajar en avión porque en los últimos días habían sido vistos con mucha frecuencia en el aeropuerto. Averiguaron muy pronto que resultaba muy difícil obtener literas en un coche-cama dado que las reservas solían hacerse con dos meses de antelación. No obstante, en una agencia de viajes le dijeron a Ehud que probara a ir a la estación, pues a veces se producían anulaciones de última hora. Ehud tuvo la suerte de poder encontrar tres literas para aquel viaje de cuarenta horas.

Llevaban varias semanas sin comer como es debido y decidieron celebrar el término de la dura misión que se les había encomendado y su despedida de la Argentina con una magnífica cena en un buen restaurante. Los camareros no sabían la causa del buen humor de aquellos clientes, pero el caso es que éstos les contagiaron su alegría induciéndoles a esmerarse en su servicio. Lo único que les molestó fue que la señora no probara ninguno de los bocados que se amontonaban sobre la mesa. No podían saber, como es lógico, que observaba el *kashruth*.

Menashe se fue después de cenar y al día siguiente, 22 de mayo, lo hicieron todos los demás: Gabi, Ehud y Eli emprendieron por la tarde su largo viaje cruzando América del Sur y por la noche, Dina y Shalom salieron con destino a Montevideo.

Al llegar a Mendoza, la estación fronteriza entre la Argentina y Chile, los tres «turistas» temieron que pudiera producirse alguna complicación. Llevaban más de un día y una noche apartados de toda comunicación con el mundo exterior. No habían leído ningún periódico ni tampoco escuchado la radio. No tenían ni idea de lo que había ocurrido entretanto y tal vez les aguardara alguna dificultad cuando llegaran a la frontera. Pero sus temores resultaron infundados y la inspección fronteriza revistió un carácter puramente rutinario.

Llegaron a Santiago por la noche. Recordaron que tenían allí a una conocida, una israelí que desempeñaba un trabajo provisional en Santiago. A pesar de la hora, la telefonearon y acordaron reunirse con ella a la mañana siguiente. Se inventaron la siguiente historia: estaban realzando un viaje por América del Sur y habían pensado que no era posible abandonar aquel maravilloso continente sin llegar hasta las costas del Pacífico. Se pasaron el día siguiente recorriendo la ciudad en compañía de su amiga con el propósito de dirigirse a continuación a Valparaíso. Sin embargo, leyeron en la prensa de la mañana que un violento terremoto había causado grandes daños en el sur de Chile a unos seiscientos kilómetros de la capital y temieron que alguna de las personas de Israel que conocían su paradero pudiera preocuparse por ellos. Hubieran deseado enviar un cablegrama diciendo que se encontraban sin novedad, pero no les fue fácil separarse de su encantadora acompañante tan siquiera unos minutos. Al final, Ehud se inventó una excusa y logró enviar un cablegrama a un domicilio particular afirmando que no había ningún motivo de preocupación y que, si no conseguían encontrar pasaje, tal vez tuvieran que permanecer en Chile hasta finales de semana. Firmó con un nombre que sólo conocían los componentes de las fuerzas especiales.

Más tarde, mientras viajaban en autobús, miró distraídamente el periódico que estaba leyendo el pasajero que tenía sentado delante y vio el nombre de EICHMANN en grandes titulares. A la primera parada, Ehud se apeó del autobús y adquirió todos los periódicos que pudo encontrar. Señaló los titulares y preguntó con voz sorprendida:

—¿Qué dicen de Eichmann?

—Aquí dice que han capturado a Eichmann —repuso la joven traduciendo el texto.

—¿Y quién es este Eichmann?

Ella le explicó el papel que Eichmann había interpretado en el exterminio de los judíos de Europa y añadió:

—Ben-Gurión ha anunciado ante el *Knesset* que Eichmann fue descubierto por los Servicios de Seguridad israelíes y se encuentra ahora bajo custodia en Israel. ¿No habréis tenido vosotros nada que ver con eso? —preguntó la joven riéndose.

—Qué más quisiéramos —contestaron en tono de chanza.

Se sorprendieron de que la noticia se hubiera divulgado encontrándose ellos todavía en América del Sur. ¿Cómo podrían regresar ahora a la costa atlántica? A la mañana siguiente, se informaron acerca de los posibles vuelos y encontraron pasajes en unos aparatos que se dirigían el primero a Montevideo y el segundo a Río; Ehud y Eli seguirían el primer camino y Gabi el segundo.

El aparato en el que viajaban Ehud y Eli permaneció detenido en Buenos Aires unos tres cuartos de hora, en cuyo transcurso ellos procuraron pasar lo más inadvertidos posible. Temían, más que nada, que alguien pudiera reconocer a Ehud, dado que éste se había pasado muchas horas en el aeropuerto con anterioridad a la partida de Eichmann. Afortunadamente, no ocurrió nada.

En el transcurso del vuelo desde Montevideo a Río estaban comentando en hebreo la publicidad que la prensa había dedicado al caso Eichmann, cuando súbitamente Ehud observó el nombre que figuraba en una maleta colocada en el soporte de los equipajes perteneciente, al parecer, al pasajero que tenía sentado delante. M. ZOREA. Su compañero de viaje debía de ser el brigadier israelí Zorea y Ehud le dio un codazo a Eli para indicarle que guardara silencio. No pareció que el oficial hubiera oído su conversación... En cualquier caso, no se dio la vuelta para ver quién hablaba.

No fueron los únicos componentes de las fuerzas especiales que se tropezaron con el brigadier Zorea durante el viaje. En Sao Paulo, donde estaban a punto de embar-

car en un aparato con destino a Europa, Dina y Shalom le vieron también al llegar procedentes de Montevideo. Shalom hubiera deseado levantarse y decirle que era israelí pero Dina se mostraba contraria. No obstante, consiguieron hallar el medio de hablarle y Dina le comentó:

—Últimamente su país ha sido noticia.

—¿A qué se refiere usted?

—He leído en la prensa que han capturado a un criminal de guerra nazi llamado Eichmann —repuso ella.

—Ah, sí —dijo Zorea, pasando a describirle el Holocausto y lo que todo aquello significaba para el pueblo judío.

—Yo estuve en Europa durante la guerra y vi lo que hicieron los nazis —comentó Dina.

—En tal caso —dijo Zorea mirándola con simpatía—, comprenderá usted sin duda lo que aquello fue para nosotros.

—Sí, lo comprendo perfectamente —dijo ella—. A propósito, en uno de los periódicos se dice que Eichmann fue conducido a Israel en el mismo avión que condujo a la delegación israelí a la Argentina. ¿Acaso no formaba usted parte de la delegación?

—En efecto —repuso él—, y no puede ser cierto. Es imposible que no me hubiera enterado. Pero es que no todo lo que dicen los periódicos es verdad. Haré averiguaciones y, si me facilita su dirección, le comunicaré el resultado —señaló el brigadier Zorea en tono de chanza.

La conversación finalizó aquí porque los pasajeros ya estaban siendo llamados al avión.

30

El día en que Eichmann fue traído a Israel, dos oficiales de la jefatura de policía fueron llamados al despacho del inspector general: Matityahu Sela, jefe del departamento de investigación, y Shmuel Roth, jefe en funciones de la sección criminal. Nahmias estaba visiblemente emocionado y les dijo que Eichmann había sido capturado y traído a Israel. Al escuchar la noticia, comprendieron la emoción de su jefe y también se emocionaron muchísimo.

No era necesario explicarle a Shmuel Roth el significado de la captura del asesino. Muchos miembros de su familia habían sido apresados en la red que Eichmann había extendido por toda Europa. A la mañana siguiente, al llegar a la prisión provisional de Eichmann en compañía del juez Yedid Halevi, se sorprendió de la anodina personalidad de aquel hombre. Al igual que otros muchos, se había imaginado que Eichmann tendría un aspecto muy distinto.

Roth tradujo al alemán las preguntas del juez relativas a la identidad del prisionero.

—Soy Adolf Eichmann —contestó éste sin vacilar.

El juez leyó a continuación la orden de detención. A la policía le interesaba especialmente que se llevara a cabo una segunda identificación de Eichmann, dado que no existían huellas dactilares en el expediente relativo al período en que éste había sido oficial de las *SS*. En conse-

cuencia, se rogó a Benno Cohen que acudiera a ver al prisionero.

Cohen se dirigió a Camp Iyar —la prisión en la que ahora se encontraba instalado Eichmann— acompañado por el oficial de policía Efraím Hofstaetter, que había sido nombrado jefe adjunto de la Oficina 06, creada especialmente por el inspector general de policía a fin de preparar el informe relativo al procesamiento de Eichmann. Hofstaetter se alegraba de poder intervenir en la fase final de la operación en la que había participado en marzo de 1958. Por el camino, Benno Cohen le contó que había visto a Eichmann por primera vez cuando éste asistió a una reunión de los trabajadores sionistas de Berlín antes de la guerra. Hofstaetter le rogó que hablara con Eichmann acerca de aquella reunión y que falseara los nombres que mencionara con el fin de inducir a aquél a corregir sus errores.

Al entrar ambos en la celda Eichmann palideció de terror... Creía que iban a llevárselo para ejecutarle. Hofstaetter le preguntó a Benno Cohen si reconocía al prisionero. Cohen repuso que no. Señalando a Cohen, Hofstaetter le preguntó a Eichmann en alemán si le conocía. Eichmann expresó la misma queja que la otra vez —le habían quitado las gafas— y después examinó más de cerca a Cohen y afirmó que no le conocía.

Hofstaetter presentó entonces a Cohen al prisionero:

—Éste es el señor Benno Cohen.

—Este nombre no significa nada para mí —replicó Eichmann.

—¿Recuerda usted la Oficina Palestina de Berlín? —siguió preguntándole Hofstaetter.

—Pues, claro que sí, la recuerdo muy bien.

—¿Y no recuerda al señor Cohen?

—No.

Mientras oía hablar a Eichmann, Benno Cohen lo fue recordando todo. Recordó la voz y el acento. Al volverse Hofstaetter de nuevo hacia él y preguntarle si podía identificar al hombre que tenía delante, Cohen pudo contestar sin vacilación:

—Sí, le conozco. Es el oficial de la Gestapo Adolf Eichmann.

Eichmann asintió y Hofstaetter le preguntó:

—¿Recuerda usted que en la primavera de 1939 convocó una reunión de los representantes de las organizaciones judías en la Prinzalbrechtstrasse de Berlín?

—No recuerdo tal reunión porque yo llegué a Berlín en octubre de 1939. —Segundos más tarde, añadió—: No obstante, es posible que asistiera a algunas reuniones de Berlín con anterioridad a esta época.

Benno Cohen terció la conversación diciendo:

—En la reunión a la que nos estamos refiriendo estuvieron presentes el doctor Paul Epstein, jefe de la comunidad judía, el doctor Lilienfeld, Heinrich Stahl y Otto Hirsch.

—¿Otto Hirsch? —le interrumpió Eichmann—. Es aquel hombre que hablaba suabo y que no hacía más que gritar.

Benno Cohen le preguntó qué le había ocurrido a Paul Epstein.

Eichmann enrojeció y repuso:

—Terrible... Le fusilaron. Pero eso fue cuando yo había dejado aquel cargo y me encontraba en Hungría.

Benno Cohen siguió hablando y mencionando los nombres de varios trabajadores sionistas de Berlín y Eichmann contestó a todas sus preguntas y observaciones como un experto en la materia. Cohen se refirió después al sionista doctor Frieden.

—No se llamaba Frieden sino Prinz —le corrigió Eichmann, refiriéndose después con todo detalle a una reunión sionista que había tenido lugar en Berlín en los años treinta, en ocasión de la partida del doctor Prinz de Alemania. Eichmann había sido enviado a supervisar la reunión en nombre de la Gestapo.

Cohen le preguntó si recordaba el apellido del hombre que le había precedido en el cargo de supervisor de la Gestapo para los asuntos judíos diciendo:

—Creo que se apellidaba Kuhlmann o Kotschmann...

Eichmann le corrigió inmediatamente:

—Perdone, señor, me parece que se está usted refiriendo a Kochmann, más bien gordo y bajito...

Al término de la conversación, Benno Cohen pudo afirmar que ya no le cabía la menor duda de que el hombre con quien había estado hablando era Adolf Eichmann, el oficial de la Gestapo con quien tuvo ocasión de tratar en Berlín en los años treinta antes de emigrar a Israel. Le

identificó con absoluta seguridad por su aspecto, su voz, su manera de hablar y los detalles que recordaba acerca de los hechos de los que ambos habían tenido conocimiento.

El 23 de mayo me trasladé de nuevo a Jerusalén. El primer ministro estaba a punto de convocar a los ministros del gabinete con el fin de informarles de la captura de Eichmann. Poco después la haría pública a través de un anuncio al *Knesset*. Llegué al despacho del primer ministro a las tres de la tarde. Tras una breve discusión en el gabinete, acompañé a Ben-Gurión al edificio del *Knesset*.

La sesión se abrió como de costumbre a las cuatro en punto de la tarde. Media hora antes habían empezado a circular rumores por la capital en el sentido de que el primer ministro iba a hacer un importante anuncio en el *Knesset*, y en la Cámara se respiraba una atmósfera expectante, que se extendía desde los escaños de los miembros del *Knesset* hasta las tribunas del público.

Fue una de las pocas veces en que aparecí en público. Un par de minutos antes de que el primer ministro solicitara el uso de la palabra al presidente, entré y tomé asiento en la parte reservada a los no miembros, detrás de la mesa del gabinete.

Con voz quebrada por la emoción y con acento de solemnidad, Ben-Gurión leyó la declaración:

> Tengo que anunciar al *Knesset* que hace poco tiempo los Servicios de Seguridad israelíes localizaron a uno de los mayores criminales nazis: Adolf Eichmann, responsable, junto con los demás dirigentes nazis, de lo que ellos llamaban la «solución final del problema judío», es decir, el exterminio de seis millones de judíos de Europa.
>
> Adolf Eichmann ya se encuentra detenido en Israel, donde en breve será juzgado según la Ley de Castigos contra los criminales nazis de 1950.

El anuncio del primer ministro constituyó para los miembros del *Knesset* una auténtica sorpresa. Parecía como si el gobierno hubiera reaccionado apáticamente a

los informes según los cuales Eichmann se encontraba con vida; nadie del *Knesset* sabía que unos voluntarios israelíes habían actuado y se habían esforzado con el fin de poder conducirle a juicio.

La noticia saltó desde el *Knesset* a toda la nación de Israel, a las personas torturadas que habían sobrevivido a los asesinatos en masa, a todos los afligidos que habían perdido tantos seres amados. La reafirmación del fallo de la ley les alentó y renovó su fe en la justicia.

Y la noticia llegó hasta los más alejados rincones de la tierra despertando sentimientos de respeto en todas las personas honradas y constituyendo una clara advertencia para todos los asesinos del pueblo judío que se ocultaban en sus escondrijos y creían que los años borrarían sus pecados y acallarían el grito de la sangre que habían derramado y que ya nadie vendría y les obligaría a someterse a juicio por los millones de seres que habían asesinado en su furor criminal.